

Pablo Nieto

# LA SOMBRA DEL PRÍNCIPE



## **Importante**

Este libro no tiene copyright. El autor permite y agradece su distribución y reproducción por cualquier medio. No es necesario pedir autorización. Es posible comunicarse con el autor a través de la página de facebook:

[www.facebook.com/lafortalezaoscura](http://www.facebook.com/lafortalezaoscura)

## **-Capítulo uno-**

### **-El señor de la fortaleza oscura-**

La caravana terminó de ingresar y las puertas de la fortaleza oscura comenzaron a cerrarse.

Azemir sintió un frío en el cuerpo. Estaba prisionero de los turloks, y en lo más íntimo de sus dominios. Tenía las manos atadas y el cuerpo dolorido, y los movimientos del gulak inmenso que lo cargaba en sus espaldas le producía un mareo vertiginoso. En otras circunstancias hubiera mirado a una y otra parte, varias veces, para cerciorarse de que fueran ciertas todas las cosas que podía escuchar y sentir, pero en la precaria situación en que se encontraba no tenía otra opción más que permanecer inmóvil. Estaba en Barak, la fortaleza oscura, donde el menor movimiento podía depararle una muerte instantánea. Lo mejor que podía hacer era dar la impresión de estar dormido, y esperar.

Se preguntó hacia dónde podía estar yendo la caravana de la que él formaba parte, pero enseguida recordó algo que había escuchado al respecto. *El Shin Itak decidirá qué hacer con él*, había dicho un turlok. El Shin Itak, el señor de la fortaleza oscura, iba a ocuparse personalmente de considerar su caso y decretar su destino.

Abrió un ojo y espió. Vio torres y puentes, turloks y más turloks, y más torres y puentes y turloks. Las sombras eran largas y se extendían por todas partes, por las paredes, por el suelo, por todos los rincones.

La caravana se detuvo. Cerró los ojos y prestó atención.

-¿Qué es esto? Hum. Veamos. Soy Kobar, custodio de esta puerta. Espero que tengas una buena razón para estar presentándote aquí, en el medio de la noche, con toda esta caravana que traes. Porque yo no te conozco ni sé quién eres. No eres un general. No eres nadie que haya visto jamás. Hum. Una caravana. Veamos. Líder de caravana, espero que seas consciente de que viniste a las puertas mismas de la torre mayor, donde se encuentra nuestro gran jefe. Contéstame, líder de caravana, quién eres y por qué vienes.

-Mi nombre es Narnuk. -contestó el líder de la caravana- Vengo para entregarle este humano al gran jefe.

-¿Quién es el humano?

-El gran jefe lo sabrá.

-¿Por qué se lo traes?

-Porque el gran jefe lo quería, y con vida. -concluyó Narnuk.

Se produjo un silencio.

-Muy bien, te conduciré ante el gran jefe. Deja tus armas aquí. Cárgate al humano en los hombros y acompáñame.

Escuchó el ruido metálico de las armas de Narnuk al ser apoyadas contra la pared. Luego sintió que el turlok lo levantaba como a un simple fardo.

-¡Vosotros, permaneced aquí! -le dijo Narnuk a su caravana- Asqueroso humano, asquerosa molestia, pronto dejarás de ser un problema. Por lo menos para mí. Kobar, llévame pronto con el gran jefe y no perdamos más tiempo.

Ingresaron a la torre. No le hizo falta abrir los ojos para percibir la oscuridad del lugar. Se limitó a escuchar, pero no podía oír otra cosa más que las pisadas de Narnuk, que lo cargaba en los hombros, y las de Kobar, que iba un poco más adelante. Le pareció que había muchos más turloks alrededor, inmóviles y en guardia.

Hubo varios ruidos de puertas metálicas abriéndose y cerrándose. Luego comenzó un ascenso por unas escaleras, a ritmo vigoroso y sin interrupción. Después de una cantidad de escalones imposible de calcular, la marcha se detuvo.

-Espérame aquí. -dijo Kobar- Debo anunciarte.

Narnuk asintió con un sonido de la garganta. Kobar se adelantó, habló en voz baja con otro turlok y regresó.

-Muy bien. Estás a punto de ver al gran jefe. Presta mucha atención a las indicaciones que voy a darte. Mantendrás al humano en tus hombros todo el tiempo, como hiciste hasta ahora. Seguirás mis pasos, caminando a la misma velocidad que yo. No te apartarás de mí ni por un instante. Mirarás hacia el frente y nada más. Lo que haya a la derecha, lo que haya a la izquierda, lo que haya en cualquier otra parte, no te interesa ni es de tu incumbencia. ¿Me comprendes?

Nuevamente Narnuk asintió con un sonido de la garganta.

-Bien. -agregó Kobar- Y ahora sí, andando.

Emprendieron la parte final del camino.

-Desde aquí en adelante caminaremos cada vez más despacio. -dijo Kobar- Aquella puerta que se ve adelante da con la sala donde está el gran jefe. Yo ingresaré primero, daré cinco pasos y luego entrarás tú. Te pondrás a mi izquierda, y no le hablarás al gran jefe hasta el momento en que él se dirija a ti.

Poco tiempo después la marcha se detuvo. Kobar dio cinco pasos adelante, como había dicho, y recién entonces avanzó Narnuk, con una lentitud poco frecuente en un turlok.

Kobar volvió a hablar.

-Arrodíllate ante el Shin Itak, nuestro señor único y absoluto.

Sin quitárselo de los hombros, Narnuk apoyó las rodillas en el suelo.

Hubo un silencio prolongado.

-Es suficiente. -dijo una voz áspera, fuerte como diez voces humanas- Ponte de pie, y despierta al humano.

Narnuk lo bajó con una lentitud extrema. Cuando terminó, lo sujetó por las axilas.

-Despierta, humano, que el gran jefe quiere hacerte unas preguntas. Vamos, no lo hagas esperar.

Narnuk empezó a sacudirlo. Para evitar que la escena continuara, Azemir abrió los ojos lentamente.

Se encontraba en el lugar más extraño que jamás hubiera visto. Tenía forma circular y el techo era tan alto que ni siquiera un pino hubiese llegado a tocarlo. Pequeñas aberturas lo surcaban en hileras, a manera de ventanas diminutas, pero la luz que dejaban pasar era insignificante. Había unos pilares de metal con antorchas en las puntas, pero su brillo era tenue y el lugar permanecía mayormente en penumbras.

-El humano ya está despierto, señor. -dijo Narnuk.

La voz áspera y fuerte habló por segunda vez.

-Entonces hazte a un lado.

Narnuk lo soltó y tomó distancia. Azemir parpadeó varias veces. Después de unos momentos empezó a distinguir algo, justo adelante. Cuando comprendió lo que estaba viendo, dio un salto involuntario hacia atrás, sintiendo un nudo en la garganta.

Estaba frente al turluk más enorme que jamás hubiese visto. El Shin Itak era más alto que una casa de dos pisos y lo bastante musculoso para arrancar un árbol con cada brazo.

-Explícame, líder de caravana, quién es este humano que me trajiste.

Narnuk quedó petrificado y con los ojos abiertos como dos monedas enormes.

-Señor, había orden de capturar a este joven. Pertenecía a la partida de rescate. La orden fue de capturarlo vivo y traerlo hasta aquí.

El Shin Itak se tomó el mentón.

-Eso es imposible. No sabía nada sobre esa partida de rescate. Jamás pude haber ordenado la captura de ninguno de sus miembros.

Narnuk, que lucía increíblemente pequeño frente a su jefe, pareció incomodarse aún más.

-Explícame por qué lo trajiste ante mi presencia.

-Señor, -balbuceó Narnuk- las órdenes fueron...

-¿Cuántos formaban esta partida de rescate?

-Se me dijo que cuatro, señor.

-¿Se te dijo? ¿Qué significa eso?

-Yo no participé en la captura, señor. Fue un capitán de tropa el que me encargó que trajera al joven. Me dijo que era un miembro de la partida de rescate. Me explicó que había orden de entregarlo con vida, y que debía ser traído cuanto antes.

Narnuk no volvió a abrir la boca y se quedó inmóvil. El Shin Itak guardó silencio y respiró sonoramente. Se puso de pie, y al hacerlo pareció engrandecerse aún más.

-Vosotros dos, bien atrás.

Narnuk y Kobar retrocedieron. Luego el Shin Itak dijo algo imposible de entender, como una especie de orden pronunciada en un idioma secreto. Al sonido de esa orden, dos figuras emergieron de las sombras que había alrededor.

Eran seres extraños. Debían ser turloks, pero estaban vestidos con túnicas negras que rozaban el suelo y cubrían la totalidad de su cuerpo. En la cabeza tenían una capucha, y una máscara blanca cubría su rostro entero con la sola excepción de unas ranuras a la altura de los ojos.

Azemir sintió un frío en la nuca al verlos aproximarse. Se pararon a su izquierda y su derecha, y lo sujetaron firmemente de los brazos.

-Así está mejor. -dijo el Shin Itak.

El enorme monstruo abandonó su trono y caminó hasta él.

-Ahora dime, humano, quién eres.

Azemir se mantuvo en silencio. Se preguntó si tenía algún sentido mentir en esa situación.

-Humano, te hice una pregunta.

-Mi nombre es Azemir.

El rostro del Shin Itak se crispó.

-¿Azemir? -dijo con desprecio, como si al nombre le faltara una parte.

Pero él no agregó palabra.

-¿Azemir? ¿Quién eres? ¿Qué eres?

El rostro del Shin Itak se crispó todavía más.

-¿Eres un soldado de la ciudad, Azemir?

-No lo soy.

-¿Eres un espía?

-No, no soy un espía.

-¿Eres un bandido del desierto?

-No soy un bandido, ni del desierto ni de ninguna parte.

-¿Qué eres, entonces?

-Soy un labrador de la provincia de Jornid.

Hubo un silencio, y de pronto el Shin Itak soltó una carcajada, que produjo una sacudida en todos los músculos de su cuerpo inmenso.

-¿Labrador de la provincia? -dijo con desdén- ¿Acaso estás burlándote de mí?

-No. Estoy diciendo la verdad.

El Shin Itak lanzó un resoplido, como un caballo. Azemir decidió hacer la única pregunta que le importaba hacer.

-¿Dónde se encuentran mis compañeros, y dónde se encuentra el general Belger?

Los labios del Shin Itak se levantaron, dejando entrever unos dientes del tamaño de pequeños cuchillos.

-Belger está en mis manos, y lo seguirá estando hasta que me canse de su silencio y lo haga matar. En cuanto a tus compañeros...

El Shin Itak se volvió hacia Narnuk, como esperando una respuesta.

-No sé nada de ellos, señor. Me entregaron a éste, y a nadie más. Ni siquiera mencionaron a esos compañeros de los que él está hablando. Deben estar muertos, señor. De lo contrario, me los hubieran entregado para que los trajera aquí...

-Todo esto es absurdo. -lo interrumpió el Shin Itak- No sabía nada de estos rescatadores, y jamás di orden de capturar ni de traer a ninguno de ellos.

-Señor, con respecto a este humano, recibí órdenes claras...

-¿Estás diciendo que olvidaría mis propias órdenes?

-No, señor, yo...

-Entonces no hagas comentarios que no se te están pidiendo. -concluyó el Shin Itak, sacudiendo la cabeza y parpadeando varias veces, como si un mareo repentino se hubiese apoderado de él.

Azemir permaneció en silencio, observándolo con atención. El líder de los turloks daba la impresión de estar sintiendo algún dolor, alguna puntada intensa en el cráneo.

-Pregunté dónde están mis compañeros. -volvió a decir Azemir.

El Shin Itak torció la vista hacia él.

-No se quiénes son tus compañeros. Y nunca di orden de capturarte, ni a ti, ni a ellos. No sé por qué te trajeron ante mi presencia.

-En alguna parte los tenéis.

-Tus compañeros deben estar muertos, Labrador. -contestó el Shin Itak- No dejamos a mucha gente con vida. Excepto que sirvan para trabajar, pero no cualquier humano soporta nuestros trabajos. En cuanto a ti, estás empezando a fastidiarme. Será mejor que te corten el cuello ahora mismo. Así servirás de alimento para los gulaks. -soltó otro resoplido y se volvió hacia Narnuk- Llévatelo y hazlo matar.

Las figuras encapuchadas lo soltaron. Narnuk, el líder de la caravana, fue caminando hasta él con pasos indecisos.

-Dije que te lo lleves y que lo hagas matar. -agregó el Shin Itak, y sin más dio media vuelta y volvió a su trono.

Narnuk le ató las manos con torpeza. Azemir se preguntó qué podía pasar en los próximos instantes. Caminaron lentamente hasta la puerta, y justo cuando estaban por salir, el Shin Itak lanzó un grito.

-¡Alto!

Narnuk se detuvo al instante, y por primera vez en un largo rato, su rostro empezó a relajarse.

-No lo harás matar. -dijo el Shin Itak - Lo quiero con vida.

La voz del gran jefe había cambiado por completo.

-Tráemelo de vuelta. Quiero hacerle unas preguntas.

Narnuk lo llevó hasta dejarlo en el mismo lugar de antes. Con paso firme y ansioso, el Shin Itak caminó hasta él. Ahora su expresión era completamente distinta, y su mirada estaba llena de lucidez.

-¿Dijiste que tu nombre es Azemir?

-Eso dije exactamente.

-Eso dijiste, sí. Azemir. Tú estabas en la partida de rescate. Viajaste por las Montañas Verdes, por el Delta Seco.

Azemir se preguntó cómo había llegado a saber esas cosas el Shin Itak.

-Escúchame bien, humano. Escúchame muy bien. Si no quieres sufrir como nunca sufriste antes, si no quieres conocer el dolor más grande que jamás hayas sentido, será mejor que me contestes una pregunta, de manera clara, y de manera simple.

Se preguntó qué podía saber él que fuese tan importante.

-Contéstame esto, Azemir, y seré piadoso contigo. Contéstame ahora, contéstame ya mismo, y contéstame con la verdad. ¿Dónde se encuentra Astar?

-¿Astar? ¿Quién es Astar?

El Shin Itak resopló fuertemente.

-Astar, sí. Eso dije, humano. Astar. ¿Dónde está él? ¿Dónde se esconde?

-No sé quién es. Nunca había escuchado ese nombre.

Una vez más, el Shin Itak soltó un resoplido. Luego, sin aviso alguno, le lanzó un puñetazo al vientre. Azemir endureció el cuerpo justo antes de recibir el golpe; pero, aún así, el impacto fue tan grande que lo sacudió entero, y lo hubiera arrojado hacia atrás de no haber sido por los turloks encapuchados que estaban sujetándolo. Durante unos momentos fue incapaz de respirar, y cuando logró finalmente hacerlo, fue como aprender a usar los pulmones nuevamente.

-Y bien, humano... -susurró el gran monstruo- ¿Me dirás ahora dónde se encuentra Astar?

Azemir reunió todas sus fuerzas para contestar.

-Ya te dije que no sé quién es Astar.

El Shin Itak lanzó otro puñetazo, y una vez más, Azemir endureció el cuerpo justo antes del impacto.

-Veo que eres tenaz y resistente, humano.

-Así es, turlok. Soy tenaz y resistente. Pero no sé quién es ese Astar del que me hablas.

El señor de la fortaleza oscura lo miró una vez más. Parecía estar evaluando la conveniencia de continuar con los golpes o detenerse en ese momento exacto. Luego, como tomando una decisión, se incorporó en toda su estatura y soltó una risa burlona.

-Tienes suerte, Azemir. No te haré matar en este día. Tarde o temprano, me dirás dónde se encuentra Astar. Tengo métodos para conseguirlo. Lograré que hables, de una manera o de otra. Mientras tanto, trabajarás. Será un trabajo duro, Azemir. Nadie soporta mucho tiempo nuestros trabajos. Espero que estés familiarizado con el hambre y con el agotamiento, porque sino morirás, en pocos días. Y si con eso no alcanza, tendrás que ir al Círculo, o conocerás el tormento de los Centinelas de la Sombra. Pero desistirás mucho antes, estoy seguro. Cuando sientas que ya tuviste suficiente, y estés dispuesto a decirme dónde se esconde Astar, sólo tendrás

que llamar al carcelero y decirle que decidiste confesar. Él te traerá conmigo, y tendremos una conversación. Hasta entonces, fuera de aquí.

Sólo una cosa pasó por la mente de Azemir. Ahora que el Shin Itak había entrado en un estado de lucidez absoluta, era el momento indicado para preguntar una vez más.

-¿Dónde están mis compañeros?

Pero el Shin Itak simplemente se rió.



## **-Capítulo dos-**

### **-El calabozo-**

Azemir abandonó la sala, guiado por Narnuk y por Kobar, que lo condujeron a través de múltiples escaleras en espiral. Cuando llegaron a la planta inferior y salieron nuevamente a la intemperie, Azemir miró hacia arriba.

La torre de la que había salido era la más alta que jamás hubiese contemplado. Su punta se perdía a lo lejos, engullida por una nube.

-Tomaré algunas precauciones. -dijo Narnuk.

El turlok le pasó una soga por la cintura y ató la otra punta al cuello de un gulak. Un instante después la caravana entera emprendió la marcha, como una gigantesca serpiente en movimiento.

A poco de caminar, Azemir descubrió que el trazado de las calles seguía un orden extraño y complejo. Se preguntó cómo los turloks habían aprendido a conducirse por ellas sin extraviarse. También la forma de las edificaciones le resultó difícil de entender. No estaban construidas ni dipuestas con un criterio claro, o si había un criterio tal, estaba más allá de lo que podía apreciarse a simple vista.

Pero en seguida recordó que Barak había nacido del ingenio de los hombres lagarto, y ninguna cosa concebida por esas mentes extraordinarias podía carecer de un orden o de un propósito. La arquitectura de esa fortaleza tenía que esconder un significado, aunque no fuese manifiesto.

Pronto empezó a convencerse de que era realmente así. Todas las cosas que había en la fortaleza oscura le parecían responder a un orden preciso pero rigurosamente oculto. Los turloks no podían sospechar la existencia de ese orden. No podían entender que ese bastión que habitaban era una tabla de barro en la que estaban escritos antiguos secretos. Jamás habían visto en esa fortaleza gigantesca otra cosa que una fortaleza gigantesca, y cualquier otro propósito que pudiese encerrar estaba más allá de su entendimiento, y lo seguiría estando por siempre.

Intentó distraerse contando a los turloks que formaban parte de su caravana, pero perdió la cuenta una y otra vez. Los ojos se le desviaban involuntariamente, atraídos por las formas extrañas de las torres y los edificios. Cuando creyó estar listo para concentrarse, la caravana se detuvo.

-Aquí estamos al fin. -dijo Narnuk- Esta es la torre prisión.

Se trataba de una torre lúgubre y sin ventanas.

-Es aquí donde encerramos a enemigos despreciables como tú, humano. Es aquí donde conocéis la desesperación, donde llegáis a odiar al mundo

entero. Aquí estarás en adelante, hasta que mueras o hasta que le digas al gran jefe lo que desea saber.

Azemir se mantuvo en silencio. Narnuk soltó una carcajada, y se acercó a un turlok gordo que custodiaba la puerta de acceso.

-Aquí tienes un nuevo prisionero, Polok.

Polok respondió con una vaga inclinación de la cabeza. Sus orejas estaban cortadas por la mitad, como si un perro se las hubiese mordido.

-Te lo traigo por orden del gran jefe. -agregó Narnuk, con un tono de importancia- Según parece este humano sabe algunas cosas que no quiere confesar. Por eso el gran jefe me ordenó que lo trajera aquí. Para que reflexione un poco y cambie de parecer.

Polok movió sus orejas mutiladas.

-¿Quién eres, humano?

Azemir se mantuvo en silencio. Dando un paso adelante, Polok le agarró el mentón y le inspeccionó el rostro. Un momento después, le arrojó un puñetazo a la cara.

Azemir lo esquivó.

-¡Estúpido humano! -gritó Polok- ¿Eres fuerte, eso crees? Aquí veremos qué tan lejos llega esa fortaleza. Aquí todos terminan igual. ¡Todos! ¡Muy pronto lo verás!

Sin demora, Polok le quitó la soga que tenía en la cintura. Luego lo tomó del cuello y lo llevó hacia adentro, cerrando la puerta con un golpe y dejando afuera a Narnuk.

El interior del lugar era demasiado oscuro, demasiado húmedo y demasiado sucio. La única luz provenía de unas antorchas a los costados.

Polok lo condujo hacia arriba por una escalera. Cuando terminaron de subir continuaron a través de un pasillo circular, con una sucesión de calabozos vacíos a la izquierda y otra a la derecha. Al final del recorrido subieron por otra escalera, sólo para encontrarse con un nuevo pasillo circular, idéntico al anterior. La escena se repitió nuevamente en el tercer piso, en el cuarto, en el quinto, el sexto, el séptimo y el octavo.

En el noveno había una única antorcha. Polok la quitó de la pared y condujo a Azemir hasta la puerta de un calabozo pequeño.

-Aquí estarás bien, humano. Y además estarás solo, porque no hay ningún otro prisionero en este piso. Por cierto, es el último. La prisión se termina aquí. Arriba no hay más calabozos, solamente está el cielo.

El turlok lo empujó violentamente hacia adentro y cerró la puerta.

-Es aquí, humano, donde empieza la prueba. Que disfrutes de tu prueba.

Sin más, el turlok se marchó. Azemir lo escuchó alejarse por el pasillo y bajar las escaleras. El sonido de sus pisadas torpes le fue llegando cada vez más distante, hasta el momento en que dejó de oírlo y entonces el silencio y la oscuridad más absolutas se apoderaron de todo alrededor.

Respiró profundamente. Se limitó a permanecer inmóvil, escuchando el silencio total y viendo la oscuridad absoluta, con sus manos palpando el aire sin forma.

No fue hasta después de un rato que sus ojos se acostumbraron a esa oscuridad aplastante, y descubrió, entonces, que sí había una luz. Era pequeña, muy pequeña, del tamaño de una semilla diminuta. Provenía de la pared. Era la luz del atardecer, que estaba colándose por una fisura.

La pequeña luz le permitió ver con más claridad el lugar donde se encontraba. Comprobó que era un simple calabozo, y no más que eso. Sólo estaban ese suelo y ese techo, esas paredes y esa reja. Maldijo a la fisura luminosa, por mostrarle cuán vacío y miserable era ese lugar en el que estaba encerrado. Se acercó a la reja y miró al otro lado del pasillo, y vio otro calabozo, igual que el suyo.

Tuvo una idea extraña. Pensó que, si llegaba a tocar los barrotes de aquel otro calabozo, iba a sentirse menos solo. Contempló el pasillo que lo separaba, y evaluó las posibilidades de conseguirlo. Le pareció que había chances. Sacó un brazo por entre los barrotes. Lo extendió al máximo, haciendo su mejor esfuerzo. Un momento después, se dio cuenta de que era imposible llegar. La distancia era irremediable, no podía franquearse.

Se frotó enérgicamente la cara, y se preguntó qué podía hacer para no dejarse consumir el alma, dando vueltas y vueltas en un calabozo vacío de una fortaleza oscura y sucia.

Se preguntó si era posible que los turloks hubiesen descubierto aquella fisura, pero enseguida comprendió que era imposible. Los turloks siempre andaban con antorchas, y hacía falta oscuridad para verla.

Miró a través de ella, y vio el cielo.

Empezó a caminar en círculos, pensando en las cosas que podían estar ocurriendo afuera, en otros lugares. Imaginó las batallas que sin duda estaban librándose, entre Adelia y los turloks. Una preocupación más grande, sin embargo, ocupó de inmediato sus pensamientos.

¿Dónde estaban sus amigos?

No podían haber muerto. Tenían que estar vivos, en alguna parte. Tenía que repetirse a sí mismo, todos los días, que tarde o temprano iba a reunirse con ellos.

Y sin embargo iba sintiendo un miedo que le trepaba por el cuerpo.

Se dijo a sí mismo que debía pensar en otra cosa. Se puso a recordar su encuentro con el Shin Itak. El líder de los turloks le había preguntado por alguien llamado Astar. Pero él no sabía quién era Astar, ni sabía tampoco...

Se dio cuenta de que el nombre le resultaba familiar, por alguna razón.

Astar. ¿Quién era él?

Astar. Astar.

De pronto sintió un sobresalto. Astar. Ahora lo recordaba con precisión. Había escuchado ese nombre, un tiempo atrás, la noche en que los turloks lo habían envenenado. El veneno lo había dejado inconsciente, por un rato muy largo. En ese rato había tenido visiones, y había escuchado una voz. Aquella voz le había dicho muchas cosas, y una, en particular, le había llamado la atención. *Los días de Astar pueden terminarse alguna vez, y entonces tú*

*serás la única esperanza.* Se preguntó qué podía significar eso. Se preguntó si acaso...

El sonido de múltiples pisadas interrumpió sus pensamientos. Se dio cuenta de que eran los demás prisioneros, que volvían de trabajar y se dirigían a sus calabozos, en los pisos inferiores. Las pisadas continuaron durante un rato, pero entonces un turlok gritó una orden, y el silencio retornó.

Azemir se frotó la cara, y procuró no pensar en las cosas que estaban esperándolo como prisionero de la fortaleza oscura. Por unos momentos, se quedó mirando la pequeña luz que provenía de la pared, que fue apagándose más y más conforme la tarde iba muriendo en el exterior.

Finalmente decidió que debía descansar. Trató de acomodarse en el suelo. Las piedras eran muy irregulares, y se le clavaban en las costillas. Tardó un tiempo en encontrar una posición adecuada. Cuando lo hizo, se arrojó en la túnica y respiró con profundidad, y se durmió pensando en la campiña.

Al día siguiente una voz ronca y desagradable lo obligó a despertar.

-Levántate, humano.

Levantó la cabeza y vio la figura ancha de Polok. Se preguntó si en adelante todos los días iban a comenzar de esa manera.

-Dije levántate, humano.

Azemir se levantó del suelo. Polok abrió la puerta del calabozo.

-Andando.

Sin apuro, Azemir dio el primer paso hacia la salida, pero Polok lo detuvo.

-Alto. Me parece ver que tienes una malla de acero debajo de la túnica.

-Así es, turlok.

-Tendrás que quitártela.

Azemir procedió a quitarse la túnica en primer lugar. La dobló prolijamente y la dejó en el suelo, contra la pared. Luego se quitó la malla de acero, quedando con el pantalón y la camisa, y se la entregó a Polok.

-Ahora sí, andando.

Tan pronto como salió del calabozo, Polok cerró la puerta con un estrépito. Luego emprendieron el descenso, mezclándose con los prisioneros de los pisos inferiores y con otros guardias. Fue cuestión de momentos hasta que todos salieron de la torre prisión, hacia un patio externo.

Allí estaba esperándolos un turlok alto y robusto. Llevaba dos sables en la espalda, y un azote en la cintura.

-Oídmelo bien, humanos. Mi nombre es Garbalk. Los que sois nuevos aquí, prestadme atención. Y los que no lo sois, oíd nuevamente las pocas reglas que debéis recordar.

Dos turloks trajeron una cadena gigantesca, con grilletes a los costados. Empezaron a colocarles los grilletes a los prisioneros, uno a uno.

-Oídmelo bien, humanos. -volvió a decir Garbalk - Estas son las cosas importantes que tenéis que saber. La primera es que si todavía estáis vivos, es únicamente porque podéis ser útiles. Sois nuestros ahora, todos y cada uno de vosotros, y continuará siendo así, hasta que la muerte venga a llevaros. Ahora, oíd la segunda cosa. Es muy sencilla. Nunca, jamás, penséis en escapar. Sólo hace falta mirar alrededor para entender que es una idea estúpida, muy estúpida. Sin embargo, hubo tontos que no lo comprendieron, y sacrificaron sus vidas miserables tratando de lograr lo que no puede lograrse. El único lugar a donde podéis escapar es a otra parte de Barak, y en cualquier parte de Barak podemos encontraros fácilmente, y haceros pagar el precio de vuestra aventura.

Garbalk interrumpió su discurso para respirar sonoramente. Alrededor, el día empezaba a amanecer, trayendo brisas que en la campiña hubieran sido reconfortantes, pero que allí estaban contaminadas con los aires y los olores de la fortaleza oscura.

-Por si esto no fuera suficiente advertencia, humanos, os recordaré los castigos. Las miradas de cansancio se castigan con esto.

Levantó el azote, lo mostró ante la vista de todos y volvió a colgárselo de la cintura.

-Ahora bien, humanos. Si llego a veros haciendo algo que *realmente no debéis hacer*, el castigo es mayor.

Desenvainó uno de los sables que tenía en la espalda.

-Me refiero a tonterías grandes. Las tonterías grandes se pagan con una mano. ¿Qué son tonterías grandes para mí? Robar un arma, por ejemplo, es una tontería grande. Atacar a uno de mis guardias también lo es.

Recién entonces, Azemir descubrió que muchos prisioneros habían sido castigados de esa manera.

-Y ahora, humanos, viene lo más importante. -continuó diciendo Garbalk, mientras caminaba entre ellos- Para todo aquel que sea descubierto conspirando, hay dos posibilidades. Son nuestros dos castigos máximos. Uno es el Círculo, y el otro es el tormento de los Centinelas de la Sombra. Pero seguramente ya sabéis en qué consisten. Nadie que tenga la cabeza en su lugar puede buscar esas cosas, y confío en que vosotros la tenéis firme sobre el cuello. Y ahora sí, no hace falta dar más explicaciones. Andando.

Sin más, Azemir y los demás prisioneros abandonaron el patio. Se internaron en las calles de la fortaleza oscura marchando de dos en dos, unidos por la larga cadena, que pasaba por entremedio de ellos a la manera de una columna vertebral. Garbalk y sus turloks iban escoltándolos, distribuidos a lo largo de la fila.

Azemir se atrevió a echar un vistazo a los otros prisioneros. Inmediatamente se encontró con rostros desoladores y miradas que no miraban. Eran hombres en una condición miserable, tan miserable que resultaba difícil encontrar diferencias entre ellos. Estaban casi muertos, y avanzaban como empujados por un viento débil, unidos por igual a esa larga cadena. Los trabajos y los días en la fortaleza oscura los habían aplastado,

los habían llevado a la indignidad más profunda. Se preguntó cuántos podían ser. La cadena de prisioneros parecía no tener fin. Caminaban uno atrás del otro, con la frente baja, como en un cuadro triste.

Poco tiempo después llegaron a un callejón donde había un portón de hierro, custodiado por una decena de turloks que les abrieron paso de inmediato.

-¡Adelante, humanos! -gritó Garbalk- ¡Avanzad! ¡Hay trabajo que hacer!

Tan pronto como ingresaron Azemir sintió un asombro tan grande que estuvo a punto de tropezar. El lugar era una explanada inmensa y vacía, tan inmensa y tan vacía que una manada de gulaks hubiera podido correr libremente en ella. Tenía forma rectangular, y su límite estaba cuidadosamente marcado con un muro de concreto, alto, sólido, infranqueable.

-¡Hay trabajo que hacer! -volvió a decir Garbalk- ¡Vamos, rápido!

Los condujo por la explanada hasta un lugar donde había una enorme pila de rocas, y allí dio la orden de detenerse.

-Prestad atención. -dijo mirándolos a todos- En adelante no tendréis que cavar más, porque la fosa está terminada. Hoy comenzará una tarea nueva.

Azemir miró fugazmente a los demás prisioneros. Nada parecía afectarlos.

-Prestad atención, humanos. -repitió Garbalk, mientras los otros turloks iban desenganchándolos de la cadena- Estas rocas que están atrás mío son para construir una torre. Pero son muy grandes, y para edificar hay que hacerlas más pequeñas. Vosotros haréis ese trabajo. Tenemos poco tiempo, humanos. En dos días, ninguna de estas rocas puede ser más grande que mi puño.

Cerró la mano y mostró el puño ante todos, como si fuese posible tener alguna duda sobre el tamaño que tenía.

-Dos días, humanos. Allí están los picos. ¡A trabajar!

Todos y cada uno de los prisioneros se pusieron a picar, y Azemir con ellos.

El trabajo continuó durante el día entero, con la única excepción de unas pequeñas pausas para tomar agua de una tinaja y comer unos pedazos de pan. Cuando ya faltaba poco para el anochecer, Garbalk anunció que debían regresar. Todos y cada uno de los prisioneros fueron enganchados a la cadena, y llevados por las calles de la fortaleza oscura hasta la torre prisión.

Cuando Azemir entró a su calabozo, inmediatamente se acomodó en el suelo, se tapó con la túnica y cerró los ojos. Se concentró en tener el corazón tranquilo y pensar en la campiña, y cuando al fin estaba por dormirse, escuchó unos pasos aproximándose.

Mantuvo los ojos cerrados y prestó atención. Eran Garbalk y Polok, que venían caminando por el pasillo.

-No puedo creer lo que estás diciéndome.

-Polok, tonto Polok. ¿Acaso no estabas al tanto? Hace ya un tiempo que el gran jefe se comporta de manera extraña. Olvida cosas y de pronto las recuerda. Por momentos no habla, por momentos habla solo. De pronto tiene un estallido de euforia, y empieza a dar cientos de órdenes. Luego se queda mudo, duro como una piedra.

-Raro.

-Y a veces se agarra la cabeza y lanza gritos de dolor.

-Raro, muy raro. ¿Cómo puede ser que...

-Silencio.

Los turloks se detuvieron justo en la puerta de su celda.

-¿Qué ocurre?

-Nada ocurre, tonto Polok. Sólo quería comprobar que el humano estuviese dormido. Sigamos.

-¿Dijo qué piensa hacer con Bardoc, ahora que lo tiene capturado?

-Es obvio que tiene intenciones de meterlo en esta torre. ¿Por qué otra razón va a pedirnos que preparemos un calabozo?

-¿Y por qué no interrogarlo antes?

-Debe estar interrogándolo ahora mismo. Pero Bardoc no hablará. Por eso quiere tenerle un calabozo preparado. Para encerrarlo y matarlo de hambre. Hasta que, algún día, Bardoc se decida a abrir la boca.

-¿Y por qué no mandarlo a los trabajos?

-Bardoc es muy peligroso para eso. Los vardshaks no son como los humanos. A un humano, le quitas la comida, le quitas el abrigo, le quitas a sus otros humanos, y ya no queda nada. Entonces interrogas al humano, le ofreces algo a cambio, y el humano contesta. Pero Bardoc no es humano. Es un vardshak. Más aún, es el líder de todos los vardshaks. Intenta hacer con Bardoc eso mismo que le hacemos a los humanos, y no conseguirás nada. Día y noche seguirá esperando el momento de romperte el cuello. ¿Cómo se te ocurre pensar que Bardoc tomará el pico y picará piedras, como todos los demás?

-Tienes razón.

-Claro que tengo razón, tonto Polok. A propósito, ¿qué calabozo es el más fuerte?

-Este de aquí.

-¿Al lado del humano?

-Me preguntaste cuál es el calabozo más fuerte, y es éste.

-Déjame entrar.

-Adelante. Examina las paredes y verás que están macizas. Las rejas también.

-¿Cuándo fue la última vez que se usó?

-Nunca se usó, por eso está sólido y perfecto para Bardoc.

-De acuerdo. Me gusta. No tengo más nada que ver, vayámonos.

Sin más, los turloks cerraron la puerta con llave y se alejaron por el pasillo. Justo cuando empezaban a bajar por las escaleras, Garbalk rezongó.

-Lo que no me gusta es poner a Bardoc tan cerca del humano.





## **-Capítulo tres-**

### **-El líder de los vardshaks-**

Al amanecer Azemir fue despertado por Polok. Descendió por la torre junto con los otros prisioneros, Garbalk los reunió en el mismo patio que antes, y les dio las mismas advertencias que antes.

Unidos otra vez por la larga cadena, Azemir y los demás prisioneros atravesaron las calles de la fortaleza oscura hasta llegar a la explanada. Allí estaba la enorme pila de rocas, casi tan alta como el día anterior.

-Oídme bien, humanos. -dijo Garbalk con su tono habitual- Os advertí del poco tiempo que teníamos, y no me hicisteis caso. Es el último día que tenemos para terminar esta parte del trabajo. A partir de ahora los castigos irán en aumento. A trabajar.

Los prisioneros tomaron los picos y comenzaron. Instantáneamente Garbalk dio lugar a sus castigos, más numerosos y más fuertes que los del día anterior. Azotó a muchos hombres, quizá diez o más, y justo cuando se disponía a usar el látigo nuevamente, un turlok ingresó a la explanada y fue directamente hacia él.

-¡Garbalk!

-Mensajero, estaba esperándote. ¿Qué noticias traes?

-El gran jefe ordena que reúnas a veinte de tus guardias y te presentes con ellos en la torre mayor, ahora mismo, para trasladar a Bardoc.

-No estás hablando en serio.

-El gran jefe lo dijo con claridad. Desea que te ocupes personalmente de trasladarlo a la torre prisión, y quiere los máximos recaudos.

-Si hago eso, sólo quedarán cinco guardias para vigilar a todos estos prisioneros.

El mensajero se encogió de hombros. Garbalk hizo una mueca de disconformidad.

-Como quiera el gran jefe. Vamos, hagámoslo rápido.

En apenas un instante Garbalk reunió a veinte de sus subordinados y se fue del lugar. Todos y cada uno de los prisioneros observaron la extraña escena, y los cinco guardias que quedaron a cargo no fueron capaces de ocultar cierta inquietud.

Sin embargo, nada cambió, y todo continuó exactamente igual. Fue cuestión de instantes hasta que los prisioneros volvieron a sus picos y continuaron trabajando en silencio. No hubo intentos de fuga ni revueltas de ninguna clase, y el día entero transcurrió tan monótonamente como el anterior.

Para el atardecer, ni Garbalk ni ninguno de los que habían partido con él habían regresado aún. Los cinco guardias a cargo hicieron caso omiso de la circunstancia, y dieron la orden de seguir picando durante un rato más, pero no pasó mucho tiempo hasta que anocheció del todo y la falta de luz impidió continuar.

Fue entonces que uno de los turlorks intentó ocuparse de la situación. Dándose un aire de prepotencia, se paró frente a los prisioneros y les dijo que él, Trogolg, declaraba concluida la jornada, *asquerosos humanos*. Aclaró también que al otro día iban a seguir picando rocas, porque faltaban muchas, y que más les valía no demorarse tanto, *humanos miserables*, o iban a sufrir las peores consecuencias.

Trogolg y los demás guardias procedieron a engancharlos a la larga cadena, con cierto apuro y torpeza. Luego los sacaron de la explanada y los condujeron a la torre prisión.

Llegaron un rato después, bajo el manto de una noche oscura.

-¿Por qué habéis tardado tanto? -dijo Polok al verlos- ¿Qué ocurrió? ¿Qué...? ¡Un momento! ¿Dónde está Garbalk? ¿Y dónde están los demás?

-Garbalk y los otros se fueron a cumplir un encargo del gran jefe. -contestó Trogolg.

-¿Qué dijiste?

-Lo que escuchaste, Polok.

-No puedes estar hablándome en serio. ¿Vosotros solos trajisteis a los prisioneros? ¿Vosotros cinco?

-Veo que tus ojos funcionan muy bien, Polok.

-¿Qué necesitaba el gran jefe? ¿Qué...?

-Ayúdanos a entrar a los prisioneros, en vez de gritar cosas y más cosas.

Polok, Trogolg y los demás los condujeron al patio que estaba detrás de la torre prisión, y una vez allí los desencadenaron. A continuación los distribuyeron rápidamente en los distintos pisos, metiendo a cada uno en su respectivo calabozo.

Cuando Azemir entró al suyo, se abrigó con la túnica y se dejó caer en el suelo de piedra. No sobrevino el silencio habitual de todas las noches. Podía escucharse a los turlorks caminando por los pisos inferiores, hablando inquietamente entre ellos.

Decidió permanecer despierto un rato más, hasta conocer el desenlace de las cosas. Intentó distraerse divagando con sus pensamientos, pero fue inútil, porque a cada instante volvía a pensar en Helars, en Kiriela y en Fanor, y en el general Belger.

Tenía que encontrar algún modo de pasar el tiempo, algo que lo entretuviese y al mismo tiempo le hiciera olvidar, momentáneamente, las muchas razones que tenía para preocuparse y para temer. Se puso de pie y fue hasta el lugar donde se encontraba la fisura. La inspeccionó atentamente con los dedos. Se preguntó si acaso, consiguiendo una herramienta adecuada, tenía chances de agrandar esa fisura y aflojar algunos adoquines. No sabía qué propósito podía tener eso estando en el

noveno piso, a una distancia mortal del suelo, pero decidió que iba a probar suerte alguna vez.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por unos ruidos estruendosos, provenientes de la planta baja. Súbitamente se produjo un estallido de gritos, de golpes brutales y sonidos de muebles rompiéndose. Los sonidos continuaron durante unos instantes y luego se detuvieron, tan de pronto como habían empezado.

Apoyó el oído en el suelo y escuchó, prestando la máxima atención. Los turloks venían subiendo. Le pareció que arrastraban algo, o que movían alguna cosa con esfuerzo.

Decidió esperar, sentado en el suelo. Pasó un rato hasta que al fin los turloks irrumpieron en el piso donde él se encontraba. Eran muchos, eran casi una tropa.

-Ese orgullo que tienes se esfumará muy pronto. -dijo la voz furiosa de Garbalk- Ahora estás en nuestras manos, Bardoc. Muy pronto verás cómo tratamos a los vardshaks. Agonizarás hasta convertirte en un insecto, un despojo, un pedazo de basura. Vosotros, sujetadlo fuerte. No vayáis a soltarlo.

La comitiva entera pasó frente al calabozo de Azemir. Allí estaba Garbalk, desquiciado, y Polok, el carcelero obeso, y muchos guardias, y además alguien distinto, que estaba justo en el medio de todos ellos. Azemir intentó ver su rostro, pero el grupo entero pasó de largo velozmente, hasta el calabozo de al lado.

Garbalk volvió a hablar.

-Escúchame bien, Bardoc. Aquí pasarás el resto de tus días miserablemente. ¿Qué te parece eso? Estarás aquí hasta morirte, y morirás como prisionero nuestro. Polok, abre la puerta.

Polok metió la llave en la cerradura, le dio una vuelta, y antes de que pudiese darle una segunda, estalló un nuevo forcejeo de violencia. El forcejeo se incrementó rápidamente, y se convirtió en una lucha brutal, que se desplazó a través del pasillo hasta llegar a la puerta del calabozo de Azemir.

Peleando con sus manos desnudas, Bardoc fue derrotando a los turloks uno por uno. Garbalk intentó en vano contenerlo. Más y más guardias murieron o quedaron fuera de combate.

En el último instante, Polok hizo un intento de estrangular a Bardoc, pero Bardoc le trabó el brazo, le hizo una palanca y empezó a romperle los huesos.

-¡Matadlo! -gritó Polok con desesperación- ¡Matadlo ahora!

Garbalk desenvainó uno de sus sables. Durante un instante vaciló, pero luego lo descargó contra las costillas de Bardoc, que gritó de dolor y retrocedió unos pasos. Sin perder tiempo, Garbalk saltó sobre él y le apoyó el sable en el cuello.

-Haz el menor movimiento, Bardoc, y esta vez juro que te mataré.

Bardoc no le contestó. Trataba de contener la herida de sus costillas, pero la sangre salía sin piedad.

-¡Que alguien abra la puerta, rápido! -gritó Garbalk- ¡Allí están las llaves, en el suelo!

Uno de los turloks recogió las llaves, pero se quedó paralizado.

-¿Qué ocurre ahora? -preguntó Garbalk.

-¡Se arruinó!

-¿Qué estás diciendo?

-¡La llave del calabozo de Bardoc, se arruinó! ¡Se partió al medio cuando luchábamos! ¡La mitad de la llave quedó adentro de la cerradura!

-Entonces lo meteremos con el humano. Rápido, abre la puerta.

El guardia obedeció la orden rápidamente, y con un empujón, Garbalk arrojó a Bardoc al interior del calabozo.

-Enseguida volveré, no te muevas de ahí. -dijo Garbalk mientras cerraba la puerta y giraba la llave- ¡Vosotros, moveos! ¡Regresamos abajo, andando!

Sin más demora, Garbalk, Polok y los demás turloks se retiraron, llevándose a los muertos y a los heridos, y dejando a Azemir a solas con el nuevo prisionero.

Bardoc estaba doblándose de dolor. Azemir sintió un impulso de ayudarlo pero se preguntó si debía hacerlo. No conocía a los vardshaks, y ahora que estaba frente a uno de ellos por primera vez, no podía creer lo mucho que se parecía a un turlok. Sólo unos pocos rasgos marcaban la diferencia. Bardoc tenía menos pelaje que un turlok, y ese pelaje era marrón, en vez de ser gris o negro. Tenía una cabeza distinta, porque el hocico era más corto. Tenía las orejas más chicas.

Y nada más que eso.

De pronto Bardoc lanzó un gemido desgarrador y escupió sangre.

-Escúchame. -dijo Azemir.

Bardoc lo miró de costado sin decir palabra.

-Escúchame, por favor. Estás malherido, Bardoc. No sé nada de ti. Apenas conozco tu nombre. Sé que eres el líder de tu pueblo, y que siempre fuiste un enemigo de la fortaleza oscura. Ignoro si también eres enemigo de mi gente, pero eso no me importa ahora. La herida que tienes es muy seria, y si continúa así te causará la muerte en un instante. No conozco tu pasado, pero si juras que en adelante no matarás a ninguno de mi gente, te curaré.

Bardoc abrió grandes los ojos.

-¿Curarme? ¿Cómo lo harás?

-No necesitas saberlo.

-¿Acaso estás burlándote de mí?

Azemir no le contestó.

-Humano, existe un odio muy grande entre tu pueblo y mi pueblo. No puedo creer que no lo sepas.

-Todavía no me contestaste.

Bardoc pareció dudar. Miró toda la sangre que había perdido. Un momento después, asintió.

-Está bien. Juro no matar seres humanos. Y ahora sí, cúrame, si puedes hacerlo.

Sin perder tiempo, Azemir se arrodilló a su lado y estudió la herida con los dedos. Quitó rápidamente los pedazos de ropa que habían quedado adentro, y una astilla de metal que se había desprendido del sable de Garbalk. Luego frotó las manos y se preparó para trabajar. Elevó al máximo su concentración y procedió a curarlo. La energía fluyó poderosamente por sus manos, y en poco tiempo empezó a producir el sanamiento de la herida. El sangrado se detuvo al instante. Los cortes de las vísceras se fueron cerrando, uno por uno, hasta el último. Finalmente la piel cortada volvió a unirse, sin dejar ninguna cicatriz.

Nunca antes había curado una herida tan grave de manera tan rápida. Se alegró por la proeza, y al instante empezó a sentir el mareo que siempre le sobrevinía después de realizar una sanación importante.

-Por mi pueblo... -dijo Bardoc, atónito.

Azemir se sentó y respiró profundamente, intentando recuperarse.

-No puedo creerlo. -dijo Bardoc, pasándose la mano por el lugar donde antes había estado la herida mortal- Me curaste por completo. ¿Cómo lo conseguiste, humano? ¿Dónde aprendiste a hacerlo? ¿Quién eres?

Azemir sintió que empezaba a reponerse del esfuerzo.

-Mi nombre es Azemir. Las otras cosas no necesitas saberlas.

Bardoc se quedó mirándolo, estupefacto. Azemir notó que su mirada era distinta de la de un turllok.

-Por favor, Bardoc, dime algo sobre tu pueblo. Eres el primer vardshak que conozco.

Bardoc volvió a pasarse la mano por el lugar de la herida.

-¿Por qué me dices vardshak? Nunca antes un humano me llamó de esa manera.

-Es la manera en que te llaman los turloks.

-Ya lo sé. Pero vosotros, los humanos, nos pusisteis un nombre distinto.

-¿Qué nombre?

-*Medios turloks.*

Azemir quedó boquiabierto. Siempre había pensado que los medios turloks eran seres imaginarios, inventados por los viajeros y los trovadores, para asombrar a otras personas con relatos fabulosos pero enteramente falsos.

-¿Realmente eres un medio turllok? -dijo Azemir- ¿Tienes sangre de turllok y de humano?

Bardoc respiró enérgicamente y se puso de pie. Caminó a un lado y al otro del calabozo, como inspeccionando sus partes. Luego se acercó a las rejas y olfateó el pasillo. Por último, volvió a sentarse en el suelo, de frente a Azemir.

-Así es, los vardshaks tenemos sangre de las dos razas. Mucho tiempo atrás los turloks usaban mujeres humanas para satisfacerse. Se apoderaban de ellas cada vez que saqueaban un pueblo. Tarde o temprano las mataban, pero algunas conseguían escapar. De esas mujeres nacimos los vardshaks.

-¿Por qué los turloks os odian tanto, si lleváis su sangre?

Bardoc hizo una mueca.

-También los humanos nos odiáis, a pesar de que seamos mitad humanos.

Azemir se arrepintió de la pregunta que había hecho.

-De cualquier manera... -dijo Bardoc- Los turloks nos detestan todavía más, y especialmente el Shin Itak. A mí me tiene un odio profundo, y no es difícil imaginar el por qué. Le maté muchos soldados. *Muchos*. No sé cuántos, porque perdí la cuenta hace tiempo, pero él sigue anotándolos.

Bardoc soltó una carcajada. Azemir notó que era la misma risa de un ser humano, mientras que la risa de los turloks era una simple secuencia de espasmos.

-¿De dónde eres, humano? No das la impresión de ser un hombre de Adelia. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué eres un prisionero de la fortaleza oscura?

-Es una historia muy larga. -contestó Azemir- Estaba realizando una misión, con tres compañeros más, cuando los turloks nos atacaron. A mí me trajeron hasta aquí. Los demás fueron llevados a otra parte, creo.

-¿Crees? ¿Qué significa eso?

-Que no sé lo que fue de ellos.

Bardoc le arrojó una mirada que, de algún modo, se parecía a la compasión.

-Entiendo que te preocupes por tus compañeros, humano. Pero, en tu lugar, no tendría muchas esperanzas de verlos con vida. Los turloks no conocen el perdón.

-Está bien que quieras advertirme. Pero tengo esperanzas de volver a verlos. Yo...

Bardoc levantó la mano indicándole que hiciera silencio.

-Están volviendo. -dijo en voz baja- Garbalk y los demás. Será mejor que no nos vean conversando. Me taparé con la mano el lugar de la herida, para que no sospechen que me curaste.

Azemir asintió. No pasó mucho tiempo hasta que, en efecto, escuchó una serie de pisadas aproximándose por las escaleras. Unos momentos después, Garbalk apareció al otro lado de las rejas, acompañado de un séquito dos veces más numeroso que el anterior.

-Aquí estoy de vuelta, Bardoc. Traje una llave de reemplazo y las herramientas necesarias para arreglar lo que hiciste. Escúchame bien. Ahora voy a sacarte de aquí y trasladarte al lado. Más te vale no resistirte esta vez. Si lo intentas aunque sea un poco, juro que te cortaré los brazos y te haré comerlos. ¿Entendiste, asqueroso vardshak?

Bardoc se puso de pie, agarrándose las costillas.

-Que esa herida te haga acordar de mí. -agregó Garbalk.

Bardoc no le contestó. Unos momentos después, los turloks terminaron de arreglar la cerradura del calabozo de al lado, y Bardoc se dejó conducir mansamente hacia él.

-Ahora empezará el sufrimiento para ti. -concluyó Garbalk, encerrándolo.

Un momento después, la comitiva entera se marchó, y la oscuridad y el silencio volvieron a apoderarse del noveno piso. Azemir pensó en descansar, pero tan pronto como apoyó la espalda en el suelo, descubrió la astilla de metal que había sacado de la herida de Bardoc. La tuvo entre los dedos durante unos instantes. Era muy pequeña, apenas del tamaño de un grano de arroz. Se preguntó si podía servirle para raspar la fisura de la pared. Se levantó y se puso a buscarla, palpando los adoquines.

-Pude ver que hay muchos prisioneros humanos. -dijo Bardoc- ¿Qué hacen los turloks con vosotros?

-Nos hacen trabajar.

No tardó en encontrar la fisura. Empezó a raspar con la astilla.

-¿Qué clase de trabajo?

-Picar rocas. Al menos desde que yo estoy aquí.

-¿Picar rocas? ¿Para qué? ¿Qué quieren construir los turloks?

-Una torre, según parece.

-¿En qué parte de la fortaleza oscura?

-En una explanada. Pero no cualquiera puede entrar. Hay custodia todo el tiempo.

Bardoc respondió con un sonido de la garganta, y guardó silencio por unos instantes. Azemir se preguntó en qué podía estar pensando.

-Me sorprende que nunca antes me haya topado con un vardshak.

Bardoc soltó una risa.

-Eso es fácil de explicar. Los vardshaks somos pocos. Además nos ocultamos, y permanecemos separados todo el tiempo, en grupos pequeños. Así es como logramos sobrevivir.

Azemir pasó los dedos por el lugar donde estaba raspando, y se le llenaron de polvo. Se entusiasmó. Si el material arrojaba polvo, entonces iba cediendo, aunque fuese de manera lenta.

-¿Qué estás haciendo, humano?

-Estoy raspando una fisura que encontré en la pared. Quiero ver hasta dónde puedo agrandarla.

Bardoc soltó otra risa.

-No está mal como entretenimiento. No son muchas las cosas que se pueden hacer aquí. Pero si debo aconsejarte, humano, te recomiendo descansar. Es lo mejor que puedes hacer en este momento.

Bardoc tenía razón. Sólo contaba con un rato para dormir antes de que comenzara un nuevo día de trabajo.

Se sacudió el polvo de las manos y limpió el que se había caído al suelo. Luego pasó un dedo por el lugar donde había trabajado. La diferencia era pequeña, pero podía percibirla. Había logrado extender un poco la fisura.

Sin más, guardó la astilla de metal en la bota, se arrojó en la túnica parda, y se echó a dormir en el suelo de piedra.

De pronto sintió algo extraño. Se preguntó si estaba empezando a despertarse. Intentó abrir los ojos, mover los brazos, levantar la cabeza, pero fue en vano.

Tenía que estar soñando. Después de unos momentos, distinguió una imagen que lentamente fue tomando consistencia. Se trataba del interior de una casa, pero no de una casa como cualquier otra. Las paredes eran del color de la tierra, y un olor fresco impregnaba el aire. Por alguna razón, el olor le resultó familiar. Distinguió también unas velas, distribuidas en todas partes, y una infinidad de raíces que sobresalían de las paredes.

Un momento después pudo ver a Brandil, de pie junto a la ventana. Mardafel, el enorme lobo, estaba sentado a su derecha.

-¡Brandil! ¡Mardafel! -exclamó con alegría, sintiendo que su propia voz resonaba en todas partes.

-Azemir, qué noticia tan grande saber que estás vivo.

Temió que realmente fuese un sueño.

-No estás soñando, Azemir. Todo lo que estás viendo es real. Si escuchas mi voz, es porque estoy hablándote en este mismo instante, desde mi casa, donde me encuentro ahora. Decidí comunicarme contigo de esta manera, porque es la única que puedo utilizar mientras estés en la fortaleza oscura.

Azemir no salió de su asombro. Podía ver y escuchar todo, como si estuviese justo al lado de Brandil y de Mardafel. La casa se encontraba igual que cuando la había visitado en persona, con el mismo aspecto, los mismos olores, las mismas texturas. A través de la ventana podían verse las siluetas de los árboles, recortadas contra la oscuridad de la noche.

-Azemir, por favor, escucha lo que tengo para decirte. No contamos con mucho tiempo. El alba pronto despuntará y de seguro los turloks irán a despertarte. Presta atención a cada una de mis palabras. Pasaron muchos días desde que tú y tus compañeros pasásteis por aquí. Todo este tiempo lo dediqué a investigar problemas importantes, que exigían mi atención inmediata. De seguro recuerdas muy bien a los dientes de la noche. Recordarás también a esos murciélagos sobrenaturales que merodeaban por todas partes, como espías.

-Nunca podría olvidarlos.

Brandil respiró largamente.

-Cuando estuvisteis aquí, os dije que fuerzas oscuras están agitándose en el mundo. Esas fuerzas, Azemir, están más allá de los turloks y del Shin Itak. Son fuerzas que pertenecen al pasado.

-¿A qué te refieres, Brandil?

-Muy pronto lo sabrás, como espero saberlo yo. Y para eso, Azemir, es que necesito urgentemente de tu ayuda. Lo que tengo que pedirte...

Brandil se detuvo, porque Mardafel había levantado súbitamente las orejas. Transcurrió un momento, y luego Brandil continuó hablando sin dejar de prestar atención al gran lobo.

-Escúchame atentamente, Azemir. Los turloks ya no me preocupan tanto como antes. Sospecho que enfrentamos un peligro mucho mayor. Por mi



parte, tengo que actuar pronto. Pero si lo hago precipitadamente, podría dar un paso en falso, y favorecer al enemigo. Antes de hacer cualquier cosa, necesito pruebas de que mis sospechas son acertadas. Y es para eso que espero contar contigo.

-Haré lo que me digas, Brandil.

-Bien. Te lo explicaré...

De pronto Mardafel se levantó. Miró a un lado y al otro, gruñendo.

-¿Qué ocurre? -dijo Brandil.

Pero sin más, Mardafel salió disparado, mostrando los dientes. Un momento después, el aullido de muchos lobos inundó el bosque.

El rostro de Brandil se endureció.

-Enemigos.

Rápidamente, los aullidos se multiplicaron.

-No es posible. -dijo Brandil- Enemigos en el bosque sagrado. Enemigos, después de seiscientos años. ¡Azemir, aquí termina nuestra conversación! Más adelante volveremos a comunicarnos. Ahora debo defender Berel Etael. El bosque sagrado está siendo invadido.

-¡Brandil! ¡Espera! ¿Qué debo hacer para comunicarme contigo nuevamente?

-Recuerda las enseñanzas de tu maestro. Él te enseñó a lograr estados especiales de consciencia. Pon en práctica lo que aprendiste. Hazlo mañana, cuando vuelvas a tu calabozo, después de los trabajos. Una vez que alcances ese estado especial, permanece en él, y yo me comunicaré contigo.

Pero entonces Brandil y el bosque se esfumaron, y no pudo verlos más.

## -Capítulo cuatro- -La misión-

Se levantó como golpeado por un rayo, en el instante exacto en que unos pasos empezaban a aproximarse por el pasillo. Unos momentos después, el guardia apareció al otro lado de las rejas.

-Afuera, humano, y a trabajar.

La rutina de todas las mañanas tuvo lugar una vez más. Al llegar a la explanada, Garbalk dio la orden de picar al doble de la velocidad habitual. Azemir se puso a trabajar en silencio, junto con los demás prisioneros.

No podía dejar de pensar en lo que había ocurrido durante la noche. La conversación con Brandil le había dejado una mezcla de sensaciones. Pensó en cómo hacer para comunicarse nuevamente con él. Brandil le había dicho que pusiera en práctica las enseñanzas de su maestro.

Pero entonces sintió un sobresalto. ¿Su maestro, Orgo? ¿Acaso Brandil lo conocía, acaso había un vínculo entre ellos?

Se limpió la cara con la mano, resignándose, como tantas veces ya, a tener que ignorar muchas cosas sobre su maestro. Pero no debía perder tiempo en lamentarse por ello. En el momento presente, era mucho más importante comprender a qué cosa se había referido Brandil, poco antes de terminar la conversación. *Recuerda las enseñanzas de tu maestro. Él te enseñó a lograr estados especiales de consciencia.*

Se preguntó si podía tratarse de cierta práctica especial que Orgo le había enseñado. Se puso a recordar punto por punto aquella tarde en que la había aprendido, durante su entrenamiento en las montañas del norte.

*-Tengo que lograrlo. Tengo que lograrlo.*

Tenía que romper una roca con el puño desnudo, pero no había conseguido producirle la más pequeña rajadura. Sus nudillos estaban hinchados y cubiertos de sangre, el dolor era agonizante, y a cada intento aumentaba más.

-¿Y bien? -dijo su maestro, regresando después de un largo rato- ¿Lograste algún resultado?

-Ninguno, maestro.

-¿Por qué? ¿Qué fue lo que falló?

-No lo sé. Hice todo bien. El puño, la fuerza, la concentración. No sé por qué fracasé. Quisiera intentar con una roca más pequeña.

Orgo negó con la cabeza.

-No. Este tamaño está bien.

Azemir se sintió todavía más desalentado.

-Entonces, maestro, tiene que haber algo que esté haciendo mal.

-Veamos. Muéstrame de qué manera le pegas a la roca.

Azemir lanzó un nuevo puñetazo. La roca, como era de esperar, quedó intacta, y el dolor en los nudillos se intensificó y le dio ganas de gritar.

-Tú técnica está bien. Y ciertamente no te está faltando fuerza.

-¿Entonces por qué fracaso, maestro?

-Porque estás demasiado pendiente de la técnica, Azemir. La técnica es el camino, pero no la meta. Permíteme mostrarte.

Sin más, su maestro se agachó en el suelo, de frente a la roca. Le pasó las manos, como inspeccionándola.

-¿Cuál es el propósito de tanta práctica, Azemir? ¿Cuál? Es muy simple. Cualquier persona puede golpear una roca con el puño. Pero con eso no alcanza para romperla. Existe una sola manera de lograrlo, y es golpeando con el corazón.

Orgo cerró el puño y lo llevó lentamente hacia atrás. Durante unos momentos permaneció inmóvil, concentrándose. Luego tomó aire, y con un grito estruendoso lanzó el golpe. El puño impactó descomunalmente en la roca, fracturándola en cientos de pedazos.

Azemir no podía creer lo que sus ojos estaban viendo.

-El corazón. -dijo Orgo, poniéndole el dedo en el centro del pecho- Tienes que golpear con el corazón.

Azemir bajó la cabeza.

-Nunca podré hacerlo, maestro, yo...

-Silencio.

Orgo se levantó y caminó unos pasos, hasta interponerse entre Azemir y el sol.

-Si prestas atención a cada una de mis enseñanzas, algún día serás capaz de romper rocas y de hacer muchas cosas más. Esa es la razón de que hayamos venido a estas montañas. Tienes que aprender, tienes que entrenarte.

Azemir asintió. Probó de mover los dedos, pero el dolor le caló los huesos como una sierra. Pensó en lo complicado que iba a ser el entrenamiento, mientras aquel dolor persistiera.

-Tienes que aprender a concentrarte más, Azemir. Tu mente da vueltas y vueltas como un animal enloquecido. Tienes que ser capaz de controlarla. Sólo así serás capaz de controlar otras cosas también, como el hambre, como el dolor. Sólo así serás capaz de enfocarte, para que toda tu fuerza impacte en un solo punto.

-¿Qué tengo que hacer para lograrlo, maestro? ¿Qué tengo que hacer para controlar mi mente?

-Te enseñaré el método más directo. Es el silencio. Empezaremos ahora mismo.

Su maestro se ubicó de frente a él, se arrodilló y se sentó sobre los talones.

-Siéntate de la misma manera que yo.

Azemir lo imitó, tratando de ignorar las punzadas de dolor en sus manos castigadas.

-Ahora escúchame, Azemir, y no hables. Diré pocas cosas, pero préstame atención y realízalas. Cierra los ojos. Bien. Empieza a respirar cada vez más lento. Así es, de esa manera. Con esta práctica que voy a enseñarte conseguirás muchas cosas. Sin embargo, antes de avanzar, tengo que hacerte una advertencia sobre ella.

Su maestro hizo una pausa larga. Un ave graznó en la lejanía.

-Al realizar esta práctica podrías percibir cosas inesperadas. Podrías ver un acontecimiento que sucedió mucho tiempo atrás. Podrías escuchar una conversación que está ocurriendo en un lugar distante. En el estado de consciencia que tenemos habitualmente, no es posible percibir esas cosas. Pero esta práctica eleva la consciencia a un estado sutil, y en ese estado pueden sortearse muchas barreras. Quizá, el día de mañana, necesites comunicarte con alguien que se encuentra lejos. Esta práctica te permitirá hacerlo. Es uno de los poderes que otorga. Pero mantendrás reservada esa posibilidad para un caso excepcional. Te prohíbo hacerlo en cualquier otra circunstancia.

Orgo hizo una nueva pausa, mucho más larga que la anterior.

-Si comprendiste eso, Azemir, entonces ya no tengo más nada que advertirte. Porque el poder más importante que ganarás con esta práctica es otro. Es el gobierno absoluto de tus pensamientos y tus emociones. Y ahora sí, te enseñaré cómo se hace. Lo que tienes que hacer es muy poco, pero es difícil. La postura del cuerpo es fundamental. Tienes que estar firme y cómodo. La respiración debe ser cada vez más lenta. Es importante que no prestes atención a nada de lo que está ocurriendo alrededor. Debes acallar tus propios pensamientos. Si aparecen, déjalos que sigan su curso errático, que se pierdan en su propia locura. No te aferres a ellos. Ignora tus sentimientos también, cualesquiera que fuesen. Sólo piensa en la respiración. Eso es. Lo estás haciendo muy bien.

Abandonó sus recuerdos y volvió rápidamente a la fortaleza oscura.

Estaba muy claro que Brandil se había referido a esa práctica. Utilizándola, iba a ser capaz de comunicarse con él, sorteando la gran distancia que los separaba.

Picó tenazmente durante el resto del día tratando de mantenerse sereno, preparándose para lo que iba a hacer. Cuando terminó la jornada, la montaña de rocas había desaparecido casi por completo. Con medio día, o incluso menos, iba a alcanzar para picarlas.

Garbalk anunció que al día siguiente iban a terminar con esas rocas y a comenzar con un trabajo distinto, y sin más demora, dio la orden de emprender el regreso a la torre prisión.

Tan pronto como llegó a su calabozo, Azemir se arrodilló en el suelo y se sentó sobre los talones. Cerró los ojos y disminuyó la velocidad de sus

respiraciones. Procuró concentrarse al máximo, como su maestro le había enseñado.

La casa de Brandil se le apareció de inmediato, con sus velas y sus paredes llenas de raíces. Brandil mismo estaba junto a la ventana, como la vez anterior. Pero tenía un aspecto imposible de creer. Sus ropas estaban destrozadas y su cuerpo estaba lleno de heridas. Los lobos blancos se cruzaban permanentemente, como haciendo patrullas. Cada tanto aparecía Mardafel, que se detenía por un instante, pero luego se iba, como si fuese imprudente permanecer mucho tiempo en un mismo lugar.

-¡Brandil! -exclamó Azemir, escuchando, como antes, que su resonaba en todas partes- ¿Qué fue lo que pasó?

-Tenemos poco tiempo, Azemir. El bosque fue atacado por tropas de la fortaleza oscura. Los lobos blancos y yo les dimos batalla y los vencimos. Pero aunque hayamos ganado no hay razones para festejar. El enemigo encontró este sitio, el corazón del bosque sagrado. Logró burlar el conjuro ancestral que lo protegía. Ahora mi único refugio quedó vulnerable, quedó expuesto a los zarpazos repugnantes de la fortaleza oscura.

Brandil respiró hondamente y se arropó con su túnica destrozada.

-Ahora, Azemir, necesito explicarte la misión que debes realizar para mí. Sé que cuento con tu ayuda. Por favor, escúchame con atención. Como ya sabes, hay un nuevo Shin Itak en la fortaleza oscura.

-Tuve oportunidad de verlo en persona. Es más grande de lo que nunca hubiera pensado.

-Ciertamente. Su nombre es Tratsek y es el líder más temible que haya habido entre los turloks. Conocí a los Shin Itak anteriores, y ninguno se compara con él. Pero no es nuestro enemigo máximo. Sospecho que nos enfrentamos a un rival más peligroso que él. Mis sospechas son firmes, pero necesito pruebas antes de dar el primer paso. De lo contrario ese paso podría ser en falso, y un paso en falso, en este momento, sería el último. Tengo que saber cuanto antes si ese enemigo es quien yo pienso que es, y para eso necesito de tu ayuda.

-Por favor, dime qué debo hacer.

Brandil se tomó un instante, como preparando cautelosamente todas y cada una de las palabras que iba a pronunciar.

-Durante este tiempo, Azemir, observé atentamente la fortaleza oscura. Lo hice valiéndome de ciertos poderes que ahora no puedo explicarte. Espié a los turloks y vi muchas cosas. Descubrí la explanada donde te hacen trabajar, a ti y a los demás prisioneros. Y fue en esa explanada que di con mi hallazgo más importante. Imagínala en tu mente y presta atención a lo que voy a decirte. En el rincón más lejano de esa explanada, hacia el noreste, hay un pozo. Es muy probable que no lo hayas visto porque nadie pasa por allí, ni los turloks ni los prisioneros. Quizá te preguntes qué función puede tener un simple pozo, pero hay muchos como ése en la fortaleza oscura. Siempre los hubo, desde tiempos remotos, y los turloks nunca les prestaron

atención. El pozo del que te hablo está cubierto con una tabla de madera. Hay algo muy llamativo en él. Una vibración intensa proviene de su interior.

-¿Magia?

-No puedo saber de qué se trata. Pero, si todo cuanto llegué a pensar es exacto, esa vibración es producida por nuestro enemigo. Sólo alguien así de poderoso podría generarla.

-¿Por qué nadie la notó antes, por qué no la sienten los turloks?

-Aunque se trate de una vibración fuerte es necesario tener una percepción especial para sentirla. Ni los turloks ni las personas ordinarias podrían descubrirla jamás.

-¿Sospechas que ese pozo es el escondite del enemigo?

-Es por allí que debemos empezar a buscarlo. Tendrás que ir a ese pozo y descender por él. No puedo asegurar que bajes y lo encuentres en el fondo. Pero si existe una ruta que nos conduce hasta él, esa ruta, sin duda, comienza allí.

Se preguntó cómo haría para lograrlo. Se preguntó si podría siquiera...

-Deberás hacerlo mañana mismo, Azemir. En estos instantes un cargamento está viajando a la fortaleza oscura. Poco antes del mediodía estará llegando a la explanada. Verás que el portón se abrirá y los turloks harán entrar el cargamento. Es un carro inmenso, tirado por dos gulaks. Llevan unas columnas de piedra. En ese momento, los turloks de la explanada dejarán de prestar atención a los prisioneros, porque tendrán que ocuparse de descargar las columnas. Entonces tendrás el camino despejado. Naturalmente, aún así podrían descubrirte. Deberás ser muy cauteloso. Pero es la única oportunidad, no habrá otra igual en los días por venir. Cuando llegue el momento, deberás actuar sin vacilación. ¿Comprendiste todo, Azemir?

-Sí, Brandil.

-Bien. Es esencial que hagas esto. Desciende por el pozo, y condúctete por él hasta donde sea que te lleve. Si dieras efectivamente con nuestro enemigo, no intentes enfrentarlo por ninguna razón. Regresa a la superficie de inmediato, y vuelve a tu trabajo, pasando lo más inadvertido que puedas. Comunícate conmigo al llegar a tu calabozo. Me dirás lo que encontraste, y entonces sí, empezaremos a actuar.

Brandil se detuvo un instante, con los ojos puestos en la noche.

-Tenemos que despedirnos ahora, porque debo ocuparme de asuntos urgentes. Cuento contigo para esto. Muchas cosas dependen de que lo logres. Mañana volveremos a comunicarnos. Hasta entonces, Azemir.

## **-Capítulo cinco-**

### **-El enemigo-**

-Arriba, humano...

-Cállate, turlok, no necesito que me repitas lo mismo todos los días. Sólo abre la puerta.

Con algo de vacilación, como deseando responderle pero sin terminar de atreverse, el turlok le abrió la puerta.

El día comenzó igual que los anteriores. Los turloks los encadenaron, los condujeron hasta la explanada y una vez allí los desencadenaron nuevamente. Garbalk ordenó comenzar de inmediato con el trabajo, y la orden fue acatada en silencio. Durante la mañana entera Azemir se esforzó en mantenerse calmo y alejar los temores que le despertaba la misión que debía realizar. Cuando faltaba poco para el mediodía, el portón de la explanada se abrió de par en par, y un carro enorme ingresó, arrastrado por dos gulaks. Transportaba unas columnas de piedra maciza, tal cual había dicho Brandil.

Sin más, todos y cada uno de los turloks fueron a ocuparse del cargamento, pidiendo la ayuda de un grupo de prisioneros, y en apenas un instante la vigilancia quedó disuelta.

Azemir sintió un vértigo.

El momento era ése y ningún otro. Tenía que actuar rápido. Dejó su pico, caminó sigilosamente hasta el lugar que Brandil le había indicado, y al instante encontró la tabla de madera que tapaba la boca del pozo.

Se puso en cuclillas y miró alrededor. Cuando se aseguró de que nadie estaba observándolo, levantó la tabla. El pozo era muy ancho, lo bastante para que un caballo pudiese caer por él. El fondo, como era de esperar, no podía verse.

Se recordó a sí mismo la importancia de la misión que debía realizar. Había que encontrar al enemigo.

Era imprescindible hacerlo.

Tinieblas insondables habitaban el agujero. Trató de ver el fondo una vez más, pero el fondo, comprobó por segunda vez, no podía verse.

Apretó con fuerza los dientes y se internó sin más en esa garganta enorme que gustosamente hubiera evitado. Descendió apenas un poco y se detuvo a verificar si podía agarrarse con seguridad de las paredes.

Podía.

Empezó a transpirar.

No había tiempo que perder. Liberando un brazo, logró mover la tabla de madera hasta su posición original. El pozo quedó nuevamente tapado, sólo que ahora él estaba dentro.

Esperó, atento a lo que pudiese ocurrir.

Nada ocurrió. Lo que, naturalmente, significaba que las cosas estaban marchando bien.

Las cosas estaban marchando bien. Los rayos de sol se colaban por las rajaduras de la tabla de madera. Bajaban en línea recta, se adentraban en la penumbra de abajo y allí abajo se perdían, en el fondo, que no podía verse.

Comenzó el descenso, sintiéndose al mismo tiempo un insensato que buscaba la muerte, un niño que jugaba a cumplir una misión importante, un tonto, un héroe, y un simple hombre que confiaba en Brandil.

La pared estaba seca y eso, en medio de la empresa desatinada en la que se había embarcado, era algo bueno. Además, tenía cierta experiencia en escaladas y descensos. Eso jugaría a su favor.

Continuó bajando. Mucho antes de lo que hubiera creído, la oscuridad se volvió tan aplastante como la noche más oscura. La única luz era la poca que podía colarse por las rajaduras de la tabla, pero la tabla ya había quedado muy lejos. El regreso a la superficie iba a ser difícil y agotador.

Tenía que permanecer tranquilo, y no olvidar que sólo siendo cuidadoso lograría mantenerse con vida.

Continuó, había que continuar.

La pared dejó de ofrecerle lugares para sujetarse. Sólo había hendiduras pequeñas, de las que intentaba agarrarse metiendo las yemas de los dedos y las puntas de los pies.

Se dio cuenta de que estaba bajando cada vez más despacio. Se preguntó hacia dónde exactamente estaba yendo. El silencio era sepulcral, y el único sonido era el de su respiración, fuerte y nerviosa.

La espalda le dolía, tenía el cuerpo lleno de transpiración. Podía zafarse en cualquier momento. Trató de no pensar y de no tener miedo y atinó simplemente a continuar bajando, de la manera que mejor pudiese.

Pero al instante uno de sus pies resbaló. Intentó regresarlo al lugar donde estaba, pero no fue capaz de lograrlo. La mano derecha, empapada en sudor, perdió el agarre también. Quedó sujetado con apenas un brazo y un pie, y trató de estabilizarse pero fue en vano. Un momento después, emprendió una caída vertiginosa, surcando los aires como un peso muerto, bajando rápido, cada vez más rápido, tratando de agarrarse de alguna parte pero sin conseguir otra cosa que arrojar manotazos al aire.

Justo cuando empezaba a preguntarse si el pozo tenía realmente un fin, sintió un impacto doloroso en todo el cuerpo y luego un frío atroz.

Era agua. Se había sumergido en unas aguas espesas y casi tan frías como el hielo. Trató de recuperarse del impacto, que le había dejado un dolor intenso en todo el cuerpo, y nadó hasta que logró sacar la cabeza del agua y respirar.



Miró hacia arriba. Por un instante le pareció que todo era negro, completamente negro, pero entonces consiguió distinguir la luz de la salida. Era apenas un punto diminuto, como la estrella más débil imaginable.

Se preguntó qué cosa debía hacer a continuación. No podía quedarse ahí, flotando. Tampoco podía regresar, porque ni siquiera un día entero iba a alcanzarle para llegar hasta arriba. Además el frío del agua le entumecía los brazos y las piernas. Tenía que seguir buscando, por muy absurdo que pudiese parecer.

Decidió explorar por debajo del agua. Preparó los pulmones, haciendo respiraciones profundas. Luego tomó la bocanada de aire más grande de su vida, y se sumergió.

Investigó las paredes del pozo, palpándolas con las manos, pero no encontró nada. Descendió más profundamente, y repitió la búsqueda. Las paredes eran sólidas. Continuó sumergiéndose cada vez más, liberando el aire de a porciones pequeñas, consciente de que cada burbuja diminuta que dejaba ir, era un tanto menos en el conteo del tiempo que tenía. Se orientó con la cabeza hacia abajo y empezó a descender en línea recta, como un clavo.

No pasó mucho tiempo hasta que todo comenzó a resultarle más difícil, porque estaba exhausto, tenía mucho menos aire y los oídos le dolían por la profundidad. Descubrió, además, que el pozo había empezado a hacerse angosto. Mientras más descendía, más estrecho se hacía el espacio. No pasó mucho tiempo hasta que se le hizo imposible nadar, y se vio obligado a usar los codos y las rodillas para desplazarse.

La orientación del túnel cambió. Primero se hizo horizontal, y luego, muy lentamente, empezó a describir un ascenso.

Las últimas reservas de aire se le escaparon involuntariamente de la boca. Supo que tenía muy poco tiempo y que su única posibilidad era nadar hacia arriba. Empleó al máximo las fuerzas que le quedaban, sintiendo que el alma entera se le iba en cada brazada, que podía perder el conocimiento en un instante, pero que aún así tenía que seguir, y seguir.

Después de un esfuerzo agonizante el ascenso terminó, sacó la cabeza del agua y respiró como un desesperado. Sus brazos y sus piernas volvieron lentamente a la vida y el corazón le nació de nuevo.

No fue hasta después de un largo rato que consiguió recuperarse. Cuando lo hizo, salió enteramente del agua, y sus pies pisaron una superficie inestable y pantanosa. Notó de inmediato que había un olor repugnante, como a peces muertos. Sin saber exactamente para qué debía prepararse, empezó a caminar, empapado como estaba, con las náuseas que el olor le producía. Descubrió que estaba en un pasillo, y que al fondo del pasillo había unos destellos tenues, como unas luces, esparcidas irregularmente en el suelo. Avanzó hacia ellas, preguntándose si estaba actuando con la prudencia debida y si acaso iba a tener que pelear contra algo, esconderse de algo o escapar de algo.

Pero tan pronto como llegó al lugar donde estaban las luces, sintió un asombro tan grande que se detuvo y dio un paso hacia atrás. Se trataba de unos animales muertos, que brillaban débilmente. Eran criaturas del mar, pero no simples peces, sino seres increíbles, que jamás había visto. Recordó al instante muchas historias que había escuchado sobre el fondo del mar, historias que describían a las criaturas de los abismos, que por estar privadas de la luz del sol emitían brillo con sus propios cuerpos. Jamás había creído que eso fuese verdad. Pero, como un hecho incontestable, esos animales fascinantes yacían allí, en el suelo, ante sus propios ojos. Los había de distintas clases, y sus formas eran incomprensibles, eran de pesadilla. Algunos de sus rasgos sobresalían increíblemente, y otros, en cambio, estaban casi ausentes. Era como si no tuviesen proporciones, o sus proporciones fuesen muy distintas de las habituales. El animal que se encontraba justo enfrente de él tenía una boca inmensa, tres o cuatro veces más grande que el resto del cuerpo. Otro tenía una piel transparente, que permitía ver las vísceras, y otro tenía la forma de una bola de púas, con dos ojos muy pequeños, diminutos como semillas de alpiste.

Todos y cada uno de ellos estaba pudriéndose, pero eso no impedía que sus cuerpos continuasen brillando. Tenían mordidas en todas partes, ninguno estaba intacto. Algunos, incluso, se encontraban devastados, como si una bestia hambrienta los hubiese masticado con voracidad.

Reanudó su camino con paso inseguro, a la luz de los animales muertos que seguían y seguían en una fila interminable. Un poco más adelante, descubrió una serie de huellas en el suelo. Se parecían a las huellas de un ave, pero eran mucho más grandes. Además eran recientes. Lo que fuera que hubiese dejado esas huellas, no podía estar muy lejos.

Buscó con la mano la empuñadura de la espada, pero se dio cuenta de que estaba desarmado. Siguió adelante, tratando de ignorar los latidos frenéticos de su corazón.

El corredor por el que caminaba seguía un trayecto errático. Se torcía vagamente a un lado, al otro, luego se inclinaba hacia abajo, luego ascendía un tanto, por momentos se empequeñecía y por momentos se agrandaba. Y a cada paso estaban las huellas en el piso, y los animales del mar iluminándole el paso con el brillo de sus cuerpos muertos.

Al final de un descenso encontró una especie de arroyo. No era ni ancho ni profundo pero tenía una corriente vigorosa. Se preguntó de dónde procedía, a dónde llevaba, y qué hacía allí, bajo tierra, a tanta profundidad. Pero enseguida se dijo que tenía una misión importante que cumplir y que no debía demorarse con nada.

Con un salto sorteó el pequeño arroyo y reanudó su camino al otro lado, donde las huellas seguían. Otros cursos de agua aparecieron. Iban en todas las direcciones posibles. Algunos, incluso, se apartaban hacia abajo bifurcándose. No podía creer que hubiese tantas cosas debajo de la fortaleza oscura, y no quería pensar cuántas más podían esconderse.

Se quedó sin aliento cuando, de pronto, se topó con un animal que aún estaba con vida. Era como un pez espada, pero con una piel que parecía de piedra y aletas muy largas, terminadas en dedos. Emitía una luz intensa, como los otros, y abría la boca con esfuerzo, tratando de respirar.

Sin pensarlo dos veces, Azemir se inclinó sobre el animal y lo levantó suavemente, tratando de ignorar el rechazo que le producía ese cuerpo y esa piel tan poco familiares. Se acercó al arroyo que había cerca y lo arrojó a las aguas. El animal rápidamente empezó a bracear con sus aletas, cobró impulso y se fue, siguiendo la dirección de la corriente.

Azemir siguió camino y enseguida el pasillo se terminó, abriéndose a una bóveda gigantesca. En el medio de la bóveda había un estanque circular, con aguas verdosas y quietas, tan quietas como el agua de una vasija.

Sintiendo, ahora sí, que el corazón empezaba a latirle rabiosamente y que un sentimiento de terror se le metía por el pecho y las piernas y los brazos, se asomó para mirar lo que había en el fondo del estanque.

Era muy difícil ver. El agua era muy turbia y estaba llena de unas algas que se enredaban entre sí y no le permitían distinguir nada. Se inclinó un poco más hacia adelante, y agudizó la vista al máximo tratando de ver si realmente había algo en el fondo de aquellas aguas. Al instante le pareció descubrir algo, pero creyó que se trataba de un invento de su imaginación. Se frotó los ojos y volvió a mirar, y entonces dio un salto hacia atrás y el corazón pareció enloquecerle adentro del cuerpo.

En el fondo del estanque había alguien. Era parecido a un ser humano. Estaba acurrucado, abrazado a sus propias piernas. Tenía los ojos cerrados y permanecía inmóvil, como una escultura.

Se preguntó si podía tratarse de un cadáver, pero enseguida comprobó que el extraño ser estaba vivo, porque respiraba, a pesar de encontrarse abajo del agua.

Aunque se parecía a una persona, su cuerpo era más largo, y tenía una cabeza grande, que se prolongaba hacia el frente formando un hocico. De arriba del hocico nacían unas aletas dorsales, que continuaban hacia atrás, a través de la nuca, de la espalda y de una larga cola. La forma de sus pies coincidía exactamente con las huellas que había encontrado en el pasillo, y su cuerpo entero estaba cubierto por una infinidad de escamas diminutas, que le daban un porte especial, una cierta majestad. Del cuello le colgaba un rubí perfecto, rojo como la sangre.

Se dio cuenta de que no debía permanecer un instante más en ese lugar. Dio media vuelta, y tornó a regresar por donde había venido, pero de inmediato descubrió que no sabía qué rumbo tomar. No podía volver por el mismo camino por el que había llegado.

Tenía que encontrar otra vía de escape.

Su única posibilidad era arrojarle a alguno de los cauces de agua. Debían conducir a alguna parte. Corrió sin detenerse hasta encontrar uno fuerte y caudaloso, que sin duda iba a alejarlo rápidamente de aquel monstruo.

Se arrojó al agua, y se dejó llevar sin ofrecer resistencia, como las hojas de los árboles en los arroyos de la campiña.

## **-Capítulo seis-**

### **-El rostro del estanque-**

El agua jugó con su cuerpo, golpeándolo contra las rocas una y otra vez. Después de un largo rato de sufrir sacudidas interminables, descubrió que el río estaba desembocando en una bóveda subterránea, iluminada tenuemente.

Había una orilla cercana. Nadó hacia ella con todas sus fuerzas, y cuando logró llegar se quedó acostado boca arriba, tratando de recuperar el aliento.

No sabía dónde estaba, pero había sobrevivido a la misión. Le había llevado mucho más tiempo del previsto, acaso un día entero, o más, y había estado a punto de morir. Pero había sobrevivido. Se sentía alegre, se sentía feliz.

Empezó a reírse, pero la risa quedó bruscamente interrumpida cuando vio una cabeza llena de pelos inclinándose sobre él.

-¡Nuruk, Ralgak, Faltok! ¡Venid ahora mismo! ¡Hay un humano aquí!

Los otros turloks acudieron rápidamente. Azemir se limitó a sonreírles, como si fueran viejos amigos.

-¿Quién es éste?

-¿Qué hace aquí?

-Humano asqueroso.

-¿De dónde viene?

-No hagas preguntas tontas. Si está empapado es porque viene del río.

-Del río.

-Ya sé que viene del río. Pero este río no viene de ninguna parte. De dónde, entonces...

-De dónde, entonces. Humano asqueroso.

-Ya sé quién es.

-¿Lo sabes?

-Lo sé.

-¿Cómo es que lo sabes? ¿Lo conoces?

-No, pero sé quién es. ¿No escuchaste las noticias, acaso?

-Hubo muchas noticias estos días.

-Hablo de noticias frescas.

-¿Qué noticias frescas?

-Un humano desapareció ayer.

-Humano asqueroso.

-¿Cómo que desapareció?

-Desapareció. Se escapó, dicen, de aquella explanada.

-¿Qué explanada?

-No la conozco, nunca entré. Nadie entra. Solamente algunos. Un tal Garbalk y otros. Y los humanos que trabajan allí. Escuché que ayer, cuando los llevaban de vuelta a los calabozos, descubrieron que les faltaba un prisionero.

-Es éste, entonces.

-Es lo que trataba de explicarte.

-Humano asqueroso.

-Y dicen que comparte piso con Bardoc, en la torre prisión.

-Bardoc asqueroso.

-Llevemos al humano con el gran jefe. Quizá nos entregue una recompensa.

-Lo llevaremos, sí. Oídmelo, vosotros. Recordad que yo lo encontré. Si había una recompensa, la recompensa será mía.

-Ya es tarde para eso. No nos hubieras llamado.

-¡Es verdad! Te acordaste muy tarde, Mornok.

-Muy tarde, Mornok, muy tarde, Mornok.

-¡Ya basta!

-Ya basta, ya basta.

-Sólo cállate, Nuruk.

-Veamos. ¿Humano, puedes hablar?

-Claro que puede hablar.

-No estoy tan seguro. Sigue sonriendo. Es un poco tonto, me parece.

-Todos los humanos son tontos.

-Todos los humanos son tontos.

-¿Humano, puedes hablar?

-Ya hablará...

-Debe ser mudo.

-Levántalo.

-Despacio.

-Quieto ahí, humano. ¿Puedes caminar?

-Claro que puede caminar.

-Claro que puedo. ¿A dónde queréis llevarme? ¿A ver a vuestro gran jefe?

-Eso no te importa, humano.

-Eso no te importa, humano.

-Nuruk, cierra la boca de una vez y trae una cuerda.

-Dije quieto, humano, o te cortaré la garganta con esto.

-No quiero despedazar tu orgullo, turlok, pero esta no es la primera vez que me amenazan con un sable.

-Muy gracioso.

-Si supieras, turlok...

-Si supiera qué.

-Olvídalo.

-No me agradas, humano.

-Lo siento mucho, turlok.

-Muy gracioso. ¿De quién aprendiste a ser tan gracioso?

-De un viejo amigo. Mago, por cierto.  
-Ya veo.  
-Se dice que tienen su propio humor, los magos. Éste, por lo menos, siempre lo tuvo.  
-La magia no existe, humano imbécil.  
-Me temo que sí, turlok. Fue con magia que fuisteis creados, cientos de años atrás.  
-Ya veo. ¿Por quién?  
-Por los hombres lagarto, de los que acabo de conocer uno.  
-Ya veo.  
-Imagina cosas, el humano.  
-Humano, deja de decir tonterías o usaré veneno para ponerte a dormir.  
-La última vez no funcionó, turlok.  
-Con un garrote, entonces.  
-Me gustaría que lo intentes.  
-Muy gracioso.  
-Ahí viene Nuruk con la sogá.  
-Al fin.  
-¿Por qué te demoraste tanto?  
-No la encontraba.  
-Veamos.  
-Espero que sirva.  
-Servirá. Ralgak, átaló.  
-Humano asqueroso.  
-Te llevaremos con el gran jefe.  
-No es mala idea. Hace un tiempo ya que no lo veo. Empezaba a extrañar su rostro.  
-Muy gracioso.  
-¿Listo?  
-Aguarda. Sólo un momento más. Veamos... Veamos... Ahora sí. Listo.  
-¿Qué te parece, humano?  
-¿A mí? Me parece excelente. Quisiera saber cómo hacéis estos nudos tan buenos.  
-A ver, intenta desatarte.  
-Imposible, no puedo.  
-Perfecto. Vayámonos, entonces.  
-¡Todavía no! Los ojos.  
-Es cierto. A ver, algún vendaje.  
-Ponle esto.  
-A ver, a ver...  
-Casi se nos olvida, el vendaje.  
-Y sin vendaje quién sabe...  
-¿Quién sabe, dices? Nada de quién sabe. Sería la muerte segura. Cómo vamos a llevarlo sin vendaje por los subsuelos. Si alguno de los comandantes se llegase a enterar...

-A rodar nuestras cabezas, a rodar. Y después, al estómago del Gar Galash.

-Al estómago del Gar Galash.

-Exacto, al estómago del Gar Galash. Y no queremos eso.

-No queremos eso.

-¿Listo?

-Listo.

-Ahora sí. Andando, humano.

Los turloks lo llevaron a través de un sinfín de lugares subterráneos de los que no pudo ver uno solo. Escuchó pisadas, sonidos de ruedas y sonidos de herramientas, y sintió olores metálicos y nauseabundos. Muchos les preguntaron a Mornok, Nuruk, Ralgak y Faltok acerca de él, que quién era, que cómo, que dónde y cuándo, pero en todas las ocasiones ellos respondieron, con un aire de importancia, que no tenían tiempo para dar explicaciones, y que debían ir a la torre mayor para entregar al humano asqueroso lo más pronto posible.

Después de estar un largo rato subiendo escaleras sin pausa pudo sentir un aire más fresco, y supo que había regresado a la superficie. Hubo un nuevo viaje, nuevos turloks que hicieron preguntas, nuevos sonidos, nuevos olores, hasta que, al término de una carrera final, se produjo un alto, le quitaron el vendaje y contempló con sus propios ojos, a la oscuridad de la noche, una imagen que ya empezaba a resultarle familiar.

-Veamos. Soy Kobar, custodio de esta puerta. Ésta es la entrada de la torre mayor, donde se encuentra nuestro gran jefe. Espero que tengáis una buena razón para venir a molestar precisamente a esta torre. Y ahora, veamos qué me traéis... ¿qué? ¿Acaso...? ¡Humano, otra vez tú!

-Salud, Kobar.

-¡Humano maldito!

-Nosotros lo encontramos.

-Bien hecho. Ahora largaos de aquí.

-Pensamos que había una recompensa por él.

-Pensasteis mal.

-Entonces no...

-Dije que os larguéis.

Los turloks se fueron, entre resoplidos y murmullos.

-Otra vez tú, humano.

-Otra vez yo, turlok.

-¿Qué te ocurre, humano? ¿Estás perdiendo el juicio? ¿Te sobran energías? No sé qué cosas piensa esa inmundicia tuya, pero en tu lugar, trataría de ser más sensato. No sé qué buscas con estas aventuras. Si lo que quieres es la muerte, existen caminos más directos. Hay muchas torres en esta fortaleza y con sólo pedir permiso te dejaríamos tirarte de la que quieras. Pero no, tenías que escaparte de la explanada sin dejar el menor rastro, tenías que ponernos a buscarte, sabiendo que no se puede escapar de nosotros. Como quieras, humano. Es tu cuello el que arriesgas, no el mío.



Kobar lo agarró de un brazo.

-Vamos. Verás al Shin Itak de nuevo. No será tan amable en esta ocasión.

Kobar lo llevó a través de la torre mayor, pasando de largo a los cientos y cientos de guardias que la poblaban en todas partes.

No tardaron en llegar a la sala del gran jefe. El ingreso, como la otra vez, fue lento, meticuloso, calculado.

-Señor, traigo al humano que se escapó de la explanada.

Pero el Shin Itak no se inmutó. Estaba sentado en su trono, con la mirada fija en algún punto inexistente. Alrededor, formados en círculo, se encontraban los guardias encapuchados que Azemir había visto la primera vez. Como antes, vestían sus túnicas negras y sus máscaras blancas.

-Señor... -dijo Kobar en un susurro.

El Shin Itak parpadeó repetidamente, como despertando de un sueño profundo. Se agarró la cabeza de inmediato, con un gesto de dolor en el rostro.

Kobar aguardó unos instantes más antes de hablar por tercera vez.

-Señor, éste es el humano que escapó de la explanada.

Los ojos del líder de los turloks recorrieron lentamente la sala, hasta posarse en Azemir.

-Nuevamente tú, Azemir.

-Nuevamente yo.

-¿Qué tan lejos pensaste que podías llegar, Azemir? ¿Realmente creíste que podías escapar de esta fortaleza?

-¿Qué haremos con él, señor?

Pero el Shin Itak inclinó la cabeza hacia un costado.

-Kobar, escucho que se acercan visitas. Ve a ver quién es.

Rápidamente Kobar abandonó la sala. El Shin Itak se agarró la cabeza de nuevo, como si el dolor hubiese regresado de manera repentina. Respiró con agitación, encorvado en el trono, y pasaron unos momentos hasta que, con un esfuerzo visible, logró recuperar la postura.

Kobar regresó.

-Señor, es Garbalk, el encargado de los prisioneros. Viene con Bardoc.

Los ojos del Shin Itak se encendieron.

-Que entren.

Kobar se fue y regresó un momentó después, junto con Garbalk y con Bardoc, que estaba atado con cadenas tan grandes que parecían de embarcaciones.

-Señor... -dijo Garbalk arrodillándose- Tengo una petición para hacer.

-Habla. -contestó el Shin Itak.

-Señor, Bardoc acaba de matar a cuatro más de mis guardias. Es muy peligroso seguir teniéndolo, señor. Tomamos todas las precauciones con él, pero no alcanzó. Nada parece alcanzar. No podemos conservarlo un solo día más.

El Shin Itak se incorporó en toda su estatura, desplegando su figura impresionante. Bardoc, sin embargo, le devolvió una mirada altanera.

-Salud, señor de la fortaleza oscura.

El Shin Itak caminó hasta él, y le soltó en la cara un gruñido estruendoso, que retumbó por toda la sala y dejó un eco que tardó en apagarse.

-Bardoc. -dijo el Shin Itak, de modo lento, como intentando demostrar cuánto detestaba cada uno de los sonidos que formaban ese nombre- Bardoc, Bardoc inmundo. Vardshaks inmundos. Qué haré contigo, Bardoc. Qué haré con vosotros los vardshaks.

-Señor, insisto. -rogó nuevamente Garbalk- Debe ser ejecutado este mismo día...

-Cállate. -lo interrumpió el Shin Itak- Tengo mejores planes. Para él, y para el humano. ¿O acaso no recuerdas que hoy habrá peleas en el Círculo? Los prisioneros que me enviaste ayer a la tarde, esos que robaron comida, ya están encerrados y listos para morir peleando. Los haremos luchar en equipo, a los cuatro juntos, y después le llegará el turno a Bardoc y a este joven.

Garbalk sonrió.

-¿Uno contra el otro, señor?

El Shin Itak se detuvo un momento.

-Por ahora, no. Pero no es una mala idea. Lo veremos después. Y ya sacadlos de mi vista.

Bardoc y él fueron conducidos por las calles de la fortaleza oscura hasta ser dejados en un cuarto pequeño, como una especie de celda. Era rectangular y estaba hecho enteramente de piedra, con la única excepción del techo, que consistía en unas simples maderas. En el extremo opuesto a la puerta por la que habían entrado había otra, más grande y hecha de metal. La única luz llegaba de una pequeña lámpara de aceite, empotrada a una pared. Justo debajo de la lámpara, sentados en el suelo, estaban los cuatro prisioneros de los que había hablado el Shin Itak.

Azemir los reconoció. Los había visto trabajando en la explanada, junto a él. No se atrevió a hablar con ellos, porque se veían aterrados. Empezaba a preguntarse si él debía sentir miedo también, cuando un turlok ingresó repentinamente a la celda. Sin hacer comentarios, les dejó una bandeja llena de comida y un balde de agua, y se fue.

-¿Qué significa esto? -preguntó Azemir.

Bardoc se acercó a la bandeja, tomó dos manzanas, se sentó en el suelo y empezó a comerlas.

-Comida, para estar vigorosos y pelear bien. -contestó- Los turloks quieren divertirse, quieren ver peleas intensas. Y los hambrientos no sirven para eso. No dan un buen espectáculo. En cuanto a mí, no tengo planes de morir hoy. Antes tengo que matar al Shin Itak.

Azemir tomó un pedazo de pan y se sentó a comer.

-¿Por qué te fugaste de la explanada? -preguntó Bardoc- Sabías que los turloks iban a encontrarte tarde o temprano.

Azemir se encogió de hombros y no respondió. No quería mentirle, pero tampoco podía contarle sobre la misión que Brandil le había asignado.

Bardoc respetó su silencio. Se dedicó a comer con entusiasmo, sin hacerle más preguntas. Cuando terminó, se puso de pie y empezó a dar vueltas alrededor, abriendo y cerrando las garras. Los demás prisioneros lo miraron de reojo, pero Bardoc los ignoró.

Azemir se dio cuenta de que debía comunicarse urgentemente con Brandil, para contarle lo que había descubierto en su aventura subterránea. Pero no podía hacerlo en ese lugar. Tenía que esperar, y conservar la calma. Se dedicó a comer con lentitud, manteniendo en blanco sus pensamientos.

Un rato después, la luz del amanecer irrumpió a través de los espacios que había entre las maderas del techo. Azemir trató de consolarse pensando que, lejos de allí, ese mismo sol estaba iluminando un nuevo día en la campiña.

Empezaba a comer otro pedazo de pan, cuando de pronto la puerta metálica se abrió y un nuevo turlok entró a la celda, trayendo una carretilla, llena de armas de toda clase y piezas de protección para el cuerpo.

-Prisioneros, el momento de pelear está acercándose. Tomad lo que gustéis y preparaos.

El turlok se fue sin más, dejándoles la carretilla con todo lo que había en ella. Rápidamente, los demás prisioneros se equiparon con armas, cascos y escudos. Bardoc se limitó a tomar un par de sables gemelos, y Azemir escogió una espada, la más parecida que encontró a la que había usado durante su entrenamiento.

Azemir y los prisioneros volvieron a sentarse en el suelo de piedra, pero Bardoc se puso a caminar por el pequeño cuarto afilando los sables que había tomado.

Unas pisadas retumbaron en el techo.

-¿Qué es eso? -preguntó uno de los prisioneros.

-Son los turloks. -contestó Bardoc- Están ocupando sus asientos.

-¿Qué asientos? -preguntó otro, con la voz más temerosa aún.

-Los que están justo encima nuestro, humano.

El ojo de un turlok apareció a través de una ranura en el techo.

-¡Humanos asquerosos! ¡Muy pronto pediréis piedad! ¡Muy pronto...

El ojo se detuvo en Bardoc.

-¡Pero qué...! ¡Bardoc! ¡Bardoc! ¡Bardoc va a pelear!

El turlok soltó una risa burlona y desapareció.

Permanecieron un largo rato sentados, aguardando, con el alboroto ensordecedor que les llegaba desde afuera.

Una voz finalmente se impuso.

-¡Haced silencio! ¡Haced silencio ahora!

Los gritos fueron apagándose paulatinamente hasta extinguirse.

-¡Poneos de pie para recibir al Shin Itak!

Los turloks ovacionaron la entrada de su gran líder.

-¡Y ahora, el gran jefe elegirá a los turloks que pelearán contra los humanos! ¡Voluntarios, levantad la mano! ¡Así es, muy bien! ¡Primer elegido!

Los gritos de fervor recorrieron todo el lugar.

-¡Segundo elegido! ¡Tercero! ¡Y cuarto! ¡El grupo está completo! ¡Turloks, empuñad vuestras armas, bajad a la arena y que comiencen los combates!

Se produjo una nueva ovación. Un instante después, la puerta metálica de la celda se abrió, y un guardia apareció en el umbral.

-¡Vosotros cuatro! -dijo mirando a los prisioneros atemorizados- ¡Afuera, a pelear!

Lentamente, los cuatro hombres salieron, y la puerta metálica se cerró.

Fue cuestión de momentos hasta que empezaron los sonidos de los metales chocándose, espadas y sables, cascos y escudos rompiéndose y abollándose. El primer grito de agonía no se hizo esperar. Azemir reconoció cada nota del sonido. Era el grito que producía un ser humano al recibir una herida fatal, pero no lo bastante fatal para morir al instante, sino para quedar en el piso, retorciéndose de agonía, tratando inútilmente de respirar, durante un tiempo lento y horroroso hasta soltar la exhalación final.

El público, como era de esperar, festejó.

Hubo nuevos choques de armas, de escudos, de yelmos, hubo el sonido de un cuerpo tumbándose brutalmente contra el suelo, hubo el grito de un turlok, y el gemido mortal de otro hombre, que fue más afortunado que el primero y pereció al instante.

-Todo está por terminarse. -dijo Bardoc, que nuevamente estaba afilando los sables- De los hombres ya murieron tres, sin matar a un solo turlok.

-Sólo escuché dos gritos. -dijo Azemir.

-Porque el otro fue decapitado al comienzo de la pelea. El sonido casi no se escuchó.

No pasó mucho tiempo hasta que los choques estruendosos de las armas se detuvieron. El único hombre que aún quedaba pidió compasión a gritos, pero recibió carcajadas en respuesta. Un instante después, su grito de muerte rasgó la mañana.

El público festejó de nuevo. Al instante la puerta de metal se abrió y el mismo guardia de antes apareció en el umbral.

-¡Bardoc! ¡Tu turno ha llegado!

Bardoc se levantó y salió sin más. Antes de que la puerta metálica volviese a cerrarse, Azemir echó un vistazo a lo que había del otro lado. Alcanzó a ver una infinidad de gradas, llenas de turloks y más turloks que vociferaban exaltados. Alcanzó a ver un suelo de arena, y sobre el suelo de arena los cuerpos muertos de los cuatro hombres, abandonados como simples despojos.

La puerta volvió a cerrarse, y Azemir quedó solo en la pequeña celda. Tenía el corazón oscurecido y sus pensamientos habían empezado a volar de manera vertiginosa. Se puso a recordar su primer encuentro con la muerte.

No deseaba hacerlo, pero al mismo tiempo no podía evitarlo. Una por una, empezaron descoserse las puntadas de aquella herida profunda, que nunca terminaba de sanar.

*-¡Asrod, hermano! ¡Asrod, ven aquí, pronto!*

No había tiempo que perder.

*-¡Asrod, ven, rápido!*

*-¿Qué ocurre, Azemir?* -gritó desde lejos la voz de Asrod.

*-¡Es urgente, ven! ¡Tenrac está muy lastimado!*

El perro yacía en el suelo, malherido. Azemir había intentado detener la sangre que le salía del vientre, pero había sido en vano.

*-¡Apresúrate!*

Asrod llegó un instante después. Se agachó sobre Tenrac y empezó a revisarlo.

*-¿Qué le ocurrió, Azemir?*

*-No lo sé, yo estaba aquí en la arboleda, y él de pronto llegó, así, herido, y se echó en el suelo.*

Tenrac respiraba agitadamente y tenía la mirada perdida.

*-¿Qué debemos hacer, Asrod?*

Su hermano inspeccionaba la herida cuidadosamente.

*-Fue atacado por otro animal. Azemir, no hay tiempo que perder. Corre a la cabaña a buscar vendajes y aguardiente. Yo iré hasta el arroyo a buscar Hierba del Sol, para ponerle en la herida.*

*-¿Y quién se quedará con él?*

*-Tendrá que quedarse solo por unos momentos. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!*

Asrod se alejó como una flecha en dirección al arroyo y Azemir echó a correr hacia la cabaña.

No podía ser que Tenrac estuviese herido. Era manso, bueno. No podía merecer que algo malo le ocurriese. Tenrac lo despertaba a la mañana, lo acompañaba a todas partes, Tenrac era bueno.

Entró como una ráfaga en la cabaña. Tomó todos los vendajes que había y la botella de aguardiente, y emprendió el regreso a toda velocidad. Tan pronto como llegó a donde estaba Tenrac, fue a su lado.

Tenrac ya no respiraba como antes. Ahora su vientre se movía muy despacio.

*-¡Tenrac!*

Azemir lo abrazó.

*-¡Tenrac, no!*

Azemir se limpió desesperadamente las lágrimas que le caían por la cara.

*-Tenrac, no te vayas. Eres mi amigo, Tenrac.*

Pero un instante después, Tenrac partió, y su cuerpo castigado ya no tuvo que hacer esfuerzos para respirar el aire frío de ese invierno cruel.

Asrod llegó un momento después, y vio lo que había pasado.

-Lo siento mucho, Azemir. Temía que no pudiese sobrevivir. Estaba muy herido. Era poco lo que podíamos hacer por él. Realmente lo siento.

Azemir se limpió los ojos, los mocos y la tierra que tenía en la cara. Asrod se fue por unos momentos, y luego regresó con una pala. Apartó la hojarasca del suelo y empezó a cavar.

Un rato después el pozo estaba hecho. Azemir puso a Tenrac en él y le cerró los ojos. Después tomó la pala y le echó tierra encima hasta rellenar todo el pozo.

-Lo siento mucho, Azemir.

Azemir no respondió.

-Entiendo tu dolor, hermano. Y lo respetaré.

Asrod se fue.

Azemir permaneció sentado en el suelo, mirando la sepultura que tenía enfrente, y no fue hasta un rato después que logró ponerse de pie. Quiso ser fuerte, como su hermano. Cerró la boca y los puños con toda su fuerza, y empezó a caminar sin rumbo, alejándose del lugar donde su amigo iba a descansar para siempre. Sin proponérselo empezó a andar cada vez más rápido, y más rápido, hasta que de pronto echó a correr.

Se dijo a sí mismo que todo lo que le habían enseñado eran tonterías. Si Tenrac, que tenía el corazón más noble, moría sin más en una tarde cualquiera, nada podía tener sentido ni propósito.

Todo era una tontería. De principio a fin, todo. Si Tenrac había sufrido así, nada podía estar bien en el mundo. Nada, jamás, ninguna cosa.

Corrió más fuerte.

Corrió por Tenrac, corrió por el dolor de Tenrac. Corrió sin parar hasta que llegó a la orilla del viejo estanque, tropezó en el barro y cayó de frente.

Entonces se levantó, furioso, y miró su reflejo en el agua. Seguía con la cara sucia y llena de lágrimas. Cerró las manos, y repentinamente empezó a darle puñetazos al agua, salpicando para todas partes.

Sus pensamientos hirvieron. No quería que nadie tuviese una vida más larga que Tenrac, porque Tenrac merecía la vida más larga de todas, y había muerto a la edad de cuatro años.

Que nadie, en adelante, tuviese el atrevimiento de sonreírle al sol, porque Tenrac ya no podía ver el sol. Que nadie comiese los higos que se caían de las higueras, porque a Tenrac siempre le habían gustado, y ahora nunca más iba a disfrutarlos.

Que todo aquel que no fuese como Tenrac sintiera vergüenza de sí mismo. Que todo el que abandonase a un perro como Tenrac fuese arrojado a su suerte en el medio del desierto, porque merecía el desamparo absoluto. Que todo el que dañase a alguien como Tenrac fuese castigado, humillado, apedreado.

De pronto abrió los ojos y miró su reflejo en el agua.

Pero no vio lo mismo que antes. La expresión de su rostro era tan distinta que no pudo reconocerse. Una sombra, oscura como la noche, le inundaba la mirada.

Sintió un horror tan grande que tuvo el impulso de salir corriendo, pero cayó de espaldas. Desesperado, se arrastró hasta salir del estanque. Intentó recuperar el aliento, pero respiraba como un enloquecido.

Pasó un largo rato hasta que al fin consiguió serenarse. Fue entonces que, lentamente, se acercó a las aguas y miró su reflejo nuevamente.

Su rostro había vuelto a ser el de siempre. Sintió alivio. Se pasó las manos por la nariz, por las mejillas, por la frente.

Respiró con una tranquilidad que nunca antes había sentido. Y se juró a sí mismo, en un juramento privado, en un juramento a muerte, que jamás, sin importar lo que pasara, jamás, sin importar lo que sintiera, jamás, sin importar lo que pudiese pensar sobre lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, jamás, jamás volvería a ver ese rostro que había conocido en el estanque.

## **-Capítulo siete-**

### **-La historia de Bardoc-**

La puerta de metal se abrió y apareció el guardia.

-Humano, es tu turno de pelear.

Caminando despacio, con la espada que había tomado del arsenal, salió a la intemperie.

El Círculo le resultó intimidante. La superficie de arena era lo bastante extensa para que dos ejércitos enteros pudieran usarla como campo de batalla. En las tribunas rugían multitudes de turloks eufóricos, encendidos como una ciudad en llamas. No entendió cómo podía haber tantos.

Dejó de mirar las gradas y observó las cercanías. Allí estaban los cuerpos de los cuatro prisioneros, abandonados en la arena. Los turloks que los habían derrotado también yacían muertos. Estaban a los pies de Bardoc.

-¿Qué tenemos aquí? -dijo la voz del presentador.

Era un turlok de baja estatura y ojos desquiciados, que se encontraba justo al lado del Shin Itak.

-¿Qué tenemos aquí? -volvió a decir- Como que mi nombre es Ulok, que nunca antes vi una cosa tan graciosa. Después de los peces grandes, vienen los peces chicos.

El público estalló en risas. Azemir sintió asco.

Ulok extendió su brazo y lo señaló.

-¡Os presento al más famoso luchador! ¡Al que más turloks ha matado! ¡Ante vosotros, el legendario Joven de Cabello Alborotado!

La burla del público se repitió, con más fuerza.

-¡Pues bien, pues bien! -exclamó Ulok volviéndose hacia las tribunas- ¿Quién quiere pelear con él? ¡Levantad la mano los valientes retadores! ¡Vamos, vamos! ¡El premio no es muy grande, claro! ¡El que derrote al joven ganará... ganará... ¿Qué ganará? ¡Ya lo tengo! ¡Ganará un vaso de vino, eso es! ¡A ver, a ver!

Varios de la tribuna se ofrecieron a gritos. Ulok señaló rápidamente a tres, indicándoles que descendieran. Bajaron de un salto a la arena, empuñando sables, hachas y lanzas.

-¡Adelante, adelante, mis valientes! -agregó el pequeño turlok con su voz insoportable- ¡No tengáis miedo!

El público estalló en risas de nuevo. Azemir miró rápidamente a Bardoc. El líder de los vardshaks estaba inmóvil en el lugar, empuñando sus sables. Tenía los ojos serenos y una expresión imperturbable.

-¡Que comience el combate! -gritó Ulok- ¡O las súplicas del joven! ¡Lo que sea que ocurra primero!



Los turloks rodearon a Azemir y soltaron insultos y risas.

Azemir se quedó quieto.

-Turloks, no tengo ningún deseo de pelear con vosotros. Abandonad este combate. No podéis derrotarme.

Pero sus oponentes estallaron en carcajadas.

Ulok gritó desde la tribuna.

-¡Vamos, pelead!

Al instante, uno de los turloks avanzó hacia él, con un hacha en las manos.

Azemir lo miró a los ojos.

-No des un paso más.

Pero el turlok levantó el hacha y saltó hacia adelante. Azemir sólo tuvo que hacer un movimiento con la espada, uno solo, más veloz que cualquier cosa que su enemigo pudiese percibir.

El turlok cayó al suelo, muerto. Los otros dos se quedaron paralizados por un instante. Luego empezaron a dar vueltas por el lugar, como fieras al acecho. Él, como antes, no permitió que uno solo de sus cabellos se agitara, sino que se mantuvo quieto, controlando su respiración, atento a los movimientos de sus oponentes.

De pronto se lanzaron sobre él, al mismo tiempo, uno cargando con su lanza y el otro con su enorme sable. Evadió los dos ataques con un solo movimiento rápido. Ninguna de las dos armas lo tocó, pero los turloks habían logrado acercarse mucho. Instantáneamente dio comienzo un combate a corta distancia. Azemir se mantuvo enfocado, concentrado. A cada movimiento de su cuerpo lo acompañó con un movimiento respiratorio. Cuando llevaba contadas cuatro inhalaciones y cuatro exhalaciones, la pelea había terminado.

Todos sus rivales yacían muertos en la arena.

No hubo festejos en la tribuna. Un silencio aplastante cayó en el Círculo y en todos los que habían asistido a él. Azemir miró la hoja de su espada. Ahora estaba llena de sangre, como los sables de Bardoc.

-¡Muy bien, entonces! -gritó Ulok desde lo alto- ¡Que comience la siguiente pelea!

Azemir miró hacia las gradas. Vio al Shin Itak acomodándose en su asiento, como a punto de presenciar algo interesante.

-Lo único que lograréis es perder más turloks. -dijo Bardoc- Hacedlo, si gustáis...

Ulok soltó una risotada.

-Veo que no entendiste, vardshak. La siguiente pelea es entre vosotros dos.

Azemir sintió un vértigo por primera vez desde que había pisado el Círculo. Miró a Bardoc, pero su rostro estaba indescifrable.

-No pelearé contigo, Bardoc.

Tan pronto como terminó de hablar dejó caer la espada.

-Para mí no eres un enemigo.

El vardshak no le contestó. Todos los presentes quedaron en silencio, con los ojos puestos en la situación que estaba teniendo lugar.

-Tus técnicas de pelea son muy especiales. -dijo Bardoc.

Los turloks permanecieron a la espera.

-Azemir, no peleas como los guerreros de Adelia. ¿Quién fue tu maestro?

Azemir no le contestó. Los turloks seguían esperando.

-Me pregunto quién ganaría de nosotros dos.

-No me interesa averiguarlo, Bardoc.

-Ya veo. Entonces la pregunta quedará sin respuesta...

Bardoc soltó los sables.

-...porque nunca pelearía contra el único humano que no insultó a mi pueblo.

Al instante se desataron miles de quejas en la tribuna. El Shin Itak se acercó a Ulok y le dijo una cosa al oído, y entonces Ulok levantó los brazos pidiendo silencio.

-¡Calmaos, calmaos! -exhortó a la multitud- Ya que ellos no quieren luchar entre sí, tendremos que ser nosotros los que hagamos el trabajo. ¿Quiénes deseáis matar a estos dos?

Un alboroto invadió nuevamente las gradas. Todos y cada uno se ofrecieron para realizar la tarea.

Pero el Shin Itak exigió silencio, y el público le obedeció.

-Bien, bien. -dijo el señor de la fortaleza oscura- Esto es lo que quería ver, turloks ansiosos por aplastar y matar. Pero sólo veinte afortunados podrán combatir contra ellos. Ulok, tómate el trabajo de recorrer la tribuna y hacer una buena selección.

Ulok se mezcló con el público y empezó a elegir de entre los muchos voluntarios.

-¡Y ocúpate de equiparlos bien! -agregó el Shin Itak- No quiero más sorpresas por hoy.

La selección fue rápida. Ulok escogió turloks grandes y musculosos, y los hizo equipar con armas de toda clase y protecciones para el cuerpo. Unos momentos después, los nuevos retadores estaban pisando la arena, con sables, hachas, lanzas, cachiporras, mazas, cadenas y látigos.

Azemir y Bardoc empuñaron sus propias armas y se pusieron en guardia. Los turloks formaron un círculo alrededor de ellos.

-Tú querías matar turloks... -dijo Azemir- Espero que tengas suficiente con esto.

Bardoc soltó una risa enérgica.

-Nunca es suficiente para mí.

El líder de los vardshaks levantó los sables en alto y cargó hacia adelante con todas sus fuerzas. Antes de que transcurriese un instante más, ya estaba en medio de los enemigos, causándoles estragos.

La formación circular se desorganizó al instante. Muchos turloks saltaron hacia Azemir, pero él derribó a tres más, peleando con la velocidad del viento. A continuación un latigazo le llegó por la izquierda, pero lo atajó

con la mano libre, tironeó con fuerza y desarmó al oponente. Luego consiguió abrirse paso entre los otros turloks, abatiéndolos velozmente con los movimientos que había aprendido de su maestro.

Bardoc fue matando uno por uno a todos los oponentes que encontró a su paso.

No había pasado mucho tiempo cuando ya quedaban solamente la mitad de los enemigos. Su ataque había perdido toda consistencia, toda coordinación. Por momentos se alejaban y por momentos cargaban enloquecidos. Sus acciones eran más caóticas a cada instante.

Justo cuando terminaba de vencer a uno más de sus rivales, Azemir descubrió que un turlok había conseguido abrirse camino hasta pararse justo detrás de Bardoc. Pensó en advertirle, pero se dio cuenta de que no había tiempo. El turlok ya estaba levantando su maza, dispuesto a atacar. Sin perder tiempo Azemir le lanzó la espada, con todas sus fuerzas. La espada voló por el aire dando giros y más giros, hasta acertar en la cabeza del turlok, derribándolo al instante.

Azemir retrocedió. Dos enemigos habían empezado a atacarlo, uno con un sable y otro con una cadena. Eludió sus ataques una y otra vez, hasta que vio la oportunidad de recoger una lanza del suelo. Tan pronto como la tuvo en sus manos descubrió que la punta metálica se le había quebrado, y no le quedó otra opción que utilizarla como un simple palo. Con golpes precisos en la cabeza y en el cuello, consiguió derrotar a los dos turloks, que se desplomaron en el suelo como masas inertes.

Empezaba a buscar su espada nuevamente, cuando un turlok lo tomó por detrás y empezó a ahorcarlo. Su brazo lleno de pelos presionó con una fuerza increíble y en apenas un instante logró dejarlo sin aire.

Quiso zafarse, pero fue en vano. Quiso defenderse con un codazo, pero su codo se encontró con una armadura de acero. Empezó a sentir desesperación.

Pero de pronto el turlok lo soltó. Azemir se dio vuelta y vio a Bardoc, que lo había salvado matando al turlok con uno de sus sables.

Ya no quedaban más enemigos

El público gritó enfurecido. El Shin Itak levantó la mano.

-¡Silencio!

Aunque tardaron en obedecer, los turloks acataron la orden. El Shin Itak descendió hasta la arena, con sus guardias encapuchados acompañándolo.

En un instante llegó hasta donde estaban ellos.

-Estáis empezando a cansarme. ¿Qué haré con vosotros dos?

-Darnos más turloks para matar. -contestó Bardoc.

El Shin Itak soltó un gruñido, y con sólo una mano agarró a Bardoc y lo levantó del cuello.

El público estalló.

-¡Mátalo!

-¡Destruyelo de una vez!

-¡Aplasta al vardshak!

-¡Que Bardoc muera!

-¡Muerte a todos los vardshaks!

Los ojos de Bardoc arrojaban una mirada que hubiese atravesado el acero.

El Shin Itak pareció dudar. Los pedidos del público se multiplicaron hasta el infinito, pero no tuvieron efecto. Después de unos instantes, y a pesar de los clamores que provenían de las tribunas, el Shin Itak bajó lentamente a Bardoc y lo dejó de pie sobre la arena.

-Te detesto como a ningún otro enemigo, Bardoc. Pero no puedo matarte aún.

Bardoc le devolvió una mirada de rencor.

-No tanto como yo te detesto a ti. -contestó lentamente- Quizá no falte mucho para el día en que podamos enfrentarnos. Nosotros solos, sin los tuyos, sin los míos. Sin armas. Esperaré a ese momento. Esperaré, el tiempo que haga falta. Y cuando el momento llegue, juro que te ahorcaré con mis propias manos, y no me detendré, hasta sentir los huesos de tu cuello rompiéndose entre mis dedos.

El Shin Itak lanzó un resoplido.

-Bardoc imbécil. ¿Qué es lo que buscas? ¿Reparar tu error, acaso? Si llega ese momento que tú esperas, estaré gustoso de enfrentarte. Te mataré de la misma manera que maté a tus hermanos.

Fue como si el Shin Itak hubiera traspasado groseramente un límite prohibido. Bardoc no contuvo más el odio y cargó contra su enemigo; pero los guardias encapuchados lo detuvieron.

-¡Suficiente! -exclamó el Shin Itak- Ambos regresaréis a vuestros calabozos, ahora mismo. Os daré un plazo de cinco días. Luego volveremos a vernos, en la torre mayor, y entonces hablaréis, o conoceréis el tormento de los Centinelas de la Sombra. Hasta entonces.

Los guardias enmascarados les quitaron las armas y se los llevaron del Círculo.

Ya era de noche cuando nuevamente los metieron a Bardoc y a él en sus respectivos calabozos.

Azemir respiró profundo. La oscuridad del noveno piso, esa oscuridad que tanto había llegado a odiar, fue como un bálsamo. Buscó su túnica parda y enseguida la encontró. Se abrigó con ella, se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la pared.

Trató de estar sereno. Pensó.

Tenía que comunicarse con Brandil. Se encontraba exhausto y casi sin fuerzas, pero era imprescindible hacerlo, cuanto antes. Se arrodilló en el suelo de piedra, se sentó sobre los talones. Cerró los ojos, aquietó el ritmo de su respiración, y esperó pacientemente.

Pero fue inútil. Brandil no apareció. No pudo ver rastro de él, solamente una gran oscuridad.

Desistió, y abrió nuevamente los ojos. Se preguntó qué podía haber ocurrido. Sabía que su concentración había sido perfecta. No había fallado en una sola cosa.

Tenía que haber alguna explicación. Quizá le hubiese pasado algo a Brandil. Quizá hubiese caído en manos de los turloks. Quizá...

Tenía que pensar en algo distinto.

-Bardoc, ¿estás despierto?

-Sí, Azemir.

-Quisiera hacerte una pregunta.

-Adelante.

-¿Quiénes son los Centinelas de la Sombra?

-Son la custodia personal del Shin Itak. Los viste con tus propios ojos. Usan máscaras blancas y túnicas negras, y lo siguen a donde sea que vaya. Son como sus sombras.

Y entonces Azemir quiso preguntarle otra cosa.

-Bardoc... ¿a qué se refería el Shin Itak, cuando te preguntó si buscabas reparar tu propio error?

La respuesta tardó unos momentos en llegar.

-Se refería a algo que pasó mucho tiempo atrás.

Bardoc hizo una nueva pausa, como si no le fuesen gratas las cosas que estaba por decir. Finalmente, continuó.

-Yo tenía diez años en aquel entonces. Me encontraba con otros vardshaks, cuando una tropa de turloks nos atacó por sorpresa. Fue una masacre. Solo cinco vardshaks quedamos con vida. Los turloks nos llevaron a un asentamiento, como prisioneros. Nos ataron a unos postes y empezaron a darnos patadas, puñetazos, garrotazos. Los que esperaban su turno para golpearnos, se divertían aplaudiendo y tomando vino. El primer vardshak en ser humillado se llamaba Forol. Le pegaron sin pausa hasta matarlo. Siguieron con Talom. Talom estaba furioso por la muerte de Forol. Tan furioso, que cuando empezaron a pegarle, consiguió morder la mano de uno de los turloks, y no la soltó hasta arrancarle los dedos y escupírselos en la cara. El turlok le cortó la garganta al instante. Siguieron con Roral, que ya estaba muy herido por el combate, y no soportó mucho. El cuarto fue Grob. Era viejo, Grob, pero estaba hecho de acero. Los turloks le dieron golpes y más golpes y no consiguieron nada. Volvieron a intentarlo muchas veces, pero se cansaron de pegarle y tuvieron que matarlo con un hacha. Y entonces quedé yo solo. Empezaron a golpearme igual que a los otros, sin importar que yo fuese un niño. Pero había algo que los turloks no sabían. De a poco, yo había ido cortando la soga que me ataba, usando las uñas de los dedos. Cuando empezó mi turno de recibir golpes ya estaba a punto de lograrlo. Tuve que soportar algunos puñetazos, pero al fin conseguí liberarme, y entonces empezó un combate. Durante la pelea logré quitarle el sable a uno de ellos. Yo apenas tenía una idea de cómo se manejaba, pero lo usé a la perfección. Luché a muerte, luché como un vardshak. Maté a los turloks, a todos. Luego me metí en sus carpas, buscando más enemigos para

exterminar. Estaban vacías. Todas, a excepción de una, donde encontré algo que nunca antes había visto. Era una turlok hembra, junto a su hijo. Me quedé paralizado, porque yo no sabía que existían turloks hembras. No se las ve, pero están. Aquí, en la fortaleza oscura, hay muchas. Las tienen en sótanos. Las usan para reproducirse, nada más. Las alimentan igual que a los prisioneros, y no les dejan ver el sol. Ellas los odian. Odian todo. Y esta turlok hembra se encontraba allí, con su pequeño hijo, tan pequeño que ni siquiera podía caminar. Y yo los miraba, sin saber qué hacer. Yo, de diez años, todavía respirando con furia. Con un sable ensangrentado en las manos, y con doce turloks muertos a mis espaldas. No supe qué hacer. No sé cuánto tiempo estuvimos así, mirándonos, la madre y yo. Finalmente decidí dejarlos. Di media vuelta, para irme. Y entonces ella saltó sobre mí, con un cuchillo. La detuve, le quité el cuchillo y ella salió corriendo. Y entonces quedamos solos, en esa carpa, el pequeño turlok y yo. Me miró a los ojos, lo recuerdo muy bien. Estaba en el suelo, indefenso. Nada me hubiera sido más fácil que matarlo. Pensé muchas cosas, Azemir. Seguía furioso por la humillación que habían soportado mis compañeros. Y entonces me pregunté si un turlok nuevo a la vida, tan pequeño y tan indefenso como ése, tenía alguna posibilidad de ser distinto. De no ser un turlok más, idéntico a tantos otros. Después de todo, aquel pequeño estaba solo. Quizá, si crecía aislado de los otros turloks, aislado de sus influencias... Hasta era posible que los lobos lo encontraran, y le dieran un lugar en su manada. Hay muchos lobos errantes en aquella parte de la llanura. El olor que tienen es casi el mismo. Perfectamente podían aceptar a ese turlok, como si fuese uno más de ellos. Con ese pensamiento, lo dejé. Enterré a mis compañeros vardshaks, y me fui. ¿Y quieres saber, Azemir, lo que pasó después con ese pequeño turlok? Se lo llevaron los lobos, como yo había previsto. Creció entre ellos. Y cuando se hizo grande los mató, a todos y cada uno. Luego se quedó allí, en la llanura negra, haciendo una vida errante y solitaria. Y siguió creciendo, desmedidamente. Ya imaginarás, Azemir, quién era ese turlok. ¿Y qué fue de él, al final? Otros turloks lo descubrieron, por casualidad. De inmediato se quedaron fascinados con su fuerza, su tamaño y su brutalidad. Él rápidamente aprendió su idioma y los convirtió en sus vasallos. Y se dio a sí mismo un nombre, Tratsek. Finalmente, decidió entrar en la fortaleza oscura, acompañado de su séquito. Ya habían pasado dieciocho años desde la última guerra. Los turloks habían tenido tiempo de multiplicarse nuevamente. La fortaleza oscura estaba en ebullición una vez más, estaba deseando despertarse. Tratsek llegó en ese momento exacto. Instantáneamente se convirtió en el señor absoluto, en el Shin Itak. En su momento, Adelia no supo nada sobre esto. Y Tratsek procuró que continuase sin saber. Siempre fue muy inteligente, al contrario de los demás turloks. Como señor de la fortaleza oscura, lo primero que hizo fue empezar una campaña para exterminarnos a los vardshaks. En apenas dos semanas, hizo estragos entre mi gente. Y fue en esos días que lo vi, y al instante reconocí al pequeño turlok de aquella noche, al que le había perdonado la vida. Él

también me reconoció a mí. Y entonces mis días cambiaron para siempre. Juré reparar mi error. Juré convertirme en la peor pesadilla que Tratsek hubiese tenido jamás. Y lo conseguí. Me transformé en el líder de mi raza, y empecé a matar turloks y más turloks. Organicé a mi pueblo. Empezamos a responder a los ataques de la fortaleza oscura, contestando con ataques dos veces más fuertes. Finalmente Tratsek enfureció, y quiso darme una lección. Ahí fue que capturó a mis hermanos. Los descuartizó con sus propias manos, los colgó de unos postes y los dejó ahí, desangrándose hasta morir.

Bardoc no dijo una palabra más. Durante un largo rato Azemir lo escuchó caminar y caminar, dando vueltas sin rumbo.

## **-Capítulo ocho-**

### **-La piedra-**

Al día siguiente Azemir tuvo que sumarse a la rutina habitual de los prisioneros. Cuando llegó a la explanada, comprobó que algunas cosas habían cambiado. Había una enorme zanja circular. A lo largo de la zanja, estaban insertadas las columnas de piedra que habían llegado poco tiempo atrás, pero las columnas no estaban exactamente verticales, sino inclinadas un poco hacia adentro.

Azemir trató de imaginarse la construcción terminada. Tenía que tratarse de una torre, pero en forma de cono.

-Humanos, ya cada quien sabe lo que tiene que hacer. -dijo Garbalk secamente- ¡A trabajar!

Se dio inicio a las tareas. Tenían que ir hasta la punta de la explanada, recoger piedras en una carretilla y llevarlas hasta la torre en construcción. Una vez allí, tenían que preparar una mezcla con cal y arena, usarla para unir las piedras y así, de a poco, ir levantando la torre.

La mañana entera transcurrió monótonamente. Al mediodía los turloks les dieron el almuerzo y les ordenaron comerlo rápidamente. Justo cuando estaban a punto de reanudar las tareas, las puertas de la explanada se abrieron, y dos gulaks ingresaron con un carro. En el carro había una piedra extraña, una especie de amatista gigante. Los gulaks tenían que hacer un esfuerzo enorme para arrastrarla. A cada paso que daban, el carro entero emitía crujidos intensos, como a punto de desarmarse.

Se detuvieron justo en el centro de la explanada. Unos turloks descargaron la piedra, no sin grandes dificultades, y los gulaks se marcharon con el carro vacío. Muchos prisioneros se habían distraído mirando la escena, pero enseguida Garbalk empuñó el azote y les ordenó a todos reanudar sus tareas.

El resto del día fue extenuante, con unas pocas pausas para tomar agua. A la hora del ocaso, la jornada había concluido. Para entonces, la torre había crecido en altura, pero faltaba mucho más para terminarla.

Regresaron en poco tiempo a la torre prisión. Cuando estuvo nuevamente en su calabozo, Azemir intentó comunicarse con Brandil, pero el intento fue tan infructuoso como el día anterior. Se preocupó, pero rápidamente decidió buscar una distracción. Tomó la astilla de metal que todavía guardaba en la bota, y se puso a raspar la fisura de la pared. Trabajó con paciencia durante un largo rato, hasta que unos pasos aproximándose por el pasillo atrajeron su atención.



Rápidamente barrió el polvo que se había producido al raspar, y se acostó, para dar la apariencia de estar durmiendo. Cuando abrió un poco los ojos, vio a Garbalk y a uno de sus guardias. Iban por el pasillo, cargando con un hombre moribundo. Siguieron de largo hasta meterlo en un calabozo lejano. Un momento después, empezaron a interrogarlo.

Azemir agudizó el oído. Los turloks preguntaron muchas cosas en voz baja, que no llegó a escuchar, y el prisionero respondió con simples balbuceos, incapaz de articular palabra. Por un tiempo los turloks siguieron intentando, pero luego lo dejaron en el calabozo y emprendieron el regreso.

-Mañana volveremos a interrogarlo. -dijo Garbalk.

-¿Vivirá?

-No lo sé.

Garbalk y el guardia abandonaron el noveno piso, sin hacer más comentarios.

Sin saber qué hacer, Azemir se abrigó con la túnica y trató de descansar.

Al otro día la jornada comenzó de manera vigorosa. Llegaron rápidamente a la explanada, y una vez allí Garbalk prometió raciones dobles de alimentos para los que más trabajasen, y grandes castigos para los lentos y los perezosos. Por alguna razón, sus palabras tuvieron efecto, y el trabajo se mantuvo a ritmo incrementado durante toda la mañana.

A la hora del mediodía apareció un turlok distinto de los demás, vestido con unas ropas que denotaban un rango alto. Se dirigió inmediatamente a Garbalk y habló a solas con él, señalándole con insistencia la piedra gigante que había llegado el día anterior. Poco tiempo después se marchó, tan rápidamente como había aparecido.

Garbalk se quedó mirando en silencio la enorme piedra, rascándose la cabeza. Luego ordenó a todos los prisioneros interrumpir sus tareas y pararse en fila.

-Oídmeme con atención, humanos. Oídmeme bien. Necesito algo con urgencia. Espero contar con vuestra colaboración, y que no me hagáis perder el tiempo.

Se aclaró la garganta, y sin el ímpetu que solía mostrar, continuó hablando.

-Necesito alguien que tenga experiencia en tallar piedras.

Nadie le contestó.

-Vamos, humanos. Sois más de quinientos. Tiene que haber alguno entre vosotros, uno por lo menos, que sepa hacer ese trabajo.

Como antes, no hubo respuesta.

-Humanos, no me hagáis perder el tiempo...

Garbalk esperó unos momentos más, sin resultados.

-Como queráis.

Agarró del cuello a un prisionero y lo tiró de boca al suelo.

-Tiene que haber alguien que sepa tallar, aunque sea uno. Que aparezca ya mismo, o este hombre lo pagará con su vida.

Y sin más, trabó al hombre con su pie derecho y desenvainó uno de sus sables.

-¡Alto!

Uno de los prisioneros de la fila había dado un paso al frente. Era delgado, tenía cabellera larga y una barba sin forma.

-Quién eres, humano.

-Mi nombre es Viliod.

-De dónde eres.

-De la costa, de Ileos.

-Qué sabes de tallar.

-Todo lo que hace falta.

-Explicáte mejor, humano.

-Tengo experiencia, puedo tallar cualquier cosa. Soy carpintero, escultor y constructor.

Sin liberar al hombre que tenía atrapado bajo su pie, Garbalk señaló la inmensa piedra.

-Lo que necesito es que te ocupes de esa cosa. Hay que separarla en ocho fragmentos y darles forma de mástiles. Tienen que quedar perfectos. Dime cuánto tiempo te llevará.

Viliod miró la extraña piedra.

-Me llevará un mes.

-Dime cuántos hombres necesitas para terminarlo en cuatro días.

-Eso es imposible.

-No te pregunté si es posible o imposible. Te pregunté cuántos hombres necesitas para terminarlo en cuatro días.

-Primero tengo que enseñarles a tallar, y eso llevará un tiempo.

-Aprenderán rápido.

-Pero no...

-Humano, dije que no quería perder el tiempo.

Viliod se pasó una mano por la frente.

-Dame quince hombres. Quince hombres por lo menos.

-Te daré siete. Si al final del día no hubo avances lo pagarás con tu cabeza, y ya aparecerá otro que pueda reemplazarte. ¿Quiénes se ofrecen a ayudarlo?

Nadie se mostró dispuesto a acompañar a Viliod en la tarea. En respuesta, Garbalk levantó el sable en alto, amenazando usarlo con el hombre que tenía a sus pies.

Azemir dio un paso adelante.

-Yo me ofrezco a ayudarlo.

Garbalk se detuvo.

-Está bien. ¿Quién más?

Dos nuevos prisioneros se adelantaron.

-Bien, ya sois cuatro. Vamos, humanos. Sólo faltan tres.

Con algo de vacilación, otros dos se ofrecieron, y luego el último.

-Listo, entonces. -dijo Garbalk, liberando al hombre que tenía en el suelo- El equipo está completo. Acompañadme. Todos los demás, volved a lo que estábais haciendo.

Los prisioneros regresaron a sus trabajos. Garbalk condujo al pequeño grupo hasta el lugar donde estaba la piedra.

-Tú. -dijo mirando a Viliod- Revísala, y dime qué herramientas necesitas.

Viliod se puso en cuclillas y estudió la piedra detenidamente.

-Para empezar, martillos y cinceles. Más adelante te pediré piedras de lijar, y el ácido más fuerte que tengas.

-Muy bien entonces. -dijo Garbalk- No os alejéis un paso de esta piedra. Ni hoy, ni en los días por venir, hasta que el trabajo esté terminado. Os haré traer las herramientas, y empezareis ahora mismo.

Sin más, Garbalk se fue.

Viliod permaneció inclinado sobre el material, inspeccionándolo con las yemas de los dedos.

-¿Qué es, exactamente? -le preguntó un hombre del grupo- ¿Es una amatista gigante?

-No, no es una amatista. -contestó Viliod- Pero el color es muy parecido. Estas piedras son muy difíciles de encontrar. Una vez conocí un marinero que tenía unas, pero eran pequeñas, y las vendía por fortunas. Están únicamente en el fondo del mar, por eso son tan raras y tan valiosas. Y además esta es inmensa. No entiendo cómo pudo salir del mar, ni cómo vino hasta aquí.

Dos turloks irrumpieron trayendo las herramientas. Cada quien tomó un martillo y un cincel. Viliod les explicó cuál era el procedimiento para tallar la piedra, y pusieron manos a la obra.

Trabajaron de manera intensa durante el resto de la tarde, bajo la vigilancia atenta de los turloks y especialmente de Garbalk, que se ocupaba de mirar a cada rato la piedra y repetirles que debían tallar a toda prisa.

Al final del día, Garbalk quiso saber cuánto habían avanzado y cuánto faltaba todavía.

-Lo que hicimos hoy fue curar la piedra. -explicó Viliod- Es la primera etapa del trabajo. Mañana empezaremos a dividirla. Luego le quitaremos las imperfecciones, la lijaremos y le pasaremos el ácido. Y tendrás los ocho mástiles que necesitas.

Garbalk no se mostró satisfecho, pero tampoco impartió castigos. Sin más, dio orden de emprender el regreso a la torre prisión.

Cuando llegó a su calabozo, Azemir se echó pesadamente en el suelo. Poco tiempo después aparecieron Garbalk y uno de sus guardias, y fueron directamente hasta el fondo del pasillo, donde estaba el nuevo prisionero. Como antes, le hicieron preguntas en voz baja, que fueron contestadas con unos simples balbuceos. A continuación hubo más preguntas, y más balbuceos imposibles de comprender. Al final Garbalk y el guardia dejaron

de insistir, regresaron por el pasillo sin hablar entre ellos y se fueron por las escaleras.

Azemir decidió hacer un nuevo intento de comunicarse con Brandil. Se acomodó en la postura necesaria, se tranquilizó y respiró lentamente.

Y de pronto, de modo tan sorpresivo que estuvo a punto de perder la concentración, Brandil se le apareció. Estaba solo, frente al pequeño lago que lindaba con su casa.

-¡Brandil!

-Azemir, me alegra escucharte una vez más. Estoy seguro de que intentaste comunicarte conmigo en estos días. No me fue posible responder a tu llamado, porque debí enfrentar circunstancias apremiantes. Dime, Azemir, cómo te fue en la misión que te encargué.

Punto por punto, Azemir le fue relatando todo. Le describió el descenso por el pozo, los peces muertos que arrojaban luz, el estanque de agua y el hombre lagarto que dormía en el fondo, con aquel rubí colgado de su cuello.

Brandil lo escuchó hasta el final.

-Entonces ya no queda nada por averiguar, Azemir. Estuviste cara a cara con nuestro verdadero enemigo. A partir de ahora no debemos cometer una sola equivocación, o él se convertirá en el hacedor de nuestro fin.

## **-Capítulo nueve-**

### **-La sombra del príncipe-**

Un viento pasó por el bosque, agitando la túnica y el largo cabello de Brandil.

-Es un hombre lagarto, Azemir, como tú mismo pudiste apreciar. Es el único que queda, y su nombre es Krag. En su tiempo, fue el príncipe de su raza. Todos estos días sospeché que el enemigo que buscábamos era él. Pero según la leyenda Krag estaba muerto, desde hacía muchos siglos. Para verificar lo que yo temía, fue necesario realizar una investigación. Le encomendé a un grupo de personas estudiar los registros de la guerra en que fueron vencidos los hombres lagarto. Tan pronto como dio inicio la búsqueda, mis sospechas empezaron a confirmarse. Las fuentes daban versiones muy distintas acerca de la muerte de Krag. Era un punto ciego en las crónicas, tan exhaustivas y tan exactas para todas las demás cosas. Por mi parte, me ocupé de seguirles el rastro a los vuriks, y también a esos murciélagos venenosos que de tanto en tanto volvían a aparecer. Recordarás que ambos fueron creados por los hombres lagarto, pero estaban extintos, desde hacía mucho tiempo. Su rastro no tardó en conducirme a la fortaleza oscura. Al instante me convencí de que Krag estaba vivo, y de que él, personalmente, había creado de nuevo a todos esos monstruos. Además, si provenían de la fortaleza oscura, entonces Krag estaba en ella, escondido en alguna parte. Permanecía oculto para actuar en secreto, y para manejar al Shin Itak sin que él supiese que estaba siendo manejado.

"Krag tenía buenas razones para mantenerse en las sombras. Si el mundo entero llegaba a saber que el príncipe de los hombres lagarto había vuelto, rápidamente iba a formarse una alianza para vencerlo, como la alianza que derrotó a su padre. Entonces comprendí que el plan de Krag estaba elaborado cautelosamente, y que destruir Adelia era el primer paso de ese plan.

"Supe que ya no hacía falta investigar más. Un tiempo valioso estaba corriendo. Ese tiempo había empezado a correr mucho antes de que tuviéramos la menor sospecha de todas estas cosas.

"Y ahora, Azemir, debes saber algunas cosas sobre nuestro enemigo. La raza de los hombres lagarto pertenece a un tiempo remoto, igual que la mía. Ese nombre que reciben, hombres lagarto, es un simple apodo, porque se llaman de otra manera. No tienen sangre de lagarto, aunque las escamas de su cuerpo y esa larga cola puedan dar esa impresión. Su verdadero nombre es aveldiri, y siempre fueron la estirpe más cercana a la perfección de todas

las estirpes mortales. Ellos estaban destinados a guiar a las otras razas, pero se torcieron de manera fatal.

"Originalmente, los aveldiri pertenecen al mar, y durante muchas eras vivieron allí, manteniendo una existencia aislada. Mientras en la tierra pasaban siglos y milenios, los aveldiri llevaban sus vidas pacíficas en las profundidades, sin que el mundo supiese de ellos. Algunos, muy pocos, se atrevieron a salir del mar, y a dar unos pasos por la tierra antes de volver a su lugar de origen. Aquellas apariciones fueron escasas, pero dieron pie a cientos de relatos, que viajaron de pueblo en pueblo. Por lo demás, la existencia de los aveldiri se mantuvo secreta y armoniosa, hasta el día infame en que la voz del mal irrumpió en aquella armonía, y le puso fin para siempre.

"Esa voz le habló a un aveldiri, llamado Irminil, y lo hizo enloquecer. Irminil sintió codicia por primera vez, ambición, deseos de poder. Se dejó envenenar por esa voz, y sintió en su propio cuerpo el signo más notorio de esa corrupción. Irminil sintió hambre. Hasta ese momento, nunca un aveldiri había tenido necesidad de comer. Irminil desesperó de manera inmediata, porque no entendía lo que estaba ocurriéndole. Se alejó de los demás. Nadó por los mares mucho tiempo, sintiéndose cada vez más débil, sin comprender qué cosa estaba aquejando a su cuerpo. Cierta día atacó a un animal del mar, lo mató y lo devoró. El acto puso fin a su agonía, y entonces Irminil comprendió que algo había cambiado en él, de manera irreversible. Comprendió que en adelante iba a estar obligado a repetir ese acto, muchas veces más. A la postre decidió regresar con su pueblo, manteniendo en secreto lo que había hecho, y ocultándolo cada vez que lo repetía.

"Y entonces ocurrió lo que ya no podía evitarse. La voz que había intoxicado a Irminil se extendió hacia los otros miembros de su raza, la codicia y la ambición se apoderaron de todos, y la estirpe más perfecta ya no volvió a conocer la paz. Hubo traiciones y muertes, y el horror se instaló rápidamente. No todos, sin embargo, se dejaron seducir por esa voz. Algunos se resistieron. Pero los otros eran mucho más numerosos, y los exterminaron, y después de eso decidieron salir del mar y habitar la tierra. Lo primero que hicieron fue asentarse, ocupar un espacio. Construyeron Damshak, la ciudadela que tú mismo conociste cuando viajabas con tus compañeros. Rápidamente se adaptaron a su nueva vida. Sin embargo, se encontraron con una dificultad importante. Cuando quisieron alimentarse con los animales terrestres, enfermaron, y muchos murieron al poco tiempo. Intentaron comer los peces del río, y los que llegaban a las costas del sur, pero sus cuerpos los rechazaron también. Al fin, entendieron que no les quedaba otra opción más que hacer viajes al fondo del mar, periódicamente, para capturar a los animales que vivían allí, y llevárselos a la ciudadela. Por eso, Azemir, viste a esas criaturas en la guarida de Krag. Es lo único que puede comer.

"Cuando los hombres lagarto resolvieron su único problema, empezaron a multiplicarse a toda velocidad. La ciudadela creció con un ritmo vertiginoso,

y llegó el día en que los seres humanos la descubrieron. Ellos no conocían la historia de los aveldiri. Al instante sintieron fascinación por ellos, por sus rasgos increíbles, sus escamas brillantes. Los aveldiri tomaron provecho de esa ignorancia. Les ofrecieron una imagen pacífica para no ser molestados y llevar adelante sus propósitos. Solamente nosotros, los alradi, conocíamos su pasado. Al principio, decidimos no combatirlos. El origen ancestral nos hermanaba. Tanto ellos como nosotros pertenecíamos al pasado remoto, éramos como árboles venerables viviendo entre flores de estación. Por todo eso y por más razones también, mantuvimos una relación pacífica y al mismo tiempo prudente, una relación extraña, que no llegó a ningún lugar, porque ellos no pensaban renunciar a sus propósitos de dominación, y sabían, por otra parte, que nosotros no íbamos a darles nuestra ayuda.

"En aquel tiempo mi padre era el soberano de mi pueblo, y yo era el joven príncipe. Él mantenía cierta fe en los hombres lagarto, en lo que alguna vez habían sido. Y mantuvo su voto de paz, aún cuando tuvo que pagarlo con la destrucción del bosque.

"Fue pocos días antes de aquella tragedia que conocí personalmente a Krag. Su padre y mi padre se reunieron en un lugar aislado del bosque, y tuvieron una conversación muy corta, en la que Krag y yo estuvimos presentes. Aquella reunión breve me dejó tres recuerdos intensos. Las palabras de mi padre, en favor de la paz. El silencio de Higmok, soberano de los hombres lagarto, como única respuesta. Y los ojos de Krag. El encuentro terminó con una despedida ominosa. Poco después, el horror llegó. Los hombres lagarto comenzaron a matar y destruir, y empezaron por el bosque. Arrasaron Berel Etael de manera sorpresiva, utilizando a los vuriks, esas criaturas aberrantes que tú mismo conociste. Exterminaron a mi raza por completo, y sólo quedamos los lobos y yo, y este pequeño pedazo del bosque que aún se conserva. Después de eso continuaron devastando otros lugares, y extendiendo hacia todas partes su deseo de someter. Crearon a los turloks, y los hicieron construir la fortaleza oscura. Cuando estuvo terminada se trasladaron allí, y su poder continuó multiplicándose, hasta que al fin sobrevino la Batalla de los Ocho Ejércitos, y los hombres lagarto fueron exterminados.

"Pero ahora sabemos que uno de ellos consiguió sobrevivir, acaso el más temible. Krag pertenece a la casta más elevada de los hombres lagarto, la casta de los magos. Ya siendo joven, Krag sobresalía entre los demás. Había perfeccionado sus artes oscuras en poco tiempo, alcanzando a los expertos cuando todavía era un niño.

"Ese enemigo es el que ahora enfrentamos. Él mueve los hilos en secreto y consigue sus propósitos. Mantiene controlado al Shin Itak. Sus pensamientos son gobernados por él, sus palabras y sus decisiones.

"Sin embargo, un control tan fuerte como ese no puede durar eternamente. Tú mismo comprobaste que la conducta del Shin Itak es caótica. Olvida, recuerda, vuelve a olvidar. Se desdice de sus órdenes, se confunde. Siente un dolor intenso en la cabeza. El control de Krag empezó a

fallar. Es cada vez más débil, y quizá no falte mucho para que se termine. Estoy seguro de que Krag desea anticiparse a eso, acelerando los distintos pasos de su plan. Está procurando que la guerra avance, a favor de la fortaleza oscura. Él necesita que los turloks ganen más y más terreno hasta marchar sobre Adelia.

"Voy a frustrar sus planes atacando directamente el origen del mal. Voy a destruir a Krag. Y para lograrlo, tendré que sacarle el objeto que lleva en el cuello. Se llama Rubí de los Cuatro Vientos, y es un objeto arcaico, que multiplica su poder y lo hace invulnerable. No sé cómo lo consiguió, pero tiene que haber sido en tiempo reciente. No lo tenía cuando yo lo conocí, muchos siglos atrás, ni tampoco después, cuando ocurrió la Batalla de los Ocho Ejércitos. Sospecho que desde ese momento hasta el día de hoy, el rubí permaneció escondido en el fondo de mar, y tan pronto como Krag lo encontró, sus viejos planes de conquista se renovaron.

"Me corresponde a mí hacerle frente. Si consigo vencerlo, entonces habré cumplido mi misión más importante. Soy consciente de que la vida me irá al hacerlo, pero él y yo pertenecemos al pasado, y debemos quedarnos allí, de una vez y para siempre. Partiré con felicidad, sabiendo que libero a este mundo de Krag, mi viejo enemigo, mi antigua sombra. No temas por mí, Azemir. Llevo mucho tiempo preparándome para este momento. Estoy en paz, y partiré en paz. Dedicaré los próximos días a limpiar las impurezas de mi espíritu, y a quitarle las cadenas que lo mantienen prisionero de esta vida.



## **-Capítulo diez-**

### **-El prisionero-**

Al día siguiente volvió a la tarea de tallar la enorme piedra, junto con Viliod y los demás. Estuvo la mañana entera pensando en Brandil y recordando sus últimas palabras.

Cuando llegó el mediodía habían terminado con una parte importante del trabajo. La piedra estaba separada en ocho pedazos con forma de mástiles, y solamente faltaba lijarlos y pulirlos. Garbalk se ocupó de examinarlos personalmente, mostrando un gesto de concentración, como si entendiese del asunto.

-No está mal, humanos...

Señaló a Viliod.

-Tú, acércate.

Viliod fue hasta él.

-Si recuerdo bien... -dijo Garbalk- Mencionaste que sabías bastante sobre construcciones, ¿no es así?

-Así es.

-Perfecto. Tengo que consultarte sobre un asunto.

-¿Qué asunto?

Garbalk señaló la torre en construcción.

-Estoy teniendo un problema con esa torre.

-Lo siento, pero no puedo ayudarte. -contestó Viliod- Aunque haya trabajado en muchas construcciones, no tengo experiencia con ese tipo de torres.

-Es igual a cualquier otra, humano.

-No, no lo es. Tiene las paredes inclinadas hacia adentro.

-Ah, sí. -dijo Garbalk- Es obligatorio que tenga esa forma. Es una orden del Shin Itak.

-No es sencillo hacer una torre como esa. -explicó Viliod- Las paredes pueden caerse con facilidad.

-Exacto. Sobre eso mismo quería consultarte, humano.

-No comprendo.

-Quisiera saber qué precauciones tengo que tomar para que no haya ningún derrumbe.

-Disminuye la velocidad de la construcción. -repuso Viliod- Estás yendo muy a prisa. Tienes que darle más tiempo a la mezcla, para que pueda secarse bien.

-No podemos hacer eso, hay órdenes de terminar cuanto antes.

-Estás diciendo una locura, turlok.

-Ya basta, humano. Dime una solución, pronto.

Viliod se pasó una mano por la frente.

-La única solución que se me ocurre es usar andamios más grandes. -dijo al fin-Mucho más grandes. Lo bastante para que soporten el peso de la torre. ¿Tienes suficientes maderas para eso?

-Las conseguiré. -repuso Garbalk, satisfecho- Ahora sí, seguid trabajando.

Sin más, Azemir, Viliod y el resto del grupo empezaron a lijar los ocho mástiles. Al final de la jornada todos y cada uno estaban perfectamente lijados, la torre había crecido todavía más, y los andamios nuevos estaban puestos en su lugar.

Y entonces empezó el viaje de regreso a la torre prisión.

Cuando llegó a su calabozo, Azemir se recostó en el suelo para descansar las distintas partes de su cuerpo exhausto. Un rato después apareció Garbalk con uno de sus guardias, y como había hecho antes, fue hasta el final del pasillo para interrogar al nuevo prisionero. Al contrario de las otras veces, el hombre moribundo no emitió los balbuceos habituales, sino que permaneció mudo, en silencio total. Garbalk reaccionó preguntando con más insistencia que antes, pero no obtuvo ninguna respuesta. Entonces se fastidió, elevó el tono de voz y lanzó unos insultos. Luego cerró la puerta del calabozo, y empezó a regresar por el pasillo.

Azemir lo vio pasar, acompañado de su guardia.

-Ese humano está colmando mi paciencia. -dijo Garbalk entre dientes- A partir de mañana lo llevaremos a los trabajos. Quiero que se canse y se sienta miserable. Al final del día estará más conversador, y entonces sí, contestará todas mis preguntas.

Rápidamente, Garbalk y el guardia abandonaron el noveno piso.

Azemir sacó la astilla de metal, que mantenía escondida en la bota, y se puso a raspar la rajadura de la pared. Enseguida descubrió que estaba a punto de aflojar un adoquín.

Instantáneamente redobló sus esfuerzos, embargado por el entusiasmo. Poco tiempo después, el adoquín quedó suelto. Notando que el corazón empezaba a latirle a toda velocidad, tomó el adoquín por los bordes, usando las yemas de los dedos. Tiró de él, cautelosamente, hasta que al fin consiguió extraerlo. Luego lo apoyó en el piso, se acercó al agujero que se había formado en la pared, y miró a través.

Vio la fortaleza oscura extendiéndose ante sus ojos, como en una pesadilla, como en otro mundo. Contempló los muros externos, con esa forma que tenían, como dientes enormes salidos de la tierra. En el interior de la fortaleza se movían miles de pequeñas luces, como luciérnagas.

Se quedó observando largamente sin pensar en ninguna otra cosa, hasta el momento en que descubrió algo llamativo. La fortaleza oscura se parecía mucho a una mano abierta. Si era así, entonces él estaba ubicado justo en la palma de la mano.

Por algún motivo, la idea no le agradó. Volvió a tapar el agujero, se abrigó con la túnica y se acostó a descansar.

A la mañana siguiente un guardia lo despertó.

-Arriba, humano, y a trabajar.

Se levantó del suelo, dejó la túnica en un rincón y salió del calabozo en silencio. Justo en ese momento apareció Garbalk y se dirigió al guardia.

-Tú, quédate aquí.

-¿Ocurre algo? -dijo el guardia.

-Podría necesitar de tu ayuda. -explicó Garbalk.

-¿Con qué?

-Con el nuevo prisionero. Hoy vamos a llevarlo a la explanada. Temo que pueda causar algunos disturbios a pesar de su estado. Voy a buscarlo, no te muevas de este lugar.

El guardia obedeció, mientras Garbalk se fue en dirección al fondo del pasillo. Al poco tiempo volvió con el nuevo prisionero, que apenas podía caminar.

-Ahora sí, andando.

Uno por uno descendieron los nueve pisos de la torre. Cuando llegaron a la planta baja, Garbalk dio orden de que todos los prisioneros se pusieran en fila. Tan pronto como la orden fue acatada, empezó a recordarles las reglas y los castigos.

Azemir decidió no escucharlo y entretenerse mirando los alrededores. Contempló las torres de la fortaleza oscura, que se alzaban en todas partes. También contempló el cielo, que estaba nublado y gris. Luego miró a su izquierda y su derecha. Los prisioneros ocupaban todo el patio. Se mantenían de pie, esperando ser atados con la cadena para marchar hacia los trabajos, mientras Garbalk les hablaba con su tono efervescente. La situación era idéntica a muchas otras, todo se repetía, una y otra vez.

Se preguntó qué podía pasar si la guerra no se terminaba nunca, si todo seguía así, eternamente, yendo todos los días de la torre prisión a los trabajos y de los trabajos a la torre prisión, perdiendo la cuenta del tiempo...

Su vista se detuvo en el nuevo prisionero, que estaba justo al lado suyo. Se veía que su estado de salud era muy precario. Tenía una enfermedad en la piel, unas líneas negras, que le surcaban todo el cuerpo como telas de araña.

Y fue entonces que descubrió ciertos rasgos familiares en el rostro de aquel hombre. Se quedó paralizado al instante.

Y en voz baja, dijo la única cosa que fue capaz de decir.

-¿Fanor?

## **-Capítulo once-**

### **-El día de la confesión-**

Fanor quedó perplejo.

-¿Qué?

-¡Fanor!

-¿Quién eres tú?

-¡Fanor, soy yo!

El teniente abrió grandes los ojos.

-¿Azemir?

-¡Sí, soy yo!

-¡Azemir! ¡Pensé que estabas muerto, Azemir!

-¡Yo pensé lo mismo de ti! ¡No puedo creerlo, Fanor! ¿Qué ocurrió? ¿Dónde estuviste? ¿Por qué viniste a parar a la fortaleza oscura? ¿Qué sabes de Helars y Kiriela?

Pero justo entonces se metió un turluk entre ellos. Ató los brazos de Azemir a la gran cadena y a continuación hizo lo mismo con Fanor. Luego siguió, hacia la derecha, atando a otros.

-No supe más de ellos. -dijo Fanor, en voz baja.

-¿Qué?

-No volví a verlos, Azemir. Lo siento. No creo que hayan sobrevivido al combate de aquella noche. Fue una lucha muy desigual. Después de que tú caíste desmayado, los turluks me derribaron a mí también. Me tiraron al suelo y me ataron. Pude ver que tus amigos seguían combatiendo, pero entonces los turluks me llevaron a otra parte. Y no los vi nunca más, ni a Helars, ni a Kiriela.

El teniente tosió con fuerza.

Azemir intentó mantenerse sereno.

-¿Y qué pasó después?

-Muchas cosas pasaron después. -dijo Fanor- Había unos capitanes a cargo, que me llevaron a un campamento. Ahí discutieron un rato, y al final decidieron entregarme, para ver si ganaban alguna recompensa. Querían llevarme hasta uno de sus generales, un tal Muurk. Pero estaba muy lejos, ese Muurk. Tuvieron que armar un pequeño grupo para hacer el viaje, y el grupo no funcionó muy bien. Al segundo día ya estaban discutiendo sobre cómo dividir la recompensa. Después empezó a faltar el agua y todo empeoró más. En la tercera noche se pelearon entre ellos, y la mitad terminaron muertos. De los que quedaron, uno propuso matarme, para ahorrar agua. A los demás les pareció una buena idea. Entonces tuve que luchar por mi vida, y los maté a todos. Luego intenté caminar hacia la costa, pero entonces me

apareció esta enfermedad en la piel. Primero en las manos, después en los brazos y después en todo el cuerpo. Hay un antídoto, pero tiene que tomarse de inmediato. Yo no lo tenía. Seguí caminando, y un día caí desmayado. Habré estado mucho tiempo así, tirado en el desierto. Al final otros turloks me encontraron, y me trajeron aquí. No sé por qué, pero piensan que tengo mucha información sobre el ejército de Adelia. No entienden que a esta altura, ellos saben mucho más que yo. Como fuere, ya nada hace diferencia para mí. Esta enfermedad va a matarme en poco tiempo.

-Buscaremos el antídoto.

-Ya te lo expliqué, hay que tomarlo tan pronto como empiezan los síntomas. Si no, no sirve.

Un momento después, los turloks los hicieron abandonar el patio y marchar por las calles de la fortaleza oscura.

Cuando llegaron a la explanada, Fanor fue puesto a trabajar en la construcción de la torre, y Azemir tuvo que ir, como antes, con el grupo de Viliod.

Los ocho mástiles estaban allí, esperándolos en el lugar exacto donde los habían dejado. Viliod explicó que ya no hacía falta lijar, y que solamente les quedaba el pulido final. Para eso tenían que mojar unos trapos con ácido, y fregar el ácido contra los mástiles, hasta que la superficie quedara impecablemente lisa.

Se pusieron a trabajar intensamente. Los turloks no les concedieron una sola pausa, y les acercaron la tinaja de agua, para que no perdiesen tiempo yendo y viniendo. Cuando les dieron los panes a la hora del almuerzo, los obligaron a seguir trabajando mientras comían.

La jornada finalizó al anochecer. Para entonces, los mástiles estaban casi listos, y la torre era más alta todavía. Con el andamio de madera que la sostenía, arrojaba una sombra larga y extraña.

El regreso a la torre prisión se hizo en un tiempo escaso. Azemir fue puesto en su calabozo por un pequeño turlok, que también se ocupó de conducir a Fanor al suyo propio.

Tan pronto como el pequeño turlok abandonó el lugar, apareció Garbalk.

-Os recuerdo que mañana seréis llevados a la torre mayor. -dijo en un tono fuerte- Veréis al gran jefe, y tendréis una última oportunidad de confesar de buen grado. Si desperdiciáis esa oportunidad, os tocará soportar el tormento, y entonces las confesiones saldrán solas. La decisión es vuestra. Meditadlo en paz.

Dio unos pasos hacia el fondo de pasillo, donde estaba el calabozo de Fanor.

-Lo mismo corre para ti, hombre de Adelia. Ya agotaste la paciencia del Shin Itak.

Sin más, Garbalk se marchó.

Hubo un silencio.

-El humano del fondo está muy mal. -dijo Bardoc en voz baja.

-Lo sé. -contestó Azemir- Hoy estuve hablando con él. Fue uno de mis compañeros durante el viaje del que te hablé.

-Tu amigo tiene los Hilos del Desierto.

-¿Es la enfermedad que tiene en la piel?

-Así es. Los turloks son inmunes a ella, y nosotros también. Pero los humanos la contraéis fácilmente cuando estáis mucho tiempo en el desierto. La mayoría de los enfermos mueren a los pocos días, pero tu amigo, según parece, está resistiendo más de lo normal. Quizá porque es muy joven. Pero la enfermedad ya está avanzada, y no hay manera de curarlo.

-Comprendo. Lo temía, Bardoc.

Azemir se acomodó en el suelo de piedra, y no consiguió dormirse hasta después de un largo rato.

Al día siguiente fue despertado por la voz de Garbalk.

-Arriba, humano.

Miró al otro lado de las rejas. Había toda una tropa de turloks. Ya tenían encadenados a Fanor y a Bardoc, y estaban esperándolo a él.

-Arriba, humano. -repitió Garbalk, abriéndole la puerta del calabozo- Espero que sepas lo que es bueno para ti, y colabores.

Azemir salió del calabozo y rápidamente fue encadenado. Buscó con la vista a Bardoc, y le vio una expresión serena en el rostro. Fanor estaba muy quieto, y sus ojos se movían vagamente de un lugar a otro. Parecía aún más enfermo que el día anterior.

Salieron a las calles de la fortaleza oscura cuando todavía faltaba mucho para el amanecer. Viajaron hasta la torre mayor usando antorchas, caminando a ritmo sostenido. Cuando llegaron, los recibió Kobar, el custodio de la entrada, en compañía de un séquito de sus propios guardias. Parecía contento. Uno a uno los fue mirando, primero a Bardoc, luego a Fanor, y finalmente a Azemir.

-Bienvenidos nuevamente a la torre mayor. -dijo en un tono de burla- El vardshak y los humanos, nada menos. Luchadores fuertes y aguerridos, ¿no es así? Es una lástima. Aquí, eso no servirá de nada. Tú, Garbalk, puedes irte. Llévate a los tuyos también. Mis guardias se harán cargo de ellos.

Garbalk obedeció, y abandonó el lugar junto con su grupo. Al instante, Kobar y sus guardias los hicieron entrar, y los condujeron a través de escaleras y escaleras, cada vez más alto. Fanor se tambaleó en repetidas ocasiones, como a punto de colapsar. Bardoc se mostró calmo todo el tiempo.

Se detuvieron en el umbral mismo de la sala del Shin Itak. Un momento después, se escuchó su voz grave.

-Entrad.

Los turloks los empujaron hacia el interior con las puntas de sus lanzas, haciéndolos parecer unos cobardes.

La sala estaba en penumbras, como siempre, con unas antorchas como única iluminación. El Shin Itak aguardaba sentado en su trono, con sus centinelas distribuidos alrededor de la sala.

-Os estuve esperando. Ahora conversaremos un poco.

El Shin Itak se volvió hacia Kobar y sus guardias.

-Vosotros, podéis marcharos.

La orden fue obedecida al instante.

-Centinelas, vosotros también.

Los Centinelas de la Sombra salieron de la sala.

Azemir, Fanor y Bardoc quedaron a solas con el señor de la fortaleza oscura.

-Prisioneros míos, ahora conversaremos con tranquilidad. Espero que entendáis lo que está ocurriendo en este día. Es el fin de vuestro viaje. Si hoy no habláis, os mandaré al tormento más doloroso que tenemos. Y si tampoco en ese caso habláis, entonces moriréis, hoy mismo. ¿Y qué información tenéis que darme, para evitar eso? En tu caso, Bardoc, la ubicación secreta de tus vardshaks. Los nombres de tus capitanes también, y las contraseñas que usáis.

El rostro de Bardoc se mantuvo imperturbable.

El Shin Itak se volvió hacia Fanor.

-En tu caso, teniente de Adelia, quiero saber qué plan de guerra le dejó Belger a la ciudad. Y si no le dejó ninguno, quiero que me digas quiénes son los que están a cargo ahora, y qué acciones pueden esperarse de ellos.

Fanor se limitó a mirarlo, por debajo de sus párpados caídos.

A continuación el Shin Itak puso la vista en Azemir.

-En cuanto a ti, labrador de la provincia...

El líder de los turloks se puso de pie y caminó hasta él. Lo agarró con su mano gigantesca y lo levantó del suelo, muy arriba, hasta tenerlo cara a cara.

-Humano valiente. Humano valiente y estúpido...

El señor de la fortaleza oscura lo apretó con fuerza.

-¿Con quién crees que estás metiéndote, humano?

Los ojos del Shin Itak se transformaron, se hicieron rojos.

-¿Qué juego estás jugando, joven tonto?

La voz se le transformó también. Dejó de ser esa voz grave y bestial, para convertirse en algo más sutil, en una especie de susurro.

-Hablares a solas, tú y yo.

El fuego de las antorchas se apagó.

-Realmente a solas.

El Shin Itak hizo un movimiento con la mano, y al instante Fanor y Bardoc se quedaron petrificados, como suspendidos en el tiempo.

-¡Fanor! ¡Bardoc!

-Tus amigos no pueden escucharte. Despertarán cuando yo los haga despertar.

-¿Quién eres tú?

-Muy perceptivo de tu parte, labrador. Como puedes apreciar, el que está hablándote ya no es el Shin Itak.

Azemir se quedó sin aliento.

-¿Acaso pensaste que podías burlarte de mi, humano?

Azemir sintió terror.

-Que esto, Azemir, quede como una advertencia, para ti y para todos los demás. Sé que estáis trabajando en conjunto. Sé que Brandil está comunicándose contigo, y con muchas otras personas. Cree que puede vencerme. Cree que puede urdir el plan de mi derrota. Esto, Azemir, es un mensaje. Para ti, para él, y para todos los que forméis parte de esta conspiración tonta. No hay nada que escape a mi vista. Pensáis que es posible atraparme, como se atrapa un animal. Pero yo no duermo ni descanso. Continudad con vuestro plan, si así lo deseáis. Tan pronto como toméis el puñal para dar el golpe de gracia, descubriréis que vuestro enemigo no dormía, que sólo aparentaba dormir, que en verdad os estaba esperando, hasta teneros así, a todos juntos, así, exactamente como deseaba teneros.

Krag hizo una pausa.

-Sin embargo tú, Azemir, tienes una posibilidad de salvarte, y sabes muy bien cuál es. Tan pronto como confieses el lugar donde se esconde Astar, tu vida quedará a salvo. Recuérdalo.

Lo bajó lentamente hasta dejarlo de pie, en el suelo. Al instante, el hechizo se terminó. El fuego de las antorchas se encendió nuevamente, y Fanor y Bardoc despertaron, sin darse cuenta de lo que había pasado.

El Shin Itak había vuelto a la normalidad.

-¡Centinelas, entrad!

Los centinelas ingresaron de inmediato.

-Quién de vosotros quiere hacer el trabajo.

Uno de ellos se adelantó.

-Bien. Interrógalos en el orden que quieras. ¡Kobar!

El turllok acudió al instante.

-Kobar, tú estarás presente durante el tormento.

-Sí, señor.

Abandonaron la sala, con el centinela enmascarado en la delantera y Kobar cerrando la fila por detrás. Avanzaron a través de un pasillo, descendieron por una escalera en espiral y luego se internaron en otro pasillo.

-Pasó un tiempo desde la última vez que hubo tormentos. -comentó Kobar- Empezaba a echar de menos los gritos y los llantos...

Pero el centinela, adelante de la fila, ignoró su comentario.

Azemir se preguntó si había alguna posibilidad de iniciar una lucha, allí mismo. Estaban yendo por un pasillo completamente desierto. Podían intentar defender sus vidas y escapar de la torre.

Pero enseguida desistió. Las cadenas que llevaban puestas eran demasiado grandes. Era imposible pelear con ellas. Además, aunque estuviesen yendo por un lugar solitario, en el resto de la torre había cientos y cientos de guardias.



Se internaron por un pasadizo completamente vacío, avanzaron unos pasos más y luego el centinela ordenó detener la marcha con un gesto de su brazo. Abrió una puerta que estaba a la derecha, y se quedó de pie, indicándoles que ingresaran. Una vez que todos estuvieron adentro, cerró la puerta sin hacer ruido.

Era una simple sala, con unas antorchas y unas sillas.

-¿Qué hacemos en este lugar? -preguntó Kobar, caminando alrededor-  
¿Por qué nos trajiste aquí?

Pero de pronto Kobar se detuvo, paralizado.

-¿Qué es aquello?

Rápidamente, Kobar caminó hasta un bulto que había en el suelo.

-¿Qué es esto...? -dijo atónito- Esto... ¿Esto es un turlok?

Antes de que Kobar pudiera decir una palabra más, el centinela extrajo un garrote del interior de su túnica. Lo levantó en alto y lo descargó contra la cabeza de Kobar.

El impacto fue silencioso. Kobar cayó al suelo, desmayado.

## **-Capítulo doce-**

### **-El plan de fuga-**

El centinela permaneció en el lugar, todavía empuñando el garrote. Bardoc se puso en guardia, Fanor dio un paso atrás, y Azemir no supo qué hacer.

Sin embargo, el centinela no los atacó. Con un gesto de la mano les pidió que mantuvieran silencio, y escondió el arma en el interior de la túnica. Caminó hasta la puerta, apoyó el oído contra ella, y aguardó unos instantes. Luego se giró hacia ellos.

-¿Quién eres? -preguntó Fanor.

El centinela se bajó la capucha y se quitó la máscara.

Tenía ojos verdes como la campiña, y el pelo del color de la miel.

Azemir creyó estar soñando.

-Salud, señores.

-Kiriela. -dijo Fanor, estupefacto.

-Sí, soy yo.

-¡Kiriela! -exclamó Azemir.

-La misma. Me alegra comprobar que estáis con vida.

Azemir la observó de arriba abajo para cerciorarse de lo que estaba viendo.

Era indudablemente Kiriela.

-¿Quién es ella? -preguntó Bardoc.

-Es una amiga de tiempos remotos. -contestó Azemir- No puedo creerlo. ¿Cómo estuviste, Kiriela? ¿Estuviste bien, en este tiempo? ¿Estás bien, ahora?

-Bien, sí.

-¿Cómo sobreviviste al combate en el Delta Seco? -preguntó Azemir.

Kiriela levantó las cejas.

-Oh, sí. El combate en el Delta Seco, lo recuerdo muy bien. Primero tú, Azemir, caíste al suelo, inconsciente. Luego Fanor fue atado, y Helars también. Sólo yo quedé peleando. Y bien, hubo que tomar una decisión rápida.

-Por supuesto. -dijo Azemir- Que siguieras combatiendo en soledad hubiera sido un error. ¿Qué hiciste entonces?

-Desaparecí. Me escabullí por las sombras, hasta que los turlorks ya no pudieron verme.

-¡Pero había cientos! -dijo Azemir- ¿Cómo lo conseguiste?

-Lo logré, no importa cómo. Luego de eso permanecí oculta, esperando ver qué pasaba a continuación. A Fanor le perdí el rastro enseguida.

Fanor asintió.

-Fue porque me llevaron a otro lugar.

-Lo imaginé. -contestó Kiriela.

-Yo fui entregado a una caravana. -dijo Azemir.

-Así es. -respondió Kiriela- La misma caravana donde pusieron a Helars.

-¡Helars! ¿Dónde está Helars?

-Lo siento, Azemir, no sé dónde está.

-¿Qué?

-Escucha el resto de la historia. Yo seguí de cerca la caravana donde estábais tú y Helars. Tenía esperanzas de rescataros. Descubrí que los turloks os estaban dando un veneno, para manteneros dormidos. Trataban de ser cautelosos con vosotros. A Helars, en particular, le tenían bastante miedo. Los turloks temen profundamente a los magos. No estaban muy seguros de qué hacer con él. Todo el tiempo discutían sobre el tema, y no lograban ponerse de acuerdo. Muchas veces estuvieron a punto de matarlo.

Kiriela hizo una pausa breve, como preparándose para decir algo malo.

-Pero entonces, de la noche a la mañana, Helars desapareció.

-¿Te refieres a que logró escapar? -preguntó Azemir.

-Eso fue lo primero que pensé. Pero busqué por todas partes y no encontré el menor rastro de él. Los turloks también lo buscaron, pero al poco tiempo se olvidaron del asunto. De hecho, estaban aliviados de no tenerlo más.

-¿Y no volviste a saber de él?

-No.

Hubo un silencio.

-Después de eso, continué siguiendo a la caravana. -dijo Kiriela- Tú, Azemir, todavía formabas parte de ella. Todo el tiempo estuve esperando una oportunidad de rescatarte, pero la oportunidad no se presentó. Al final la caravana llegó a la fortaleza oscura, y lo que hice fue esconderme en uno de los cargamentos. Entramos a la fortaleza oscura al mismo tiempo, Azemir. Yo estaba muy cerca tuyo, aunque tú no lo supieras. A la noche, salí de mi escondite, y desde entonces estuve moviéndome de un lugar a otro, procurando no ser vista.

Kiriela hizo una pausa.

-En cuanto a Helars, yo creo que está vivo. -dijo con seguridad- Es una intuición, y nada más. Pero siempre creo en lo que intuyo. Helars vive. Pero todavía nos falta averiguar dónde se encuentra.

-De alguna manera lo hallaremos. -dijo Bardoc.

-Está bien. -repuso Azemir- Ahora tenemos que pensar, entre todos, qué pasos vamos a seguir a partir de este momento.

-Azemir estimado, es el momento de actuar, no de pensar. -repuso Kiriela- De pensar me ocupé yo, todo este tiempo. Tengo un plan para sacaros de la fortaleza oscura, reunir ejércitos, librar la batalla más grande de nuestro siglo y vencer a los turloks de una vez.

Bardoc sonrió, con entusiasmo.

-No te conozco, humana, pero ya estás agradándome. Cuenta conmigo.

-Perfecto. -dijo Kiriela- Señores, en este momento comienza la operación que derrotará al Shin Itak. Recordad este momento, que será recordado por muchos. Y ahora, bajemos al suelo.

Se arrodillaron en ronda, y Kiriela desplegó un mapa.

-Este es un mapa de la fortaleza oscura que dibujé yo misma. Prestad mucha atención. Este círculo que está en el centro es la torre mayor, el lugar donde nos encontramos ahora. En un rato saldréis de aquí, y seréis devueltos a vuestros calabozos, en la torre prisión. Es este otro círculo, aquí.

Asintieron nuevamente. Kiriela continuó.

-La fuga será mañana, poco después del anochecer. Cuando aparezca un guardia en vuestro piso, tendréis que derribarlo, sin hacer ruido, sin que se entere ningún otro turlok.

-Yo me ocuparé de eso. -dijo Bardoc.

-Excelente. Una vez que lo hayas tumbado, le quitarás las llaves. Con ellas podrás salir de tu calabozo, y liberar también a Azemir y a Fanor. Luego tendréis que esperar, hasta el momento en que yo produzca una distracción.

-¿Qué distracción exactamente? -preguntó Bardoc.

-Haré estallar un depósito de aceite, que no está muy lejos de ahí. El estallido atraerá a los guardias de la torre prisión, que saldrán de inmediato. En ese momento tendréis el camino despejado. Cuando ya estéis afuera de la torre, iréis hacia la izquierda, hasta un rincón oscuro. Allí, entre medio de unas bolsas de arena, dejaré unas capas, unas antorchas y un chisquero. Os pondréis las capas, pero las antorchas quedarán apagadas hasta más adelante. Seguiréis camino hacia el sur, por un callejón muy estrecho. Es inconfundible. Caminaréis por él, hasta el final.

-¿Allí te encontraremos? -preguntó Azemir.

-No, yo estaré ocupada rescatando a Belger.

-¡Belger! -exclamó Fanor- ¿Lo encontraste? ¿Dónde está?

-Está en un calabozo secreto, en un rincón lejano de la fortaleza oscura. -contestó Kiriela- Pero volvamos a esto, que tenemos poco tiempo. Os estaba diciendo que caminéis hasta el final del callejón. Allí veréis un pozo, tapado con una piedra. Corredla, y dejaos caer por el pozo. Abajo hay un río subterráneo, lo bastante profundo para una caída segura. Encended las antorchas, y dejaos llevar por la corriente. Después de un tiempo, veréis una plataforma, justo a la derecha del río. Subid. Al final de esa plataforma hay un pasillo. Ese pasillo conduce a otro río, que desemboca en un patio.

-¿Qué nos espera en ese patio? -preguntó Bardoc.

-Es el lugar donde duermen los gulaks.

-¡Gulaks! -dijo Azemir.

-Es muy peligroso, ya lo sé. -contestó Kiriela- Pero no hay otra opción. Atravesad el patio, sin despertarlos. Llegaréis a una torre, que conecta con el muro externo de la fortaleza oscura. Os estaré esperando en el interior de esa torre, junto con Belger. Desde allí saldremos hacia la libertad.

Kiriela enrolló el mapa y lo guardó en el interior de su túnica.

-Una vez libres, -continuó- tendremos que contactar a Adelia y a los vardshaks para iniciar el ataque a la fortaleza oscura.

-Excelente, humana.

-Hay un problema, sin embargo. -dijo Azemir- Les llevará un tiempo a los hombres de Adelia venir hasta aquí.

Kiriela sonrió.

-Están mucho más cerca de lo que imaginas. Si quisieran, en apenas una tarde podrían llegar.

-¿Qué? -dijo Fanor- ¿Dónde se encuentran?

Kiriela sonrió nuevamente.

-En el único lugar donde los turloks no pueden poner pie.

-¡El mar! -exclamó Bardoc.

-Exacto. -contestó Kiriela- Los navegantes de Ferainos ofrecieron sus embarcaciones. Los soldados de Adelia están en el mar, cerca de la costa, esperando el momento de desembarcar.

-¿Por qué no lo hicieron todavía? -preguntó Fanor.

-Están esperando a unos barcos que vienen del norte, con refuerzos. -contestó Kiriela.

-¿Cuánto puede faltar para que lleguen? -quiso saber Azemir.

-Llegarán en cualquier momento. -respondió Kiriela- Y cuando eso ocurra, el ataque tendrá lugar instantáneamente.

-Y con la ayuda de mi pueblo. -dijo Bardoc- Ellos también se encuentran cerca, aunque no se dejen ver. Bastará con que yo les dé la orden, para que se unan al ataque.

-Lo sé. -dijo Kiriela- Estoy segura de que vuestro apoyo inclinará la balanza. Bien, todo está listo entonces.

-Un momento... -dijo Azemir, y señaló a los dos turloks desmayados- ¿Qué haremos con ellos dos?

Kiriela extrajo un frasco del interior de su ropa.

-Este líquido me permitirá controlarlos.

-¿Controlarlos?

-Sí, Azemir. Si tragan este líquido, podré manejarlos a mi antojo. Y a propósito, necesito que me ayudéis. Hay que abrirles la boca.

-Eso no es problema. -dijo Bardoc.

Fue hasta el centinela desmayado y abrió su mandíbula.

-Adelante.

Kiriela tiró unas gotas del frasco en la garganta del turlok.

-Gracias. Y ahora, el otro.

Bardoc abrió la boca de Kobar, y la operación se repitió.

-Perfecto. -dijo Kiriela.

Y sin más, se tomó ella misma lo que quedaba en el frasco.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Azemir.

-No te preocupes, así es como funciona esto. Ahora ellos tendrán el líquido en la sangre y yo también. Y entonces estarán bajo mi control.

-¿Estás segura de que funcionará? -preguntó Azemir.

Kiriela guardó el frasco vacío.

-Por supuesto. El efecto es momentáneo, desde ya. Se terminará cuando el líquido se vaya de sus venas. En ese momento volverán a la normalidad, pero nunca sabrán que fueron controlados.

-No sabía que podías hacer magia. -comentó Azemir.

-Muchos dirían que no se trata de magia verdadera. -contestó Kiriela- Para muchos, un mago que utiliza brebajes no es un verdadero mago.

Kiriela se aclaró la garganta y continuó.

-Y ahora, señores, debo dejaros. Iré a ocultarme nuevamente. Esperad unos momentos antes de despertar a los turloks. No temáis, ellos estarán bajo mi control. Os llevarán de vuelta con el Shin Itak. Cuando él pregunte si el tormento funcionó, haré que le transmitan información falsa. Y el Shin Itak les creará.

Les entregó la capa y la máscara del centinela.

-Tomad esto. Tendréis que ponérselo de vuelta. Y ahora debo irme, ¡adiós!

Sin más, Kiriela abandonó la pequeña habitación.

-A vestir al centinela, entonces. -dijo Bardoc- Ayudadme, por favor, que esta tarea no me entusiasma.

Le pusieron la máscara y la túnica.

-¿Lo despertamos? -dijo Bardoc.

-No, todavía no. -contestó Azemir- Kiriela dijo que había que esperar un poco.

Aguardaron pacientemente, un pequeño rato.

-Suficiente. -dijo Bardoc- Lo despertaré.

Tomó al centinela por los hombros y lo sacudió. Un instante después, el centinela se puso de pie.

Pero se quedó totalmente quieto, con la mirada en blanco.

-¿Qué le pasa? -preguntó Bardoc- ¿Se quedará así como está?

Azemir se encogió de hombros.

-No lo sé. Kiriela nos pidió que confiáramos en ella. Se supone que está bajo su control. Despertemos a Kobar.

Lo sacudieron fuertemente. El turlok abrió los ojos, se levantó y por unos momentos se quedó inmóvil, como el otro. Luego parpadeó, y fue caminando hasta la puerta.

-¿Eres tú, Kiriela? -preguntó Azemir.

-Claro que soy yo. -dijo Kobar- Vamos, señores. Os dije que confiéis en mí. Estos turloks están bajo mi control.

Abandonaron el lugar. Un momento después, llegaron a la sala del Shin Itak.

El señor de la fortaleza oscura parecía muy impaciente.

-¿Y bien?

-Señor... -dijo Kobar- Los prisioneros hablaron, los tres.

El Shin Itak sonrió.

-Muy bien. Ahora sácalos de mi vista, y mándalos de vuelta a la torre prisión.

Kobar hizo una reverencia, y se los llevó del lugar. Los hizo bajar por cientos de escalones, hasta salir finalmente de la torre.

Había unos guardias allí. Kobar se dirigió a ellos.

-Guardias, os encargo a estos prisioneros. Hay que llevarlos de vuelta a la torre prisión.

Los guardias obedecieron, sin hacer comentarios.

## **-Capítulo trece-**

### **-El encuentro subterráneo-**

Al día siguiente, cuando despertó, Azemir se recordó a sí mismo que era su último día como prisionero.

El viaje a la explanada se le pasó rápidamente, pero al llegar descubrió algo que lo dejó sin aliento. Había unos postes con unos hombres decapitados.

-Fue un castigo de Garbalk. -le explicó un prisionero- Ocurrió ayer, a la tarde. Viliod dijo que hacía falta detener la construcción de la torre. Dijo que era peligroso ir tan rápido, sin dejar que la mezcla se secara. Dijo que ni siquiera con el andamio iba a alcanzar para sostener a la torre. Que iba a caerse en cualquier momento, eso dijo. Que iba a caerse y matarnos a todos. Y entonces Garbalk lo decapitó, y lo colgó ante la vista de los demás.

-¿Y nadie lo apoyó? -preguntó Azemir.

-Sí. Esos que están ahí, decapitados como él.

Justo entonces Garbalk se paró frente a la muchedumbre.

-Humanos, oíd. Enseguida comenzaréis a trabajar. Pero antes, un recordatorio. Hace un tiempo que estáis aquí. Ya deberíais saber cómo comportaros. Pero vistos los incidentes de ayer, me veo obligado a recordároslo. Trabajad, sudad, callad, y seguiréis con vida. Trabajar, sudar, callar. Eso es todo, humanos. No es mucho, a decir verdad. No es mucho, teniendo en cuenta que sois prisioneros de la fortaleza oscura. De modo que, si no queréis terminar como aquellos, haced lo que yo digo. Os detesto, humanos, pero no quisiera perder más brazos.

Garbalk hizo una pausa. Los miró largamente a todos. Luego señaló a Azemir y a Fanor.

-Vosotros dos, tengo que asignaros una tarea especial. ¡El resto, a trabajar!

Sin más, los prisioneros reanudaron la construcción de la torre, y Azemir y Fanor se quedaron donde estaban.

-Os tocará hacer algo distinto del resto. -les dijo Garbalk- Trabajaréis en el interior de la torre. Acompañadme.

Los condujo hasta una pequeña puerta que se encontraba en la base de la torre, y les entregó dos herramientas gigantescas, con forma de tirabuzón.

-¿Sabéis para qué se usan estas herramientas?

-Para hacer perforaciones en el suelo. -contestó Fanor.

-Exacto. -respondió Garbalk, y señaló el espacio interior de la torre, que podía verse a través de la puerta- Allí haréis las perforaciones, en el



interior. Ocho en total, formando un círculo. ¿Sabéis para qué usaremos las perforaciones?

-Me lo puedo imaginar. -dijo Azemir- Para poner los mástiles que tallé con Viliod y los otros.

-Exacto, humano. Nada más que explicar, entonces. Hoy estaréis ocupados haciendo los pozos, y mañana colocaréis los mástiles. Y ahora, a trabajar.

Azemir y Fanor ingresaron a la torre. El andamio que había en el interior era todavía más complejo que el de afuera. Había tantas vigas que se hacía dificultoso desplazarse.

-¡Al final del día quiero ver resultados! -gritó Garbalk, y desapareció sin más.

Fanor se aclaró la garganta.

-Azemir, tengo que pedirte algo.

-Adelante.

Fanor se tomó un tiempo antes de continuar. En silencio, sujetó la herramienta en forma de tirabuzón, apoyó la punta contra el suelo y empezó a darle vueltas. Enseguida comenzó a formarse un hoyo en la tierra, pero al poco tiempo una tos ronca atacó al teniente y lo obligó a detenerse.

Azemir intentó ayudarlo.

-No, Azemir. Puedo hacerlo solo. Pero escucha, por favor. En este momento prefiero que me escuches. Azemir, no estoy bien. Quiero decir... Hace tiempo que no estoy bien. Ya viste lo que esta enfermedad está haciéndome. Y no deja de empeorar. Estuve la noche entera escupiendo sangre.

Un nuevo ataque de tos lo interrumpió. Los ojos se le irritaron y la cara empezó a transpirarle. Tomó aire profundamente, y con un esfuerzo enorme, imposible de ocultar, reanudó lo que estaba diciendo.

-No me importa mi enfermedad, Azemir. Yo quiero seguir adelante con el plan de Kiriela. Me fugaré con vosotros. Pero no sé en qué estado voy a encontrarme esta noche, cuando llegue el momento de entrar en acción. No sé hasta dónde podré seguir. Y ahora viene lo que quiero pedirte. Azemir, si por alguna razón yo no pudiese continuar, quiero que me dejéis, y sigáis adelante.

Azemir no supo qué decir.

-Si el plan de Kiriela fallara por mi culpa, yo no me lo perdonaría. -agregó Fanor- Por eso, si hace falta que me dejéis atrás, simplemente hacedlo.

Fanor tomó la herramienta y reanudó lo que estaba haciendo, sin agregar una palabra más.

La jornada fue larga y cansadora. Al final del día, habían terminado de hacer las ocho perforaciones, dispuestas en círculo como Garbalk había indicado.

El camino de regreso a la torre prisión fue rápido y silencioso. Cuando llegaron, Garbalk se ocupó personalmente de encerrar a Azemir y a Fanor

en sus respectivos calabozos. Les dijo unos insultos entre dientes, y abandonó el noveno piso, dejándolos en la oscuridad total.

Instantáneamente Azemir pensó en la fuga, que iba a comenzar en apenas unos momentos. De manera automática, una ola furiosa de nervios le invadió el cuerpo, los brazos, las piernas. Trató de estar más sereno, pero fue en vano. Hubiera gritado para desahogarse, pero no podía hacerlo. Se puso a dar vueltas por el calabozo.

-Tranquilo, Azemir. -dijo Bardoc en voz baja- La espera ya se termina. El guardia está viniendo, puedo escucharlo.

Azemir agudizó el oído. En efecto, unos pasos estaban aproximándose por las escaleras.

Se sentó en el suelo, apoyó la espalda contra la pared y se limpió el sudor que estaba cayéndole por el rostro. Un momento después, el guardia apareció al otro lado de las rejas. Tenía las llaves colgadas de la cintura.

Azemir sintió que su corazón daba golpes violentos, que estaba a punto de romperle el pecho y escaparse dando saltos.

El guardia caminó lentamente, haciendo una ronda de vigilancia. Fue hasta el final del pasillo, y luego emprendió el regreso.

-¡Turlok!

-Qué quieres, Bardoc.

-Necesito preguntarte algo. Acércate.

El guardia se acercó.

-Aquí estoy.

-Escucha mi pregunta. -dijo Bardoc en un susurro- Será la más importante que jamás te hayan hecho. Muchas cosas dependen de la respuesta que me des.

-No se en qué estás pensando, pero da la impresión de que perdiste el juicio.

-Cuida tus palabras, turlok. Podrían costarte la vida.

Una mueca de desprecio se formó en el rostro del guardia.

-Bardoc, me parece que el encierro está haciéndote perder los estribos. Me hablas con palabras amenazantes. ¿Acaso no puedes ver que estás en un calabozo, prisionero y desarmado?

-Eso no interesa ahora. -dijo Bardoc- Escúchame con atención. Escucha mi pregunta.

El turlok aguardó en silencio.

Bardoc continuó.

-Escucha mi pregunta con máxima atención. Si el día de mañana, por un azar del destino, te encontraras con un niño vardshak... que está indefenso y solo... que es tan pequeño que ni siquiera puede caminar... ¿Qué harías con él?

-¿Por qué me preguntas eso?

-Contéstame.

-La respuesta es simple. Lo que haría es...

-No tan rápido. Piensa en lo que vas a decir.

Transcurrió un instante, dos, o tres, y el turlok volvió a hablar.

-Te diré la respuesta, Bardoc. Es una respuesta fácil, porque lo haría una y mil veces. Levantaría al pequeño vardshak y lo arrojaría al fuego, o al mar, o a la boca de un gulak.

Hubo un instante de silencio.

-Ya veo. Temía que dijeras eso.

Con un movimiento corto y brutal, Bardoc atrajo al guardia hacia él y lo estranguló contra la reja, sin darle tiempo a reaccionar, a pelear, a gritar, o a ninguna otra cosa.

El turlok se desplomó en el suelo, muerto.

-Ahí lo tienes, Azemir. Un monstruo sin perdón. Yo soy distinto, soy un vardshak. Si alguna vez, en el futuro, alguien te dice que ellos y nosotros somos lo mismo, entonces tú, Azemir, le contarás esto que acaban de ver tus ojos.

Azemir contempló al turlok muerto. Estaba torcido en el suelo, con los ojos muy abiertos. La mano izquierda seguía aferrando la antorcha.

-¿Qué hubieras hecho, Bardoc, si te hubiera dado una respuesta distinta? Bardoc respiró fuertemente.

-No, no iba a darme una respuesta distinta.

Un silencio cundió en el noveno piso.

-Bien. -dijo Azemir- Aquí es donde comienza la fuga. ¿Listo, Bardoc?

-Listo.

-¿Listo, Fanor?

-Listo. -contestó el teniente, desde el fondo del pasillo.

-Allí vamos, entonces. Bardoc, quítale las llaves al guardia.

Desde su calabozo, Azemir vio el brazo de Bardoc saliendo entre las rejas y revisando el cuerpo muerto del turlok.

-¿Dónde las tenía, Azemir?

-Las tenía colgadas de la cintura.

Bardoc revisó un poco más.

-No las encuentro. ¿Puedes verlas tú?

Azemir se aproximó a las rejas y miró.

Al instante sintió un sobresalto. Las llaves estaban allí, en el suelo, pero se habían caído lejos, muy lejos.

-Por Adelia. -dijo Azemir.

-¿Qué ocurre?

-Puedo ver las llaves, Bardoc, pero no conseguirás alcanzarlas.

-¿Qué dices?

-Están lejos. Allí, ¿las ves?

-¡No puede ser!

-Tenemos que pensar en algo, Bardoc.

-¿Qué ocurre? -preguntó Fanor, desde su calabozo.

-Tenemos un problema. Bardoc no puede alcanzar las llaves. Se cayeron muy lejos. Su brazo nunca llegará.

-No estás hablándome en serio.

-Eso quisiera, Fanor.  
-Tenemos que pensar en algo, entonces.  
-Es exactamente lo que estaba diciéndole a Bardoc.  
Hubo un silencio.  
Azemir tuvo una idea.  
-¡Ya sé lo que haremos!  
-Qué es lo que haremos. -preguntó Bardoc.  
-Fanor, ¿me escuchas?  
-Perfectamente.  
-Fanor, tu cinturón.  
-¿Qué?  
-Tu cinturón, Fanor. Dáselo a Bardoc.  
-¿El cinturón?  
-Sí, tu cinturón, que se lo des a Bardoc. ¡Vamos, rápido! No hay tiempo que perder.  
-¿Para qué?  
-Ahora lo verás. ¡Dáselo, pronto!  
-¿Y cómo quieres que se lo alcance desde aquí?  
-¡Lánzalo!  
-¡Pero es imposible! ¡El pasillo está curvado!  
-Fanor, es nuestra única posibilidad. Vamos. Quítate el cinturón, y enróllalo hasta que tenga forma de ovillo. Así, tendrás más chances de lograrlo. ¡Vamos!  
Hubo un silencio.  
-¿Lo estás haciendo?  
-Lo estoy haciendo. Pero todavía no entiendo cuál es tu plan.  
-Te confieso, Azemir, que comparto las preocupaciones del teniente.  
-Confíad en mí.  
-Listo, ya tiene forma de ovillo.  
-Vamos, lanza tu mejor tiro. -dijo Azemir.  
-Allí va.  
El cinturón de Fanor, transformado en un ovillo, voló por el aire. Rebotó en las rejas de un calabozo vacío, luego cayó al suelo y rodó un largo trecho, hasta detenerse a cierta distancia del calabozo de Bardoc.  
-Buen lanzamiento. -dijo Azemir- ¿Podrás alcanzarlo, Bardoc?  
-Tengo que poder, no hay otra opción.  
Bardoc sacó el brazo a través de los barrotes. Lo extendió al máximo y trató de agarrar el cinturón.  
-¡No puedo alcanzarlo!  
-¡Sí puedes, te falta muy poco! -lo alentó Azemir.  
Bardoc estiró todos los dedos de la mano.  
-¡Vamos, ya casi lo logras!  
Con un esfuerzo inigualable, Bardoc logró estirar el brazo un poco más, y alcanzó el cinturón con la punta de una de sus uñas.  
-¡Lo tengo!

Cuidadosamente lo atrajo hacia él.  
-Listo, está conmigo.  
-Bien. Ahora, Bardoc, esto es lo que harás...  
-Estoy escuchándote.  
-Desarma el ovillo.  
Hubo un instante de silencio.  
-Desarmado.  
-Ahora, usa el cinturón como un látigo, para atraer las llaves hacia ti.  
Intenta que las llaves se enganchen con la hebilla del cinturón.  
-Lo intentaré.  
Bardoc hizo un primer intento, pero erró.  
-Estuviste muy cerca. La próxima vez estoy seguro de que lo conseguirás.  
Bardoc hizo otro intento. La hebilla cayó exactamente encima de las llaves.  
-¡Perfecto! Ahora, Bardoc, arrastra las llaves hacia ti. Despacio, por favor. Si lo haces muy rápido, se desengancharán de la hebilla. Despacio. Así.  
-¡Las tengo!  
-¡Excelente!  
Bardoc empezó a probar las llaves, hasta que una de ellas produjo un sonido especial.  
-Tiene que ser ésta. -dijo Bardoc- La estoy girando. Sí, es ésta. Segundo giro. Ya casi termino...  
Los engranajes hicieron un último sonido.  
-Puerta abierta.  
Bardoc apareció en el pasillo, frente a Azemir.  
-¿Dije alguna vez que tu amiga hace planes brillantes, Azemir?  
Bardoc sonrió, y sin más, empezó a probar las llaves en la puerta del calabozo de Azemir. La segunda funcionó.  
Azemir salió a la libertad.  
-¡Estupendo! Gracias, Bardoc. Ahora rescatemos al teniente.  
Fueron hasta el final del pasillo. Fanor estaba esperándolos de pie.  
Bardoc le abrió la puerta y le devolvió el cinturón.  
-Tuyo, humano. Gracias por el préstamo.  
-Me alegro de que haya sido útil. -dijo el teniente, poniéndoselo de vuelta en la cintura.  
-Ahora bien... -dijo Bardoc- ¿Cómo continúa esto?  
-Debemos esperar a que Kiriela produzca la explosión. -contestó Azemir- Puede tardar un tiempo. No sé cuánto exactamente...  
Su voz fue ahogada por un estallido, proveniente del exterior.  
-¡Es el depósito de aceite! -dijo Fanor- ¡Ya está, Kiriela lo hizo explotar! Se produjo un enorme alboroto en la torre prisión. Los turlorks que estaban en los pisos inferiores empezaron a gritar al mismo tiempo, preguntando qué había pasado.

-Perfecto. -dijo Bardoc- Los guardias están saliendo. Todo marcha según lo planeado.

-¿Crees que llegó el momento de bajar? -preguntó Azemir.

-No, todavía no. -contestó Bardoc- Esperaremos un poco más.

Unos instantes transcurrieron. Se miraron entre sí, sin hablar. Fanor daba la impresión de estar ansioso, enérgico, como si de pronto su enfermedad hubiese perdido toda importancia.

-Bien. -dijo Bardoc- Ahora sí, creo que salieron todos. Si alguno se quedó en la torre, tendremos que derribarlo.

Tomó el sable del guardia muerto.

-¡Ahora sí, andando! -dijo sin más.

Se precipitaron escaleras abajo, corriendo a máxima velocidad. Pasaron de largo cientos de calabozos con sus cientos de prisioneros. Muchos les hablaron, les preguntaron qué pasaba, a dónde iban. No tuvieron tiempo para contestarles ni mirar sus rostros.

-Atención. -dijo Bardoc- Estamos llegando a la planta baja. Dejad esto en mis manos.

Descendieron los últimos escalones, ingresando a una sala amplia y circular. Había dos turloks allí. Ninguno de los dos se había percatado de su presencia. Uno estaba ocupado en encender unas antorchas, y el otro se encontraba más lejos, en el umbral que daba con la calle.

Bardoc se lanzó sobre el turlok más cercano y le rompió el cuello con un movimiento silencioso.

-Me parece que la explosión fue en el depósito de aceite. -dijo el otro guardia, que estaba de espaldas- Seguramente fue un descuido, de algún tonto. Lo pagaré caro, estoy seguro. No es para andar derrochando aceite por ahí. ¿Quién era el encargado de cuidar ese depósito? Porque yo no lo recuerdo muy bien. Un tal Crucak, me parece. Pero no estoy seguro. A propósito, ¿por qué estás tardando tanto?

El turlok se dio vuelta, pero antes de que pudiera decir nada, cayó muerto por el sable de Bardoc.

-¿Dónde los dejaremos? -preguntó Fanor.

-En algún lugar oscuro... -contestó Bardoc- Allí, detrás de esas cajas.

Les quitaron los sables a los turloks muertos, y los ocultaron rápidamente.

-Y ahora sí, vayámonos. -dijo Bardoc- Debemos ir a buscar las antorchas y las capas que vuestra amiga escondió.

Salieron de la torre prisión. La noche era oscura, fresca y sin viento. Se podían escuchar voces y exclamaciones provenientes del norte, donde se había producido la explosión. El fuego no podía verse, pero sí la columna de humo, que subía rápidamente en dirección al cielo.

-Sólo espero que Kiriela esté bien. -dijo Azemir.

-Lo estará. -replicó Bardoc- Ahora, lo importante es no cometer errores y no perder tiempo. En ese rincón deben estar escondidas las antorchas y las capas. Vamos.

Hurgaron rápidamente. Encontraron tres capas negras, tres antorchas, y un chisquero para encenderlas.

Se pusieron las capas y se echaron encima las capuchas.

-Bien. -dijo Bardoc- Mantendremos apagadas las antorchas, como ella dijo. Lo siguiente es ir hacia el sur. Ella mencionó que había un camino...

-Aquel. -lo interrumpió Fanor, señalando un sendero oscuro- Tenemos que ir por ahí.

-Andando entonces. -dijo Bardoc.

Echaron a correr a toda velocidad, fundidos con la sombra gracias a las capas negras que tenían puestas. Fueron encontrando otros caminos que se cruzaban perpendicularmente al sendero por el que iban, pero los ignoraron, manteniendo el rumbo.

-¿Dijo Kiriela cuánta distancia teníamos que andar? -preguntó Azemir mientras corrían sin descanso.

-No. -contestó Fanor- Sólo aclaró que teníamos que seguir de manera recta, hasta encontrar un pozo y meternos en él.

-Pero ese pozo no aparece. -dijo Azemir- ¿Existe la posibilidad de que hayamos tomado un rumbo que no debíamos?

-No lo creo. -contestó Fanor- Ella dijo que teníamos que ir por un sendero oscuro, y éste es más oscuro que la garganta de un lobo. Además...

-¡Escucho algo! -dijo Bardoc en un susurro - ¡Ocultaos, rápido!

Se escondieron detrás de una pila de basura, y permanecieron inmóviles como estatuas. Al instante, unos turloks salieron de una puerta. Pasaron muy cerca de ellos y siguieron de largo.

Pero uno se detuvo.

-¡Rorok, imbécil, no te quedes atrás! -le gritó otro del grupo.

Rorok aguardó un momento más, indeciso. Finalmente desistió, y se unió al resto. La tropa entera se alejó corriendo, en dirección al lugar de la explosión.

-Eso estuvo cerca. -dijo Bardoc- Me preocupa el olfato de los turloks. De eso no podemos ocultarnos. Continuemos, y tratemos de llegar a ese pozo lo más pronto posible.

Continuaron a toda velocidad. Unos momentos después, se toparon con un portón de rejas, casi tan alto como un árbol.

-Kiriela no mencionó esto. -dijo Fanor.

Se quedaron paralizados por un instante.

-No puede ser. -dijo Azemir- No es posible que hayamos errado el camino.

-Quizá no vimos el pozo y lo pasamos de largo. -dijo Fanor.

Bardoc se acercó al portón y miró a través de las rejas.

-No. -dijo con seguridad- Allí está el pozo, al otro lado del portón.

Era cierto. Lejos hacia adelante podía distinguirse el pozo del que había hablado Kiriela. Estaba tapado con una roca, como ella había explicado.

-Tuvimos un poco de mala suerte, nada más. -dijo Bardoc- Los turloks habrán cerrado este portón hace poco. Tendremos que treparlo, entonces. Yo iré primero.

Bardoc trepó el portón con agilidad. Cuando llegó hasta arriba, se cruzó de lado y bajó con un salto.

-Mi turno. -dijo Azemir.

Escaló por las rejas, que estaban frías y oxidadas, se pasó de lado y bajó hasta pisar el suelo.

-Perfecto. -dijo Bardoc- Faltas tú, Fanor.

Fanor comenzó a trepar. Con cierta dificultad, llegó hasta arriba. Pasó de lado y empezó a descender, pero se detuvo al poco tiempo.

-¿Por qué te detienes? -dijo Bardoc.

El teniente no contestó.

-¿Ocurre algo? -preguntó Azemir.

-No me ocurre nada. -dijo Fanor, respirando con esfuerzo- Estoy bien.

Reanudó el descenso. Sin embargo, después de haber bajado una corta distancia, sus manos soltaron las rejas y se desplomó sin más.

Bardoc lo atajó justo a tiempo.

-Tú no estás nada bien, humano.

-¿Fanor, qué ocurre?

Trataron de ponerlo en pie. El teniente abrió grandes los ojos, como aturdido.

-Estoy bien. Perdí el sentido, nada más.

-¿Puedes continuar? -preguntó Bardoc.

Fanor se frotó la cara enérgicamente.

-Sí, puedo. Sigamos.

Echaron a correr y en poco tiempo llegaron al pozo, que estaba tapado con aquella enorme piedra.

-Habrás que correrla. -dijo Bardoc- ¿Listos?

Entre los tres empujaron la piedra, que se desplazó lentamente hasta dejar al descubierto el pozo. Consistía en un túnel estrecho, que descendía hacia abajo en línea recta.

Era más oscuro que la noche misma. No podía verse lo que había al final.

-Nos dejaremos caer uno por uno. -dijo Bardoc- Encenderemos las antorchas cuando todos estemos abajo, flotando en el agua. ¿Quién pasa primero?

-Yo lo haré. -dijo Fanor.

Con resolución, el teniente se adelantó y se sentó en el borde del pozo. Contempló largamente las tinieblas que había en su interior. Luego soltó una exhalación y se dejó caer. Su figura fue engullida rápidamente por la oscuridad.

Azemir y Bardoc se miraron, durante un instante que pareció eterno, hasta que al fin se escuchó el sonido de Fanor impactando contra el agua.

Aguardaron.

-¡Estoy bien! -les gritó el teniente- ¡La caída es segura!

Bardoc metió la cabeza en el agujero.

-¡Te lanzaré las antorchas! ¡Cuida que no se mojen!

-¡Las estoy esperando, lánzalas!



Bardoc se quitó la capa y la usó para envolver las antorchas y el chisquero. Hizo una especie de paquete, que cerró con un nudo y dejó caer por el túnel.

-¡Ahí van!

Bardoc y Azemir se miraron nuevamente, en otro instante que duró una eternidad.

-¡Las tengo! -exclamó el teniente, un momento después.

Bardoc sonrió, aliviado.

-Si no te opones, Azemir, yo seré el siguiente.

-Adelante.

Nuevamente, Bardoc metió la cabeza en el agujero.

-¡Ahí voy, Fanor! ¡Hazte a un lado, o caeré encima tuyo!

-¡Adelante, ya me aparté!

Bardoc se levantó y se paró firmemente en el borde del agujero. Miró la oscuridad, respiró profundamente. Levantó los brazos, y se arrojó con un salto al interior del pozo.

El golpe contra el agua se escuchó un instante después.

-¡Ya está! -gritó desde abajo- ¡Vamos, Azemir, faltas tú!

Azemir miró alrededor. Todo lucía calmo, y ya no se escuchaban gritos de alboroto. De seguro los turloks habían logrado controlar el incendio provocado por Kiriela, y muy pronto iban a descubrir que ellos se habían escapado.

Miró las estrellas en el cielo.

Y sin esperar más, se lanzó por el agujero con los brazos levantados, como había hecho Bardoc.

Fue cuestión de un instante hasta que su cuerpo impactó contra el agua helada, y quedó enteramente sumergido. Reaccionó con rapidez, y usando todas sus fuerzas nadó hasta sacar la cabeza del agua. Cuando lo hizo, vio a Fanor y a Bardoc flotando al lado suyo, sosteniendo sus antorchas.

-Perfecto, ya estamos los tres. -dijo Bardoc- Lejos de los turloks, pero lejos aún de nuestra meta.

El teniente encendió la antorcha de Azemir y se la dio.

-Gracias, Fanor.

-Muy bien. -dijo Bardoc- Todo sigue marchando a la perfección. ¿Continuamos?

Echaron a nadar, siguiendo la corriente y manteniendo las antorchas en alto, bien por encima del nivel del agua.

El río iba por dentro de un túnel espacioso. El único sonido que podía escucharse era el débil murmullo que producía la corriente. Había un olor de humedad y de tierra. De tanto en tanto aparecían agujeros en las paredes, que debían conectar con otros lugares subterráneos.

-¿Podéis oír eso? -dijo Bardoc repentinamente.

Se detuvieron, flotando en el lugar. Azemir agudizó el oído. Fanor arrugó el entrecejo.

-¿No lo escucháis?

-No, -respondió Azemir- no puedo escuchar nada.  
-Tampoco yo. -dijo el teniente.  
Bardoc señaló hacia adelante.  
-El sonido viene desde allí.  
Azemir prestó atención, tratando de percibir algo, aunque fuese débilmente. Después de unos momentos, consiguió distinguir un sonido.  
-Son como aleteos. -dijo.  
Transcurrió un instante.  
-Es verdad. -contestó Fanor- Es como si hubiera pájaros revoloteando, no muy lejos de aquí.  
-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Azemir.  
Bardoc desenvainó el sable.  
-Prepararnos, y esperar.  
Azemir empuñó el arma. Fanor también.  
Los aleteos se aproximaron.  
-Están llegando... -dijo Bardoc- Están muy cerca...  
Y entonces señaló hacia adelante.  
-Allí.  
Era una enorme bandada de murciélagos.  
-Vienen hacia nosotros. -dijo Fanor.  
Se prepararon para defenderse.  
-Proteged las antorchas. -dijo Bardoc- Si se caen al agua, estaremos perdidos.  
Esperaron juntos, en guardia. En apenas un instante los murciélagos llegaron hasta donde estaban ellos. Los tres atinaron a defenderse, pero ninguno de los animales descendió para atacarlos. Simplemente pasaron de largo, volando por encima de sus cabezas, hasta perderse en la lejanía.  
-¿Pudisteis ver el tamaño de esos animales? -preguntó Bardoc.  
-Nosotros ya vimos a esos murciélagos. -respondió Azemir- Fue cuando viajábamos por las Montañas Verdes.  
-Es cierto. -comentó Fanor- Los recuerdo a la perfección. Eran murciélagos enormes, como los de recién.  
-Me pregunto de dónde habrán salido. -dijo Bardoc- Como fuere, habrá que estar atentos. Quién sabe qué otras cosas puede haber aquí. Y ahora, sigamos.  
Guardaron los sables y continuaron nadando. Después de avanzar un cierto trecho consiguieron hacer pie. El suelo no era firme, pero permitía caminar.  
-¿Qué más encontrasteis en ese viaje por las montañas? -preguntó Bardoc- ¿Visteis alguna otra cosa, además de esos murciélagos?  
-Sí, encontramos otras cosas. -contestó Azemir- Pero no me atrevo a mencionarlas. A la luz del día, quizá. A la intemperie.  
-Está bien.

La marcha continuó. El silencio se hizo más denso aún, con la sola excepción de sus respiraciones, y el débil sonido que producía el agua al correr.

Azemir se preguntó cómo le estaría yendo a Kiriela, en su difícil tarea de atravesar la fortaleza oscura y rescatar a Belger de su calabozo secreto.

De pronto Bardoc hizo un gesto con la mano, pidiéndoles que se detuvieran. Giró la cabeza a un lado, al otro. Olfateó el aire, como un lobo.

-No estamos solos. -dijo en un susurro.

Hubo un silencio.

-¿Murciélagos? -preguntó Azemir.

Bardoc permaneció quieto, con la mirada rígida.

-No. Esta vez no son murciélagos. Hay alguien, no lejos de aquí.

-¿Alguien? -preguntó Azemir.

Aguardaron en silencio.

-Debe ser un turlok. -dijo Fanor, en voz baja.

-No. -contestó Bardoc secamente- No es un turlok.

Azemir intentó ignorar los latidos frenéticos de su corazón.

-¿Quién es, entonces? -preguntó Fanor.

Pero Bardoc volvió a olfatear el aire, con máxima concentración.

-El olor que siento no es de un turlok. Tampoco es de un humano.

Azemir sintió que sus manos empezaban a transpirar un sudor congelado.

-¿No puedes identificar de quién se trata? -preguntó Fanor.

-No, no puedo. -dijo Bardoc- Nunca había sentido ese olor. No es un humano ni es un turlok, tampoco es un animal. No es nada que yo conozca.

-Sigamos camino. -dijo Azemir, sintiendo que la garganta se le angostaba- Sigamos, más rápido que antes. Mucho más rápido. Si él consigue interceptarnos, será el fin.

-¿Él? -preguntó Fanor- ¿Quién es él? ¿De quién estás hablando?

Fanor y Bardoc lo miraron.

-Eso no importa ahora. -dijo Azemir- Tenemos que alejarnos de él, lo más rápido que podamos. Por favor. ¡Por favor! No nos demoremos aquí, ni un instante más. ¡Continuemos, rápido!

A pesar de sus rostros confusos, Fanor y Bardoc parecieron comprender. Instantáneamente echaron a andar, a velocidad redoblada.

Azemir agudizó el oído mientras avanzaba, lleno de agitación. No hubo un solo sonido, un solo indicio de nada.

Se preguntó qué podía pasar si él llegaba a alcanzarlos.

Sólo había que alejarse, rápido.

El suelo se hizo más blando.

-¿Qué estamos pisando? -preguntó Bardoc.

-El suelo está más flojo que antes. -dijo Fanor.

No había modo de pisar con firmeza.

-Continuemos. -dijo Azemir- Vamos. Podríamos quedar atrapados. ¡Vamos!

Trataron de acelerar el paso, pero el suelo se hizo más movedizo aún.

-Hay algo abajo. -dijo Fanor- Hay cosas en el suelo.

-Sí, ya lo sé. -replicó Azemir- Y será mejor no averiguar lo que son.  
¡Vamos, más rápido! Debemos...

Pero Bardoc se detuvo y levantó el sable, en guardia.

-¿Qué ocurre? -preguntó Azemir.

-Algo me pasó por al lado. -contestó Bardoc- Algo me rozó.

-¿Un pez?

-No. Era otra cosa.

-Sigamos. -dijo Azemir.

Durante un instante, Bardoc vaciló.

-Sí, continuemos. -dijo al fin.

Reanudaron el avance a toda velocidad. Un momento después, llegaron a distinguir, lejos adelante, la plataforma que Kiriela les había mencionado. Estaba a la derecha del río, bastante por encima del nivel del agua.

Empezaron a correr como unos desesperados, aunque el agua no les permitiese ir con rapidez.

-¡Vamos! -exhortó Azemir, una vez más- ¡Cuando hayamos dejado este río, todo será más fácil! ¡Ya estamos cerca...

Azemir se detuvo en seco. Sus piernas se habían topado con algo grande. Lo tocó. Era húmedo y blando.

Fanor y Bardoc se habían detenido también, y estaban a la espera.

-Suficiente. -dijo Bardoc- Hay cosas abajo del agua y tenemos que ver lo que son.

-Está bien. -dijo Azemir, sintiendo que el miedo empezaba a poseerlo- Yo lo haré.

Sumergió los brazos y buscó. Enseguida sus dedos encontraron algo grande, frío y resbaladizo. Le generó repugnancia, pero lo agarró con las dos manos y lo levantó hasta sacarlo del agua.

Era un cadáver putrefacto.

-¡Un humano muerto! -dijo Bardoc.

Azemir soltó el cadáver, horrorizado. Rápidamente, la corriente del río se lo llevó.

-¿Qué hacía ese muerto en este lugar? -dijo Fanor- ¡Pensé que iban a parar a la boca de los gulaks!

-Así es, no lo dudes. -replicó Bardoc- Yo tampoco entiendo qué hacía ese cadáver en este río.

-¡Hay otro aquí! -exclamó el teniente, señalando un cuerpo que flotaba muy cerca suyo.

-Ahora entiendo. -murmuró Bardoc- Lo que estamos pisando no es un suelo flojo. Son montones de cuerpos muertos. Suficiente ya, dejemos este río de una vez.

Nuevamente echaron a correr en dirección a la plataforma, pero enseguida aparecieron más cadáveres. A izquierda y derecha, adelante, atrás, en todas partes.

-¡Rápido! -dijo Bardoc- ¡Salgamos del agua!  
Pero los cadáveres siguieron multiplicándose hasta cubrir el río entero.  
-¡Rápido! -repitió Bardoc con más fuerza.  
Ya era casi imposible avanzar, estaban rodeados de cuerpos y tenían que apartarlos a los codazos.  
-¡No puede ser! -dijo Fanor- ¡Esto no puede ser verdad!  
Ya estaban muy cerca de la plataforma. Al final de ella, podía verse un túnel estrecho.  
-¡No os detengáis! -gritó Azemir- ¡No os detengáis, por nada del mundo!  
Pero de pronto todos los cuerpos desaparecieron.  
El río volvió a ser el mismo de antes.  
-¿Qué es esto... Qué...? -dijo Bardoc, incapaz de articular las palabras.  
Se miraron, atónitos. Los cadáveres se habían desvanecido, hasta el último. Frente a ellos, se erguía la plataforma. Alrededor, sólo había silencio.  
-Una ilusión. -dijo Azemir- ¡Era una ilusión! ¡Los cuerpos eran falsos!  
Bardoc miró alrededor. Sus ojos estaban alertas como nunca antes.  
-El olor. -dijo en un susurro.  
-¿Qué olor? -preguntó Fanor.  
-El olor que había sentido antes, lo estoy sintiendo de nuevo. -contestó Bardoc.  
De pronto, la antorcha de Azemir se apagó.  
-Magia. -dijo Fanor.  
Las otras antorchas se apagaron también, y quedaron envueltos en una oscuridad absoluta.  
-Preparaos. -dijo Bardoc- No sé quién es, pero viene a buscarnos.  
-Yo sé quién es. -dijo Azemir.  
Fanor y Bardoc lo miraron.  
Azemir les habló en voz baja.  
-Sé perfectamente quién es. Escuchadme. No tenemos ninguna posibilidad de vencerlo. Debemos buscar un modo de huir, a toda costa. No hay nada que podamos hacer contra él.  
-Eso es cierto, humano. -dijo una voz.  
-¿Quién eres tú? -gritó Bardoc.  
Nadie le contestó. Empezó a soplar un viento helado. El agua donde estaban se enfrió.  
-¿Por qué debería contestarle a un vardshak? -dijo la voz.  
-¡Maldito seas! -le contestó Bardoc- Muéstrate y hazme frente.  
A lo lejos, al final de la plataforma, apareció un brillo. Pero no era un brillo como cualquier otro. Era un destello gris. El destello emanaba de la figura de alguien, que se acercaba caminando, hacia ellos.  
-No podemos vencerlo. -dijo Azemir en un susurro- Su poder está mucho más allá del nuestro. Tenemos que huir, tan pronto como se presente la oportunidad.  
Ahora la figura de Krag podía verse perfectamente.

-Tus palabras son acertadas, Azemir. -dijo el hombre lagarto, mientras caminaba hacia ellos- Y a pesar de entender eso, desoiste mis advertencias. Te dije que no duermo, Azemir. Te lo advertí. Y no me hiciste caso. ¿Creías, realmente, que tú y tus amigos podíais escapar de esta fortaleza? ¿Creías que era posible burlarse de mí, que el plan de tu amiga podía funcionar?

El hombre lagarto se detuvo en el borde de la plataforma. Su cola describía un movimiento serpentino, fascinador. Las escamas de su cuerpo brillaban, como las de un pez. Sus ojos felinos estaban llenos de un color rojizo.

-¿Qué haré con vosotros? -continuó diciendo el hombre lagarto- ¿Qué haré con la tonta pandilla que intentó burlarse del príncipe de los aveldiri?

Azemir miró alrededor y estudió rápidamente las posibilidades de escapar; pero no tardó en darse cuenta de que no tenían modo de conseguirlo. Estaban sumergidos hasta el pecho y no podían moverse con rapidez. Escapar a nado iba a serles imposible. La única salida era el túnel que se encontraba al final de la plataforma, pero Krag se interponía en el camino.

-No busques más, Azemir. -dijo el hombre lagarto, como adivinando sus pensamientos- No tenéis manera de escapar. Y en adelante, tampoco podréis mover las piernas.

Krag extendió la mano hacia adelante, y el río se congeló de manera instantánea.

-Con eso bastará para que estéis quietos.

Trataron de zafarse, pero el hielo les llegaba hasta el pecho y era indestructible, como si fuese de piedra.

-Ahora estáis en mis manos, los tres. Ese hielo no puede romperse. No hay nada que podáis hacer. Ni toda vuestra fuerza unida podrá sacaros del lugar donde estáis. Y ahora, enemigos míos, os presentaré a los verdugos que se ocuparán de mataros.

El hombre lagarto hizo un movimiento con los dedos.

-Ya están llegando.

Unas criaturas aparecieron de pronto, provenientes del pasillo que estaba al final de la plataforma. Andaban en cuatro patas y producían un gruñido prolongado, interminable. Eran de color negro, tenían el cuerpo lleno de púas y se movían ágilmente, como felinos.

-Los vuriks. -dijo Fanor.

-Exactamente. -respondió Krag- Son asesinos muy eficaces. Pero me consta que ya los conocéis.

Los vuriks caminaron hasta el borde de la plataforma. Gruñieron nuevamente y mostraron sus dientes blancos y largos.

-Ahora debo irme. -continuó Krag- Os dejaré con ellos, mientras yo voy en busca de vuestra amiga. Me ocuparé de que también ella muera esta noche.

El hombre lagarto puso la vista en Azemir

-Desperdiciaste la oportunidad que te di, Labrador. Ahora pagarás las consecuencias de tu necedad.

Un vurik saltó desde la plataforma al río congelado. Caminó en círculo alrededor de ellos, y luego se paró frente a Bardoc. Le gruñió y le mostró sus colmillos largos como navajas.

-Es aquí donde nos despedimos. -concluyó Krag- Adiós, humanos. Adiós, vardshak.

El hombre lagarto dio media vuelta, dispuesto a irse.

Pero alguien más había llegado al lugar.

## **-Capítulo catorce-**

### **-La frontera final-**

Era un hombre alto, con una túnica que tapaba su cuerpo y una capucha que mantenía su rostro escondido. Krag se quedó inmóvil, incapaz de disimular que había sido tomado por sorpresa.

-¿Quién eres?

Pero el hombre encapuchado no le contestó.

-¿Cómo llegaste aquí? -continuó preguntando Krag- ¿Por qué te interpones en mi camino?

Una vez más, el hombre de la túnica permaneció en silencio. Lentamente, desenvainó una espada que arrojaba un brillo azul.

-¿Quién eres? -preguntó Krag otra vez- Contéstame.

-Soy la persona que estás buscando.

-¿Qué?

-Aquí me tienes al fin, hombre lagarto.

Krag abrió grandes los ojos.

-¿Acaso tú...?

-Soy yo.

-¡Astar!

Los vuriks se pusieron en guardia.

-¡Astar! -dijo nuevamente Krag- Al fin dejaste de esconderte. Llegué a pensar que te habías esfumado para siempre. ¡Pero aquí estás!

Krag se inclinó hacia adelante, presto a pelear. Su cola, nuevamente, empezó a describir esa ondulación fascinadora. Los vuriks mantuvieron sus posiciones, con el pelo erizado, como felinos preparándose para el combate.

-Antes de pelear respóndeme una cosa. -continuó Krag- ¿Por qué haces esto, Astar? ¿Por qué eliges mostrarte súbitamente? ¿Por qué ahora saltas a la boca del lobo, después de ocultarte por un tiempo tan largo? Además, sabes que no puedes ganarme. Mientras el Rubí de los Cuatro Vientos esté colgando de mi cuello, no hay nada que puedas hacer contra mí. ¿Por qué, entonces, vienes a buscar la muerte? ¿Por qué echas a perder todos los planes que estuviste trazando con Brandil?

Astar no contestó. Los vuriks empezaron a rodearlo, con sus movimientos felinos, con sus dientes blancos brillando en la penumbra.

-Contéstame, Astar.

-Puedo darte las respuestas que buscas. -dijo Astar, inmutable en medio de los vuriks- Pero no sin que antes liberes a esos tres.

Los ojos de Krag se giraron hacia Azemir, Fanor y Bardoc.



-Liberarlos ahora no hará ninguna diferencia, Astar. Sabes que estoy muy próximo a conseguir lo que deseo, y si ahora ellos salvan sus vidas, será para perderlas un tiempo después.

-Eso no me interesa, hombre lagarto. Déjalos ir.

Krag no le dio respuesta. Los vuriks empezaron a cerrarse alrededor de Astar. Uno de ellos se adelantó, como un gato a punto de atacar. Astar se volvió hacia él, y el vurik se detuvo de inmediato.

-El tiempo corre, hombre lagarto.

Krag permaneció en silencio unos momentos más, con su cola serpenteando, y sus manos abriéndose y cerrándose lentamente.

-Está bien. -dijo al fin- Haré lo que me pides.

El hombre lagarto se volvió hacia Azemir, Fanor y Bardoc.

-Tenéis suerte, enemigos míos. Un pez más grande ha venido a salvar vuestras vidas.

Krag extendió el dedo índice en dirección a ellos. Un instante después, el río se descongeló, y las aguas empezaron a moverse nuevamente.

El hombre lagarto se volvió nuevamente hacia Astar.

-Ahí lo tienes. Tus protegidos ya pueden escapar.

-Sabes muy bien que con eso no alcanza. -contestó Astar- No quiero que ninguno de tus monstruos intente seguirlos. Ordénales que se vayan, lejos de aquí.

-Estás pidiendo muchas cosas, humano.

-Tendrás que cumplirlas, si quieres enfrentarte conmigo. Expulsa a tus vuriks de aquí, o tendré que matarlos yo mismo.

El hombre lagarto le echó una larga mirada.

-Tu posición es precaria, Astar, y dices cosas que no se corresponden con ella.

-Sabes muy bien que no te tengo miedo. Será mejor que te ahorres esas amenazas, y que pongamos fin a esto. Ordénales a tus monstruos que se marchen.

Krag cerró el puño fuertemente.

-Muy bien.

Hizo un gesto con la mano, y al instante, los vuriks huyeron por los mismos túneles por los que habían venido.

-¿Satisfecho?

-Vosotros tres... -dijo Astar- Huid, rápido.

Azemir, Fanor y Bardoc se miraron.

-Ya lo escuchásteis. -murmuró Krag.

Uno por uno, Azemir, Fanor y Bardoc subieron a la plataforma.

-Apresuraos. -dijo Astar.

Agilizaron el paso, en dirección al pasadizo que estaba al final de la plataforma.

Pero cuando pasaron cerca de Krag, intercambiaron miradas entre ellos. Y sin decir nada, empuñaron las armas, dispuestos a atacarlo.

-¡Tontos! -gritó Astar- Esos sables no pueden hacerle nada. ¡Huid!

Se quedaron en el lugar, indecisos.

Krag soltó una risa burlona.

-Será mejor que le hagáis caso...

-¡Huid! -repitió Astar, con una voz de trueno- ¡No me desobedezcáis!

Permanecieron quietos un instante más.

-Tiene razón. -dijo Bardoc- Vamos, tenemos una misión que cumplir.

Cautelosamente, pasaron de largo a Krag.

-Muy pronto volveremos a vernos. -les dijo el hombre lagarto- Os lo puedo jurar.

Llegaron al final de la plataforma, donde estaba el pasadizo. Bardoc fue el primero en meterse, y Fanor después.

Antes de seguirlos, Azemir miró hacia atrás. Astar y Krag se observaban el uno al otro, completamente quietos. La espada continuaba emitiendo un brillo azulado, que se reflejaba en la piel escamosa del hombre lagarto.

Sin atreverse a tardar más, Azemir se internó en el estrecho pasadizo y siguió a sus compañeros.

Anduvieron un largo rato, en medio de una oscuridad total. Finalmente, llegaron al otro río del que les había hablado Kiriela, y sin perder tiempo se metieron en él.

La corriente resultó tan intensa que ni siquiera hizo falta nadar. Poco tiempo después, Azemir sintió unas brisas de aire fresco, y supo que no faltaba mucho para salir a la intemperie.

Llamó a sus compañeros.

-¡Fanor! ¡Bardoc!

Pero el sonido del agua ahogó su voz. Decidió esperar.

Un momento después el río salió a un espacio abierto. Instantáneamente levantó la cabeza y miró alrededor. El lugar estaba lleno de una niebla densa. No podían verse luces ni movimientos. Hacia el sur, no lejos, se alzaban los muros externos de la fortaleza oscura.

Nadó con fuerzas y en poco tiempo llegó a la orilla, que era de barro. Se puso de pie rápidamente, y buscó a sus compañeros con la vista. No vio a ninguno de los dos, y empezó a preocuparse por ellos, hasta que de pronto distinguió a Bardoc, que nadaba vigorosamente en dirección a la orilla.

-¡Aquí! -dijo Azemir en un susurro.

El vardshak salió del agua y fue hasta él.

-Azemir, veo que llegaste bien. ¿Qué sabes de Fanor?

-No volví a verlo. ¿Venía cerca tuyo?

-Durante un tiempo, sí. -dijo Bardoc- Luego le perdí el rastro. Aparecerá en cualquier momento. Seguramente... ¡ahí está! ¿Pero qué...? ¿Qué le pasa?

La corriente estaba trayendo a Fanor como si fuese un objeto inerte.

Bardoc lo llamó.

-¡Fanor!

El teniente pareció reaccionar. Sacudió la cabeza.

-¡Fanor! -repitió Bardoc.

Penosamente, Fanor fue nadando hasta la orilla. Cuando llegó, salió del agua arrastrándose.

-Fanor, qué ocurre. -dijo Azemir.

El teniente no contestó. Tomó grandes bocanadas de aire, luego tosió y expulsó sangre de la boca.

-Está muy débil. -dijo Bardoc.

-Fanor, ¿me escuchas?

Con un esfuerzo enorme, Fanor empezó a levantarse.

-No tengo fuerzas. -dijo en un tono inaudible- El río... Estuve muy cerca de ahogarme. Es esta enfermedad... Los hilos del desierto...

Volvió a toser y a escupir sangre.

-¿Puedes seguir? -preguntó Bardoc.

-Lo intentaré.

Tambaleándose como una marioneta, Fanor consiguió ponerse de pie.

Bardoc intentó ayudarlo, pero el teniente lo detuvo.

-No, estoy bien. Ahora debemos seguir. Vamos. Tenemos que llegar hasta la torre donde Kiriela nos espera.

-Debe ser aquella. -dijo Bardoc, y señaló hacia adelante.

La silueta de una torre podía verse claramente, recortada contra la oscuridad. Estaba muy próxima a los muros de la fortaleza oscura.

-Andando, entonces. -dijo Fanor.

-Aguarda. -lo detuvo Azemir- Debemos ser cautelosos. Kiriela dijo que en este patio dormían los gulaks.

Fanor buscó con la vista.

-Yo no puedo ver ninguno.

-Pero están, aunque la oscuridad no permita verlos. -dijo Bardoc- Se encuentran en todas partes. No es conveniente que caminemos juntos. El olfato de los gulaks es bueno, y aunque estén dormidos podrían sentir nuestra presencia. Si vamos de a uno por vez, tendremos más chances de pasar desapercibidos.

-Entonces haremos eso. -dijo Azemir- Puedo pasar primero, si queréis.

-No hace falta. -dijo Bardoc- Yo lo haré.

El vardshak dejó el sable en el suelo.

-Será mejor que abandonemos las armas aquí. Ya no pueden servirnos de nada.

Sin agregar palabra, Bardoc echó a andar. Su figura se alejó más y más y fue mezclándose con la niebla y la oscuridad, hasta desaparecer

Azemir y Fanor se limitaron a esperar, en un silencio absoluto.

Un viento sopló.

-¿Qué crees, Azemir? -preguntó Fanor después de unos momentos- ¿Estará llegando a la torre?

Azemir no se atrevió a responder. Entrecerró los ojos, como si eso pudiera ayudarlo a ver en la oscuridad. Pero Bardoc, sencillamente, estaba más allá del alcance de su vista.

De pronto distinguió un pequeño destello en la punta de la torre.

-¡Allí! -dijo Azemir en un susurro- ¿Ves aquel brillo? Debe ser una señal de Kiriela. Bardoc logró llegar.

-Muy bien. -dijo Fanor- Yo pasaré último. Ve tú.

Azemir emprendió el camino.

A poco de andar, se encontró con que la niebla iba haciéndose más densa a cada paso. Continuó avanzando, y pensó, o trató de pensar, en lo muy cerca que se encontraba de esa libertad que tanto había anhelado.

Unos pasos más adelante encontró un gulak dormido. Supo que era apenas el primero de los muchos que iba a encontrar en su camino hasta la torre.

La torre. ¿Dónde estaba la torre?

La niebla se la había tragado. Buscó desesperadamente con la vista, pero no logró divisarla por ningún lado.

Cerró los ojos y se detuvo en el lugar. Respiró profundamente, una vez, dos. Esperó hasta que el miedo de su corazón se hubiese disipado y recién entonces abrió los ojos nuevamente. Allí estaban otra vez la niebla, la oscuridad, el silencio, y el enorme gulak, que respiraba, con su vientre gigantesco hinchándose y deshinchándose.

Reanudó la marcha, esquivando al monstruo y procurando mantener el rumbo, procurando acercarse paso a paso a la torre. No podía verla, y estaba obligado a confiar en su propio sentido de la orientación.

Tenía que llegar, y no podía demorarse.

Otro gulak dormido apareció ante él. Lo evitó desviándose a la izquierda, hasta que otro apareció ante sus ojos, y otro más, que descansaba muy cerca.

Pensó en volver sobre sus pasos, pero temió perderse. Se recordó a sí mismo que solamente tenía que seguir. Se recordó a sí mismo que cada paso lo acercaba un poco más a la meta. Como precaución, empezó a desplazarse en puntas de pie. Esquivó patas, colas, y más y más patas, sintiendo gotas de sudor que le bajaban por el rostro. Se dio cuenta de que había olvidado dejar el sable, que todavía colgaba de su cintura, con un vaivén desordenado que lo ponía nervioso.

Continuó esquivando más y más gulaks, hasta que al fin logró distinguir la torre. Estaba muy cerca, mucho más cerca de lo que hubiera imaginado.

Sintió esperanzas. Tan sólo un pequeño tramo le quedaba, y conseguiría reunirse con los demás.

Tenía que ser más precavido que nunca. Volvió a mirar a los gulaks. Dormían. Miró hacia atrás. No había nada ni nadie. Miró el cielo, vio las estrellas.

Todo estaba bien. Dio unas zancadas largas y ágiles, y con ellas terminó de recorrer el tramo final.

Estaba justo al pie de la torre. La pequeña puerta de acceso se abrió, y Bardoc apareció en el umbral. Inmediatamente lo hizo entrar y cerró la puerta.

-Lo conseguiste, Azemir. Aunque te demoraste mucho. Vamos arriba, pronto. Tenemos que darle la señal a Fanor.

Subieron rápidamente por una escalera de caracol. Cuando llegaron al último piso, Azemir miró alrededor.

Había una oscuridad muy grande, y le costaba distinguir las formas. Lo primero que vio fue una mesa pequeña, en la que había unos despojos de comida. Vio también unas antorchas que colgaban del techo, apagadas por completo, y vio muchas ventanas, que miraban hacia todas partes.

Distinguió, además, que había tres turloks muertos en el suelo.

-Aquí, Azemir. -dijo la voz de Kiriela.

Miró en la dirección de la voz, y vio a su amiga, cerca de una de las ventanas.

-Tuve que apagar esas antorchas. -explicó- No podíamos arriesgarnos a ser vistos.

Kiriela sacó un cristal del interior de su ropa, y lo usó para darle la señal a Fanor.

-Me alegra ver que estás bien, Azemir. -dijo una voz familiar.

-¡Belger!

-Pasó mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

-Ya lo creo. ¡Ya lo creo! ¿Cómo estás, Belger?

-Respirando, así que bien.

-Hicimos todo lo posible por rescatarte. Pero la misión fracasó. Perdón. ¡Discúlpanos!

Belger esbozó una sonrisa.

-Yo no estaría tan seguro de ese fracaso, Azemir. Después de todo, aquí estoy, a punto de escapar de la fortaleza oscura. Yo creo que la partida de rescate cumplió su misión. Pero la prueba más difícil está acercándose. Es la batalla final contra la fortaleza oscura.

-En la que todos vamos a pelear. -dijo Bardoc- Luchando codo a codo, para derrotar al único y verdadero enemigo.

Azemir imaginó la batalla inmensa que iba a librarse, y al instante sintió una mezcla de euforia y miedo. Se preguntó qué iba a pasar, cómo iban a terminar las cosas, cómo...

-Fanor no aparece. -dijo Kiriela.

De inmediato, Azemir, Belger y Bardoc se apostaron contra la ventana, igual que Kiriela. Observaron largamente, y esperaron.

Nada ocurría. No había rastro del teniente. La oscuridad era enorme y permitía ver muy poco, pero lo bastante para tener la certeza de que Fanor no estaba cerca.

-Quizás no vio la señal. -dijo Bardoc.

-No, no es eso. -dijo Kiriela- Sencillamente no está allí. Debería encontrarse en aquella parte, justo entre el río y los gulaks. Pero no está.

Azemir esforzó sus ojos al máximo pero fue incapaz de ver tan lejos.

-¿Dónde puede encontrarse? -preguntó Bardoc.

-Las posibilidades no son muchas. -respondió Kiriela- O volvió al río, o se anticipó y empezó a venir antes de recibir mi señal.

-Tiene que ser eso. -dijo Azemir- Después de todo, yo me demoré demasiado. Seguramente Fanor se dio cuenta de eso, y emprendió el camino antes, para ganar tiempo.

-Es una posibilidad. -replicó Kiriela- En cualquier caso, no debería demorarse más. La noche está terminándose, y muy pronto amanecerá.

Aguardaron, en silencio, pero nada ocurrió.

-Escuché que Fanor está enfermo. -dijo Belger.

-Sí, tiene los hilos del desierto. -contestó Bardoc.

-¿Hilos del desierto? -replicó Belger- ¿Cómo es posible? ¿Qué tan avanzada está la enfermedad? ¿Cuánto hace que la tiene?

-Mucho tiempo ya. -dijo Azemir- Diez días, o más.

Belger abrió grandes los ojos.

-No puede ser. -dijo terminantemente- Nadie sobrevive diez días a los hilos del desierto.

Azemir se encogió de hombros, sin saber qué decir.

-No puede ser. -dijo Belger nuevamente- Conozco esa enfermedad, la vi en muchos hombres. Los que no toman a tiempo el antídoto, empeoran sin pausa, de manera irreversible. Mueren al quinto día. No viven más que eso. No es posible que Fanor...

-Estoy seguro. -dijo Azemir- Él mismo me lo dijo. Hace diez días, o quizás once o doce, que tiene la enfermedad.

Estaba muy claro, en la mirada de Belger, que le costaba dar crédito a lo que oía.

-Jamás escuché algo así. -dijo en un murmullo.

-¿Será que la enfermedad está desapareciendo de su cuerpo? -preguntó Azemir.

-Me temo que eso no es posible. -intervino Bardoc- Nunca supe de nadie que se hubiese curado teniendo tan avanzada la enfermedad.

-Aunque, pensándolo mejor... -dijo Belger pensativamente- Fanor está hecho de una madera muy fuerte. Si existe una persona, una sola, capaz de sobrevivir a esa enfermedad, es él.

-El tiempo corre. -interrumpió Kiriela- Mientras lo esperamos, deberíamos ir saliendo.

Se miraron.

-Ella tiene razón. -dijo Bardoc- Si el amanecer nos sorprende mientras estamos escapando, los turloks nos verán y todo esto habrá sido en vano. Vamos, humana. Muéstranos por dónde salir.

Kiriela fue hasta una ventana. Había una soga que pasaba a través de ella, y salía horizontalmente hacia el exterior.

-Esta soga te llevará hasta los muros externos de la fortaleza oscura. -explicó Kiriela- Está firme, yo misma la instalé. Cuando llegues al final, verás otra soga, que desciende por la cara exterior de los muros. Cuando hayas bajado estarás en libertad, afuera de la fortaleza oscura. Espéranos allí. No tardaremos.

Bardoc hizo un gesto de aprobación.

-Allí voy, entonces.

Salió por la ventana y se colgó de la soga. Un instante después, empezó a alejarse, a toda velocidad.

Azemir quiso ver si Fanor aparecía, pero la niebla lo cubría todo y le fue imposible verlo. Trató de agudizar el oído, pero el único sonido que escuchó fueron las largas respiraciones de los gulaks, que seguían durmiendo.

-Bardoc ya casi termina. -dijo Kiriela- Que vaya uno más. Belger, tú.

-Id vosotros, yo me quedaré esperando a...

-No te preocupes por Fanor. -lo interrumpió Kiriela- Nosotros lo esperaremos. Por favor, Belger. Si tú no escapas de la fortaleza oscura, todo esto habrá sido en vano.

El general se pasó una mano por la frente y, en silencio, asintió. Fue hasta la ventana, se colgó de la soga como había hecho Bardoc, y emprendió el trayecto hacia la libertad.

Azemir y Kiriela se miraron.

-Tenemos que hacer algo con Fanor. -dijo Azemir- No podemos dejarlo ahí.

Kiriela se asomó por la ventana otra vez.

-Sigo sin verlo.

-Iré a buscarlo.

-Está bien, Azemir. Te esperaré, apresúrate.

Sin perder tiempo, Azemir se lanzó escaleras abajo y salió de la torre.

Corrió sigilosamente por entre los gulaks dormidos, desandando el camino por el que había venido. Después de esquivar rápidamente a seis o siete de aquellos monstruos, logró dar con Fanor. Lo encontró tirado en el suelo, boca abajo.

Rápidamente lo dio vuelta, y descubrió que estaba respirando. Lo sacudió.

-¡Fanor! -dijo Azemir, sin atreverse a levantar el tono de la voz.

Lentamente, Fanor abrió los ojos. Tosió, escupió sangre, y tosió de nuevo.

-¡Fanor, tenemos que irnos, pronto!

El teniente volvió a toser, con un ruido mucho más fuerte. Al instante, un gulak se movió.

-Fanor, tenemos que irnos.

El teniente emitió unos balbuceos. Sin esperar más, Azemir se lo cargó en los hombros.

Pero más y más gulaks empezaron a despertarse. Ya no era posible ir a través de ellos. Ya no había manera de llegar a la torre.

Tenía que tomar una decisión. Miró alrededor, tratando de pensar en algo, pero los pensamientos se le mezclaron en la cabeza. Volvió a mirar alrededor, pero fue sólo para descubrir que más gulaks estaban despertándose.

Por un instante logró concentrarse y pensar. Era imposible llegar a la torre, porque los gulaks se interponían. Era imposible esconderse, porque no había dónde. Tampoco podía quedarse parado donde estaba.

Tenía que pensar en otra cosa.

Tenía que pensar.

El río. Los gulaks no podían meterse en el agua.

Echó a correr como un desesperado, con Fanor en los hombros, y con los gulaks persiguiéndolo por detrás.

El camino fue corto. Un momento después ya estaba cruzando el río, mientras los gulaks rugían enfurecidos sin atreverse a entrar en el agua. En un instante llegó a la orilla opuesta, salió del agua y siguió corriendo. Recién cuando le pareció que había llegado a un lugar seguro, puso a Fanor en el suelo y trató de recuperar el aliento. Unos momentos después echó un vistazo alrededor.

Descubrió que, sin darse cuenta, se había metido en una especie de basural. En todas partes había pilas enormes de escombros y deshechos.

Todos los caminos estaban bloqueados.

Se limpió el sudor del rostro, y se preguntó qué podía pasar a continuación.



## **-Capítulo quince-**

### **-La ejecución-**

El lugar se llenó de turloks. Les ataron las manos a los dos, los condujeron por las calles de la fortaleza oscura y los encerraron en una celda pequeña, justo debajo del Círculo.

Un turlok apareció al rato. Les dejó un recipiente con agua, les avisó que al mediodía iban a ser ejecutados, y les aclaró que faltaba poco para el mediodía. Les explicó también que había distintos tipos de ejecuciones. Remarcó que todas eran dolorosas. Que ellos no ejecutaban a los prisioneros solamente para castigarlos. Que les gustaba divertirse viéndolos agonizar. Que además el Shin Itak estaba furioso. Que por esa razón, las ejecuciones iban a ser lentas y terribles.

Que de todas maneras podían alegrarse, porque en un rato iban a recibir un poco de comida.

Que procurasen disfrutar de sus últimos momentos.

Y que se pudrieran.

El turlok se fue sin más, dando un portazo.

Azemir se levantó y fue hasta el recipiente con agua. Bebió hasta saciarse y se enjuagó la cara. Luego volvió a sentarse en el suelo. Sacó de su bota la astilla que había usado para extender la rajadura de su calabozo. Se puso a jugar con ella, pasándola entre los dedos de la mano.

-Está muy cerca ahora. -dijo Fanor.

-¿Qué cosa?

-El fin. -contestó el teniente, con la mirada perdida.

Una pequeña ventana se abrió. Les arrojaron dos panes, y la ventana se cerró. El teniente tomó su pan con las dos manos, y se quedó mirándolo, en silencio. Azemir empezó a comer el suyo, con mucha lentitud. Descubrió que no tenía ningún sabor, pero que, por lo menos, no estaba envenenado.

Al mediodía aparecieron unos guardias. Les pusieron unas cadenas gruesas y los sacaron de allí. Los condujeron a través de pasillos y escaleras hasta llegar a una puerta metálica. Les abrieron la puerta de par en par y les dijeron salid, humanos, salid al Círculo.

Salieron.

Era un día despejado, con un sol radiante y un cielo azul. El Círculo estaba lleno de turloks. Las gradas desbordaban. Los gritos y clamores llenaban el aire.

Azemir y Fanor fueron conducidos hasta el centro del Círculo.

-Ni un solo turlok se ausentó. -dijo el teniente- ¿Por qué están todos aquí? ¿Todo esto es para vernos morir a nosotros dos?

-No, tiene que haber algo más. -contestó Azemir- Y seguramente falta poco para saberlo.

Azemir levantó la vista y puso sus ojos en el cielo. Pensó en la campiña, en sus tíos y primos, en su hermano. Pensó en Tenrac, el perro de su infancia. Se preguntó si era posible volver a verlos.

-¡Que pasen los prisioneros! -gritó Ulok, el turlok que oficiaba de presentador.

Se abrió una puerta y una fila de prisioneros encadenados salió a la arena. Fue seguida por otra fila, y luego otra, y otra.

No se terminaban.

-Ahí está la respuesta a tu pregunta. -dijo Azemir- Todos los prisioneros van a pelear hoy, hasta el último. Si vinieron todos los turloks es porque todos quieren ver el espectáculo.

Más y más prisioneros llegaron, hasta ocupar la mitad de la superficie de la arena.

-¡Shin-Itak! ¡Shin-Itak! -vociferaron los turloks, llamando a su gran líder, que todavía no se hacía presente- ¡Shin-Itak! ¡Shin-Itak!

-Lo alaban. -dijo Fanor.

-Yo no estaría tan seguro. -replicó Azemir- Creo que le temen y nada más. Alabar es demasiado para un turlok. Lo que sienten por él es temor, miedo. Y una enorme fascinación. Fascinación por su fuerza, por su poder de mando, por su voz.

El portón más grande del Círculo se abrió, y el Shin Itak ingresó a la arena. La ovación fue instantánea. El señor de la fortaleza oscura se limitó a devolver el saludo con un simple gesto de la mano, y caminó directamente hacia donde estaban Azemir y Fanor.

-¡Mátalos, gran jefe!

-¡Muerte a los humanos!

-¡Que mueran!

El Shin Itak parecía no prestar atención a la muchedumbre. Se paró frente a Azemir, se agachó sobre una rodilla y le acercó la cara.

-Saludos, Labrador.

Los ojos del Shin Itak se inundaron de un color rojo.

-Vuestro plan de fuga no salió como esperábais, ¿no es así? -dijo entre dientes, con una voz que ya no era la suya- No era tan fácil escapar. Y ahora dime, Labrador, ¿qué piensas que va a ocurrir a continuación? ¿Acaso tienes esperanzas?

-Eso no te importa, Krag.

-Tonto Labrador. Es verdad que perdí a Bardoc y a Belger, y también a esa humana. Pero ellos no me interesan más, ¡porque Astar está muerto! El ser que más me importaba fue destruido, yace muerto en las profundidades de esta fortaleza.

-Por qué me dices todo esto, qué quieres de mí.

-Muy inteligente, Labrador. Es verdad que todavía hay una cosa en la que me puedes servir. Pero antes mira a tu alrededor. Hoy es un día especial en

el Círculo. ¿Puedes verlo? Mucha sangre va a correr esta tarde. Todos los prisioneros morirán, y también tu amigo, el teniente. Pero a ti, labrador, podría perdonarte la vida. Si me contestas una simple pregunta, te dejaré ir, y no compartirás el destino de ninguno de ellos. Y ahora escucha bien, labrador. ¿Recuerdas a Brandil? Mandé atraparlo, pero ya no está en su bosque. Se fue de allí, abandonó su lugar sagrado. Dime, humano, ¿qué planes tenía él? ¿A dónde pensaba ir? ¿Dónde puede encontrarse ahora? Tú y él estuvisteis comunicados, lo sé muy bien. Debes saber dónde está, y qué planes tenía.

No le contestó.

-No seas tonto, humano. Tu vida puede salvarse aún.

Permaneció en silencio.

-Como quieras, labrador. Disfruta de tu muerte.

El brillo rojizo desapareció de los ojos del Shin Itak, que rápidamente volvió a ser el de siempre. Se puso de pie, dio media vuelta y fue a ocupar su asiento, en el medio de las gradas.

Ulok, el comentador, empezó a gritar.

-¡Turloks, oíd! ¡Hay muchas peleas para ver esta tarde!

Los miles de turloks festejaron con una ovación. Ulok los dejó vociferar, y pasó un tiempo largo hasta que al fin reanudó su presentación.

-¡Turloks, oíd! -repitió con fuerza- ¡Quinientos prisioneros van a luchar en el día de hoy! ¡Y además tenemos dos ejecuciones para ver!

Otra ovación le contestó. Ulok aprovechó la pausa en su discurso para intercambiar unas palabras con el Shin Itak. El Shin Itak los señaló a ellos, Azemir y Fanor. Ulok asintió, y volvió a hablar para la multitud.

-¡Oíd! En primer lugar, veremos las ejecuciones, ya que así lo quiere nuestro gran jefe. El primero en morir será el muchacho de cabello alborotado, y luego seguirá el joven teniente. ¡Empecemos pues!

Garbalk, el turlok de la torre prisión, apareció en la arena. Sus manos sostenían un hacha de tamaño descomunal. Junto a él, venían dos guardias.

-Salud, humano.

Azemir no le contestó.

-Guardias, tiradlo al suelo. -dijo Garbalk.

Los guardias obedecieron, y Azemir cayó de cara sobre la arena. Garbalk rápidamente lo inmovilizó, poniéndole el pie en el medio de la espalda. Los clamores de los turloks se multiplicaron.

Azemir intentó zafarse, pero no lo consiguió. Desde el suelo levantó la vista y miró a Garbalk. El turlok estaba acomodándose el hacha en las manos.

-Esto durará un rato, humano. -dijo con su tono habitual- Todos los que están aquí vinieron para ver un espectáculo, y eso es lo que voy a darles. Tendré que matarte de a poco, cortándote las partes del cuerpo. Tus gritos y llantos los harán gritar de euforia, muy pronto lo verás.

Garbalk tomó una bocanada de aire y levantó el hacha.

Azemir cerró los ojos. Escuchó los gritos eufóricos de los turloks.

Y escuchó un sonido seco.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio que Garbalk yacía muerto sobre la arena, con una flecha en el medio de la frente.

## **-Capítulo dieciséis-**

### **-El Gar Galash-**

Azemir, Fanor, el Shin Itak, los turloks, los prisioneros, todos absolutamente, torcieron la vista hacia el lugar de donde había venido la flecha. Allí estaba Kiriela, de pie, en la parte más alta de las gradas. Sostenía un arco muy largo, casi tan largo como su cuerpo, y llevaba un carcaj en la espalda.

Los turloks se quedaron inmóviles durante un tiempo, como sin entender. Ulok, el comentarista, permaneció petrificado.

Fanor sonrió.

Y el Shin Itak cerró los puños y volvió a gritar.

-¡Matadla!

Los turloks que estaban cerca de Kiriela desenvainaron sus armas, pero ella no se movió.

Y entonces sonó un cuerno, que tocó dos notas, que se oyeron claramente.

-¡Es el ejército de Adelia! -gritó el Shin Itak- ¡Turloks, a pelear!

En cuestión de instantes, las gradas fueron invadidas por hombres de Adelia que ingresaron desde el exterior del Círculo usando escaleras. Los turloks se sumieron en un caos inmediato y absoluto. Levantaron los sables pero no pudieron pelear, porque estaban amontonados entre ellos. Quisieron mantener la posición pero no lograron hacerlo, porque los hombres de Adelia, con Belger al mando, les bajaron desde arriba cargando con lanzas, obligándolos a retroceder y a amontonarse todavía más.

-¡Azemir! -dijo Fanor- ¡Azemir, quítame esta cadena!

Azemir se inclinó sobre el cadáver de Garbalk y le quitó el hacha que sus manos muertas seguían aferrando. Era tan pesada que le alcanzó con un solo golpe para romper las cadenas de Fanor. Sin perder tiempo, el teniente tomó el hacha y liberó también a Azemir. A continuación le dio el arma a los prisioneros, que empezaron a cortar sus propias cadenas liberándose los unos a los otros.

Azemir miró alrededor. Su vista volvió a detenerse en el cuerpo sin vida de Garbalk. En su espalda estaban los dos sables que siempre llevaba con él. Tomó uno de ellos y le dio el otro a Fanor, y luego miró en dirección a las gradas. Los hombres de Adelia continuaban abriéndose paso con sus lanzas, pero muchos turloks estaban bajando a la arena, intentando diseminarse, y así neutralizar la ofensiva del ejército de la ciudad.

-Si quieren pelear en la arena, eso les daremos. -dijo Fanor- ¡Vamos, Azemir!

Sin más, Azemir y Fanor fueron a pelear contra los turloks que se habían bajado de las gradas, y lograron contenerlos antes de que pudiesen organizarse. Al mismo tiempo, los prisioneros que ya se habían liberado de sus cadenas acudieron para ayudarlos.

El Shin Itak gritó furioso.

-¡El Gar Galash! ¡Traed al Gar Galash!

Pero ninguno de sus turloks lo escuchó. El Shin Itak se dirigió a sus centinelas.

-¡Tú, tú y tú! ¡Traed al Gar Galash! ¡Rápido!

Los tres centinelas señalados por él se fueron de inmediato a cumplir con la orden.

-¡Los demás, a pelear!

El Shin Itak y los ocho centinelas que quedaban con él desenvainaron las armas y cargaron en dirección a los soldados de Adelia. Rápidamente se infiltraron por el flanco, rompiendo su formación y matando hombres con una eficacia letal.

-¡Separaos! -gritó Belger- ¡Separaos por el medio!

Los guerreros de Adelia acataron sus órdenes de inmediato. Se dividieron por el medio y neutralizaron el avance devastador del Shin Itak y sus centinelas, que quedaron justo en el centro.

-¡Separaos más! -ordenó Belger.

La brecha se ensanchó. Azemir se preguntó si Belger planeaba encerrar a los enemigos; había una chance de que esa estrategia funcionara, pero era una chance pequeña, porque, aunque el Shin Itak y sus centinelas estuvieran en el medio, había cientos de turloks mezclados entre los hombres de Adelia.

Pero entonces Belger dio una nueva orden.

-¡A la arena, ahora!

Para el desconcierto del enemigo, los hombres de Adelia dejaron las gradas y se lanzaron a la arena. Una vez allí, corrieron hasta reunirse con los prisioneros.

-¡Liberadlos! -ordenó Belger- ¡Pronto!

En apenas unos instantes, los cientos de cadenas que aún faltaba romper fueron hechas pedazos por los hombres de la ciudad.

-¡Formados en diamante! -gritó el general a sus soldados- ¡Formados en diamante!

Los soldados le obedecieron, formando un rombo, apostándose con los pies firmes en el suelo y las lanzas hacia adelante.

-¡Vosotros! -les dijo a los prisioneros- ¡A la retaguardia!

Los prisioneros completaron el rombo por detrás, armados con espadas cedidas por los guerreros de Adelia.

-¡En guardia ahora! -dijo el general- ¡Y esperad mis órdenes!

Todo movimiento se detuvo. Los soldados de Adelia y los prisioneros habían quedado a salvo, resguardados por una formación que podía

brindarles una defensa sólida. Los turloks se mantuvieron en sus posiciones y no intentaron atacarlos más.

Azemir se acercó a Belger.

-¿Cómo habéis hecho para venir tan rápido? -preguntó en voz baja- Creí que los refuerzos estaban en el mar.

-Estaban. -contestó Belger- Pero ya habían desembarcado y estaban viniendo hacia aquí, dispuestos a atacar. Las tropas del norte también están presentes. Se encuentran en las calles de esta fortaleza, peleando y deteniendo todo refuerzo que pueda llegarle al Shin Itak. Por eso, Azemir, es que la batalla principal es ésta que estamos librando. Pero...

El general entrecerró los ojos.

-Hay algo en todo esto que no me agrada. -agregó en voz baja, con la vista firme en los turloks- Se los ve demasiado tranquilos. No debería ser así. Me pregunto...

La voz del general fue sobrepasada por un rugido ensordecedor, cien veces más fuerte que el rugido de un gulak.

-¿Qué fue eso? -dijo Fanor.

El rugido se repitió. A continuación hubo un silencio, y luego unos temblores en el suelo.

El Shin Itak soltó una carcajada.

-¡Tontos humanos! -gritó- ¡Preparaos!

Y sin más, él y todo su ejército se formaron en la arena y se pusieron en guardia; pero no hicieron ningún otro movimiento. Los guerreros de Adelia miraron a un lado y al otro, inseguros.

Hubo más temblores.

-Son pisadas. -dijo Belger en un murmullo- Es algo que está acercándose. Es...

Pero su voz fue ahogada por otro rugido. Un momento después, toda una sección de las gradas voló en pedazos. Escombros gigantescos salieron despedidos por el aire, acompañados de grandes nubes de polvo que rápidamente se extendieron por el lugar. Todos los que estaban en la arena, hombres y turloks por igual, se agacharon y se cubrieron las cabezas intentando protegerse de los escombros que caían sobre ellos.

Nadie se movió del lugar. Los pedazos de material impactaron en todas partes como catapultazos.

Y a continuación hubo silencio, y después, el sonido de unas pisadas estruendosas ingresando a la arena.

-¡Humanos! -dijo el Shin Itak- ¡Contemplad al Gar Galash!

Azemir no se atrevió a levantar la vista.

-Por Adelia. -dijo Belger, en un susurro congelado.

El Gar Galash lanzó un nuevo rugido capaz de sacudir una montaña.

Y fue entonces que Azemir se decidió a mirar. Dejó de cubrirse la cabeza con los brazos, abrió los ojos y miró hacia arriba, y cuando por fin pudo ver al monstruo que tenía enfrente, sintió terror en el alma y en el cuerpo entero. El miedo lo hizo retroceder, de manera involuntaria.

El Gar Galash no podía compararse con ninguna otra cosa que hubiese visto jamás. Era la aberración más grande que podía imaginarse, era como ver las pesadillas de todas las personas reunidas y encarnadas en un mismo monstruo.

Azemir trató de recuperar el aliento y de prepararse para lo que viniese a continuación. El Gar Galash giró en el lugar, hacia un lado y hacia el otro. Luego se paró sobre las patas traseras, y desplegando su cuerpo hacia el cielo soltó otro rugido capaz de detener las olas del mar. Cuando el rugido terminó, no volvió a bajar, sino que permaneció parado en dos patas.

Azemir no pudo evitar que su mirada recorriese los rasgos imposibles de aquel monstruo. Tenía una piel rugosa y gris, tenía pinches que le salían de todas partes y placas de hueso que le protegían las articulaciones. Tenía una larga cola, con otros tantos pinches en la punta. Tenía ocho ojos en la cabeza, y tenía una mandíbula abominable, que se abría y se cerraba y se volvía a abrir, revelando una dentadura que podía masticar fácilmente a un gulak o dos.

-No hay nada que podamos hacer contra él. -dijo Fanor.

Belger no le contestó. Azemir no supo qué decir.

El Gar Galash se posicionó de frente a los hombres de Adelia y gruñó largamente, como a punto de atacar.

De manera precipitada, demasiado aterrados para esperar una orden de Belger, los soldados de la ciudad apuntaron las lanzas hacia arriba, en una formación defensiva, pero nada podía ser más inútil, porque las lanzas de Adelia parecían simples alfileres comparadas con aquel monstruo.

Usando el reverso de su garra, el Gar Galash barrió a todo un grupo de soldados, que resultaron despedidos, lanzados al aire como insectos, estrellándose contra las gradas.

-¡Abríos! -ordenó Belger- ¡Abríos y formad un Círculo a su alrededor!

La orden fue acatada, de modo inseguro y desordenado, pero lo bastante a tiempo para evitar que un nuevo zarpazo del Gar Galash destruyera la vida de otros diez o quince soldados.

-¡Ahora! -gritó el Shin Itak- ¡Turloks, atacad!

Los turloks se metieron entre los hombres de Adelia y los obligaron a romper la formación. La batalla se tornó caótica en apenas un instante. El Gar Galash lanzó nuevos zarpazos y coletazos que mataron a más y más soldados de la ciudad. Los turloks lograron mezclarse por completo con ellos. El Gar Galash volvió a repetir una y cien veces sus ataques arrasadores.

-Sólo espero que los refuerzos no se demoren más. -dijo un soldado de Adelia.

-¿Qué refuerzos? -preguntó Azemir- ¿Los hombres del norte?

-No, ellos están ocupados peleando. -contestó el soldado, y levantó la vista, y miró a un lado y al otro, y de pronto se detuvo- ¡Esos refuerzos!

Todo un ejército llegó al lugar, a través del espacio que el Gar Galash había abierto al hacer su entrada.

-¿Quiénes son? -preguntó Azemir.



Pero enseguida se dio cuenta de que no eran humanos. Estaban cubiertos de pelaje, como los turloks, y usaban sables, como los turloks.

Pero no eran turloks.

Azemir no pudo contener un grito de euforia.

-¡Son los vardshaks!

Uno de ellos se subió a una pila de escombros, levantó el arma y con un rugido los instigó a atacar.

-¡Es Bardoc! -exclamó Azemir.

Los vardshaks rápidamente se abrieron paso entre los turloks, batiéndolos de a montones, avanzando con su sangre de vardshaks, su odio de vardshaks. Muchos de ellos lograron treparse al Gar Galash, valiéndose de las uñas filosas de sus pies y de sus manos. El enorme monstruo giró a un lado y al otro, furioso, sin lograr quitárselos de encima.

Bardoc, por su parte, había empezado a avanzar en línea recta hacia el Shin Itak. Muchos turloks le salieron al paso intentando detenerlo, pero se los sacó de encima fácilmente. Luego dos centinelas se le interpusieron. Bardoc se puso en guardia, sus ojos arrojaron fuego. Los centinelas lo atacaron al mismo tiempo pero él los esquivó. Los centinelas continuaron atacando, de manera más brutal y salvaje, pero no consiguieron nada. Con un único sablazo, Bardoc decapitó a uno de ellos. El otro quiso aprovechar la oportunidad para contraatacar, pero Bardoc giró con la velocidad de un rayo y lo atravesó de lado a lado con el sable.

Los otros centinelas habían empezado a agruparse alrededor del Shin Itak, pero el Shin Itak los apartó.

-Centinelas, marchaos. No os quiero aquí. Combatid junto a los otros turloks. Tenéis cientos de humanos y de vardshaks para matar. Desapareced. Es una orden.

Los centinelas le obedecieron.

El Shin Itak gruñió.

-Bardoc.

El líder de los vardshaks permaneció en silencio.

-Aquí me tienes. -dijo el Shin Itak- Tu deseo se cumplió al fin.

Pero Bardoc no pronunció palabra.

-Vamos. -insistió el Shin Itak- ¿Qué esperas para atacarme? Estoy esperándote.

Bardoc dejó caer el sable.

-Dije que iba a matarte sin armas.

El Shin Itak se rió.

-Como gustes.

El líder de los turloks arrojó a un lado su enorme maza de pinches. Luego abrió y cerró las manos, varias veces, preparándose para pelear. Y sin más, empezó a caminar en dirección a su rival.

Bardoc permaneció inmutable, contemplando con un gesto de piedra la figura de aquel enemigo que lo duplicaba en tamaño.

-Tratsek, señor de la fortaleza oscura, juro por mis hermanos que en este día voy a destruirte.

Sin más, Bardoc se lanzó en carrera hacia su enemigo, rugiendo como cien animales. Cuando llegó hasta él dio un salto increíble, tan alto que llegó al pecho del Shin Itak y lo arrojó al suelo. El cuerpo inmenso del líder de los turloks produjo un estrépito al caer, como un monumento tumbado brutalmente al suelo. Sin perder tiempo, Bardoc le clavó las uñas de los pies, y con los puños empezó a lanzarle golpes al rostro. El líder de los turloks reaccionó rápidamente, atajó en el aire el brazo de Bardoc, y sujetándolo con fuerzas consiguió arrojarlo a un costado. Bardoc rodó por el suelo, pero consiguió recuperarse en un instante, y una vez más fue corriendo al encuentro de su enemigo.

-¡Azemir!

Por primera vez, Azemir quitó la vista de la pelea que estaba contemplando.

-¡Azemir!

-¡Kiriela!

-Azemir, necesito que vengas conmigo, pronto.

-¡Kiriela! ¿Dónde estabas? ¿A dónde habías ido?

-A comprobar algo.

-¿A comprobar qué?

-Que Helars está aquí, en la fortaleza oscura.

-¡Helars!

-Necesito de tu ayuda para rescatarlo.

-¿Dónde está?

-Allí.

-¿En una torre?

-Sí, en el último piso de aquella torre.

-¿Estás segura? ¿Fuiste hasta allí? ¿Lo viste?

-No, no lo vi, pero estoy segura de que está prisionero en ese lugar. Con vida. Y necesito de tu ayuda para sacarlo de donde está.

Azemir sintió un impulso de ir a buscar a Helars, pero miró la batalla que se estaba librando alrededor, y vio a todos los hombres y vardshaks que se encontraban peleando hasta la muerte.

-No podemos ir a buscarlo ahora. -dijo Azemir- Aquí está librándose una batalla decisiva, y tenemos que pelear en ella. Si Helars está donde tú dices que está, entonces se encuentra a salvo, mucho más a salvo que cualquiera de nosotros. Será mejor dejarlo allí, y buscarlo cuando este combate haya terminado.

-No estará a salvo por mucho tiempo más. -dijo Kiriela.

-¿Por qué lo dices?

Pero la respuesta le llegó sin demora. Súbitamente, aparecieron tres rocas surcando el cielo, tres rocas inmensas, envueltas en llamas, que volaron por el aire como bólidos, hasta impactar en distintas torres.

-¡Por eso que puedes ver! -dijo Kiriela- ¡Porque los hombres del norte trajeron catapultas!

Azemir sintió que la sangre se le iba del rostro y de las manos. Más rocas volaron por el aire produciendo una enorme devastación. Miró nuevamente la torre donde estaba Helars. Comprobó que, por el momento, no había recibido impactos.

-¡Vamos, Azemir, no hay tiempo que perder!

Sin más, partieron, abandonando el Círculo, alejándose de los hombres de Adelia, de los vardshaks, de los turloks, de Belger, de Fanor y de Bardoc, y del Shin Itak y sus centinelas y del Gar Galash también.

Corrieron como el viento por las calles de la fortaleza oscura. Azemir no tardó en notar que afuera del Círculo había otros combates librándose. Por todas partes podía verse a los guerreros del norte peleando con fiereza. Luchaban en cada esquina, en cada sendero, en cada rincón, reteniendo tenazmente a los cientos de turloks que intentaban llegar al Círculo para engrosar las filas del Shin Itak.

-Por allí. -dijo Kiriela, señalando una calle estrecha- Es un atajo, que nos conduce...

Un grupo de turloks les salió repentinamente al paso. Azemir y Kiriela intentaron desviarse, pero otro grupo de turloks les bloqueó el camino.

Azemir desenvainó la espada.

-¡Yo pelearé contras estos, tú detén a los otros, Kiriela!

Pero su amiga ya había empezado a combatir utilizando el arco.

Azemir se puso en guardia. Los turloks lo rodearon con sus lanzas. Decidió tomar la ofensiva. Con un solo movimiento abatió a uno de ellos, y lo tomó para usarlo como escudo. Se defendió de los ataques de los demás, buscando al mismo tiempo tomar cierta distancia. Cuando finalmente lo consiguió, levantó en alto al turlok muerto y se los arrojó encima, pero lograron esquivarlo. En un instante se formaron de nuevo, y volvieron a empuñar sus lanzas en dirección a él. Azemir lanzó un espadazo circular, rápido, imposible de ver, cortando las puntas de sus lanzas en una sola maniobra.

Los turloks arrojaron a un costado las lanzas rotas, y sus manos buscaron las empuñaduras de los sables. Azemir aprovechó el instante para derrotar a uno más.

Los dos que aún quedaban trataron de atacarlo desenfrenadamente, sin orden, sin técnica, malgastando su fuerza en cada movimiento.

Una flecha de Kiriela llegó volando por el aire y dio en la frente de uno de ellos, dejándolo en el suelo, inmóvil.

-Gracias, Kiriela.

El otro se quedó paralizado, los miró a Kiriela y a él, vaciló un instante, y luego, sin más, arrojó el arma y huyó corriendo.

Azemir respiró para recuperarse. Se volvió hacia Kiriela. Su amiga había matado a tres enemigos, que yacían muertos en el suelo.

-Gracias por ayudarme. -dijo Azemir.

Pero Kiriela cargó el arco una vez más.

-Abajo, Azemir.

Se lanzó al suelo. Kiriela disparó. Azemir escuchó el estrépito de un cuerpo cayendo al suelo.

Era otro turllok.

-No lo había visto. -dijo Azemir, atónito- ¿Acaso apareció de la nada?

-Salió de aquella ventana.

-Gracias, Kiriela. Nuevamente.

Kiriela contestó con una simple inclinación de la cabeza. A continuación se agachó sobre los enemigos muertos, recuperó las flechas y las guardó en el carcaj.

-Continuemos. -dijo sin más- Tenemos un mago que rescatar.

Reanudaron la carrera, y a poco de andar, Azemir descubrió que una roca volaba por el aire en dirección a la torre donde se encontraba Helars. La roca impactó justo en la parte del medio.

-¡Helars!

-Helars se encuentra en la parte más alta de la torre. -dijo Kiriela- Ese disparo no lo alcanzó. Pero no hay tiempo que perder. La torre quedó muy dañada. Puede colapsar en cualquier momento. ¡Apresurémonos más! ¡Ya estamos cerca!

Corrieron aún más rápido que antes. Tuvieron que esquivar a otros turloks que intentaron bloquearles el camino, tuvieron que trepar rápidamente por encima de construcciones derrumbadas, tuvieron que ir más rápido que lo que cualquiera hubiese podido ir, pero lograron, en poco tiempo más, llegar al pie de la torre donde Helars se encontraba.

La torre lucía muy abandonada.

-Los turloks no usan esta torre. -comentó Kiriela- Nunca vienen, nunca entran. La ignoran. Siempre está vacía, y las puertas y las ventanas están cerradas y trabadas todo el tiempo. Por eso me llevó tanto tiempo encontrar a Helars. No había sospechado, hasta hace muy poco, que él pudiera encontrarse aquí, justo en esta torre.

Azemir se acercó a la puerta de entrada y la inspeccionó. Era de acero sólido y estaba fundida al marco, sellando el acceso al interior.

-Será imposible entrar por aquí.

-Naturalmente. -dijo Kiriela- Tendremos que valernos de otros medios para llegar hasta arriba.

Kiriela retrocedió y contempló la torre desde más lejos, recorriendo cada parte de la construcción con sus ojos veloces.

-Allí.

Señaló una ventana, de las pocas que tenía aquella torre. Estaba situada en la parte alta, bastante más arriba del lugar donde había impactado el catapultazo.

-Entraremos por esa ventana.

-¿Cómo vamos a llegar hasta ella? -preguntó Azemir.

-Trepando, ya que volar no podemos.

Del interior de su túnica, Kiriela extrajo dos cosas de metal y se las entregó a Azemir.

-Ten, usa esto. Yo puedo escalar con las manos desnudas.

Azemir miró lo que Kiriela le había dado, sin comprender. Eran dos herramientas metálicas, parecidas a guantes. Cada una tenía tres clavos.

-¿Qué es esto? ¿Cómo se utiliza?

-Dame tus manos.

Kiriela le calzó una herramienta en cada mano y se las ajustó con firmeza.

-Se llaman uñas de gato. -explicó rápidamente- Así es como se usan. En cada mano tienes tres clavos, aquí, a la altura de la palma. Para escalar debes clavarlos en la pared. No en los adoquines mismos, sino aquí, en el material que los une.

Azemir hizo un intento. El intento funcionó.

-Así es. -dijo Kiriela- Perfecto. Esta vez entraron con facilidad. Si te costara, prueba en otro sitio. Siempre hay algún lugar donde el material está más flojo, o más viejo, o más húmedo. ¿Listo, entonces?

Azemir asintió.

-Yo iré primero. -dijo Kiriela- Trata de seguirme lo más rápido que puedas.

Con un salto Kiriela comenzó a escalar, con seguridad, con firmeza, valiéndose tan sólo de sus pies y de sus manos desnudas.

Azemir dejó el sable en el suelo y se pasó la amplia túnica para atrás, al modo de una capa, dejando más libres los brazos y las piernas. Luego clavó firmemente los clavos, los de ambas manos, y levantó el pie derecho y lo trabó entre dos ladrillos.

Empezó a ascender, tratando de alcanzar a su amiga, que ya estaba alejándose.

-¡Cuidado! -dijo Kiriela.

Otra roca impactó contra la torre, a mayor altura que la anterior. Montones de piedras y escombros se desprendieron y cayeron como lluvia desde arriba.

Azemir se acercó a la pared hasta quedar pegado, se sujetó firmemente y bajó la cabeza. Las piedras lo golpearon en la espalda y en los hombros, y lo hubieran hecho caer de no haber sido por el firme agarre que le proporcionaban las uñas de gato que le había dado Kiriela.

Cuando el aluvión de escombros y polvo terminó, miró hacia arriba. Kiriela ya había reanudado el ascenso y estaba muy cerca de la ventana.

-¡Rápido, Azemir!

Un momento después Kiriela llegó a la ventana y entró con un salto. Azemir se apresuró, con un último esfuerzo escaló el tramo que le quedaba, y pasó por la ventana.

Kiriela encendió una antorcha y la luz invadió el lugar. Estaban en un cuarto pequeño y completamente vacío. Había manchas oscuras en el suelo y más adelante había una puerta.

-No creo que haya nadie aquí. -dijo Kiriela- Pero sin embargo, a modo de precaución...

Extrajo una espada del interior de su túnica. Azemir quiso imitarla, pero se dio cuenta de que estaba desarmado.

-Andando. -dijo Kiriela, y sin más avanzó hasta la puerta y la empujó suavemente.

La puerta comunicaba con un pasillo muy estrecho. Fueron hasta el final del pasillo, donde encontraron una escalera en caracol. Dos ratas aparecieron repentinamente, huyeron de ellos y se metieron en un agujero de la pared.

-¿Estás completamente segura de que Helars se encuentra en esta torre?

-Absolutamente. Continuemos.

Sin perder tiempo empezaron a subir por los escalones, que eran de madera y emitían crujidos agonizantes con cada pisada. Subieron muchos niveles, esquivando más telas de araña, hasta llegar al final de la escalera.

Había una sala de forma circular.

-¿Ya estamos en el último piso? -preguntó Azemir.

-Así es.

-No parece que Helars esté aquí.

Sin contestarle, Kiriela se inclinó sobre el suelo y se dedicó a inspeccionarlo.

-Debe estar en alguno de los pisos inferiores, -dijo Azemir- los que pasamos de largo cuando subíamos por la escalera.

Como antes, Kiriela no le respondió. Continuó investigando el suelo con las puntas de los dedos, de manera rápida y minuciosa al mismo tiempo, hasta que al fin se detuvo.

-Es aquí. Azemir, ayúdame.

Velozmente, Kiriela barrió el polvo y dejó al descubierto una tapa, semejante a la de un sótano.

-Es muy pesada. Por favor, Azemir, ábrela.

Azemir se quitó las herramientas que todavía tenía en las manos y se las dio a Kiriela. Luego se puso en cuclillas, sujetó una manija que estaba justo en el medio de la tapa, y usando toda su fuerza tiró hacia arriba. La tapa se abrió, levantando una enorme nube de polvo. Azemir tosió fuertemente, y tuvo que frotarse los ojos muchas veces.

Iluminando con la antorcha, Kiriela se acercó al agujero que había quedado al descubierto.

-Aquí está.

Azemir se asomó. Allí estaba Helars, tirado en aquel pozo. Tenía puesta su túnica azul, que se encontraba sucia y deteriorada. Rápidamente, lo sacó del pozo y lo recostó en el piso. Helars respiraba, pero estaba muy pálido.

-Se encuentra débil.

-Tengo una solución para eso. -dijo Kiriela- Pero en primer lugar hace falta despertarlo.

Kiriela extrajo un pañuelo del interior de su túnica. Estaba impregnado de una sustancia azul, que tenía un olor intenso. Se agachó sobre Helars y se lo puso en la nariz, pero Helars no despertó. A continuación Kiriela lo sacudió y le hizo oler el pañuelo otra vez, sin resultados. Le levantó los párpados y le acercó la antorcha a la cara. Los ojos de Helars no miraban hacia ninguna parte, estaban extraviados.

-Vamos, despierta.

Durante un largo rato, Helars no dio ninguna señal de reaccionar.

Hasta que, de pronto, la mandíbula se le abrió.

-¿Qué le ocurre? -preguntó Azemir.

El rostro de Helars había quedado en una mueca extraña, con la mandíbula abierta al máximo.

-No entiendo qué le pasa. -dijo Kiriela- Deben ser movimientos involuntarios. A veces, cuando los músculos están quietos durante tanto tiempo, puede pasar que...

De pronto una mueca extraña empezó a dibujarse en el rostro de Helars.

-¿Qué está pasando aquí? -dijo Kiriela.

Helars tenía una expresión absurda, con la boca y los ojos muy abiertos y el entrecejo fruncido.

-Quizás tiene alguna enfermedad. -dijo Azemir- ¿Helars, me escuchas? Helars...

Pero su voz fue interrumpida por una carcajada que salió de la garganta de su amigo.

Conocía esa carcajada.

-Maldito seas, Helars.

-Salud, Azemir. Salud, Kiriela.

-Salud. A propósito, no hacía falta que hicieras eso.

-¡Vamos, Kiriela! Es la primera vez en muchas semanas que veo rostros familiares. ¿Y qué iba a hacer yo? ¿Llorar de la emoción? De ninguna manera. En cambio, así, sabéis que me encuentro muy bien, y que soy Helars, el de siempre. Y ahora, Kiriela, hazme un favor. Acerca un poco más esa antorcha. Quiero veros mejor.

-¿Quién te puso aquí?

-Así, gracias. ¿Quién me puso aquí? El hombre lagarto, Azemir. Fue él. Pero no quiero hablar de eso ahora. Fue muy terrible y no deseo recordarlo. A propósito, estoy muy débil. Necesito algo que me resucite, que me devuelva la energía al cuerpo.

-Come esto.

-¿Qué me estás dando, Kiriela?

-Sólo abre la bolsa y come una.

-Está bien, está bien. Comería cualquier cosa en este momento. Pero qué... ¿Semillas? Tienes que estar bromeando.

-Sólo toma una y cómela.

-Está bien. Te haré caso. ¿Pero sabes por qué? Porque te guardo un respeto inmenso, Kiriela. Miedo, diría yo. Eres la única persona que me inspira temor auténtico.

-No parece.

-Pero es verdad, créeme. ¿Qué clase de semillas me estás dando?

-No tengo tiempo de explicártelo. Toma una y dame la bolsa.

-De acuerdo...

-¡Sólo una!

-Está bien, está bien. Una sola, entonces.

-La bolsa.

-Aquí la tienes. Gracias, Kiriela. ¿Dónde las conseguiste?

-No importa dónde las conseguí. Vamos, trágala de una vez. Así. Perfecto. Ahora espera unos instantes y enseguida te sentirás mejor.

-¿Por qué está poniendo esa cara?

-Porque la semilla le está haciendo efecto.

-¿Estás segura de que le diste la semilla correcta?

-Segura. Siempre que alguien come una semilla de estas, pone esa expresión.

-De acuerdo. Me sorprende la reacción, eso es todo. Está todavía más blanco que antes.

-Es normal.

-Es como si se estuviera ahogando. ¿Qué hacen estas semillas exactamente?

-Curan heridas y enfermedades, y dan un vigor inmenso, porque alimentan como muchas comidas.

-Qué raro, mi maestro nunca me las mencionó. Me pregunto si...

-¡Es increíble! ¡Me siento estupendamente bien!

-Te lo dije, Helars. Una sola es suficiente. Por eso no te dejé comer ninguna más.

-No puedo creer lo fuerte que me siento. ¿Dónde conseguiste estas semillas, Kiriela?

-Lo siento, pero no te lo puedo decir.

-Por favor, dímelo.

-Lo siento, pero no.

-Necesito saberlo.

-¿Por qué?

-Porque no existe persona más curiosa que un mago, especialmente un mago como yo.

-Ah! Helars... En fin. Como gustes. ¿Quieres conocer el origen de estas semillas? Te lo diré. Me las entregó un gato sagrado, que vive en un templo solitario.

-¿Un templo?

-Así es, un templo que está en un lugar muy alto, por encima de las nubes.

-Muy graciosa.



-Si no quieres creerme, no tienes por qué hacerlo.

-Eso no es más que una leyenda.

-Te equivocas, Helars. Lo que te dije es la pura verdad. Y ahora, si me disculpas, debemos ocuparnos de cosas más urgentes. Por ejemplo, abandonar esta torre cuanto antes.

-Tienes razón. Permiso, voy a levantarme... Estupendo, me siento mejor que nunca. La semilla me hizo muy bien. A propósito, escucho que afuera hay ruidos y gritos. Dejadme adivinar. La batalla final se desató, ¿no es así? Porque en ese caso, aquí hay un mago que tiene muchos deseos de unirse a la lucha...

-Debemos irnos, rápido. Estuvimos demasiado tiempo en este lugar.

-Kiriela tiene razón. Vamos, Helars.

-Esperad. Necesito buscar algo... Había un cofre por aquí... Uno muy grande, enorme...

-¿Ése?

-Ése mismo, Azemir. Déjame abrirlo. Veamos... Aquí está.

-El báculo.

-Así es. Y hay otra cosa, Azemir. Algo que te pertenece. Ven.

-Os dejo la antorcha aquí. Me adelantaré un poco, alcanzadme luego.

-Llévate la antorcha, Kiriela. Yo puedo iluminar con el báculo.

-Muy bien. Os estaré esperando. No tardéis.

-No lo haremos. ¿Y bien, Azemir? ¿Lo encontraste?

-Todavía no... Pero qué... ¿Qué es esto?

-Te alumbraré con el báculo para que puedas verlo.

-¡El escudo!

-El escudo de la llama, exactamente.

-¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

-Mucho, creo yo.

-No puedo creer que lo tengo en mis manos.

-Y ahora sí, Azemir, podemos ir partiendo... ¡Alto! ¿Qué fue ese temblor?

-Un disparo de catapulta. Tiene que haber impactado en un nivel inferior, seis o siete pisos más abajo. Un poco más arriba, y hubiéramos muerto. No sé hasta cuándo seguiremos teniendo esta suerte. Y ahora.... ¿Por qué vuelves, Kiriela?

-Los escombros bloquearon el camino. No podemos volver por donde vinimos. Hay que buscar otra ventana.

-¿Ventana?

-Así es, Helars. Tendremos que salir por una ventana y bajar por la pared.

-Tienes que estar bromeando, Kiriela.

-Así fue que subimos.

-¡Por favor, Azemir! Quizás esté bien para Kiriela y para ti. Vosotros tenéis destreza para estas cosas. Pero yo, en cambio, soy un simple mago.

-¿Qué propones, entonces?

-Una solución de magos, por supuesto.

-¿Qué?

-Descuida, Azemir, no hay nada que temer.

-Hay mucho que temer cuando hablas de esa manera.

-Espera y verás. Vamos hacia la ventana que está allí. Andando.

-¿Cuál es tu plan exactamente?

-Enseguida lo conocerás, Azemir. Ayúdame a abrir la ventana. Gracias. Y ahora permíteme echar un vistazo. ¡Por Namrod! Estamos a mucha altura. La suficiente para arrojar un ladrillo y decir dos o tres poemas antes de que el ladrillo se haga pedazos contra el suelo. En fin. Os explicaré mi plan. Kiriela, dame una de tus flechas.

-¿Para qué?

-Por favor, dámela.

-Aquí tienes.

Helars le quitó tres plumas y se la devolvió. Luego realizó unos movimientos con el báculo.

-Dejadme concentrar. Veamos. *Enmal, niral, irmal, oial...* Perfecto, ya está.

Abrió la mano. Allí estaban las plumas, exactamente iguales que antes.

-No parece que el hechizo haya funcionado.

-Funcionó, Kiriela. Enseguida lo verás. Toma una de estas plumas. También tú, Azemir.

-¿Y qué haremos con esto? -preguntó Kiriela.

-Os lo explicaré. Veamos... ¿por qué una pluma no se estrella contra el suelo?

No le contestaron. Helars levantó en alto el pedazo de pluma y lo soltó.

-Así es como cae una pluma, lentamente, dando vueltas y vueltas. Por eso es que nunca se estrella contra el suelo. Porque es liviana y porque baja por el aire con mucha suavidad.

Helars sonrió, y atajó la pluma justo antes de que llegase al suelo.

-Y ahora, amigos queridos y estimados, este mago les advierte que llegó la hora del valor. Si me hacéis caso, todo saldrá bien. Pero tendréis que confiar en mí. Ciegamente, creo yo. No me miréis así. Permitidme explicároslo. Mientras no soltéis vuestra pluma, seréis como ella. Quiero decir, caeréis como ella. De manera suave y segura, si me explico. Creedme, por favor. Yo saltaré primero, para que veáis de qué estoy hablando. Y para que confiéis en mí.

Se paró sobre el marco de la ventana, tranquilamente, como si al otro lado no hubiese más que un jardín. Aferró el báculo con la mano derecha y con la otra sujetó su pluma. Se volvió hacia ellos.

-Casi lo olvidaba... Separad los brazos y las piernas al caer. Ayudaréis a que el hechizo funcione mejor. ¿Entendido? A saltar entonces. Nos vemos abajo. Espero. ¡Adiós!

Y sin más, se lanzó al vacío.

Azemir y Kiriela se asomaron por la ventana. Helars estaba cayendo como una piedra, gritando de euforia, con su capa y su largo cabello agitándose en el aire.

Cuando pasó la mitad del recorrido, la caída empezó a desacelerarse.

Kiriela rió.

-Increíble.

La caída se hizo lenta, más y más lenta. Un momento después, Helars puso los pies en el suelo, a salvo, intacto.

-¡No solamente es seguro, también es emocionante! -gritó desde abajo- ¡Vamos, os estoy esperando!

-Yo iré segunda. -dijo Kiriela.

Saltó sin demora. Poco tiempo después, aterrizó a salvo, no lejos de Helars.

Azemir se colgó el escudo de la espalda. Se puso en cuclillas sobre el marco de la ventana y apretó fuertemente la pluma, notando que sus dedos estaban llenos de transpiración.

Miró el abismo, sintió vértigo. Cerró los ojos, y saltó.

Sintió que atravesaba el aire como una flecha. Cerró más fuerte los ojos, endureció el cuerpo.

Y la velocidad de la caída empezó a disminuir, se fue haciendo más lenta, más suave. Cuando se atrevió a abrir los ojos, descubrió que le faltaba muy poco para llegar. Vio a Helars y a Kiriela, que lo miraban desde abajo.

Descendió un tanto más, ya muy próximo a tocar el suelo. Estiró los brazos y las piernas, buscando estabilizarse. Flexionó las rodillas, se inclinó hacia adelante. Probó de apoyar los pies. Logró apoyarlos con firmeza. Probó de pararse rectamente. Se paró rectamente sin problemas de ninguna clase.

-Bienvenido una vez más al mundo de los no voladores. -dijo Helars- Espero que hayas disfrutado de tu corta vida de gorrión. Y espero, también, que no vuelvas a desconfiar de mis ideas.

-Ten, Azemir.

Kiriela le alcanzó el sable que él había dejado en el suelo, al momento de empezar la escalada.

-Gracias. Me temo que pronto volveré a necesitarlo.

Helars se acomodó la capa.

-Estoy listo para unirme a esta guerra. Qué digo, después de comer esa semilla, estoy listo para dos o tres guerras seguidas.

-Señores, andando.

Echaron a correr en dirección al Círculo.

-Contadme lo que está pasando en estos momentos. -dijo Helars.

-Es el día del enfrentamiento final. -contestó Azemir- Adelia está invadiendo la fortaleza oscura con ayuda de los hombres del norte y de los vardshaks.

-¿Los medios turloks?

-Vardshaks, Helars. No les gusta que los llamen medios turloks.

-¿Cómo sabes que no les gusta?

-Trabé amistad con uno de ellos.

-¿Estás hablando en serio?

-Sí, Helars.

-¡Increíble! Eres un hombre muy extraño, Azemir. En fin. Ahora, por favor, quisiera saber un poco más sobre lo que está ocurriendo, sobre la batalla a la que estamos marchando.

-El corazón de la lucha está en el Círculo. -explicó Azemir- Es un lugar muy grande, con unas gradas y un suelo de arena. Yo estaba ahí, luchando contra los turloks al igual que todos los demás, cuando Kiriela vino a buscarme y fuimos a rescatarte.

-¿Y cómo iban las cosas hasta ese momento?

-No muy bien. El Shin Itak soltó a un monstruo que tenía guardado, una criatura gigantesca. Su nombre es Gar Galash.

Helars se detuvo.

-¿Gar Galash?

-Así es.

-Gar Galash. -repitió Helars en un susurro- Por Namrod. Azemir, el Gar Galash es el monstruo más aberrante que hayan inventado los hombres lagarto. Lo crearon hace cientos de años, y se les tornó incontrolable, imposible de parar. Tuvieron que enviarlo al fondo del mar para deshacerse de él. Pero eso fue hace mucho tiempo. ¿Estás diciéndome que el Gar Galash salió del mar y ahora camina entre nosotros? Pero...

Helars se interrumpió a sí mismo y se pasó una mano por la frente.

-Como sea, sólo pelear nos queda ahora. -dijo en un suspiro- Sigamos camino, y esperemos, sino matarlo, aunque sea devolverlo al mar.

Reanudaron la carrera. Pasaron de largo a muchos muertos de batallas concluidas. Más y más rocas volaron por encima de sus cabezas, causando nuevos destrozos en la fortaleza oscura.

-Aquí estamos. -dijo Azemir.

Se descolgó el escudo de la llama y lo aseguró a su brazo izquierdo. Con el otro empuñó el sable. Kiriela tomó su arco, y Helars hizo que su báculo se encendiera con destellos rojos.

Ingresaron a la arena a través de la abertura que el Gar Galash había dejado abierta. Lo primero que Azemir notó fue que el colosal monstruo seguía en pie, con vardshaks y más vardshaks que trataban de llegar a su cráneo, escalando por su cuerpo escamoso. Algunos habían conseguido herirlo, pero ninguna de las heridas parecía marcar mucha diferencia. Los soldados de Adelia y un grupo de vardshaks mantenían el cerco que habían formado alrededor suyo, con Belger dirigiendo las maniobras. La formación desorientaba al Gar Galash, pero también lo enfurecía más. Según el monstruo intentara o no aplastarlos, el cerco se abría y se cerraba, y se volvía a abrir, evitando que las pisadas y los coletazos del Gar Galash causaran nuevas muertes.

En las gradas estaba librándose una batalla distinta. Cientos de turloks, comandados por los centinelas de la sombra, luchaban contra cientos de hombres, comandados por Fanor.

Y en el medio de todo, Bardoc y el Shin Itak seguían luchando la lucha más encarnizada, atacándose sin tregua y sin valerse de otra cosa que de sus puños, sus uñas, su fiereza. Se lanzaban mutuamente golpes y zarpazos, peleando de pie o en el suelo, ignorando deliberadamente lo que ocurría alrededor. Nadie, ni humano, ni turlok, ni vardshak, osaba entrometerse en aquel duelo ni aproximarse a ellos.

-Unámonos a los que pelean contra el Gar Galash. -dijo Azemir- Quizá, combinando nuestras destrezas, logremos que... ¿Dónde está Helars?

-¡Acompañadme!

Se dio vuelta y descubrió a Helars subiendo por las gradas, rápidamente.

-¡Acompañadme, ambos! ¡Tengo una idea!

Azemir y Kiriela se miraron, y sin decir palabra fueron tras él. Un momento después, los tres estaban reunidos en la parte más alta de las gradas.

-Tengo una idea. -repitió Helars.

Cerró los ojos y extendió el brazo, apuntando con el báculo hacia adelante.

-Desde aquí, haré que esa enorme cadena se levante en el aire y se enrosque en las patas del Gar Galash. Así conseguiré arrojarlo al piso, para que los soldados de Adelia y los vardshaks tengan una ventaja, y puedan destruirlo. Por cierto, tan pronto como ese monstruo se caiga, se enfurecerá, y querrá levantarse y matarnos. Pero el plan consiste en no darle tiempo para eso. Habrá que aprovechar la oportunidad, y matarlo sin demora.

-¿Y qué haremos nosotros? -preguntó Azemir.

-Esto es lo que haréis. -dijo Helars- El primer paso lo tienes que dar tú, Kiriela. Tendrás que disparar a los ojos del Gar Galash. No te estoy pidiendo que lo dejes ciego del todo, porque tiene ocho ojos, y sería imposible. Pero, con destruirle uno o dos, alcanzará. ¿Puedes hacerlo?

Kiriela miró largamente al monstruo.

-Sí, puedo. Tendría que ir un poco más abajo y disparar desde allí. Si ningún turlok viene a atacarme, podré quitarle la mitad de los ojos, o más.

-Excelente. -dijo Helars- Luego vendrá mi parte. Desde aquí, manipularé la cadena y la usaré para amarrarle las piernas. Me llevará poco tiempo, aunque en ese tiempo el Gar Galash puede causar muchas devastaciones. Para que no las cause hará falta distraerlo.

-¿Qué estaré haciendo yo? -preguntó Azemir.

-Precisamente, serás el encargado de distraerlo.

-Si quieres, también puedo contarle los dientes.

-No hará falta. -respondió Helars- Con que desvíes su atención será suficiente. Entre eso y las flechas de Kiriela, debería alcanzar para que el Gar Galash no se entere de la trampa, hasta que ya sea demasiado tarde. Sé lo que estoy pidiéndote, Azemir. El frente es la parte más peligrosa de ese

monstruo, y es justo donde necesito que estés. Pero cuentas con el escudo de la llama. Es indestructible. No dejes de provocarlo, haz que te busque todo el tiempo. Sólo tú, con el escudo, puedes recibir sus ataques y permanecer con vida. Y luego, cuando la cadena le haya amarrado las patas y el Gar Galash se caiga al suelo, será sorpresivo para él. No entenderá lo que ocurrió, le llevará unos instantes comprenderlo. Esos instantes serán la única oportunidad de atacarlo sin pausa, con todas las espadas, los sables, las lanzas y las hachas. Lo suficiente para que no se vuelva a levantar. Porque si lo hace, entonces sí, habrá que correr, y ni corriendo, creo yo, podríamos salvarnos de su venganza. Eso es todo. ¿Listos? Bien. Allí vamos, entonces.

Helars continuó preparando su hechizo. Kiriela rápidamente buscó un lugar donde apostarse para disparar. Azemir bajó a la arena, y fue directamente hasta Belger.

-Vamos a probar una idea de Helars.

-¿Qué? -dijo el general, atónito.

-Intentaré distraer al Gar Galash. -explicó Azemir- Pero no te preocupes. Es todo parte de un plan.

Sin más, Azemir corrió hasta pararse de frente al Gar Galash, que se erguía hacia el cielo en toda su altura descomunal. Le gritó, intentó atraer su atención. El monstruo pareció no escucharlo, y entonces Azemir gritó más fuerte, y al fin el Gar Galash bajó la vista y lo miró con sus ocho ojos. Azemir le mostró el sable de manera amenazante, y le dijo unos insultos. El monstruo pareció no comprender lo que estaba ocurriendo, o lo que Azemir estaba intentando decirle. Pero después de unos momentos, cansado quizás de la situación, el Gar Galash levantó la garra derecha para descargarla contra él.

En ese instante una flecha de Kiriela llegó volando por el aire y le dio justo en el centro de un ojo. El Gar Galash se llevó una mano a la cara, emitió un sonido de dolor, y giró a un lado y al otro intentando descubrir al atacante. Un momento después, una nueva flecha le destruyó otro de sus ojos.

El Gar Galash enfureció. Rugió con todas sus fuerzas, dos veces. Luego se apoyó en sus cuatro patas y golpeó el suelo una y otra vez, provocando temblores en todas partes. Nuevamente buscó a su atacante con la vista, mirando hacia un lado y el otro.

Y entonces descubrió a Kiriela. Ignorando completamente a los enemigos que había a sus pies y a los otros tantos que tenía colgados en distintas partes del cuerpo, el Gar Galash se encaminó hacia ella, rugiendo de furia.

Pero Kiriela no se inmutó. Cargó tres flechas en el arco, lo tensó y permaneció quieta en el lugar. El Gar Galash continuó avanzando de grandes pasos, llegó hasta las gradas, las destruyó con sus pisotadas y siguió avanzando hacia Kiriela, con sus garras extendidas hacia adelante.

En ese momento Kiriela disparó el arco y las tres flechas dieron en el blanco, destruyéndole tres ojos más. El Gar Galash rugió de dolor, se paró nuevamente sobre dos patas y empezó a girar de manera frenética hacia un

lado y hacia el otro, haciendo que los vardshaks que tenía colgados del cuerpo salieran despedidos por el aire.

Sin perder tiempo, Azemir corrió hasta los pies del monstruo y le lanzó un sablazo a la pantorrilla, pero la piel resultó tan dura que apenas consiguió abrirle un corte superficial. La herida, sin embargo, atrajo la atención del Gar Galash, que nuevamente se volvió hacia Azemir y le lanzó un zarpazo. Azemir se defendió con el escudo de la llama, pero el impacto fue tan fuerte que lo arrojó hacia atrás.

Se levantó del suelo, dolorido, y trató de pensar rápido. Descubrió que la cadena ya estaba siendo movida por la magia de Helars.

No podía faltar mucho. Se lanzó rodando por el suelo hasta llegar al tobillo del monstruo. Le lanzó otro sablazo y le produjo una nueva herida, consciente de que aquel ser de pesadilla fácilmente podía resistir otras mil heridas como ésa.

Y sin pensarlo lo atacó nuevamente, hiriéndolo por tercera vez. El Gar Galash empezó a reaccionar pero otra flecha llegó volando por los aires y le dio en un oído. Azemir tomó provecho de la oportunidad, lanzó un nuevo sablazo y logró abrirle otro corte.

En el momento exacto en que el Gar Galash estallaba en su más inmensa cólera, Helars terminó con su parte. La pesada cadena amarró las patas traseras del monstruo, sobre las que estaba parado. Rápidamente el Gar Galash perdió el equilibrio, se tambaleó, y empezó a caerse hacia un costado de manera lenta pero irremediable.

Muchos hombres y vardshaks tuvieron que salir corriendo para no morir aplastados. Un instante después, la enorme mole terminó de desplomarse en la arena, impactando con un sonido estruendoso, haciendo que todo se sacudiese alrededor.

Sin perder tiempo, hombres y vardshaks se subieron al monstruo, con las espadas, las lanzas y los sables, para matarlo antes de que pudiese levantarse una vez más.

-¡Azemir, agáchate! -gritó la voz de Belger.

Alarmado por la advertencia del general, Azemir miró rápidamente a un lado y al otro, pero antes de que pudiera hacer nada recibió un golpe repentino en la espalda, un golpe brutal y desmesurado. Salió despedido hacia adelante, volando una larga distancia al ras del suelo, hasta caer rodando, dándose golpes y más golpes contra la arena.

Cuando el impulso finalmente se terminó, quedó acostado en el suelo, boca arriba, como un simple despojo. Trato de ponerse de pie, pero fue incapaz de sentir su propio cuerpo. Se dio cuenta de que sus manos ya no sujetaban más el sable, ni el escudo de la llama. Aturdido, miró alrededor, intentando descubrir qué había pasado.

No tardó en comprender que había sido golpeado por la cola del Gar Galash, que lo había lanzado como una simple piedra. Ahora la enorme cola se movía en el aire, con sus pinches largos como arpones.

Tenía que alejarse de inmediato. Una vez más trató de incorporarse, pero tenía el cuerpo tan entumecido que sólo consiguió retorcerse en el lugar como una lombriz lastimada. Ni los brazos ni las piernas respondían a sus órdenes, y en la espalda tenía un dolor agonizante.

Levantó la vista. Descubrió que la cola del Gar Galash se alzaba justo encima de su cabeza, y estaba tomando envión para bajar sobre él y aplastarlo. Intentó rodar hacia un costado, pero fue inútil. Cerró los ojos, pensando que iba a morir.

Hubo un impacto.

Volvió a abrir los ojos. Vio que los pinches de la cola se habían clavado alrededor suyo, y él había quedado exactamente en el medio.

Trató de pensar en algo. Miró alrededor rápidamente. Vio hombres, vio vardshaks, turloks. Vio arena, cielo, sangre. Vio lucha por todas partes.

Y vio a Fanor, que justo estaba peleando contra unos enemigos, no lejos de allí.

-¡Fanor!

El teniente se volvió hacia Azemir. Cuando lo vio encerrado bajo la cola del Gar Galash abrió muy grandes los ojos. Enseguida, abandonó la pelea en la que estaba y fue corriendo hasta Azemir. Cuando llegó, trató de liberarlo pero le fue imposible. Entonces levantó en alto la espada, y clavó la hoja entera en la cola del Gar Galash.

El gigantesco monstruo lanzó un nuevo rugido. Fanor recuperó el arma y se dispuso a atacarlo en el mismo lugar que antes, pero el Gar Galash retiró instantáneamente la cola.

Azemir consiguió levantarse, pero dio unos pasos y nuevamente se cayó al suelo. Levantó la cabeza y buscó con la vista el escudo de la llama, pero no logró verlo por ninguna parte. Observó al Gar Galash, y vio, con horror, que el monstruo había atrapado a Fanor con su enorme garra.

De manera instantánea, los hombres y los vardshaks que estaban combatiendo contra el Gar Galash redoblaron sus ataques, en un intento de hacerlo desistir, pero el Gar Galash los ignoró completamente y empezó a cerrar el puño en cuyo centro estaba Fanor, gritando de dolor.

-¡Fanor!

Azemir terminó de ponerse de pie, desesperado por ayudar al teniente. Sus extremidades gritaron de agonía, pero no prestó atención al dolor. Tomó un hacha que había en la arena, y trató de buscar un punto débil en el cuerpo del monstruo para obligarlo a soltar al teniente.

Rápidamente comprendió que tenía que darle en el cuello. Intentó calcular distancias, y pesó el hacha que tenía en las manos. El tiro iba a ser difícil. Iba a requerir mucha fuerza y precisión y además podía matar a Fanor en el intento. Pero era la única posibilidad, y no había tiempo que perder. Sin más, tomó aire hasta llenar sus pulmones, giró en el lugar, una vez, dos, y tres, y lanzó el hacha con todas sus fuerzas, en dirección al cuello del Gar Galash.



El arma voló por el aire dando cientos de giros y dio de lleno en el blanco. De inmediato, el monstruo soltó a Fanor, que cayó desde lo alto y fue atajado por dos soldados que se encontraban justo debajo.

El Gar Galash terminó de enloquecer. Intentó pararse pero la gruesa cadena seguía sujetándole las patas traseras. Empezó a lanzar zarpazos y coletazos sin control, barriendo y arrojando por el aire a hombres y vardshaks, que no se rindieron, que siguieron combatiéndolo sin descanso.

Rápidamente, Azemir fue hasta donde se encontraba Fanor. Dos soldados estaban ayudándolo a ponerse de pie.

-Gracias, Azemir. -dijo el teniente, mientras buscaba recuperar el equilibrio- Un instante más, y me hubiera roto en pedazos.

Al unísono, Azemir y Fanor volvieron la mirada hacia el Gar Galash.

El enorme monstruo estaba siendo derrotado. Sus brazos habían perdido fuerza y su cabeza se movía de lado a lado como un péndulo. La mirada en sus ojos seguía destellando odio, pero los destellos eran débiles ya, eran destellos apagados.

El combate continuó durante unos momentos más hasta que, al fin, el Gar Galash sucumbió del todo, desplomándose sobre la arena.

Los que hasta entonces habían estado peleando contra él permanecieron quietos, asombrados de la increíble criatura que habían combatido y que tantos hombres y vardshaks había dejado muertos alrededor. Algunos se acercaron al monstruo, y a cierta distancia, lo examinaron, como intentando comprobar que realmente estuviese muerto.

Azemir miró alrededor, y descubrió que también los turloks habían sido derrotados. Yacían inmóviles en la arena, en las gradas y en todas partes.

Pero entonces vio algo que lo dejó atónito. Bardoc y el Shin Itak seguían luchando. Su pelea era la única que todavía no se había terminado. Como antes, combatían sin usar otras armas que la fuerza de sus puños y el filo de sus uñas. Se encontraban exhaustos más allá de todo límite, sus cuerpos estaban destruidos y llenos de sangre, pero seguían luchando, matándose el uno al otro.

De pronto, con un movimiento rápido, el Shin Itak logró hundir las uñas de su mano en el vientre de Bardoc. Instantáneamente el vardshak se retorció de dolor, y entonces el Shin Itak hundió las uñas más profundamente, hasta atravesarlo de lado a lado. Hilos de sangre cayeron por la boca de Bardoc, y su rostro se contrajo en una mueca de agonía.

El Shin Itak rió convulsivamente.

-Es aquí donde termina tu camino, Bardoc, líder de los vardshaks. Ahora ve, a reunirte con tus hermanos.

Sin más, el Shin Itak se preparó para darle el golpe de gracia. Soltó otra carcajada y levantó el puño en alto.

Y entonces Bardoc abrió los ojos. Extendió los brazos, rodeó con sus manos el cuello del Shin Itak y empezó a estrangularlo.

-¡Suéltame!

Pero Bardoc no le hizo caso.

-¡Suéltame, vardshak!

Bardoc no lo soltó. Los músculos de sus brazos se pusieron duros como el acero, sus manos apretaron sin piedad. El Shin Itak quiso gritarle nuevamente, pero la voz no salió de su garganta. Empezó a golpear a Bardoc, con golpes que sonaron como hachazos. Lo golpeó en la cabeza, en el flanco.

Pero no consiguió que el líder de los vardshaks lo soltara.

El Shin Itak empezó a flaquear. Sus piernas se doblaron. Cayó sobre sus rodillas. Lanzó nuevos golpes, pero fueron más débiles que los anteriores. En un intento desesperado, agarró las muñecas de Bardoc y trató de liberarse del estrangulamiento, pero no lo consiguió. Un momento después, los huesos de su cuello empezaron a crujir y fracturarse. Su respiración se detuvo, y sus brazos gigantesos quedaron colgando, sin fuerzas.

Recién entonces Bardoc lo soltó, y el cuerpo sin vida del Shin Itak se desplomó en el suelo. Bardoc no le quitó la vista un solo instante. Respirando con esfuerzo, se adelantó un paso y puso el pie derecho sobre la cabeza de su enemigo muerto. A continuación tomó una larga bocanada de aire, extendió los brazos hacia los costados, elevó la vista al cielo, y del interior de su garganta salió un rugido profundo, que se expandió como un viento en todas las direcciones.

Hombres y vardshaks quedaron inmóviles, contemplándolo. Cuando el rugido terminó, Bardoc bajó la cabeza y los brazos. Tosió dos veces, y respiró con dificultad. Luego levantó la vista, y los miró largamente a todos.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Un momento después, cayó al suelo, justo al lado de su rival.

Azemir fue hasta él.

Bardoc había muerto.

## **-Capítulo diecisiete-**

### **-El Rubí de los Cuatro Vientos-**

Con cuidado, Azemir cerró los párpados de Bardoc y le cruzó los brazos sobre el pecho. Belger se quitó la capa y la usó para cubrir su cuerpo sin vida. Cada uno de los presentes permaneció en silencio, contemplando a Bardoc y al Shin Itak, que había quedado próximo a él.

No fue hasta un rato después que empezaron a dispersarse, uno a uno, para recoger los cuerpos de los caídos. Para entonces, había empezado a anochecer.

-Has de ser Azemir.

Azemir se volvió hacia la derecha y vio a un vardshak alto, que estaba manchado en todo el cuerpo con sangre de turlok.

-Así es, soy Azemir.

El vardshak le ofreció la mano derecha.

-Mi nombre es Ghuntur. Soy el sobrino de Bardoc, y el segundo al mando. Ahora que él no está más entre nosotros, me corresponde la obligación de ocupar su lugar.

Azemir le estrechó la mano.

-Que sepas ganarte la confianza de los tuyos, Ghuntur, como supo ganársela él.

Ghuntur asintió con una inclinación de la cabeza.

-Bardoc me habló de ti. Me dijo que le salvaste la vida una vez. Te doy las gracias, en nombre de mi gente. Cuentas con la amistad de los vardshaks, toda vez que la necesites.

-Gracias, Ghuntur.

Ghuntur saludó con una inclinación de la cabeza y fue a reunirse con los suyos.

Azemir recorrió el lugar buscando el escudo de la llama. Lo encontró tirado en la arena, cerca del Gar Galash. Cuando lo tuvo entre sus manos comprobó que estaba intacto, como siempre. Se lo colgó de la espalda y luego trató de encontrar a Kiriela, pero no la vio por ninguna parte. Buscó a Helars, y descubrió que estaba parado sobre una roca, mirando atentamente hacia todas partes.

-¿Qué ocurre, Helars?

Pero su amigo no respondió. Tenía un gesto pensativo en el rostro, y no dejaba de observar los alrededores.

-Helars...

-Azemir. Perdón. No te había escuchado.

-¿Qué ocurre?

-Hay algo que me llama la atención. -dijo Helars, bajándose de la roca- Es esta... esta calma. No llegan sonidos desde afuera del Círculo. Ya no se escucha a los hombres del norte peleando allí, en las calles. Si dejaron de pelear, es porque ganaron. Y si ganaron, ¿por qué no vienen aquí, a reunirse con nosotros?

Azemir trató de encontrar una explicación, pero fue en vano.

-Y no solamente eso. -dijo Helars- Hay otra cosa que también me llama la atención. ¿Puedes notarla, Azemir? Está en todas partes. Está en el aire.

Y entonces lo descubrió.

-Niebla.

-Exacto. -dijo Helars- Hay una niebla muy fina. No sé cuándo se formó, pero tiene que ser muy reciente. No comprendo cómo...

De pronto un soldado de Adelia lanzó un grito desgarrador, atrayendo inmediatamente las miradas de todos.

-¿Qué le ocurre? -preguntó Helars.

El soldado estaba de pie, con el cuerpo rígido. Respiraba agitadamente y miraba hacia la nada.

Un momento después volvió a gritar. Cuando terminó, se tambaleó para un lado y para el otro, hasta caer al suelo. Quedó boca arriba, con la vista en el cielo, respirando de manera frenética.

Unos hombres se aproximaron a él, haciendo un intento de ayudarlo pero sin saber cómo. En el aire, la niebla se hizo más espesa.

El soldado volvió a levantarse repentinamente. Luego empezó a dar pasos hacia atrás, con un gesto de pánico en el rostro. Pidió misericordia, compasión. A continuación se detuvo, y desenvainó la espada. Dio espadazos al aire, cada vez más intensos, hasta que se quedó sin aliento y lanzó el arma hacia delante.

Fue entonces que se volvió hacia los demás.

-¡Huid! ¡Está viniendo!

Sin más dio media vuelta y echó a correr a toda velocidad, pero a poco de andar, las fuerzas lo abandonaron, se cayó al suelo y no se movió más.

Un vardshak fue hasta él, lo dio vuelta y lo revisó.

-Está muerto.

Belger se adelantó.

-Déjame verlo.

Azemir fue con él. Entre los dos acomodaron al hombre en el suelo y lo observaron detenidamente. No tenía heridas de ninguna clase. Su mirada seguía congelada en una expresión de pánico.

-No sé qué cosa lo mató. -dijo Belger- Pero murió en un instante más corto que el relámpago.

De pronto se escuchó el sonido de maderas crujiendo. Provenía desde el exterior del Círculo, desde las calles de la fortaleza oscura.

-¿Qué es eso? -dijo un soldado de Adelia.

El crujido de maderas se multiplicó.

Belger dejó al soldado muerto.

-Catapultas. -dijo en un susurro.

-¿Qué?

-Catapultas, Azemir. Son catapultas desplazándose por las calles.

-¿Las catapultas del norte?

-No pueden ser otras.

-¿Pero qué es lo que están haciendo? ¿Están viniendo hacia aquí?

Belger miró a un lado y al otro sin contestar.

-¡Son los hombres del norte! -exclamó un soldado, poseído por una alegría súbita- ¡Los hombres del norte vienen a reunirse con nosotros!

La mirada de Belger se hizo de piedra.

-No, no es eso.

Los sonidos de maderas se aproximaron un poco más al Círculo, hasta detenerse. Unos sonidos distintos se escucharon después.

-Las catapultas van a disparar. -dijo Belger- ¡Hombres, vardshaks! ¡A los escudos, pronto!

Un instante después, las catapultas lanzaron sus proyectiles. Hombres y vardshaks levantaron los escudos por encima de las cabezas, y Azemir usó el escudo de la llama para proteger su vida. Los proyectiles cayeron como una lluvia torrencial, impactando en todas partes.

-No son rocas. -dijo Belger, con la voz congelada.

Azemir cerró los ojos, sin saber por qué. No fue hasta después de unos momentos, cuando la ráfaga terminó, que se atrevió a mirar alrededor.

Inmediatamente sintió un frío en todo el cuerpo. El Círculo se había llenado de pedazos de cuerpos humanos.

-He ahí a los hombres del norte. -dijo Belger.

Azemir quiso hablar pero no logró hacerlo.

Belger se volvió hacia la multitud.

-¡Hombres, vardshaks, en formación! ¡Unidos, en coraza!

Se juntaron codo a codo, todos y cada uno, y usando los escudos formaron un techo impenetrable justo antes de que otro ataque cayese sobre ellos. La nueva ráfaga fue más larga y más intensa que la anterior. Cuando terminó, nadie se movió del lugar. Nadie habló, nadie intentó hacer nada.

Unos momentos después, Belger ordenó bajar los escudos y establecer una separación cercana. Todos se quedaron en guardia, alertas ante el menor indicio de nuevos catapultazos.

Pero solamente hubo silencio.

Y más niebla.

-Necesitamos contraatacar. -dijo Belger- Si tan sólo pudiéramos saber cuántos turloks son...

-No son turloks. -lo interrumpió Ghuntur.

-¿Cómo dices? -preguntó Azemir

-No son turloks. -repitió Ghuntur- Sería fácil sentir su olor. No son turloks los que están disparando esas catapultas.

-¿Quiénes son, entonces? -preguntó Belger.

Ghuntur olfateó el aire.

-Siento un único olor.

-¿Un solo enemigo? -preguntó Azemir.

-Así es. Y no es un turlok.

-¿Qué es, entonces? -preguntó Belger.

Ghuntur sacudió la cabeza.

-No lo sé. Es un olor que nunca antes había sentido, es...

Pero entonces se detuvo y señaló algo.

-¿Qué está pasando ahí?

Un hombre de Adelia estaba atacando a uno de sus compañeros.

-¡Muere, maldito!

Los demás lo sujetaron rápidamente, y le quitaron el arma.

Pero a continuación pasó lo mismo con otro hombre.

-¿Qué está ocurriendo? -dijo Belger.

-¡Turloks! -gritó alguien.

Azemir se dio vuelta. Era verdad. Unos turloks estaban entre ellos, habían conseguido infiltrarse de alguna manera.

Más y más turloks aparecieron de manera sorpresiva, y una nueva batalla comenzó. Azemir recogió una espada del suelo y se puso en guardia, preguntándose de dónde habían salido esos turloks, cómo habían logrado meterse entre ellos de manera tan inadvertida.

Pero entonces descubrió, atónito, que algunos turloks estaban peleando entre sí.

-¿Qué significa esto? -se dijo a sí mismo.

Pero antes de que pudiera hacerse más preguntas, un brazo le rodeó el cuello para estrangularlo. Con un movimiento, Azemir lanzó al agresor contra el suelo. Lo inmovilizó con una llave, le miró el rostro. Era un turlok. Lo mantuvo apresado y esperó, sin atreverse a hacer ninguna otra cosa.

-¡Ardam! ¡Ardam!

Alguien, en algún lugar del Círculo, había gritado ese nombre.

-¡Ardam! ¡Ardam!

Sin liberar al turlok, al que mantenía apresado con sus brazos, miró hacia todas partes. No tardó en distinguir una figura que se encontraba en la lejanía, en la parte más alta de las gradas. Vestía una túnica oscura y tenía el rostro cubierto con una capucha. En la mano sostenía una espada, que emitía un brillo azul.

No podía ser otro que Astar.

-¡Ardam! ¡Ardam! -repitió la figura- ¡Llama blanca, destruye la ilusión!

En apenas un instante, la niebla se despejó, como barrida por un viento.

No había más turloks. Sólo hombres y vardshaks, peleando entre sí.

Azemir comprobó que sus manos sujetaban el cuello de un soldado de Adelia. Lo soltó inmediatamente, aliviado de no haberlo matado.

-¡Krag! -exclamó Astar- ¡Déjate ver!

Krag se materializó en el medio de la arena. Al verlo, hombres y vardshaks retrocedieron de manera automática.

-El hombre lagarto. -dijo Helars.

-Por fin te muestras. -dijo Belger.

Krag permaneció en el lugar. Astar descendió de las gradas, pasó caminando entre los hombres y los vardshaks, y se detuvo a pocos pasos del hombre lagarto.

-Creí que te había destruido. -dijo Krag.

-No se destruye fácilmente a un guerrero ardanai. -contestó Astar.

Krag movía lentamente los dedos, y su cola realizaba esa danza serpentina, fascinadora.

Belger se adelantó.

-¡Hombre lagarto! -dijo empuñando la espada- Astar no se encuentra solo. Aquí tiene a un antiguo amigo, que está dispuesto a pelear hasta la muerte.

Krag los observó largamente.

-Esta noche maté a trescientos hombres. -dijo con lentitud- No veo por qué debería temerle a dos.

-Tus palabras no me intimidan. -contestó el general- Prepárate a pelear.

Krag permaneció inmutable.

Belger se volvió hacia Astar, y le habló en un tono bajo.

-Y tú, viejo amigo... Ya podrías desocultar tu rostro...

Astar se bajó la capucha.

Azemir sintió un sobresalto. Era su maestro.

-¿Maestro?

-Así es, soy yo.

-¡Maestro!

-Sé que debes estar sorprendido. Siempre me conociste como Orgo, pero mi verdadero nombre es Astar. Perdón por haber tenido que ocultártelo. Lo hice por tu seguridad, y la de muchas personas más. Pero todo eso ya se terminó. Concéntrate, Azemir. La batalla más importante está a punto de empezar.

Helars se adelantó.

-Una batalla en la que yo también pelearé, representando a los magos de la Torre del Cielo.

Ghuntur dio un paso adelante.

-Y yo, representando a los vardshaks y honrando el nombre de Bardoc.

-Y también yo. -dijo Fanor.

Krag se limitó a observarlos sin el menor gesto, sus dedos moviéndose, su cola danzando.

-¡Muere! -gritó Ghuntur, y se lanzó corriendo en dirección a Krag, con el sable en alto.

Azemir empuñó la espada y se le unió, y Fanor hizo lo mismo.

El hombre lagarto los miró mientras se acercaban. Mucho antes de que pudieran llegar a dañarlo, una especie de fuerza los detuvo a los tres, y los expulsó hacia atrás. Volaron por el aire como piedras y cayeron al suelo violentamente. Se levantaron con torpeza, aturdidos por el golpe.

Ghuntur se adelantó de nuevo, sin quitar los ojos del hombre lagarto.

-Veamos si tu magia puede detener esto.

Tomó envión para arrojarle el sable.

-¡No lo hagas! -gritó Helars.

Pero el vardshak ya había lanzado el arma con todas sus fuerzas.

Como antes, Krag no se inmutó. Se limitó a observar el sable de Ghuntur, volando directamente hacia él. Justo antes de llegar, el sable detuvo. Quedó girando en el aire, y luego emprendió el regreso, volando en dirección a Ghuntur.

Un rápido espadazo de Astar interceptó el sable, cortándolo por la mitad y salvando la vida del vardshak.

-¿Qué hay que hacer para derrotarlo? -preguntó Azemir en voz baja.

-Debemos quitarle el rubí. -contestó Astar- A cualquier precio.

-¿Rubí? -dijo Helars- ¿De qué rubí estás hablando?

-Del que tiene colgado del cuello. -respondió Astar- Es el Rubí de los Cuatro Vientos.

Helars abrió grandes los ojos.

-No es posible. Ese objeto no existe. No es más que una leyenda.

-¿Estás seguro de lo que dices? -preguntó Ghuntur.

-Estoy completamente seguro. -contestó Helars- La historia es falsa.

-La historia es real. -dijo Astar- El Rubí de los Cuatro Vientos existe, y se encuentra ahí, colgado del cuello de Krag. No sé cómo, pero lo encontré, y nuestra única esperanza está en quitárselo.

-No digas cosas imposibles. -lo interrumpió Krag- No hay nada que podáis hacer para detenerme. No me importa que hayáis vencido a mis turloks y al Shin Itak. Su parte en mi plan ya estaba cumplida. Y ahora, humanos y vardshaks, sentid el poder de Krag, príncipe de los aveldiri.

El hombre lagarto cerró el puño derecho y lo levantó hacia adelante. Sus ojos del color de la sangre emitieron un destello.

De pronto, con un grito de dolor, Fanor soltó la espada, y Belger hizo lo mismo.

-¿Qué está pasando? -preguntó Azemir.

Pero entonces la espada le quemó en las manos, y tuvo que soltarla también. Todas las armas se habían encendido al rojo vivo. Los soldados de Adelia soltaron las espadas y los escudos, y los vardshaks dejaron caer los sables.

Krag elevó el puño, y las armaduras empezaron a calentarse también. Los hombres de Adelia intentaron quitárselas desesperadamente. Los vardshaks trataron de ayudarlos, pero las armaduras se calentaron todavía más y empezaron a derretirse. Muchos hombres cayeron al suelo, retorciéndose de dolor, sin que los otros pudiesen hacer nada para salvarles la vida. El caos y el desorden se apoderaron del lugar. Krag se limitó a permanecer donde estaba, con el puño en alto, mirando atentamente la devastación que su poder causaba. Los vardshaks, que no vestían armaduras, prestaron cuanta ayuda estuvo a su alcance, pero más y más hombres gritaron de agonía.



No fue hasta un rato después que Krag se detuvo. Para entonces había muerto una gran cantidad de soldados, y otros muchos se encontraban gravemente heridos. Las espadas, los sables, los escudos, los cascos, las armaduras, todos los metales yacían derretidos en la arena.

-Espero que haya sido suficiente. -dijo Krag.

Astar le devolvió una mirada implacable, sin decir palabra.

Krag dio un paso adelante.

-¿Qué ocurre? -dijo sonriendo- ¿No esperabas que tu enemigo tuviera este poder? ¿Cómo está ahora el coraje de estos hombres y estos vardshaks?

-La batalla aún no terminó.

-Claro que no, Astar. Habrá terminado cuando todos vosotros hayáis muerto.

Astar empuñó su espada de brillo azul.

-Ya veo. -dijo Krag- Tu espada sobrevivió al poder del rubí. No todas las armas son ordinarias, naturalmente. No todas son un simple pedazo de acero. ¿Cuál es esa espada que tienes en tus manos? ¿Será acaso Ivarim, la espada de Ardradar? Sí, puedo verlo. No le temo a esa espada. Y tampoco me intimida Ialoret, el escudo que está en el brazo de tu discípulo. Esa espada y ese escudo podrán resistir el poder del rubí, pero no pueden daros la victoria. Y ahora...

Krag dio media vuelta.

...tomaré cierta distancia para mataros. Subiré a las gradas. Desde allí podré ver las muertes de todos.

El hombre lagarto empezó a alejarse en dirección a las gradas.

Azemir, Helars, Fanor, Belger, Ghuntur y Astar volvieron a reunirse.

Astar tenía la vista en el hombre lagarto.

-El rubí. -dijo sin más- Hay que destruirlo.

-¿Cómo podemos conseguir eso? -preguntó Azemir.

Pero su maestro no le contestó. Parecía estar a punto de decir algo que no quería decir.

-Maestro...

-Azemir, necesito encagarte algo peligroso.

-Lo haré.

Astar le entregó su espada.

-Ten. Esta espada es la única cosa capaz de destruir el rubí. Pero para eso hay que llegar hasta Krag, y tú eres el único que puede hacerlo, porque tienes el escudo de la llama. El escudo te permitirá avanzar hacia él. Úsalo para cubrirte, y así la magia de Krag no conseguirá expulsarte, como lo hizo antes. Cuando estés justo enfrente de Krag utiliza mi espada y destruye el rubí. Siento mucho poner en tus manos esta responsabilidad, pero el escudo te protege únicamente a ti.

Azemir asintió. Helars, que estaba junto a ellos, se mostró reticente.

-No es tan seguro que la espada pueda destruir el rubí.

-Es la única cosa que podemos intentar. -contestó Astar.

Helars se tomó el mentón.

-Está bien. -dijo- Yo te ayudaré, Azemir. Levantaré una tormenta de arena para que Krag no vea que estás acercándote a él. En algún momento conseguirá descubrirte, pero cuando eso ocurra, ya estarás muy cerca de él. En ese instante, lanza tu mejor espadazo y destruye el rubí. No falles.

El hombre lagarto seguía alejándose en dirección a las gradas.

Sin más, Helars se adelantó.

-¡Krag!

El hombre lagarto se dio vuelta lentamente

-¡Krag! ¡Prueba el poder de la Torre del Cielo!

Helars extendió los brazos hacia los costados. El zafiro en la punta del báculo emitió destellos. Al instante, se levantaron correntadas de viento en todas partes.

-¿Qué buscas con esto, mago de la Torre del Cielo? -preguntó Krag.

Pero Helars se concentró en el conjuro que estaba realizando. Las correntadas se hicieron más fuertes, y rápidamente se convirtieron en una tormenta de arena que hacía imposible ver nada.

-¡Ahora! -dijo Astar.

Azemir se lanzó hacia delante. A poco de avanzar sintió que el poder del hombre lagarto empezaba a repelerlo, pero entonces se cubrió con el escudo. Al instante comprobó que el escudo lo protegía de aquel poder, y le permitía avanzar en línea recta.

Mucho antes de lo que hubiera pensado, se encontró justo enfrente de Krag. Pudo verlo de cerca, ver el brillo de sus miles de escamas. No tardó en distinguir el rubí, que le colgaba del cuello.

Sin perder tiempo lanzó un espadazo, con todas sus fuerzas. Sintió que la espada golpeaba contra algo, pero en el mismo instante recibió un coletazo del hombre lagarto que lo arrojó por el aire.

-¡Azemir!

Impactó contra el suelo como una roca. Sintió un dolor agonizante en todo el cuerpo.

-¡Azemir!

Abrió los ojos y vio a su maestro y a Belger. Quiso hablar, pero no logró decir otra cosa que unos balbuceos. Quiso dirigir la vista hacia Krag, para verificar si el rubí había sido destruido, pero el solo intento de girar la cabeza le produjo un dolor insoportable.

-No muevas un solo dedo, Azemir. -dijo su maestro- El golpe te fracturó muchos huesos. Voy a curarte. Quieto.

Astar le acercó las manos al cuerpo, sin tocarlo. Dijo unas palabras en voz baja, cerró los puños, volvió a abrirlos. Azemir sintió que todas las heridas de su cuerpo se curaban rápidamente. Un momento después, Astar dijo otras palabras en tono bajo y se puso de pie.

-Respira cuatro veces y levántate despacio.

Azemir obedeció. Hizo cuatro respiraciones profundas y empezó a levantarse del suelo. Cuando terminó de pararse, ya no sentía ningún dolor en el cuerpo.

-Gracias, maestro.

Luego miró alrededor, y comprobó que la tormenta estaba disminuyendo.

-¿Pudiste destruir el rubí? -preguntó Belger.

-Creo que sí.

Helars sacudió la cabeza.

-Si estuviera destruido, ya lo sabríamos.

Gunthur señaló adelante.

-Allí está el hombre lagarto.

Krag estaba en el mismo lugar que antes. Instantáneamente Azemir comprobó que el rubí no estaba colgado de su cuello. Por un momento, creyó que había conseguido destruirlo, pero enseguida descubrió que el rubí se encontraba en la mano izquierda del hombre lagarto, intacto. En el suelo, deshecho en pedazos, yacía el collar que hasta entonces lo había sujetado a su cuello. Era la única cosa que su ataque había logrado destruir.

-He tenido suficiente. -dijo el hombre lagarto- Morid, ahora.

Levantó un dedo y al instante aparecieron, en lo más alto de las gradas, cientos y cientos de figuras oscuras. Tenían un aspecto felino y largos dientes blancos.

-Moriréis en un instante. -dijo Krag- Pero no seré yo quien ponga fin a vuestras vidas. Sería indigno de mí, porque soy el príncipe de los aveldiri. Ellos, mis vuriks, serán los encargados de realizar la tarea. Sin vuestras armas, sin vuestras armaduras, no podréis hacer nada contra ellos. Ahora, os queda esperar la muerte, y nada más.

Los vuriks descendieron por las gradas con la velocidad del rayo. Cuando llegaron abajo y pisaron la arena, se lanzaron contra los hombres y los vardshaks, y enseguida comenzó un combate violento y desigual.

Astar recuperó su espada del suelo, la única arma que se había conservado en todo el lugar, se mezcló entre los vuriks y empezó a luchar contra ellos. También Azemir se lanzó a pelear, y Fanor, y Bardoc, y Belger, y Helars con su magia.

Pero en poco tiempo la batalla se mostró muy desfavorable. Hombres y vardshaks peleaban desarmados, contra enemigos que tenían garras y dientes como cuchillos y fácilmente se confundían con la oscuridad de la noche.

No sin esfuerzo, Azemir consiguió derrotar a un vurik usando solamente los puños. Justo cuando estaba recuperándose del enfrentamiento, otro vurik apareció de la nada, y lo lanzó al suelo. Azemir intentó levantarse pero tropezó, intentó cubrirse con el escudo pero el monstruo lo apresó con sus garras, inmovilizándolo.

Azemir trató de pensar rápido. Se dio cuenta de que el vurik que estaba encima suyo era distinto de todos los demás. Era mucho más grande, era más grande que un caballo. Tenía un cuerpo musculoso, con púas más largas que lo normal, púas que parecían puntas de lanza.

Azemir le lanzó un rodillazo al vientre, pero no sirvió de nada, y el vurik respondió clavándole las garras más hondo en la piel. Azemir trató de

golpearlo con el escudo, pero fue en vano, porque cada vez que intentaba mover los brazos el monstruo lo apretaba más fuerte contra el piso.

Finalmente el vurik abrió la boca, mostró sus colmillos y le lanzó una mordedura a la garganta. Azemir apartó el cuello a un costado, salvando su vida justo a tiempo. El vurik lanzó otra mordida, y Azemir volvió a esquivarlo, pero recibió un corte en la oreja que inmediatamente le produjo un dolor intenso.

La desesperación lo invadió. El monstruo abrió la boca dispuesto a atacar nuevamente.

Sabía que esta vez no iba a poder esquivarlo.

Sabía que...

Y entonces una nueva criatura apareció. Con un salto se arrojó encima del vurik y lo lanzó al suelo.

Azemir quedó libre. Se levantó sin perder tiempo. Inmediatamente quiso ver a la criatura que había aparecido para salvarle la vida.

Era un lobo. Un lobo blanco, enorme, que tenía el pelo erizado desde la cabeza hasta la punta de la cola, y que daba vueltas alrededor del vurik mostrándole los dientes.

-¡Mardafel!

Se trataba de Mardafel, el líder de los lobos blancos, el compañero de Brandil.

-¡Mardafel!

Pero Mardafel no quitaba la vista del vurik.

-¡Mardafel! ¿Dónde está Brandil? ¿Dónde están los otros lobos? ¿Dónde...

No necesitó seguir preguntando. En apenas un instante, todos los lobos de Brandil invadieron el lugar, entrando por distintas partes, colándose entre los hombres y los vardshaks y lanzándose contra los vuriks en un ataque implacable. Hombres y vardshaks no tardaron en reaccionar y en recuperar el espíritu, uniéndose rápidamente a la lucha.

-¡Krag! -dijo alguien.

Azemir reconoció la voz.

-¡Krag!

-¡Tú! -dijo el hombre lagarto.

Era Brandil.

-Aquí me tienes al fin.

-Sólo esto me hacía falta. -dijo Krag- Ahora, todos mis enemigos están reunidos en un mismo lugar. Mis propósitos están a punto de cumplirse.

-Eso no pasará mientras pueda evitarlo.

-Tonto Brandil, necio Brandil. Si me lo hubieras pedido, te hubiera otorgado una alianza. Con tu poder y el mío, ni siquiera el rubí sería necesario. Pero nunca aceptarías esa alianza, ya lo sé. Siempre te empeñaste en ayudar a estos seres pequeños que no tienen destino. Hoy, como cinco siglos atrás, sigues tratando de frustrar mis planes. En estos días y noches no descansaste, lo sé muy bien. Intentaste darme caza, estuviste persiguiéndome, como una sombra. ¡Brandil, mi sombra y

pesadilla! ¿O acaso debiera llamarte por el nombre que usabas cuando te conocí? En aquel entonces te llamabas Brael Endiel. Lo recuerdo a la perfección. Brael Endiel, príncipe de los alradi. Y yo era el príncipe de la otra raza, la raza de los aveldiri, la más perfecta que existió jamás.

-La más perdida también. -contestó Brandil- Ya por entonces tu raza estaba cayendo por la pendiente, era un simple recuerdo de lo que había sido alguna vez. ¡La raza de los aveldiri! Solamente el nombre os quedaba, y nada más. Los seres más perfectos estábais faltando a la ley sagrada, estábais usando vuestro poder sin igual en cometidos egoístas y crueles. ¡Eso era lo contrario de lo que debía ser! Ese poder fue dado a vosotros para bien de las razas inferiores, para preservarlas y darles protección. ¡No para perseguirlas, no para matarlas, no para torturarlas y llevar a cabo los crímenes sin nombre que habéis cometido! Tendré que luchar contigo, Krag, hasta matarte o morir. Ahora nosotros dos, los únicos sobrevivientes del pasado remoto, tendremos que pelear hasta el final. En cuanto a mí, mi alma está libre ya, más liviana que el aire. Está lista para ser llevada por el viento. Pelearé con mi mejor esfuerzo, y lo haré porque no me dejaste otra salida. Pero antes de eso estoy obligado a concederte una última oportunidad. Te ofrezco una chance final de que renuncies a tus propósitos, destruyas tú mismo el Rubí de los Cuatro Vientos, y te vayas al mar, para no volver jamás.

Krag permaneció en silencio. Su cola serpenteó, sus dedos se movieron.

-Hablaste dignamente, Brandil. Y ahora, sucumbe ante el nuevo señor del mundo.

Sin más, Krag empezó a caminar hacia Brandil. Azemir quiso acudir en su ayuda, pero su maestro lo detuvo.

-Déjalos, Azemir. Su batalla no es la tuya, ni la mía, ni la de nadie que puedas ver alrededor. Deja que Brandil realice aquello para lo que vino. Y no permitas que las apariencias te engañen. El ser cálido de Brandil esconde un poder inmenso, que muy pronto verás. Él no requiere ayuda, de ninguna clase.

Azemir aceptó, inseguro. Se volvió justo a tiempo para ver al hombre lagarto lanzándole a Brandil uno de sus coletazos devastadores. Un simple movimiento le alcanzó a Brandil para esquivarlo, sin esfuerzo ni dificultad.

Se miraron.

-Pelea, Brandil.

Brandil no le contestó. Furioso, Krag lanzó zarpazos con sus uñas, y más coletazos. Ni uno solo de sus ataques logró tener éxito. Brandil los esquivó a todos, con saltos y desplazamientos ágiles, con la destreza y los reflejos de los gatos del monte.

-¿Lo ves? -dijo Astar- Los animales están en él, el bosque entero le presta su ayuda.

El hombre lagarto respiraba con agitación.

-Ya basta, Brandil. Me cansé de tus juegos.

Krag cerró el puño y levantó el brazo. De inmediato, una fuerza invisible sujetó a Brandil, lo alzó en el aire y empezó a retorcerle el cuerpo.

-¿Qué dices ahora? ¿Sientes dolor?

El hombre lagarto cerró el puño con más fuerza. Los brazos de Brandil se doblaron hacia atrás y la cabeza se le giró, involuntariamente.

-Es una lástima, Brandil. Ahora, de nada sirve que los animales del bosque te presten sus virtudes. Estás a mi merced. Y me ocuparé de que tengas una muerte dolorosa.

Brandil emitió un sonido de dolor. La garganta se le angostó, como estrujada ante una presión inmensa, y la espalda se le curvó en una contorsión horrorosa.

-Adiós.

Krag cerró el puño al máximo, dispuesto a matar a Brandil, a destruirlo definitivamente.

Pero entonces Brandil consiguió recuperar el control de su cuerpo. Se enderezó, extendió un brazo y atrapó la muñeca de Krag.

-Estás subestimando al bosque, hombre lagarto.

Enfurecido, Krag le arrojó un puñetazo con la otra mano, la que contenía el rubí, pero Brandil atajó el puño y empezó a estrujarle la mano.

Krag gritó de dolor.

-¡Suéltame!

La mano de Krag crujió como la madera al partirse.

-¡Suéltame ahora!

-No lo voy a hacer.

Krag intentó defenderse, lanzando un coletazo. Brandil recibió el golpe de lleno, pero no cedió.

-¡Dije que sueltes mi mano!

La cola del hombre lagarto golpeó nuevamente. Más y más coletazos le siguieron, impactando contra las costillas de Brandil, contra sus piernas, su cabeza, contra todo su cuerpo.

-No voy a soltarte.

La expresión en el rostro de Brandil se transformó. Su mirada cálida se hizo de hierro. Su boca se abrió, y del interior de su garganta salió el rugido de cientos de osos. Krag cayó sobre sus rodillas, y lanzó más golpes con la cola pero no le sirvieron de nada. Su mano volvió a crujiar, hasta fracturarse del todo. Brandil no se detuvo, sino que continuó. Otros animales rugieron a través de su garganta, no solamente los osos, sino todos los animales del bosque.

El rubí, contenido en la mano de Krag, empezó a partirse. Arrojó haces de luz roja en todas las direcciones. Krag se desesperó, y trató de zafarse por todos los medios, pero fue en vano. El rubí se partió más, y los haces de luz se expandieron, iluminando todo el Círculo.

Un momento después, el rubí estalló en una explosión inmensa, que arrojó a todos por el aire y levantó un tornado de arena.

Azemir gritó con todas sus fuerzas.

-¡Brandil! ¡Brandil!

Pero no recibió respuesta. Rápidamente se levantó, se protegió los ojos de la arena y avanzó a ciegas, tratando de encontrar a Brandil.

A poco de avanzar se topó con alguien. Era Helars.

-¡Azemir!

-¡Helars!

-¿Qué es todo esto, Azemir? ¿Qué ocurrió?

-¡Brandil consiguió destruir el rubí! ¡El rubí estalló!

-¿Brandil? ¿Dónde está él?

-¡No lo sé, pero está muy herido! ¡Tenemos que encontrarlo!

Con un movimiento de su báculo Helars consiguió producir una pequeña burbuja en el medio de la tormenta.

-¡Azemir, allí está!

Brandil estaba en el suelo, respirando con dificultad, con heridas en todo el cuerpo.

Corrieron hacia él.

-¡Azemir, Helars! Acercaos un poco más. Tengo que decir algo.

-Déjame curarte.

-No, Azemir. No deseo que me cures. Estoy listo para partir. El camino fue andado. La rueda está cansada y no quiere girar más. Oídme. El rubí ya no existe, y Krag dejó de ser invulnerable. Ahora está huyendo. Lo vi. Iba en dirección al norte. Con toda seguridad se dirige a la explanada, la que tú conoces, Azemir. Esa explanada debe tener una importancia que nosotros no conseguimos ver. Perseguidlo, y dadle muerte. Sed precavidos. Aunque ya no tenga el rubí, Krag es muy peligroso. Sólo peleando juntos tenéis chances de ganarle. Y ahora id, salvad a esta tierra del mal. No os preocupéis por mí. Mi corazón se encuentra en paz, mi alma está elevándose.

Helars asintió, y se puso de pie.

-Azemir, debemos irnos.

Brandil sonrió.

-Id, y pelead por todos.

Un momento después, Brandil cerró los ojos y empezó a respirar más despacio, como preparándose a dormir una siesta apacible.

-Debemos irnos, ahora mismo. -dijo Helars.

Azemir saludó a Brandil con una inclinación de la cabeza.

-Gracias, Brandil. El mundo que estás dejando quedará por siempre en deuda contigo.

Se puso de pie, y se fue con Helars en dirección a la explanada, para destruir al único y verdadero enemigo.

## **-Capítulo dieciocho-**

### **-La última batalla-**

-¿Qué tan lejos se encuentra esa explanada? -preguntó Helars, mientras corrían a toda velocidad por las calles de la fortaleza oscura.

-Ya estamos cerca. -contestó Azemir.

-¿Cómo es la explanada? ¿Qué hay allí?

-Es un espacio abierto, con una torre en el centro. ¿Tienes alguna idea de cómo podemos combatir al hombre lagarto?

-Ninguna. -contestó Helars- Pero no tienes de qué preocuparte. Esta mente mía piensa mucho, y piensa bien. Sin duda algún plan se me ocurrirá.

-Llegamos.

El portón de la explanada estaba abierto.

-Allí está el hombre lagarto. -dijo Helars- Al pie de la torre.

Tras pasaron el portón y avanzaron hasta detenerse a una distancia prudente del hombre lagarto, lo bastante cerca para verlo bien, pero lo bastante lejos para que no los descubriese.

-¿Qué cosa está haciendo? -preguntó Azemir.

Krag se encontraba de espaldas a ellos.

-Está realizando un conjuro. -murmuró Helars.

-¿Qué clase de conjuro?

-No puedo saberlo. Su magia no es la mía, sus conjuros tampoco. Lo mejor será atacarlo ahora, rápido, y pronto.

-Ni siquiera tengo una espada para pelear.

-Puedo darte una. -dijo Helars.

-¿Una espada?

-Sí. Extiende el brazo, y cierra el puño.

Azemir hizo exactamente lo que Helars le indicó.

-¿Y ahora?

Helars pronunció unas palabras en voz baja y realizó unos movimientos con el báculo. Un momento después, una espada de fuego brotó del puño cerrado de Azemir.

-Pase lo que pase no abras el puño. -dijo Helars- Si lo haces, la espada desaparecerá.

-¿Crees que pueda causarle daño al hombre lagarto?

-Espero que sí.

-Voy a atacarlo.

-Perfecto. Yo estaré aquí, preparando un hechizo.

Sin esperar un instante más, Azemir echó a correr hacia Krag, con la espada de fuego en una mano y el escudo de la llama en la otra. Cuando el



hombre lagarto lo vio, abandonó lo que estaba haciendo y se puso en guardia. Azemir corrió más rápido, saltó encima suyo y Krag le arrojó un coletazo para interceptarlo en el aire. Azemir se protegió con el escudo de la llama, pero el impacto fue lo bastante fuerte para arrojarlo a un costado. Se recuperó rápidamente y se preparó para seguir peleando.

-¿Qué quieres, humano?

-Vengo a matarte.

-Eres un tonto. Acaso piensas que...

Pero Azemir no lo dejó terminar, y se lanzó nuevamente contra él. Krag esquivó la espada de fuego y rápidamente contraatacó, lanzándole un relámpago con sus manos.

Azemir no pudo esquivarlo. El relámpago le dio en el cuerpo y lo arrojó por el aire una larga distancia. Cayó brutalmente al suelo, con un dolor intenso en todo el cuerpo. Intentó ponerse de pie, pero fue un vano.

Krag caminó hasta él, y se paró justo al lado suyo.

-Muere, Labrador.

El hombre lagarto arrojó otro de sus poderes. Azemir se cubrió con el escudo de la llama, y luego, sin perder un instante, lo atacó en la pierna, usando la espada de fuego.

Krag retrocedió unos pasos. El fuego había conseguido herirlo.

-¡Basta! -dijo furioso.

Con horror, Azemir sintió que su mano se abría involuntariamente, forzada por el poder del hombre lagarto. Intentó con todas sus fuerzas mantenerla cerrada, pero fue inútil. Un momento después, la espada de fuego desapareció.

-Así está mejor. Y ahora sí, pondré fin a tu vida.

-No si yo puedo evitarlo. -dijo la voz de Helars.

Krag se detuvo.

-Estoy aquí, hombre lagarto...

Helars se hizo visible repentinamente, apareciendo justo frente a ellos. El zafiro en la punta de su báculo emitía un brillo blanco, muy intenso.

El hombre lagarto abrió grandes los ojos.

-¿Acaso...?

Pero Helars no lo dejó terminar. Usando el báculo como si fuese una lanza, le atravesó el cuerpo de lado a lado.

El hombre lagarto no pudo ocultar una expresión de dolor. Cerró los ojos y se torció hacia adelante.

Pero un instante después, sus párpados volvieron a abrirse.

-¿Piensas que así podrás matarme, mago de la Torre del Cielo?

Krag sujetó el báculo firmemente. Helars intentó recuperarlo, pero no pudo contra la fuerza de su adversario. Un momento después, Krag fracturó el báculo por la mitad.

Helars palideció. El hombre lagarto arrojó a un lado el fragmento de báculo que tenía en la mano, extrajo de su cuerpo el otro pedazo y se puso a mirar detenidamente el zafiro de la punta.

Luego apretó el zafiro con su mano hasta destrozarlo.

-Mago de la Torre del Cielo, ahí está la diferencia que separa nuestros poderes. Yo no dependo de piedras para hacer un conjuro. Mi cuerpo, que está hecho de sustancia perfecta, es el mejor conducto para la magia. En cambio vosotros, los humanos, estáis hechos de una materia pobre y vulgar. Por eso es que necesitáis de estas piedras. Porque la carne de vuestros cuerpos es un pésimo canal para la magia. Vuestros cuerpos tiemblan, se dañan, se destruyen cuando la magia pasa por ellos. Dime ahora, brujo, qué tan poderoso eres sin tu báculo. ¿Cuántos conjuros te atreverás a lanzarme? Podrás hacerlo una vez, quizá dos. Pero en cada oportunidad estarás arriesgando la vida. Cada hechizo que hagas devastará tu cuerpo más y más. ¡Vamos, descendiente de Namrod! ¡Te llegó el momento de demostrar lo que vales realmente!

-Ahórrate las palabras. -dijo Helars- Y pelea.

-Adelante. Estoy esperando a que me ataques.

Helars extendió los brazos a los costados y generó una corriente de aire. La corriente aumentó de intensidad, levantó nubes de tierra y empujó unos pasos al hombre lagarto.

Pero un momento después, Helars canceló el conjuro. Cayó sobre sus rodillas, agotado, con sudor en todo el cuerpo. Tosió fuertemente y escupió sangre.

Krag estalló en carcajadas.

-¡Ahí está! ¡El famoso poder de los descendientes de Namrod!

El hombre lagarto rodeó el cuello de Helars con su cola, y lo levantó hasta despegarlo del suelo.

-¡Helars!

Azemir se lanzó contra Krag, pero el hombre lagarto le arrojó un relámpago todavía más fuerte que el anterior. El escudo de la llama salvó su vida, pero no evitó que el impacto lo arrojase brutalmente hacia atrás.

Aturdido, Azemir se levantó del suelo. Vio que Helars intentaba liberarse de la poderosa cola, que estaba estrujándole la garganta.

Krag giró los ojos hacia Azemir.

-¿Otra vez de pie, labrador? Ya veo. Ese escudo te protegerá siempre. Y es irrompible, lo sé muy bien. Ya el necio de mi padre intentaba en vano destruirlo. ¿Qué haré contigo, entonces?

Krag se cruzó de brazos, mientras Helars intentaba inútilmente liberarse.

-Ya lo sé.

Manteniendo a Helars suspendido en el aire con la sola fuerza de su cola, el hombre lagarto fue caminando hasta Azemir.

-Aquí tienes a tu amigo, labrador.

Krag le arrojó a Helars, que cayó al suelo con un golpe y empezó a tomar bocanadas de aire.

-Y ahora sí, voy a mataros a los dos.

Krag retrocedió unos pasos y apuntó con el dedo índice hacia adelante. De manera instantánea, el suelo bajo los pies de Azemir y Helars tembló, se deshizo y se transformó en arena.

-Me pregunto, labrador, si tu escudo puede salvarte de la arena movediza.

Azemir intentó moverse, pero rápidamente quedó hundido hasta la cintura. Helars, que no había recuperado la lucidez, iba sumergiéndose también.

-De esta manera moriréis despacio. Sentiréis un terror cada vez más grande, a medida que el final vaya acercándose. Os dejo entonces, mago y guerrero. Reanudaré lo que estaba haciendo hasta el momento en que me interrumpisteis.

Sin más, Krag dio media vuelta y empezó a alejarse en dirección a la torre.

Azemir intentó moverse, pero no consiguió otra cosa que hundirse más. Intentó pensar, miró alrededor. Quiso ver qué tan grande era el charco de arena movediza, pero enseguida comprobó que no tenían escapatoria. El suelo firme se encontraba lejos, inalcanzablemente lejos.

-Helars, ¿me escuchas?

Sin recuperar del todo la lucidez, Helars abrió los ojos.

-¿Qué pasó, Azemir? ¿Dónde estamos?

-Estamos hundiéndonos en arena movediza. El hombre lagarto nos puso aquí. ¿Tienes alguna idea para escapar?

Helars miró alrededor.

-No, Azemir.

-¿Ninguna?

Helars volvió a mirar alrededor.

-Ninguna.

-Por favor, piensa nuevamente. Tu magia tiene que servirnos de algo.

-Mi magia. Sí. Pero no. Lo único que puedo intentar es el camino directo, pero no funcionará...

-¿Cuál es el camino directo?

-Hacer un último hechizo, que nos levante en el aire a los dos y nos desplace hasta tierra firme.

-¿Podrás soportar un hechizo más?

-No, moriré antes de conseguirlo. Por eso te decía que no puede funcionar.

-¿No se te ocurre ninguna otra cosa?

-No. Pero quizás... Haremos esto. Te sacaré solamente a ti. Me resultará mucho más fácil. Y luego tú podrás rescatarme.

-¿Arrojándote una soga, por ejemplo?

Helars negó con la cabeza.

-No creo que eso sirva. Después de haber hecho magia para sacarte, quedaré inconsciente. Vivo, quizá, pero desmayado.

-¿Pero entonces cómo voy a rescatarte, si estás inconsciente?

Helars se encogió de hombros.

-No lo sé.

-Entonces será mejor que salgas tú primero, y luego me rescates a mí.

-Yo no estaría tan seguro, Azemir.

-¿Por qué?

-Es todavía más arriesgado. Podría desmayarme en mitad del intento. O bien podría llegar hasta tierra firme, y desfallecer tan pronto como ponga los pies en el suelo. No es una buena idea. Intentaré sacarte a ti. ¿Listo?

Azemir miró en la dirección donde se encontraba Krag. El hombre lagarto estaba nuevamente al pie de la torre, dándoles la espalda.

-Está bien, Helars. Haremos lo que dices. Si es nuestra única posibilidad, entonces no hay mucho que discutir. Sácame primero, y buscaré algún modo de rescatarte.

Helars asintió. Cerró los ojos, se puso una mano en la frente y extendió la otra hacia delante, en dirección a Azemir.

Lentamente, Azemir empezó a elevarse, impulsado por la magia de Helars. Se alegró de que el intento estuviese funcionando, pero no se atrevió a festejar, ni a hablar, ni a mover un solo dedo, temiendo romper la concentración de su amigo y echarlo todo a perder.

Las distintas partes de su cuerpo fueron saliendo de la arena movediza. Unos momentos después, quedó enteramente liberado, flotando en el aire.

Pero entonces Helars rompió en una tos violenta, destructora, y Azemir cayó nuevamente en la arena movediza, hundiéndose más profundo que antes.

-¡Helars!

Pero Helars ya estaba inconsciente otra vez, con el rostro pálido y con las venas de los brazos estalladas a consecuencia del hechizo. Azemir intentó ayudarlo pero ni siquiera pudo acercarse a él, porque tan pronto como se movió quedó sumergido hasta los hombros.

Sintió desesperación. Trató de pensar en algo, pero fue inútil. De nuevo intentó moverse, pero quedó hundido hasta el cuello, y tuvo que levantar el mentón para que la arena no se le metiera en la boca o en la nariz.

Sólo un milagro podía salvarlos.

-Salud, señores.

Creyó estar imaginando cosas.

-Desearía no tener que salvaros tan seguido.

Giró los ojos hacia un costado. Allí estaba Kiriela, parada en el suelo firme.

-¡Kiriela!

-Sí, Azemir, soy yo.

-¡Kiriela!

-Sí, Azemir. Soy Kiriela. Y vine para ayudaros. Una vez más.

-¡Gracias, Kiriela! ¡Gracias!

-No me agradezcas tan pronto. Espera hasta que haya conseguido rescataros, a ti, y a Helars, que luce bastante peor y según parece no me escucha. Dime una cosa, Azemir, ¿puedes sacar un brazo?

-¡Puedo, sí! Creo. Creo que sí. Creo que sí puedo.

-Es necesario que lo intentes. Vamos.

-Allí voy.

-Despacio. Despacio, Azemir. No muevas el cuerpo entero, mueve solamente el brazo. Despacio, o te hundirás más. Así. Excelente. Pudiste. Te arrojaré la cuerda. Levanta bien alto el brazo. ¿Estás listo?

-Estoy listo.

-Allí va.

Kiriela arrojó la cuerda con precisión. Azemir la atajó en el aire.

-¡La tengo!

-Perfecto. Ahora intenta despertar a Helars.

-¡Helars! ¡Helars! ¿Me escuchas? Despierta por favor. ¡Helars, reacciona!

-¿Qué? ¿Qué está pasando?

-Kiriela vino a salvarnos.

-¿Kiriela? ¿Dónde está Kiriela?

-A tus espaldas. ¡Sujeta esta cuerda, pronto!

-Ve tú primero, Azemir. Estás más hundido que yo. Hay que sacarte primero a ti.

-No, ve tú. Vamos.

-Azemir, corresponde que...

-¡Helars, no hay tiempo que perder!

-Está bien, está bien. Qué modo tan horrible de gritar. No sé dónde quedó tu carácter manso de labrador provinciano.

-Volverá tan pronto como agarres la sogá.

-Lo haré, si eso es lo que quieres. En fin. Ahí está. ¿Contento?

-¿Listo?

-Listo, Kiriela, puedes empezar a sacarlo.

-Empezaré a tirar. Sujétate fuerte, Helars.

-Escúchala. Haz lo que dice, sujétate fuerte. Sujétate fuerte. Sujétate... ¡Helars!

-¿Qué ocurre ahora?

-¡Perdió el conocimiento nuevamente! ¡Helars, despierta!

-Despiértalo.

-¡Helars, abre los ojos!

-Despiértalo urgentemente.

-¡Helars, despierta! ¡Helars! ¡Así, perfecto! Mírame. Mírame, Helars. Toma la cuerda que te lancé. Está ahí, enfrente tuyo. Adelante. Justo adelante. Ahí. Bien, tómala. No hay tiempo que perder. Con las dos manos. ¡Con las dos manos! ¡Agárrate con fuerza! ¡No vayas a soltarla! ¡Listo, Kiriela! ¡Puedes continuar!

Kiriela reanudó el salvataje, y Helars, lentamente, fue desplazándose en dirección a la libertad.

Azemir se preguntó qué podía pasar si Krag llegaba a descubrirlos. El hombre lagarto seguía en el mismo lugar. No se había percatado en lo más mínimo de la llegada de Kiriela, ni de la operación de salvataje.

-Ya tengo a Helars. -dijo Kiriela- Azemir, es tu turno.

-Lánzame la cuerda.

-Allí va.

Kiriela rápidamente le arrojó la cuerda y Azemir la atrapó con el brazo libre.

-¿Estás listo?

-Listo. Puedes tirar.

Azemir se agarró fuertemente de la cuerda. Un instante después, empezó a desplazarse por la arena movediza.

No pudo evitar que sus pensamientos retornasen nuevamente a Krag. Torció la cabeza para observarlo una vez más. El hombre lagarto seguía en la misma posición que antes, al pie de la torre.

-Rescatado. -dijo Kiriela.

Azemir había llegado a tierra firme. Vio que Helars estaba en el suelo, inconsciente una vez más.

-Acabo de darle una de mis semillas. -dijo Kiriela- Era la última que me quedaba, porque le entregué a Belger todas las demás.

-¿Crees que alcance con una sola?

-Por supuesto. Enseguida estará mejor. ¿Qué cosa le causó este daño?

-Magia.

-¿Magia?

-Sí, su propia magia. -explicó Azemir- Cuando el hombre lagarto destruyó su báculo, Helars continuó lanzando hechizos pero sólo con las manos.

-Eso es un acto de locura.

-Pero era la única opción. -dijo Helars de pronto, poniéndose de pie- Y volvería a hacerlo, si hiciera falta. Gracias por la semilla. Mis heridas se curaron, la vida me volvió al cuerpo. Y ahora... Tenemos un enemigo que derrotar. ¿Dónde se encuentra? Ah, ya veo. Sigue en el mismo lugar.

-¿Cómo os fue, peleando contra él? -preguntó Kiriela- ¿Pudísteis herirlo, por lo menos?

-Sí, pero no sirvió de mucho. -contestó Helars- Tiene una resistencia increíble. Azemir lo hirió en la pierna, y yo lo atravesé con el báculo, pero no fue suficiente. Es como si nada pudiera matarlo.

-Tiene que haber alguna manera... -dijo Azemir.

-Yo no la conozco. -replicó Helars- Como no se le caiga encima aquella torre, no se me ocurre qué cosa podría detenerlo.

Azemir se sintió iluminado repentinamente.

-¡La torre, es verdad!

-¿Qué pasa con la torre?

-¡La torre, Helars! ¡Qué excelente idea!

-¿Estás burlándote de mí?

-No, hablo en serio. Esa torre es muy endeble. Yo estuve presente durante la construcción. Se hizo todo muy de prisa, tan de prisa que la mezcla no podía secarse bien. ¿Ves aquel armazón de madera? Hubo que ponérselo para que la torre no colapsara. Si se lo quitamos, se derrumbará instantáneamente.

Helars pareció interesarse.

-Pero entonces... ¿cuál sería, exactamente, el plan?

-No lo sé muy bien. -contestó Azemir- Podríamos meter a Krag en la torre y luego quitar las maderas. Por lo menos las de adentro. Con eso, creo yo, será suficiente para que empiece a desmoronarse.

Helars permaneció un instante en silencio, con la vista en el hombre lagarto.

-¿Y cómo tienes pensado meterlo en la torre? -preguntó con un gesto de concentración.

-De alguna manera podremos conseguirlo. -contestó Azemir, intentando pensar con rapidez- Quizás... Podría... Ya lo sé. Iré a pelear nuevamente con él. Y entonces, sin que él se percate, lo conduciré poco a poco hasta el interior de la torre. Cuando lo haya conseguido, será el momento de quitar las maderas, y la torre colapsará.

-Y una vez más... -dijo Helars- ¿Cómo podemos quitar las maderas? ¿Y cómo evitamos que mueras aplastado tú también?

Azemir respiró profundo y trató de pensar en una solución. Cuando se dio cuenta de que no podía encontrarla, se enfureció consigo mismo y se agarró la cabeza.

-Está bien. -dijo resignado- Mi plan es estúpido.

-Aguarda... -dijo Kiriela- Tu plan no es estúpido. Tiene algunas fallas, pero pueden resolverse.

Sacó del carcaj una flecha larga, que tenía una pasta negra en la punta.

-¿Qué es eso? -preguntó Helars.

-Es una flecha explosiva. Estaba reservándola para una situación especial.

-¿Qué tan fuerte explotará? -preguntó Azemir.

-Lo bastante para volar en pedazos esas maderas.

-Suficiente entonces. -dijo Azemir- Hagámoslo ahora mismo...

-Alto. -interrumpió Helars- La idea de Kiriela podría funcionar, pero todavía nos falta resolver una parte. ¿O acaso deseas morir aplastado junto a Krag?

-Eso no pasará. -contestó Azemir- Lo conduciré hasta el interior de la torre, Kiriela disparará su flecha y yo escaparé justo a tiempo.

-Estás diciendo un disparate. -repuso Helars- No llegarás a tiempo a escapar. Hay que pensar en otra cosa. Hay que...

Helars se quedó en silencio, se tomó el mentón y se concentró.

-Ya lo sé. -dijo repentinamente- Esto es lo que haremos. Azemir, pelea con Krag y acércalo hasta la puerta de la torre. Acércalo, nada más. Cuando

lo hayas conseguido, sepárate inmediatamente de él, y entonces yo, desde aquí, utilizaré magia para empujarlo hacia el interior de la torre.

-Perfecto. -dijo Kiriela- En ese momento dispararé la flecha explosiva. La flecha entrará por la misma puerta que Krag, volará en pedazos el armazón de madera y la torre colapsará. Y Krag quedará aplastado en un instante.

Se miraron los tres.

-No hay más nada que hablar. -dijo Kiriela- Lo conseguiremos de este modo, o no lo conseguiremos jamás. ¿Empezamos?

Helars sonrió entusiasmado.

-¡Por supuesto!

-Claro que sí. -dijo Azemir.

Se ajustó el escudo de la llama en el brazo izquierdo.

-Allí voy. -dijo frotándose la cara- Deseadme suerte.

Echó a correr con todas sus fuerzas en dirección al hombre lagarto.

-¡No le des respiro, Azemir! -gritó Helars.

Corrió con más fuerza, avanzando en línea recta hacia Krag.

Mucho antes de lo que hubiera imaginado, tuvo enfrente suyo la espalda del hombre lagarto. Saltó en dirección a él, con el salto más grande de su vida. Krag dio media vuelta y lo descubrió, pero Azemir no le dio tiempo a defenderse y cayó encima de él, con todo el peso de su cuerpo. El hombre lagarto quedó boca arriba y Azemir lo inmovilizó. Sin perder un instante, comenzó a lanzarle puñetazos con la mano derecha, más y más puñetazos furiosos contra su enorme hocico de reptil.

Enseguida comprobó que la cabeza del hombre lagarto era indestructible, como si fuese de acero. Azemir intentó continuar. Arrojó otro montón de golpes desenfrenados, pero un dolor agonizante se apoderó velozmente de su puño, sin importar cuán endurecido estuviera, sin importar cuánto lo hubiese entrenado rompiendo troncos y rocas. Al fin comprendió que no tenía sentido seguir, porque su mano estaba haciéndose pedazos y no lograba producirle ningún daño a la cabeza del hombre lagarto.

Krag reaccionó rápidamente y trató de liberarse. Forcejearon los dos, intentando inmovilizarse el uno al otro. Al hacerlo, rodaron por el suelo hasta quedar muy cerca de la puerta de la torre.

Finalmente Krag consiguió apresarle contra el suelo, le rodeó el cuello con sus dedos largos y empezó a apretarle la garganta.

Azemir intentó zafarse pero no lo consiguió.

-Muere, humano.

Los dedos del hombre lagarto se cerraron con más firmeza, impidiéndole respirar. Azemir sintió que la fuerza se le escapaba del cuerpo, que ya no podía moverse más. Dejó de ver y de escuchar.

Y entonces todo se cubrió de oscuridad.

-¡Ardam! ¡Ardam!

Una fuerza le invadió el cuerpo repentinamente.

-¡Ardam! ¡Ardam!



Pudo ver nuevamente el rostro escamoso de Krag. Usando todas sus fuerzas, le lanzó un golpe con el escudo de la llama. El canto del escudo le impactó de lleno en la cabeza, y el hombre lagarto perdió el conocimiento de inmediato, desplomándose encima suyo.

Azemir lo arrojó a un costado.

-¡Helars, ahora!

Helars extendió los brazos con las palmas hacia adelante. Instantáneamente, su magia empujó al hombre lagarto, que rodó por el suelo hasta meterse en la torre. Quedó justo en el centro, en el medio del almacén de maderas. En ese momento exacto Krag empezó a recuperar la conciencia, pero sin perder un instante, Kiriela disparó la flecha explosiva. La flecha atravesó el aire a toda velocidad, hasta meterse en la torre. Tan pronto como impactó, estalló en una onda de fuego que barrió con todas las maderas que formaban el almacén. La torre entera se sacudió, y una rajadura gigantesca la atravesó en diagonal. Un momento después, una nueva rajadura nació desde la base y fue extendiéndose hacia arriba. Un sinfín de nuevas rajaduras le siguieron. Inmediatamente después, la torre empezó a deshacerse.

Justo en el último instante, Krag entendió lo que estaba pasando, pero fue sólo para ver los gigantescos bloques de piedra cayendo sobre él. Quedó sepultado en el acto, y la torre entera terminó de colapsar un momento después.

Cuando todo pasó, no quedó más que un montón de escombros y una inmensa nube de polvo.

Azemir se limitó a observar la escena en silencio. Trató de limpiarse la cara, pero no hizo otra cosa que ensuciársela más, porque tenía las manos y los brazos cubiertos de sangre, la sangre que el hombre lagarto le había hecho perder en la batalla.

Helars y Kiriela fueron hasta él.

-¿Cómo te encuentras, Azemir?

-Estoy bien, Kiriela.

-Estás cubierto de sangre. -dijo Helars.

-No te preocupes por mí. -contestó Azemir- Son unos rasguños, nada más, unos simples...

Sintió un mareo repentino. Quiso frotarse los ojos, pero se dio cuenta de que su piel estaba fría como el hielo.

-¡Necesitas ayuda, pronto!

-No, Helars, estoy bien. Yo...

Hizo un esfuerzo por mantener el equilibrio. Por un momento creyó conseguirlo, pero enseguida se dio cuenta de que estaba desplomándose en el suelo.

## **-Capítulo diecinueve-**

### **-La colina de los hermanos-**

Azemir abrió los ojos y de inmediato los volvió a cerrar, enceguecido por una luz fuerte.

-¿Acaso estoy muerto? -se preguntó, en voz alta.

-Por mi parte, lo dudo bastante. -dijo una voz a su lado.

Usando la mano, Azemir se protegió los ojos de la luz intensa que inundaba el lugar. Se miró a sí mismo. Estaba recostado en un pequeño lecho, cubierto con una sábana. Llevaba puesto su pantalón y su camisa. Descubrió que las heridas de su cuerpo habían sanado.

-Ah, sí. Tus heridas ya están bien.

-¡Maestro!

-Buenos días, Azemir.

-¿Dónde estamos?

-Todavía en la fortaleza oscura. Como puedes ver, no es tan fácil salir de ella.

-¿En la fortaleza oscura? ¿Qué pasó con la batalla, maestro?

-La batalla terminó. El enemigo...

Su maestro se detuvo un instante, se tomó el mentón y dejó ir una risa suave.

-El enemigo fue derrotado, Azemir.

-¿Te refieres a los turloks?

-Me refiero a los turloks, al Shin Itak, a los vuriks... y por supuesto, también a Krag, el hombre lagarto. A propósito de eso, debo felicitarte por la manera en que tus amigos y tú lo combatisteis. Nadie hubiera pensado que el rival más peligroso de nuestro tiempo sería derrotado por sólo tres personas. Pero él no podía imaginar vuestro valor, ni la fortaleza de vuestra antigua amistad. Y fueron esas cosas las que decidieron la victoria. Vuestros esfuerzos unidos tuvieron un peso que el hombre lagarto no podía calcular.

-¿Dónde están ellos? ¿Cómo se encuentran?

-¿Helars y Kiriela? Se encuentran bien, Azemir. Están ayudando a los demás. En poco tiempo podrás verlos. No te apresures. Ya no existe razón para andar apresurándose. Los días de temer y de prever, de dormir con un ojo cerrado y con el otro abierto, se terminaron al fin.

Tratando de obedecer a su maestro, Azemir respiró hondo y se recostó. Se dio cuenta de que el lecho en el que estaba era cómodo y placentero. Le habían puesto una almohada grande, repleta de estopa.

Miró alrededor. El cuarto era pequeño y no tenía otros muebles que la cama donde él yacía, y el pequeño banco donde estaba sentado su maestro.

Una de las paredes de la habitación tenía una ventana muy grande, permitiendo ver el exterior, donde se alzaban las torres de la fortaleza oscura.

Sin proponérselo, Azemir se puso a recordar el combate contra el hombre lagarto.

Se le ocurrió una pregunta.

-Maestro, estaba pensando... Ayer, cuando Helars y yo fuimos a pelear contra Krag, él se encontraba realizando una especie de conjuro. No sé qué clase de conjuro era, pero parecía importante, porque en el único momento que logró deshacerse de nosotros, Krag se apresuró a reanudarlo.

Astar asintió.

-Comprendo. Y no me sorprende que hiciera eso. -dijo son seguridad- Estaba intentando anular el poder de la torre.

-¿Qué poder, maestro?

-Eso no lo podemos saber, Azemir. Pero si durante tantos días estuvo empeñado en construirla, y a tanta velocidad, la única conclusión es que esa torre formaba parte esencial de sus planes. Y tratándose de un mago como Krag, es inevitable pensar que la torre encerraba algún poder sobrenatural.

-Pero yo estuve presente en la construcción de la torre. ¿De dónde le pudo haber venido ese poder mágico, si es que lo tenía?

-Del mismo Krag, naturalmente. -dijo Astar- Es muy posible que visitara la torre por las noches, para insuflarla cada vez más con su magia. Por eso, cuando sus planes colapsaron, cuando lo perdió todo, incluso el rubí, tomó la decisión de quitarle a la torre el poder que le había dado. Sabiendo que él no iba a estar en condiciones de usarla, lo mejor que podía hacer era vaciarla de poder, para que ningún otro pudiese servirse de ella. Irónicamente, fue su propia torre la que lo aplastó.

Azemir recordó los instantes finales de aquella batalla, la escena de la torre colapsando, la nube de polvo que se había formado...

Pero detuvo sus propios pensamientos, se frotó la cara y trató de distraerse. Miró alrededor, y descubrió que el escudo de la llama estaba cerca suyo, junto a sus botas y su túnica parda.

-Tenemos que hablar de algunas cosas, Azemir.

Su maestro se levantó de la silla y caminó hasta la ventana, por donde entraba la luz del sol.

-Necesito preguntarte si el nombre de Ardam te resulta familiar.

-Sí, maestro. Muchas veces grité ese nombre, sin saber por qué.

-¿Y entonces qué pasó?

-Obtuve un poder incalculable.

Su maestro asintió.

-Comprendo.

-¿Quién es Ardam, maestro?

-Ardam es la fuente de tu poder y el mío. De él proviene todo lo que te enseñé.

-¿Ardam vive, maestro?

-Ardam vive, pero no en la forma que tú imaginas. Abandonó su cuerpo físico hace mucho tiempo, y al hacerlo se convirtió en algo distinto, algo más sutil y sin duda mucho más poderoso.

Astar se detuvo por un instante. Respiró con tranquilidad y continuó.

-Para ser más preciso, Ardam se convirtió en la llama blanca. Esa llama es la que tú invocas, en los momentos de necesidad. Es la que te presta su fuerza.

Azemir sintió una mezcla de sensaciones y una necesidad enorme de pensar con claridad.

-¿Esa llama blanca es la que está en mi escudo?

-Así es, Azemir.

-Brandil me dijo que mi escudo perteneció a los guerreros ardanai.

-Es verdad.

-Pero entonces...

-Azemir, los guerreros ardanai llevan en su interior el poder de la llama blanca. Por eso la llama es el símbolo que los identifica.

-Maestro, se me dijo que los guerreros ardanai desaparecieron hace mucho tiempo.

-Eso es lo que dicen las crónicas y lo que piensa la mayoría de las personas.

-¿Estás diciendo que...?

-Los guerreros ardanai no desaparecieron, Azemir. Queda uno, y soy yo.

Azemir se quedó perplejo.

-Maestro, tú...

-Tuve que ocultártelo. Lo hice para protegerte, al igual que todas las otras cosas que te oculté, como mi nombre real, mi amistad con Brandil, con Belger... Quería mantenerte lo más a salvo posible, porque es peligroso tener un vínculo conmigo. Belger, precisamente, fue secuestrado porque tenía información sobre mí. Su captura fue planificada por Krag. Una vez que Belger estuvo aquí, prisionero en la fortaleza oscura, el hombre lagarto se ocupó de que fuese interrogado. Y cuando comprobó que Belger no iba a darle esa información que deseaba obtener, pensó que había perdido toda chance de encontrarme. Pero entonces...

Astar caminó hasta la silla y tomó asiento lentamente.

-Pero entonces, por otras vías, el hombre lagarto se enteró de que yo tenía un discípulo. Inmediatamente dio orden de buscarte y atraparte con vida. Y cuando al fin te tuvo en sus manos, te exigió que le dijese mi paradero, pero tú no sabías quién era Astar. Naturalmente, el hombre lagarto no te creyó. Pensó que te estabas resistiendo. Quiso ablandarte con los trabajos en la explanada, y con la amenaza del tormento, pero ninguna de esas cosas le sirvió.

-¿Sabías de la existencia de Krag, maestro? ¿Sabías que estaba con vida, y en esta fortaleza?

-Había empezado a sospecharlo.

-¿Viniste a la fortaleza oscura para buscarlo a él? ¿Viniste para exterminarlo?

-Sí, Azemir. Había que destruirlo antes de que fuese muy tarde. Era evidente que Krag estaba trabajando en algún plan, y que poco a poco lo iba cumpliendo. Pero no todos los pasos de aquel plan le resultaban fáciles. Había dos que no lograba concretar. Uno era destruirme a mí. Y el otro...

-Destruir a Brandil.

-Exacto. Krag sabía muy bien lo difícil que iba a resultarle conseguir eso. Para matar a Brandil tenía que llegar hasta él, y para llegar hasta él tenía que saber dónde se refugiaba. Pero recordarás, acaso, que el refugio de Brandil está protegido por un conjuro muy antiguo. Ese conjuro lo protege de la mirada de seres como Krag. Sin importar cuánto pudiese buscar, el hombre lagarto nunca iba a ser capaz de encontrarlo por sus propios medios.

-¿Cómo llegó a saberlo, entonces?

-Fue por un azar. En ese entonces, Krag ya tenía capturado a Helars, que estaba prisionero en aquella torre abandonada. Usando su poder, el hombre lagarto lo mantenía dormido todo el tiempo. De esa manera podía leer su mente, indagar sus recuerdos. Y fue así que llegó a conocer la ubicación del refugio de Brandil. Al instante tomó su primera medida, que fue enviar una tropa de turloks. Y aunque esos turloks fueron vencidos por Brandil y sus lobos, Brandil comprendió que su refugio había quedado expuesto, vulnerable.

Azemir rememoró fugazmente la torre donde Helars había estado prisionero.

-El escudo de la llama también estaba en esa torre.

-Así es. -contestó Astar- Krag no sabía qué hacer con él, y por eso decidió esconderlo allí. Como sabes bien, ese escudo tiene voluntad propia. Habitualmente, sólo se deja levantar por su portador. Pero puede comportarse de manera distinta, si las circunstancias lo exigen. Por mi parte, no tengo dudas de que tomó la decisión correcta cuando se dejó levantar por Krag, para quedarse allí, en la misma torre donde estaba Helars.

Astar se puso de pie.

-Pero hemos tenido suficiente de esta conversación. Vamos a caminar, Azemir.

Azemir salió de la cama, se puso las botas y la túnica, y se cruzó el escudo por la espalda.

Salieron a las calles de la fortaleza oscura y empezaron a caminar por un sendero angosto, mientras la tarde iba declinando lentamente.

-¿Qué sabes de Fanor, maestro?

Astar tardó en contestar.

-Fanor está descansando. El esfuerzo del combate fue muy grande para su cuerpo, que ya estaba débil a causa de los hilos del desierto. Ahora necesita reponerse. Pronto estará mejor.

-¿Y qué pasará con su enfermedad?

-Ya me ocupé de eso.

-¿Lo curaste con tu poder, maestro?

-Así es. Los hilos del desierto desaparecieron de su piel.

-Es una buena noticia.

-Ciertamente. -dijo Astar- Ya fueron muchos los que partieron en esta guerra, y hubiera sido triste que se les uniera un hombre tan joven como Fanor. Pero con todo, el mérito por su salvación es suyo propio, no mío. Yo le brindé una ayuda, y nada más. Percibo una voluntad muy fuerte en él. Fue esa voluntad la que lo mantuvo con vida todo este tiempo, haciéndolo resistir una enfermedad tan mortal como los hilos del desierto. Por supuesto, sólo Fanor sabe cuál es el propósito que mantiene encendida esa fuerte voluntad. Quién sabe, quizá con el tiempo lleguemos a conocerlo.

Astar no volvió a hablar, y siguieron caminando en silencio. Un rato después, llegaron a un lugar donde había una puerta destrozada, que daba a un espacio abierto.

-¡El Círculo! -exclamó Azemir.

Astar se acercó a un vardshak que montaba guardia.

-Te saludo, vardshak, hermano en el combate.

-Te saludo, Astar. Mi nombre es Reduf, y soy custodio de esta puerta.

-Quisiera pasar, junto con mi discípulo.

Reduf se hizo a un lado.

-Adelante.

-¿Siguen allí? -preguntó Astar.

-Siguen allí. -contestó Reduf- No se movieron en todo el día.

-¿De quiénes habláis? -preguntó Azemir.

-Muy pronto lo verás. -contestó Astar- Vamos.

Astar traspasó la puerta y Azemir lo siguió.

El Círculo estaba limpio. Todos los cuerpos habían sido retirados y también los destrozos del combate. Sólo quedaba el cadáver del Gar Galash como testimonio de la batalla que había tenido lugar.

Astar caminaba en dirección a alguna parte, dando pasos muy silenciosos.

-¿Hacia dónde estamos yendo, maestro?

-Hacia aquel lugar que está adelante. -contestó Astar en voz baja- ¿Puedes verlos?

Azemir agudizó la mirada y entonces vio una imagen que le robó la respiración. Por un instante dejó de seguir a su maestro y se quedó paralizado en el lugar, incapaz de comprender lo que sus ojos estaban viendo.

Los lobos se encontraban reunidos justo en el medio del Círculo, sentados en la arena.

Astar se detuvo.

-Vamos a permanecer aquí, en silencio, hasta que ellos nos llamen.

Azemir obedeció. Un rato después, uno de los lobos se puso de pie.

Era Mardafel.

-Dejaremos que él se acerque a nosotros. -dijo Astar en un susurro.

Mardafel los miró desde el lugar donde se encontraba. Tenía el cuerpo lleno de heridas, y había perdido el ojo izquierdo en el combate. Su porte, sin embargo, no había cambiado en absoluto, y era igual de imponente que antes.

El gran lobo empezó a aproximarse.

-Estoy en deuda con Mardafel, maestro. Durante la batalla, el líder de los vuriks se lanzó encima mío y estuvo muy cerca de matarme. Fue en ese momento que apareció Mardafel y me salvó la vida.

-Salvó también la de muchos más. -dijo Astar- Fue el guerrero más formidable. Él solo mató a la mayor parte de los vuriks, combatiendo sin descanso. Hasta los vardshaks quedaron impresionados con la manera en que peleaba. Su furia crecía cada vez que un lobo de su manada era matado por el enemigo.

Un momento después, Mardafel llegó hasta ellos. Azemir dio un paso adelante y lo saludó con una inclinación del cuerpo.

-Mardafel...

El gran lobo le devolvió una mirada.

-Me hace feliz verte con vida. -continuó Azemir- Muchos aliados partieron anoche, y me hubiera causado un gran dolor que te hubieses ido con ellos.

Miró detenidamente a Mardafel, y descubrió que la herida del ojo perdido continuaba desangrándose.

-Permíteme ayudarte. No puedo devolverte la vista del ojo, pero puedo curarte la herida.

Mansamente, Mardafel se dejó curar. La herida cerró y la sangre dejó de correr. Azemir aprovechó para observar rápidamente las otras heridas que había en el cuerpo del gran lobo, pero ya todas estaban cicatrizando.

Astar se adelantó.

-Mardafel, hay algo que Azemir necesita ver. ¿Podrías mostrárselo?

El gran lobo dio media vuelta y empezó a caminar en dirección a la manada.

-Síguelo, Azemir. Yo me quedaré aquí, esperándote.

Azemir se acomodó la túnica y fue atrás de Mardafel. Pasaron por entre medio de los otros lobos hasta llegar al centro del grupo, donde el espacio estaba despejado.

Había algo en el suelo.

-¿Qué es esto, Mardafel?

Era una tela de color marrón. Mardafel caminó hasta ella y le hizo una reverencia. Azemir la miró con más detenimiento.

Era la túnica de Brandil.

-Brandil...

Se agachó y la tomó entre sus manos. Instantáneamente los lobos se pusieron de pie y siguieron con sus ojos los movimientos de la túnica.

-Por favor, Mardafel, déjame entregársela a mi maestro.

El gran lobo se hizo a un costado. Atravesando nuevamente la manada, Azemir fue hasta su maestro.

Sin embargo, cuando quiso entregarle la túnica, Astar no la tomó.

-Azemir, quisiera que reflexiones por un instante sobre lo que tienes en tus manos.

Sin saber qué decir, Azemir contempló la tela marrón.

Astar volvió a hablar.

-¿Puedes ver que es una túnica y nada más? Brandil no dejó ningún cuerpo al partir.

-¿Por qué, maestro? ¿Qué pasó cuándo murió?

Astar sonrió amablemente.

-Lo que intento mostrarte es que Brandil no murió.

-¿Dónde está, entonces?

-No está en ningún lugar, y está en todos a la vez. Brandil alcanzó su liberación, alcanzó la meta suprema.

Mardafel se acercó hasta la túnica y la olfateó repetidamente. Azemir le acarició la cabeza, como siempre había hecho con Tenrac, el perro de su infancia.

Tenrac.

-Y ahora, debemos dejar el Círculo. -dijo Astar- El homenaje a los caídos tendrá lugar al anochecer, y falta muy poco para eso.

-¿Qué haremos con la túnica? -preguntó Azemir.

Astar se frotó suavemente el mentón.

-Tráela.

Sin más, Astar emprendió el camino hacia la salida. Azemir fue con él, y a poco de caminar descubrió que los lobos estaban siguiendo sus pasos, con Mardafel a la cabeza.

-Necesitan despedir a Brandil. -dijo Astar- Dejemos que vengan con nosotros, y enterremos esa túnica junto a los caídos.

Salieron nuevamente a las calles y caminaron en silencio, mientras la noche terminaba de cubrir el cielo. Un rato después, llegaron a una puerta enorme, que daba al exterior de la fortaleza oscura.

-El funeral se hará afuera, en una colina que no está lejos de aquí. -dijo Astar.

Seguidos de los lobos, salieron al exterior y se dirigieron a la colina. En la base había una muchedumbre de personas y vardshaks, que sostenían antorchas y permanecían en silencio.

-Las tumbas están alineadas en filas. -explicó Astar en voz baja- Los vardshaks están en la fila del norte, los hombres en la fila del sur, y los lobos en la del medio. Para cada sepultura se encenderá una lámpara de fuego eterno.

Caminaron hasta el extremo este de la colina. Allí estaba el cuerpo de Bardoc, encabezando las tres filas.

-Es bueno verte bien, Azemir. -dijo alguien a su derecha.



Volvió la vista y sus ojos encontraron a Kiriela. Junto a ella estaban Helars, Belger y Ghuntur.

-Gracias. -dijo Azemir- Yo también estoy feliz de veros.

Belger dio unos pasos adelante y se paró frente a la multitud, preparado para hablar.

-Hombres y vardshaks, hermanos en el combate. Despedimos esta noche a los que dieron la vida en esta batalla. La sangre derramada en conjunto los ha unido para siempre. Estos hombres, estos vardshaks y estos lobos vivirán en la eternidad, y la eternidad no se cansará de recordarlos. A nosotros nos toca el trabajo difícil de decirles adiós. Dejémoslos dormir ahora. Démosles el sueño que sus almas merecen.

A la orden de Belger, los entierros comenzaron. Bardoc fue tomado por Ghuntur y otros vardshaks, que lentamente lo bajaron hasta el fondo de la sepultura.

-Que tu recuerdo guíe a nuestra gente. -dijo Ghuntur- Y que me obligue a luchar por ellos, hasta mi último día.

Un momento después, los vardshaks empezaron a rellenar la tumba de Bardoc.

-Azemir, debemos enterrar la túnica. -dijo Astar- Acompáñame.

Fueron hasta las tumbas de los lobos. Azemir se agachó sobre la primera tumba de la fila, donde estaban enterrando a un lobo joven, de pelaje brillante.

Lentamente, Azemir extendió el brazo y dejó caer la túnica, que desapareció en la oscuridad del pozo. Un momento después Mardafel se acercó hasta el borde, y miró hacia abajo. El gran lobo permaneció inmóvil durante un rato, con la vista fija en el lugar donde la túnica de Brandil había sido depositada. Luego levantó la cabeza y emitió un aullido de lamento.

El aullido pareció desgarrar la noche y alcanzar las estrellas. Hombres y vardshaks quedaron paralizados. Cuando Mardafel terminó, sus hermanos lo imitaron, aullando al unísono, levantando sus cabezas hacia el cielo nocturno.

Los aullidos se repitieron muchas veces, y no se terminaron hasta un rato después. Recién entonces, Belger volvió a hablar.

-Hombres y vardshaks, encended los fuegos eternos.

Una a una, fueron encendidas las lámparas de fuego eterno, iluminando la colina con su luz.

-Estos fuegos no se apagarán. -dijo Belger- Cualquiera que vea su resplandor desde lejos, reconocerá de inmediato la colina donde descansan estos héroes, los que vencieron en la sexta guerra contra la fortaleza oscura. La colina tendrá un nuevo nombre desde hoy. Será llamada Colina de los Hermanos, por servir de descanso a estas tres razas que fueron hermanadas en la lucha. Será protegida de manera permanente, con un guardián en el extremo norte y otro en el sur.

Un soldado de Adelia se adelantó. Belger le entregó una espada.

-Leomar, primer guardián del sur, hoy comienza tu misión.

Leomar recibió el arma con una reverencia, y se marchó hasta ocupar su puesto.

A continuación Ghuntur hizo un gesto, y uno de los vardshaks se acercó hasta él.

-Norgol, primer guardián del norte, hoy comienza tu misión.

Ghuntur le entregó un sable. Norgol lo recibió con una inclinación del cuerpo, y caminó hasta ocupar su puesto en el norte.

-¡Arqueros! -dijo Belger.

A la orden de Belger, los arqueros de Adelia se formaron en una hilera mirando hacia el este. Un capitán de tropa hizo sonar un cuerno, tocando cuatro notas solemnes, de despedida. En cuanto el sonido terminó, los arqueros dispararon sus flechas, que surcaron los aires cantando sus silbidos.

-¡Soldados! -gritó Belger.

-¡Vardshaks! -exclamó Ghuntur.

Los hombres desenvainaron las espadas y los vardshaks empuñaron los sables. Dos veces golpearon las armas contra los escudos, y gritaron. Repitieron el gesto una vez, y otra vez. A continuación guardaron las armas, hicieron una reverencia a los caídos, y dieron un paso atrás.

-Ahora id, hermanos de cualquier raza. -dijo Belger- Regresad a vuestras tareas, y que el destino vuelva a reunirnos en una ocasión más feliz.

Lentamente, todos fueron abandonando el lugar.

Ghuntur se acercó hasta Mardafel.

-Mardafel, señor de los lobos blancos, en nombre de mi pueblo te doy las gracias. Los vardshaks seremos vuestros aliados por siempre, y estaremos listos para acudir en vuestra ayuda tan pronto como la pidáis. Pero ya podéis volver a vuestro bosque. Hombres y vardshaks nos ocuparemos de custodiar el descanso de vuestros hermanos caídos.

Mardafel permaneció en el lugar un instante más, y luego empezó a irse en dirección al norte. Los otros lobos lo siguieron, y el grupo entero fue alejándose a través de la llanura.

Azemir continuó mirándolos hasta el momento en que los perdió de vista.

-Acompáñame, Azemir. -le dijo Belger- Necesito reunirme contigo y tus amigos. Ghuntur, por favor, ven con nosotros.

Fueron a buscar a Helars y a Kiriela, que seguían en el lugar donde habían estado durante el funeral, y todos juntos abandonaron la colina. Belger los condujo hacia el sur, y los hizo entrar a una enorme carpa del ejército.

El interior estaba iluminado por pequeñas lámparas de aceite. Había una mesa rectangular, llena de mapas y hojas con toda clase de anotaciones. Belger los hizo tomar asiento y les habló mirándolos a todos.

-Agradezco profundamente la colaboración que habéis prestado para derrotar al enemigo. La amenaza más grande de los últimos tiempos fue vencida, y un tiempo más sereno está empezando. Sin embargo, no debemos

bajar la guardia jamás. Los turloks sufrieron su derrota más grande, pero no desaparecieron. Una parte importante de su ejército está allí afuera, dispersa en distintos lugares. Esos turloks no son un peligro inmediato, pero debemos cuidarnos de ellos, desde este momento.

Belger buscó entre los mapas hasta encontrar uno pequeño, que tenía muchas cruces rojas.

-Ghuntur, por favor, toma esto.

El vardshak lo tomó entre sus manos y lo miró con detenimiento.

-Ese mapa es la clave de un futuro en paz. -explicó Belger- Allí están marcados los lugares donde pensamos que se encuentran esos turloks. Estúdialo con atención. Al atardecer tendremos una reunión aparte, en la que estaremos solamente tú, yo, y un representante del norte. En conjunto, nos ocuparemos de planear las acciones necesarias para mantener a esos turloks bajo control.

Ghuntur asintió.

-Los vardshaks tenemos buen olfato para rastrear turloks. Vamos a encontrarlos mucho antes de lo que piensas.

-Lo sé muy bien. -dijo Belger- Y ahora, debo comentaros otra cosa. Como podéis comprobar, acaba de nacer una alianza entre hombres y vardshaks. Me ocuparé de que se haga una ceremonia en Adelia, para sellar esa alianza ante la vista de todos.

-Debe hacerse. -dijo Ghuntur.

Belger se volvió hacia Azemir, Helars y Kiriela.

-Espero contar con vosotros en esa ceremonia. Seréis condecorados por vuestras acciones, junto con Fanor. Mientras tanto, podréis emprender el regreso a Adelia. La primera caravana está a punto de partir. Sugiero que viajéis con ella.

Unos momentos después, Belger los condujo hasta el lugar donde la caravana estaba reuniéndose, presta a comenzar el viaje.

Fanor estaba allí, repuesto y con sus heridas curadas. Helars fue hasta él y le dio la mano.

-Me alegra ver que estás bien.

-Puedo decir lo mismo, hechicero.

Azemir miró alrededor.

-¿Dónde se encuentra mi maestro?

-Está atendiendo asuntos de importancia. -contestó Belger- Lo veréis más adelante, en Adelia. Y ahora apresuraos, la caravana está lista para partir.

Azemir, Helars, Kiriela y Fanor se acomodaron las mochilas, se despidieron de Belger y se unieron a la larga fila.

## **-Capítulo veinte-**

### **-La ceremonia-**

Helars se asomó por la ventana.

-Ya está anocheciendo. ¿No deberíamos ir?

-No. -contestó Fanor- Cuando la ceremonia esté por empezar van a venir a buscarnos.

Helars se apartó de la ventana y tomó un plato metálico de los que decoraban la pared. Lo usó para mirar su reflejo y acomodarse la túnica.

-Es la primera vez que recibiré una condecoración. -comentó- Es algo nuevo para mí. Los magos no hacemos estas cosas.

-¿No? -dijo Fanor- ¿Y qué ocurre cuando un mago hace algo importante? ¿No se le da ningún tipo de reconocimiento?

-Su nombre se llena de gloria. -dijo Helars- Eso ya es el mayor reconocimiento. Como Namrod el Grande.

-Como Romar el Memorable, como Bromors el Magnífico.

-Exactamente, Kiriela. No sabía que supieras tanto sobre los magos.

-Un poco, nada más.

-Yo pensaba que el báculo era una especie de premio. -dijo Azemir- El regalo que se le da al discípulo cuando termina su aprendizaje.

Helars se rió.

-¿Regalo? ¿El báculo? No, Azemir. Ningún regalo. Cuando un discípulo termina su aprendizaje tiene que hacerse su propio báculo. Eso solo, es más difícil que aprender cien hechizos nuevos. Encontrar la piedra indicada puede llevar meses. Después de encontrarla hay que pulirla, lo que lleva otros tantos meses más. Y cuando la piedra está lista hay que probar distintas maderas, hasta dar con alguna que funcione bien. Es un proceso muy agotador. Para hacer mi báculo tardé un año entero.

-¿Un año? -dijo Fanor- ¿Y ahora que ya no lo tienes, qué va a pasar?

-Haré uno nuevo, por supuesto. Ya estoy en eso. Encontré una piedra que puede servir. Pero claro, es apenas el primer paso. Tengo mucho trabajo por delante.

-¿Soportarás todo este tiempo sin hacer magia? -preguntó Kiriela.

Helars se encogió de hombros.

-No me queda otra opción.

En ese momento un soldado de Adelia irrumpió en la sala.

-Todo está listo para comenzar la ceremonia. Por favor, venid conmigo.

El hombre empezó a marcharse y lo siguieron. Después de atravesar muchos pasillos y escaleras llegaron a un lugar donde había una puerta enorme. Era de dos hojas y estaba cerrada.

-Cuando me den la señal os abriré la puerta y entraréis. -dijo el soldado-  
Preparaos.

Azemir, Helars, Kiriela y Fanor se pararon codo a codo.

-Listos. -dijo Helars.

Un cuerno sonó.

-¡Ahí está la señal! -dijo el soldado- ¡Adelante, adelante!

Rápidamente, el hombre les abrió la puerta. Al otro lado había una sala gigantesca, llena de soldados de Adelia y de vardshaks. Un pasillo iba justo por el medio de la multitud, y conducía hasta una plataforma elevada, donde se encontraban Belger y Ghuntur. Contra las paredes había gradas, llenas de personas que observaban de pie.

-¡Honor a la partida de rescate! -exclamó la voz de Belger.

-¡Honor! -contestaron los soldados de Adelia, golpeando el suelo con los talones.

Azemir, Helars, Kiriela y Fanor empezaron a avanzar por el pasillo, con el sonido de los tambores acompañando sus pasos. Cuando llegaron al final del recorrido y subieron a la plataforma, los tambores se detuvieron, y uno por uno recibieron sus medallas de manos de Belger.

Luego dieron media vuelta, hasta quedar de frente a la multitud. Al instante, los soldados de Adelia y los vardshaks les dieron el saludo marcial, los cuernos rompieron en una nota estridente, y las gradas estallaron en aplausos.

-¡Honor a los vencedores del hombre lagarto!

-¡Honor a los rescatadores de Belger!

-¡Honor a los salvadores de Adelia!

-¡Honor!

La ovación duró un largo rato. Cuando terminó, Belger y Ghuntur desenvainaron sus armas y las levantaron en alto.

-¡Alianza de humanos y de vardshaks! -arengaron con sus voces.

Los soldados de ambas razas respondieron.

*-¡Alianza de humanos y de vardshaks!*

## **-Capítulo veintiuno- -Asuntos pendientes-**

Un rato después, Azemir, Helars, Kiriela y Fanor se trasladaron a la plaza más grande de Adelia, donde iba a realizarse la fiesta.

El lugar estaba lleno de gente.

-No puedo ver nada. -dijo Helars.

Kiriela se trepó rápidamente a un árbol.

-Desde aquí se puede ver.

-Excelente idea. -dijo Helars, y se trepó también.

-¿Qué hay? -preguntó Azemir.

-Hay un grupo de personas un tanto raras. -contestó Helars- Están justo en el medio de toda la gente. Usan ropa muy llamativa. Tienen la cara pintada de todos los colores. Son... ¿qué son, exactamente? ¿Los conoces, Kiriela?

-A decir verdad, no estoy muy segura. Pero... ¡un momento! ¡Ya lo sé! ¡Son el circo de Adelia!

-¡El circo! -exclamó Helars, con tanta euforia que estuvo a punto de caerse del árbol.

-Tengo que ver eso. -dijo Azemir.

Azemir se agarró de una rama y empezó a trepar.

-¿Y eso otro, qué es? -preguntó Helars.

-¿Qué cosa? -dijo Kiriela.

-Allí. -repuso Helars- Hay unas varas clavadas en el suelo, ¿las ves? Tienen algo en la punta, como una especie de resina.

-¡Fuegos artificiales! -dijo Kiriela- Espero que los enciendan pronto.

-¿Fuegos artificiales? -preguntó Azemir- ¿Dónde?

-Tienes que subir un poco más. -contestó Kiriela.

-Siempre sentí admiración por los fuegos artificiales. -comentó Helars- No entiendo por qué los magos inventamos tantos hechizos y nunca fuimos capaces de hacer fuegos artificiales.

-Una vez, -dijo Kiriela- escuché de un mago que sí podía hacerlos.

-Sorprendente. -repuso Helars- Me gustaría aprender de él.

Azemir llegó hasta donde estaban ellos. Al instante pudo ver a los miembros del circo, que estaban en el medio de la multitud, bailando en ronda con sus capas y sombreros. Unos músicos tocaban instrumentos y el público acompañaba con las palmas. Al fondo de todo, estaban los fuegos artificiales esperando ser encendidos.

-¿Por qué no subes, Fanor? -dijo Kiriela.

Pero el teniente negó con la cabeza y se quedó al pie del árbol.

-Prefiero quedarme aquí.

Unos hombres del circo, vestidos de rojo, se acercaron a los fuegos artificiales.

-¡Van a encenderlos! -comentó Azemir.

-¡Excelente! -exclamó Helars.

-Pronto, Fanor. -dijo Kiriela- Si no subes ahora, te lo perderás.

El teniente agradeció con un gesto de la mano, pero no subió.

Unos momentos después, los hombres vestidos de rojo encendieron los fuegos artificiales. Instantáneamente se produjeron unos chispazos, y las varas salieron volando hacia el cielo. Treparon alto, muy alto, y luego explotaron simultáneamente, lanzando estelas de colores en todas las direcciones.

El público estalló en aplausos. A continuación los miembros del circo se distribuyeron por todo el lugar, haciendo malabares y acrobacias. Unas personas colocaron una gran mesa circular, que llenaron de comida y bebida, y los músicos comenzaron un repertorio nuevo, mucho más enérgico que el anterior.

Sin perder tiempo, Azemir, Helars y Kiriela se bajaron del árbol.

-¿A dónde iremos primero? -preguntó Azemir.

-Me gustaría mucho ver a los acróbatas. -contestó Kiriela.

-No es mala idea. -dijo Helars- A propósito, me parece que hay actuaciones también. Eso me interesa bastante. Propongo que...

Se detuvo y miró para un lado y para el otro.

-¿Dónde está Fanor?

Era verdad. No había rastro del teniente.

-Qué extraño. -dijo Kiriela- Me pregunto dónde puede haber ido. En algún momento vamos a tener que buscarlo, para brindar todos juntos.

-Por supuesto. -dijo Helars- Y ahora sí, vamos a conocer el circo.

Con entusiasmo, fueron recorriendo la plaza, observando a los distintos artistas. Estuvieron un rato mirando a los acróbatas, que se hacían llamar los Grandes Dardos Magníficos y despertaban el furor del público con sus saltos increíbles. Luego presenciaron un espectáculo de humor, realizado por los actores de la Compañía de las Nobles Bestias, y otro espectáculo más, a cargo del dúo de Los Parecidos.

-¿Qué hay en esos puestos de allí? -preguntó Helars, señalando una fila de puestos que se encontraban al final de la plaza.

Kiriela agudizó la vista.

-Me parece que son... Ah, sí. Son puestos de juegos y competencias.

-¡Juegos! -dijo Helars- Esa es mi especialidad. ¿Qué estamos esperando? Vamos ahora mismo...

Justo en ese momento una joven apareció. Era alta, y de pelo negro como el carbón. Tenía una bandeja con dos jarras y unas copas.

-Buenas noches, mi nombre es Almenia. ¿Gustáis de tomar vino?

-Con todo gusto. -dijo Helars.

La joven les sirvió las copas.

-¿Dijiste que te llamas Almenia? -preguntó Helars.

-Así es.

-Es el nombre de una leyenda.

-Sí. La leyenda de Almenia y los pétalos blancos.

-Ah, veo que la conoces. Es una leyenda muy interesante.

Almenia se encogió de hombros.

-Por mi parte, siempre me pareció una historia triste. Almenia es un personaje que no me gusta, y no me alegra que me hayan puesto el mismo nombre que ella.

-No, claro. -dijo Helars- Las historias tristes no son bellas. A propósito, ¿formas parte del circo?

-Así es. Desde hace ocho años.

-¿Participas en alguno de los números?

-Algunas veces. Otras veces hago esto.

Almenia estuvo a punto de marcharse, pero se quedó mirando las manos de Helars.

-¿Qué son esas marcas? -preguntó.

Las manos de Helars todavía tenían las marcas del combate contra el hombre lagarto.

-¿Esto? -dijo Helars- No es nada importante. Son unas cicatrices de la batalla, nada más.

Almenia abrió grandes los ojos.

-¿Batalla? ¿Qué batalla?

-La batalla de la fortaleza oscura.

-¿Estuviste ahí?

-Así es.

-¿Es verdad todo lo que se dice?

-Ya lo creo que es verdad. Si quieres, puedo contarte todo.

Kiriela interrumpió.

-Estábamos yendo a los juegos. ¿Vienes, Helars?

-¿Los juegos? -dijo Helars, con una sonrisa condescendiente- No, gracias. Somos muy grandes para eso. Pero si vosotros tenéis ganas de hacerlo, adelante.

Azemir y Kiriela dejaron a Helars, y fueron a los juegos.

Tan pronto como llegaron, se encontraron con que había un sinfín de puestos. En el primero de todos, el desafío parecía especialmente difícil. Usando arco y flecha, había que disparar a una calabaza, que colgaba de un hilo y oscilaba como un péndulo. Para aumentar la dificultad, la línea de tiro estaba ubicada muy lejos del blanco. Por la cantidad de flechas que había en el piso, se notaba que ya muchos participantes había intentado acertar, sin resultados.

-¿Alguien más que se atreva a intentarlo? -dijo el puestero.

Pero no hubo nuevos voluntarios.

-Vamos, alguien que se atreva. Podría ser... podría ser...

Señaló a Azemir.



-¡Tú!  
Azemir se rió.  
-Lo siento, pero no soy bueno para esto.  
El puestero le ofreció el arco y las flechas.  
-Vamos, joven, inténtalo.  
-No lo conseguiré, ni con cien intentos. Pero mi amiga tiene muy buena puntería.  
Azemir tomó el arco y las flechas y se los dio a Kiriela.  
-Ten.  
-No, gracias.  
-Por favor...  
-Azemir, no me interesa.  
-Sólo tú puedes hacerlo.  
El puestero asintió enfáticamente.  
-Escucha a tu amigo. Haz el intento, aunque sea una vez.  
Kiriela le arrojó una mirada de acero a Azemir.  
-Está bien. Dame eso.  
Kiriela se paró en la línea de tiro y cargó el arco. El puestero fue corriendo hasta la calabaza y la levantó.  
-La soltaré cuando tú digas.  
El público se puso a mirar con atención.  
-Ahora. -dijo Kiriela.  
El puestero soltó la calabaza, que empezó a balancearse para un lado y para el otro. Kiriela tensó el arco y durante unos momentos se quedó inmóvil, apuntando. Finalmente disparó, y al instante la calabaza desapareció de la vista.  
-¡Bravo! -exclamó el puestero.  
El público aplaudió. El piolín oscilaba de lado a lado, sin calabaza.  
-Tienes una puntería muy aguda. -comentó Azemir.  
Kiriela no le contestó.  
-¿Qué es esto? -dijo el puestero.  
Atónito, el puestero se agachó y tomó algo del suelo.  
Era la calabaza. Estaba intacta.  
-¿Dónde está la flecha? -preguntó asombrado.  
-Allí. -dijo Kiriela.  
-¿Qué?  
-Al fondo, ¿la ves?  
El puestero fue corriendo hasta el fondo.  
-¿Qué hace la flecha en este lugar? ¿Qué fue lo que pasó?  
-Lo que pasó fue que apunté a la piola. -dijo Kiriela.  
-¿Eh?  
-Si le apuntaba a la calabaza la iba a destruir, y me pareció que no había ninguna necesidad. Por eso le apunté a la piola.

-¿Eh? -dijo otra vez el puestero- ¡Sorprendente! ¡Pero qué estoy diciendo, maravilloso! ¡Nunca había visto una puntería como esa! Aunque no tenías que preocuparte por la calabaza. Tengo algunas de repuesto.

Kiriela entregó el arco y las otras flechas.

-¿No quieres el premio? -preguntó el puestero.

-No, está bien. Puedes guardarlo para otra persona.

-Como gustes...

-Te dije que mi amiga tenía buena puntería.

-Así es. Increíble, realmente increíble...

-Azemir, vámonos.

Azemir asintió, y se alejaron del puesto.

-Los dejaste asombrados, Kiriela. Nunca volverán a ver algo parecido.

-¿Dónde están Helars y Fanor?

-¿Qué?

-Helars y Fanor. Teníamos que reunirnos los cuatro, para brindar.

Kiriela recorrió el lugar con la vista.

-No los veo por ninguna parte. -dijo- Haremos esto. Tú ve a buscar a Helars. Yo trataré de encontrar a Fanor. Después nos reuniremos y brindaremos.

Sin decir una palabra más, Kiriela se fue.

Azemir empezó a buscar a Helars. Durante un tiempo estuvo recorriendo la plaza, intentando inútilmente encontrarlo, hasta que al fin lo vio. Estaba sentado en un banco, conversando con Almenia y otras dos jóvenes.

Azemir se acercó.

-¡Ah, Azemir, amigo mío! -dijo Helars- Únete por favor a nuestra charla. Ahí tienes un asiento. Amigas, os presento a Azemir. Azemir, ella es Ilirce, ella es Iritrea y ella, por supuesto, es Almenia. Estaba contándoles de nuestras andanzas en la fortaleza oscura.

-Ah, sí. Aquellas andanzas. -comentó Azemir.

-Es increíble que hayáis tenido que pasar por tantas cosas. -dijo Ilirce.

-Realmente. -dijo Iritrea- Y a propósito, Helars, ¿por qué no nos muestras algún hechizo?

Helars negó con la cabeza.

-Lo siento, pero a los magos de mi orden no se nos permite hacer eso.

-¿Por qué? -dijo Ilirce- Es un solo hechizo.

-Lo siento. -contestó Helars- Son mandatos que no puedo desobedecer.

-Entonces cuéntanos más sobre el monstruo lanzafuego. -dijo Ilirce.

-¿Monstruo lanzafuego? -preguntó Azemir.

-Sí. -dijo Iritrea- El que Helars tuvo que matar cuando peleaba en el Círculo.

-Ese. -dijo Helars.

-Háblanos más de él. -dijo Ilirce.

-Creo que ya lo contó con bastante detalle. -dijo Almenia- Por mi parte, no necesito escucharlo de vuelta.

-Entonces que nos hable del Gar Galash. -dijo Iritrea.

Helars se puso sombrío.

-Ah, sí. El Gar Galash. Cuéntales, Azemir. Cuéntales del Gar Galash.

-¿Yo?

-Sí, tú. Cuéntales.

Azemir se rascó la cabeza.

-En fin... El Gar Galash era un monstruo grande. El más grande que vi.

-Era abismal, colosal. -dijo Helars- Se alzaba por encima de todos nosotros, matando hombres y vardshaks como si fueran insectos. Y entonces...

-¿Y entonces qué fue lo que hiciste? -preguntó Iritrea.

Helars puso un gesto sombrío.

-Tuve que utilizar mi hechizo más peligroso.

-¿Qué hechizo? -preguntó Ilirce.

Helars respiró profundamente, y contestó.

-La Explosión Máxima y Suprema de las Diecinueve Fuerzas Astrales.

-¿Diecinueve fuerzas astrales? -dijo Almenia- ¿Qué es eso?

-Son las fuerzas mágicas que nos rodean. Están en todas partes.

-¿En dónde, por ejemplo?

-En ti, en mí. En este banco, en ese árbol, en el cielo y en la tierra.

Almenia frunció los labios.

-Estoy empezando a sospechar que no eres un mago.

-¿Cómo dices eso? -preguntó Ilirce.

-Lo siento, pero es lo que pienso. -contestó Almenia- Trabajo en un circo y viajé por toda la nación. Vi miles de sujetos que se hacían llamar magos, y eran todos unos farsantes. Farsantes muy hábiles, en algunos casos, pero farsantes al fin. La magia verdadera no existe.

-¡Tonterías! -dijo Iritrea- Helars, demuéstrole que eres un mago de verdad.

-Lo siento, pero no puedo. -contestó Helars- Como dije antes, lo tengo prohibido.

-¿Lo veis? -dijo Almenia- Ya me parecía.

-¿Realmente dudas de mí?

-Lo siento, pero tú mismo me haces dudar.

-Pero soy un mago de la Torre del Cielo, un descendiente de Namrod el Grande.

Azemir se distrajo por unos momentos de la conversación.

Y entonces descubrió que, no lejos de allí, Kiriela y Fanor estaban conversando animadamente. Fanor decía cosas y Kiriela se reía.

-¿Ocurre algo, Azemir? -dijo Helars.

-No, no ocurre nada. Enseguida regresaré.

Sin perder tiempo, Azemir se fue a donde estaban Kiriela y Fanor. Se metió entre los dos.

-Al fin os encontré. ¿De qué estábais hablando?

-Fanor me estaba relatando una anécdota graciosa. -dijo Kiriela.

-¿Graciosa? -dijo Fanor- A mí me causó mucha angustia. No sé por qué mi angustia te hace reír.

-Es por la manera en que cuentas la anécdota. -dijo Kiriela- Pero por favor, continúa. Quiero saber el final.

Fanor sonrió.

-Está bien, continuaré. Pero antes necesito más vino, mi copa está vacía.

-La mía también. -dijo Kiriela.

-Azemir, ¿por qué no vas a buscar más vino? -dijo Fanor.

Azemir los miró a los dos.

Trató de pensar con claridad.

-Por supuesto.

Tomó sus copas y fue a la mesa circular. Rápidamente las llenó de vino y además se sirvió una copa para él.

Cuando volvió, Kiriela estaba riéndose otra vez.

-No puedo creer lo que me cuentas, Fanor.

-¡Pero es la verdad!

-Vuestras copas.

-Gracias.

-Gracias.

-¿Así que tienes anécdotas graciosas, Fanor? -dijo Azemir- No pensaba que pudieran ocurrir cosas graciosas en las barracas y en los cuarteles. Según entiendo, la vida en esos lugares es bastante rutinaria. A la mañana entrenar, a la tarde entrenar y a la noche entrenar. Me cuesta ver en qué momento podría ocurrir algo cómico. Pero, en fin... Quizás hablo a boca de ignorante, porque nunca estuve en una barraca. Y a propósito, ya que estábais conversando sobre anécdotas... ¿Te acuerdas, Kiriela, de aquel episodio en el museo de la Casa Azul?

-Por supuesto, ¿cómo podría olvidarlo?

-Me sorprendiste aquella vez. Eres experta en sorprenderme.

-Ya lo sé.

-¿De qué estáis hablando?

-Ah, Fanor. Perdón. Me refería a un episodio que pasó un tiempo atrás, cuando Kiriela estaba trabajando como emisaria del norte.

-¿Cuánto tiempo atrás? -preguntó Fanor.

-No sabría decirlo. -contestó Azemir- No me acuerdo con exactitud...

Pero entonces alguien se paró en el medio de la plaza y empezó a gritar.

-¡Aquí estoy yo, Bram Bram Bram! ¡El hombre más fuerte del circo, y de toda la nación!

Se trataba de un hombre muy alto y musculoso, que daba pisadas estrepitosas al caminar, y hablaba como si todo el mundo fuese sordo. Tenía la cabeza totalmente calva, pero lucía un bigote espeso y una barba abultada.

-¡Yo, el hombre más fuerte, estoy buscando un competidor! -continuó diciendo- ¿Quién se atreve a medir fuerzas conmigo? ¿Quién se atreve a medirse con el famoso Bram Bram Bram?

Kiriela levantó el brazo de Azemir.

-¡Aquí! ¡Azemir quiere competir contigo!

Bram Bram Bram se rascó la barba.

-¿Este joven?

Azemir bajó el brazo.

-No, claro que no. Esto es un error.

-Pero levantaste el brazo.

-No, fue mi amiga la que...

-Levantaste el brazo, joven. Eso significa que aceptaste el reto.

-¡Imposible! Yo nunca me atrevería a desafiarte, Bram Bram Bram.

-Vamos... -dijo el coloso- Tienes que tener un poco de fe.

-No la tengo.

-Vamos, te daré ventaja.

Y sin más, el inmenso hombre lo agarró del brazo como si quisiera rompérselo, y se lo llevó del lugar. Kiriela y Fanor los siguieron.

Un momento después, llegaron al puesto de Bram Bram Bram. Era muy llamativo. Estaba pintado totalmente de amarillo, con grandes dibujos de Bram Bram Bram, que exageraban su físico ya difícil de exagerar. Arriba de todo había un cartel grande, que decía *Bram Bram Bram, el hombre más fuerte de la nación*. En el centro había una plataforma, con una mesa y dos sillas.

-¡Atención, atención! -dijo Bram Bram Bram- ¡Hay un retador! ¡Rápido, venid todos a mi puesto, a ver una auténtica competencia de fuerza!

Al instante una multitud de personas se congregó en el lugar.

-¡Buenas noches! -dijo el coloso- Me presento. Mi nombre es Bram Bram Bram, y soy el hombre más fuerte de la nación. Estoy aquí para jugar pulseadas con todos los valientes que se atrevan a retarme. ¡Nadie tiene posibilidades conmigo, por supuesto! Pero lo que vale es intentarlo. Y este joven que está aquí...

Apoyó el dedo en el hombro de Azemir.

-Este joven que está aquí, es el primer retador de la noche, el primero que competirá contra mi fuerza. Por el solo hecho de participar ya demuestra una gran valentía, a pesar de tener esa mirada de perro mojado, y ese pelo que parece un nido de palomas. Así que, ¡aplausos para él!

El público aplaudió.

-Y a propósito, no recuerdo tu nombre, joven.

-Azemir.

-Azemir, bien, bien. Toma asiento, Azemir. ¿Jugaste pulseadas alguna vez?

-Sí.

-Perfecto. Entonces, ya sabes cómo son las reglas. Relájate. ¿Eres diestro o eres zurdo, Azemir?

-Soy diestro.

-Muy bien, entonces apoya el codo derecho aquí.

Bram Bram Bram le señaló una marca en la mesa y Azemir apoyó el codo.

Alrededor, el público se había multiplicado.

-¡Preparaos para el espectáculo! -dijo Bram Bram Bram, mientras hacía unos movimientos con el brazo para entrar en calor- Veréis con vuestros propios ojos la fuerza del hombre más fuerte de la nación.

Bram Bram Bram ocupó su lugar. Apoyó el codo en la mesa y agarró la mano de Azemir.

-¿Estás concentrado, Azemir?

Azemir dijo que sí con la cabeza.

-Así me gusta, joven. Bajaré un poco la mano para darte ventaja. Así. ¿Te parece justo?

-Me parece justo. Muchas gracias.

-No es nada, joven. Empezaremos cuando tú digas.

-Ahora.

-¡Perfecto, allí vamos!

La pulseada comenzó.

-¡Vamos! -dijo Bram Bram Bram- ¡Haz tu mejor esfuerzo!

La mano de Azemir fue bajando.

-¡No te rindas! -insistió Bram Bram Bram.

La mano de Azemir bajó todavía más.

-¡Lucha hasta el final, joven!

Pero, un momento después, la mano de Azemir tocó la mesa. De inmediato, Bram Bram Bram se puso de pie.

-¡Gané! ¡Gané!

Saludó al público con un gesto victorioso, y mostró los músculos de sus brazos. A continuación pidió aplausos para Azemir.

-¡Aplausos para el joven! ¡Aplausos para el joven intrépido que retó al hombre más fuerte! ¡Gracias, Azemir, gracias! ¿Quién sigue ahora?

Azemir se acomodó la túnica, bajó de la plataforma y fue a mezclarse con la multitud.

Pero Kiriela lo agarró del brazo.

-Alto.

-¿Por qué me agarras?

Kiriela llamó a Bram Bram Bram.

-¡Bram Bram Bram! ¡Aquí!

El gigantesco hombre se volvió hacia ella.

-¿Qué ocurre? -preguntó

-Por favor, acércate un momento.

Bram Bram Bram caminó hasta ella.

Kiriela le habló en voz baja.

-Azemir no utilizó su verdadera fuerza.

Bram Bram Bram hizo una sonrisa amistosa.

-¿Qué dices?

-Que Azemir es mucho más fuerte de lo que parece. Le ganaste porque no compitió en serio. Si Azemir quisiera, podría vencerte con facilidad.

El coloso soltó una carcajada.

-¡Pero qué delirios dices! A ver, démosle otra oportunidad.

Sin ánimo, Azemir se sentó de vuelta en la silla. Kiriela se acercó y le habló al oído.

-Y ahora, Azemir estimado, compite en serio y gana la pulseada.

Kiriela retrocedió hasta unirse al público. Bram Bram Bram se mojó la cabeza con agua y lanzó una especie de rugido.

-¿Listo, joven?

-Sí, estoy listo.

Bram Bram Bram tomó asiento, y sacudió la cabeza arrojando agua para todos lados.

-¿Realmente listo?

-Sí.

Bram Bram Bram apoyó el codo sobre la mesa y agarró la mano de Azemir, preparándose para empezar. Pero la piel de Bram Bram Bram seguía mojada, y no era agradable el contacto con ella.

-¿Podrías secarte la mano, Bram Bram Bram?

El inmenso hombre se secó la mano frotándola contra su pantalón.

-¿Así está bien?

-Sí. Muchas gracias.

-Esta vez no tendré compasión contigo, joven.

Bram Bram Bram volvió a apoyar el codo en la mesa y al instante comenzó la pulseada.

Pero Azemir mantuvo el brazo firme, y Bram Bram Bram no pudo hacer nada.

-¿Qué es esto?

El enorme coloso redobló sus esfuerzos, pero fue en vano. Azemir no cedió, ni siquiera un poco.

-¿Qué está pasando aquí?

Azemir sonrió. Lentamente, empezó a hacer fuerza, y la mano de Bram Bram Bram fue bajando.

El coloso palideció.

-¡No! ¡No me ganarás!

-Lo siento, pero tengo que hacerlo.

-¡No! ¡Nunca!

Desesperado, Bram Bram Bram empezó a ayudarse con la otra mano.

-Eso es trampa.

-¡No me importa! ¡Nadie puede ganarle a Bram Bram Bram!

-Lo siento, tengo que ganarte.

-¡No!

-Lo siento.

Un momento después, la pulseada terminó. Por unos instantes, el público se quedó mudo.

Y luego estalló.

-¡A-ze-mir! ¡A-ze-mir!

-¡Azemir, el nuevo campeón!

-¡Azemir, el hombre más fuerte!

Azemir miró a Bram Bram Bram. El coloso estaba paralizado, no podía articular palabra.

-No te sientas mal. -dijo Azemir en voz baja- Eres muy fuerte, Bram Bram Bram. Pero yo tengo fuerza también. Se lo debo todo a mi maestro, él me entrenó duramente.

Bram Bram Bram permaneció mudo un rato más, pero luego su tristeza se fue.

-¡Felicitaciones, Azemir! -dijo.

Bram Bram Bram extendió el brazo y le dio una palmada en el hombro.

-¡Aplausos! ¡Aplausos y más aplausos para Azemir!

El público aplaudió una vez más, como se aplaude a un general victorioso.

-¿Y ahora quién se atreverá a competir contra él? -dijo Bram Bram Bram- ¿Quién jugará una pulseada contra el joven que le ganó a Bram Bram Bram?

Y entonces Fanor levantó el brazo.

-¡Yo!

Todas las miradas se posaron en el teniente.

-¡Es el teniente Fanor!

-¡Es él!

-¡Es el hombre más famoso del ejército!

-¡Fanor!

-¡Fa-nor! ¡Fa-nor! ¡Fa-nor!

Bram Bram Bram se acercó a Azemir.

-Azemir, ¿sabes quién es este otro joven?

-Es un amigo.

-¿Un amigo?

-Sí. Y además es el guerrero más famoso de la ciudad.

-¿Crees que pueda ganarte?

-Es una buena pregunta. Muy pronto lo averiguaré.

Fanor se subió a la plataforma.

-¡Fa-nor! ¡Fa-nor!

-¡A-ze-mir! ¡A-ze-mir!

-¡Fa-nor!

-¡A-ze-mir!

Fanor tomó asiento y apoyó el codo en la mesa.

-¿Estás preparado para competir conmigo, Azemir?

-Por supuesto.

Bram Bram Bram se acercó a ellos.

-Cuando yo dé la orden, empezarán. ¿Listos?

-Listo. -dijo Azemir.



-Listo. -dijo Fanor.

-En fin... -dijo Bram Bram Bram- ¡Que comience la pulseada!

Fanor arremetió instantáneamente, con una fuerza descomunal. Azemir tuvo que usar todas sus energías para resistir.

-Voy a vencerte, Azemir.

Rápidamente, Fanor aumentó la fuerza que estaba aplicando. Con horror, Azemir vio que su propia mano empezaba a bajar.

-No tienes chance de ganarme, Azemir.

El público estalló en aclamaciones.

-¡Adelante, Fanor!

-¡Azemir, no te dejes vencer!

-¡Fa-nor! ¡Fa-nor!

-¡A-ze-mir! ¡A-ze-mir!

Azemir cerró los ojos y trató de enfocarse, pero no le sirvió. El teniente estaba ejerciendo una fuerza tenaz, y lentamente iba acercándose a la victoria.

-¡Destruyelo, Fanor!

-¡Resiste, Azemir!

Azemir abrió los ojos, gritó desafortadamente, y entonces su fuerza aumentó. Lentamente, consiguió revertir la situación, hasta hacer que las manos volvieran a la posición inicial.

-¡Te ganaré, Fanor!

Azemir volvió a gritar, y su fuerza se multiplicó. Lentamente, el brazo de Fanor empezó a descender.

-¡A-ze-mir! ¡A-ze-mir!

-¡Fa-nor! ¡Fa-nor!

El teniente pareció desesperarse.

Azemir sonrió.

-Ya descubrí cuáles son tus intenciones, Fanor.

-Está muy claro que lo descubriste.

-Entonces renuncia a tus propósitos.

-Nunca, provinciano.

-Te ganaré, Fanor. Hagas lo que hagas.

-Eso está por verse.

Fanor lanzó un grito desafortado, de la misma manera que lo había hecho Azemir. Al instante, los brazos volvieron a la posición inicial.

La euforia de los espectadores creció hasta el infinito.

-¡A-ze-mir!

-¡Fa-nor!

Azemir intentó hacer más fuerza pero fue en vano, no pudo ganar terreno.

-¡A-ze-mir!

-¡Fa-nor!

Bram Bram Bram se acercó nuevamente a Azemir.

-Azemir, debo decirte que me sorprende la fuerza de este teniente. Quiere ganarte a toda costa.

Azemir no pudo contestarle, porque apenas podía respirar. Estaba agotado, estaba transpirando, las gotas de sudor le bajaban por la frente y se le metían en los ojos.

-¡A-ze-mir!

Pero entonces se dio cuenta de que Fanor también estaba exhausto.

Ambos se encontraban al límite de sus energías.

-¡Fa-nor!

La pulseada continuó por unos momentos más, con los brazos trabados en la posición inicial.

Y entonces se rindieron, al mismo tiempo. Las manos se soltaron y ambos se desplomaron sobre la mesa.

El público se paralizó. Bram Bram Bram se acercó a ellos y los tocó con el dedo.

-Azemir... Fanor... ¿Os encontráis bien?

No le respondieron.

-¿Estáis vivos?

Azemir abrió los ojos.

-Ah, qué alivio, Azemir. Y tú, Fanor... ¿me escuchas?

Fanor levantó la cabeza. Se limpió el sudor de la cara, y sonrió.

-¡Perfecto! -dijo Bram Bram Bram- ¡Señores, es un empate! ¡Azemir y Fanor, los nuevos campeones! ¡Los hombres más fuertes de la nación!

El público ovacionó, y los nombres de los campeones fueron cantados a viva voz. Luego Bram Bram Bram agradeció a la audiencia, y dijo que ya no iba a haber más pulseadas, porque él había sido derrotado y ahora tenía que entrenar muy duro para recuperar su posición.

Azemir y Fanor se despidieron del coloso y bajaron de la plataforma.

-Felicitaciones a los dos. -dijo Kiriela- Y ahora tenemos que reunirnos con Helars, para brindar.

Azemir y Fanor dijeron que sí con la cabeza, todavía muy agotados para hablar. Se alejaron del puesto de Bram Bram Bram, dieron unas vueltas por la plaza y al poco tiempo encontraron a Helars. Estaba parado junto a una fuente, tirando piedras al agua.

-Te veo cabizbajo. -dijo Kiriela- ¿Qué ocurre?

-Nada. -contestó Helars.

-¿Nada?

-Digamos simplemente que tenía un plan. Y ese plan fracasó.

-Ah, sí. Ya sé cuál era tu plan. Lo siento mucho, Helars. No siempre podemos tener lo que deseamos.

Helars tiró una piedra más y bajó la cabeza.

-¡Helars estimado! -dijo Kiriela- Me entristece verte de esa manera, justamente a ti, que siempre estás alegre y chistoso.

Kiriela se tomó el mentón pensativamente.

-Voy a hacer algo para que estés mejor. -dijo- Pero sólo porque me destruye verte así. Ten en cuenta que no se repetirá.

Kiriela caminó hasta él, le tomó la cara y lo besó en los labios.

Helars quedó petrificado. Azemir y Fanor se congelaron, incapaces de articular palabra.

Kiriela se separó de Helars, y cariñosamente le dio unas palmadas en el pecho.

-Y ahora sí, ¿cómo está Helars? ¿Mejor que antes?

Helars parpadeó muchas veces, pero no habló.

-Y ahora... -dijo Kiriela- Mientras despiertas, iré a buscar vino para que todos podamos brindar.

Kiriela fue hasta la mesa circular, llenó cuatro copas y volvió.

-Tomad vuestras copas. Así, perfecto. Y ahora, señores, ¿estamos listos para brindar por el éxito de este grupo?

Helars sonrió, con expresión tonta. Fanor asintió sin mucho entusiasmo.

Azemir no supo qué decir.

Levantaron las copas.

-Salud. -dijo Kiriela.

-Salud. -dijeron los demás.

Brindaron, bebieron de las copas, y disfrutaron hasta el amanecer.